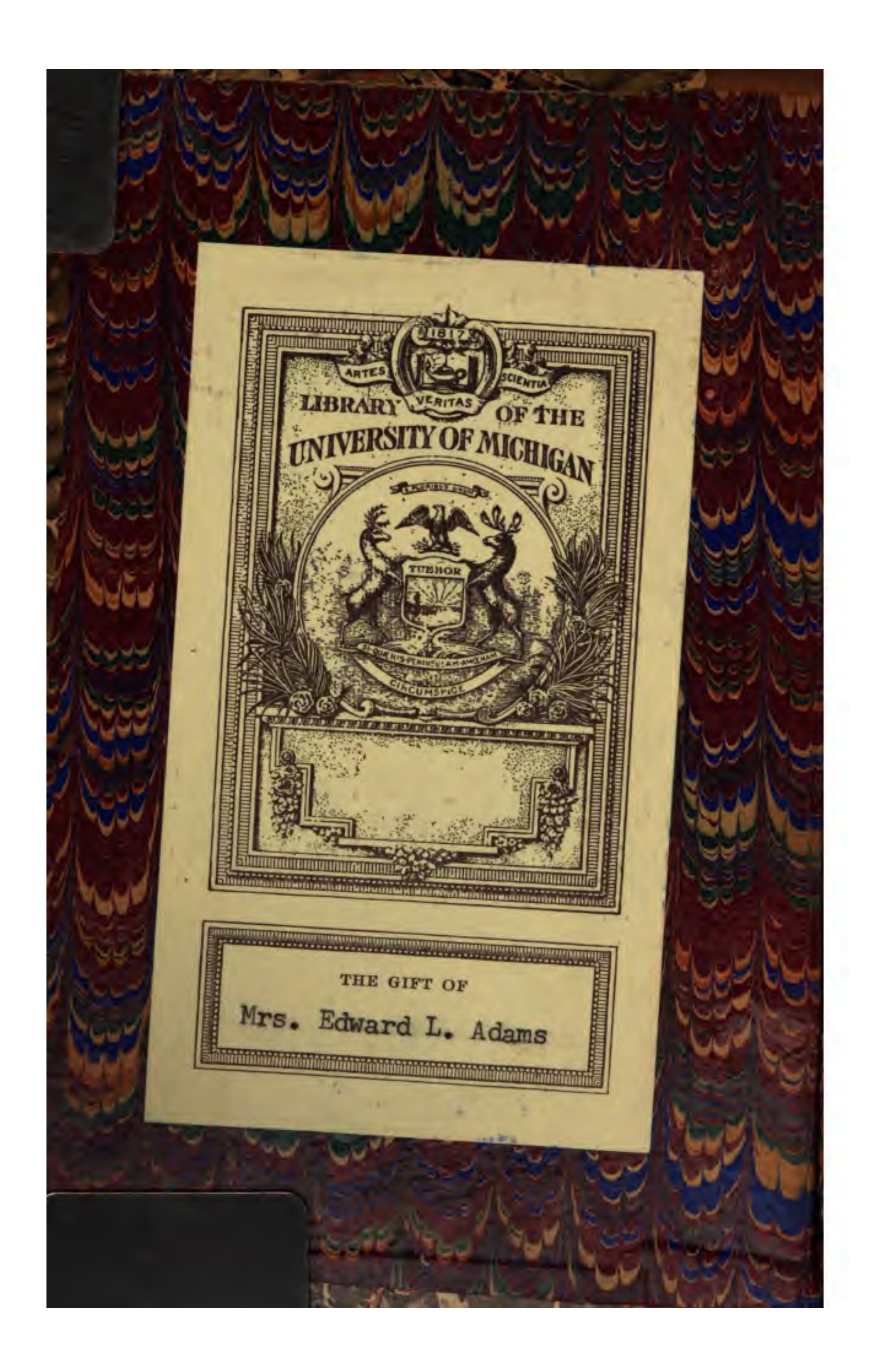
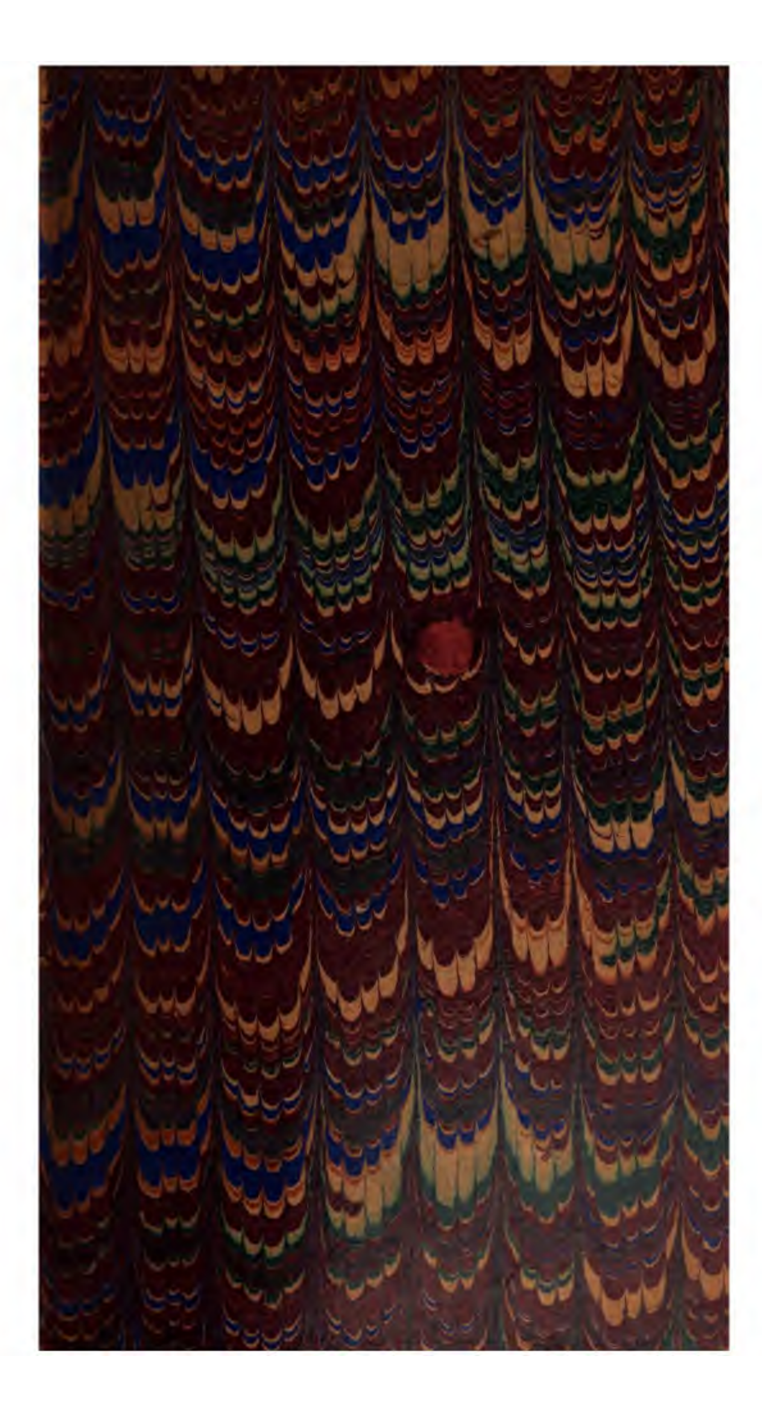






Edward L. Adams
January 14, 1903

OBRAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

III

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS-PÈRES. — PARÍS.

OBRAS
ESCOGIDAS

DE

FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

CON PRÓLOGO Y NOTAS

POR

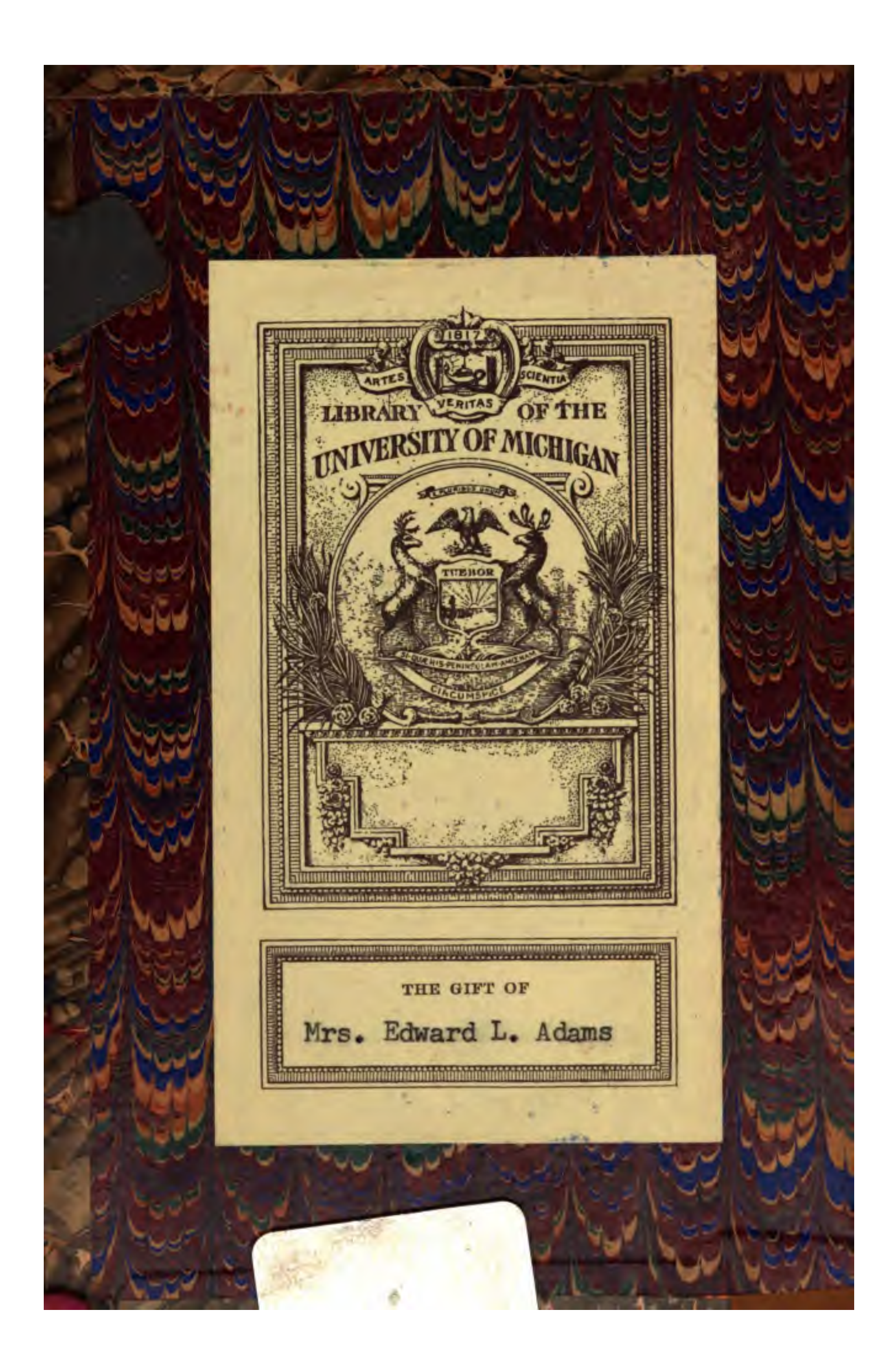
ELÍAS ZEROLO

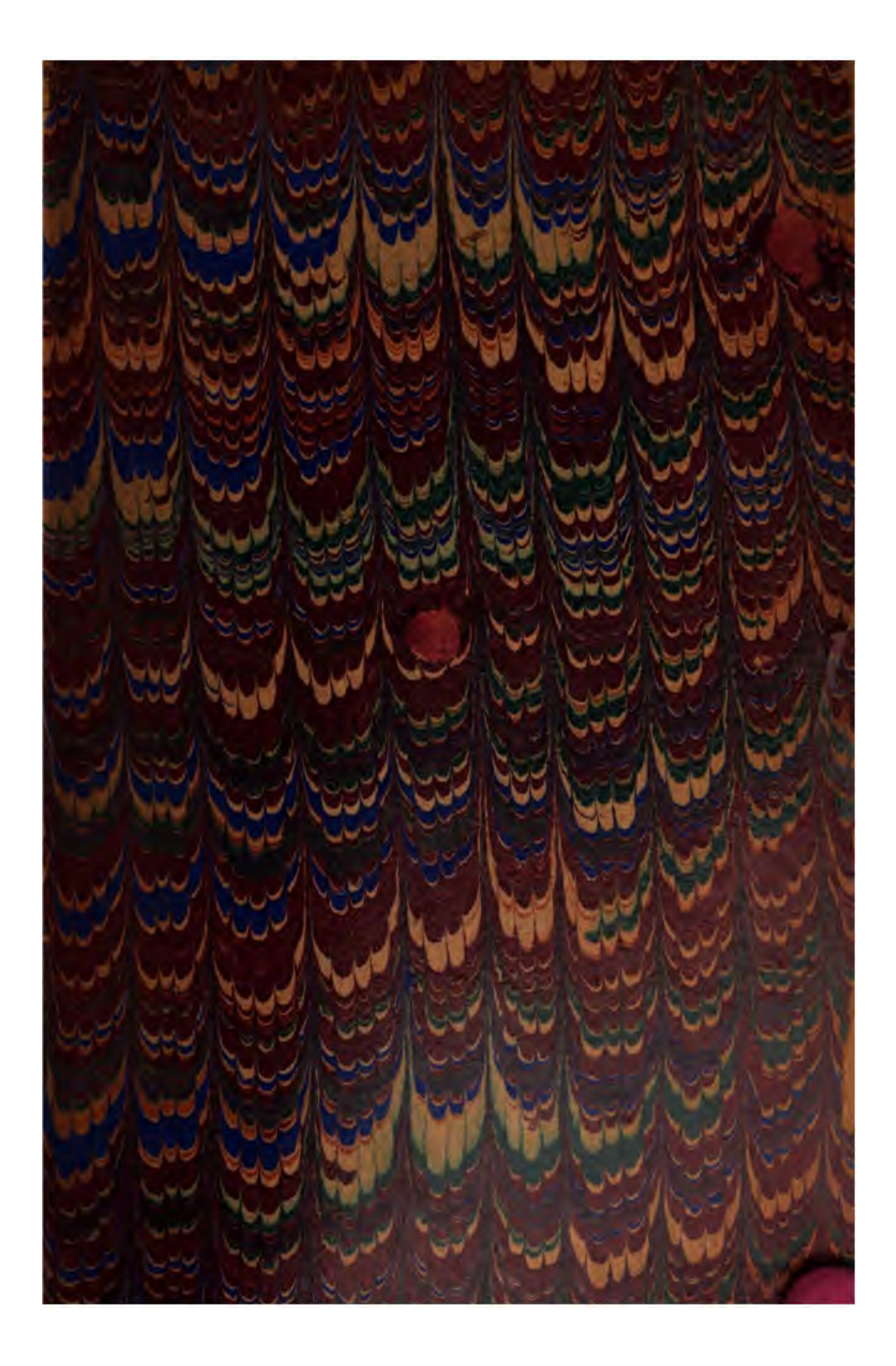
TOMO TERCERO

COMEDIAS

PARÍS
LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS
6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1886





EL PERRO DEL HORTELANO*

PERSONAS

DIANA, *condesa de Belflor.*	RICARDO, *marqués.*
TEODORO, *su secretario.*	TRISTÁN, *lacayo.*
MARCELA, *de su cámara.*	LEONIDO, *criado.*
DOROTEA, *de su cámara.*	ANTONELO, *lacayo.*
ANARDA, *de su cámara.*	FURIO.
OTAVIO, *su mayordomo.*	LIRANO.
FABIO, *su gentilhombre.*	CELIO, *criado.*
EL CONDE FEDERICO.	CAMILO.
EL CONDE LUDOVICO.	UN PAJE.

La escena es en Nápoles.

ACTO PRIMERO

Sala en el palacio de la Condesa.

ESCENA PRIMERA

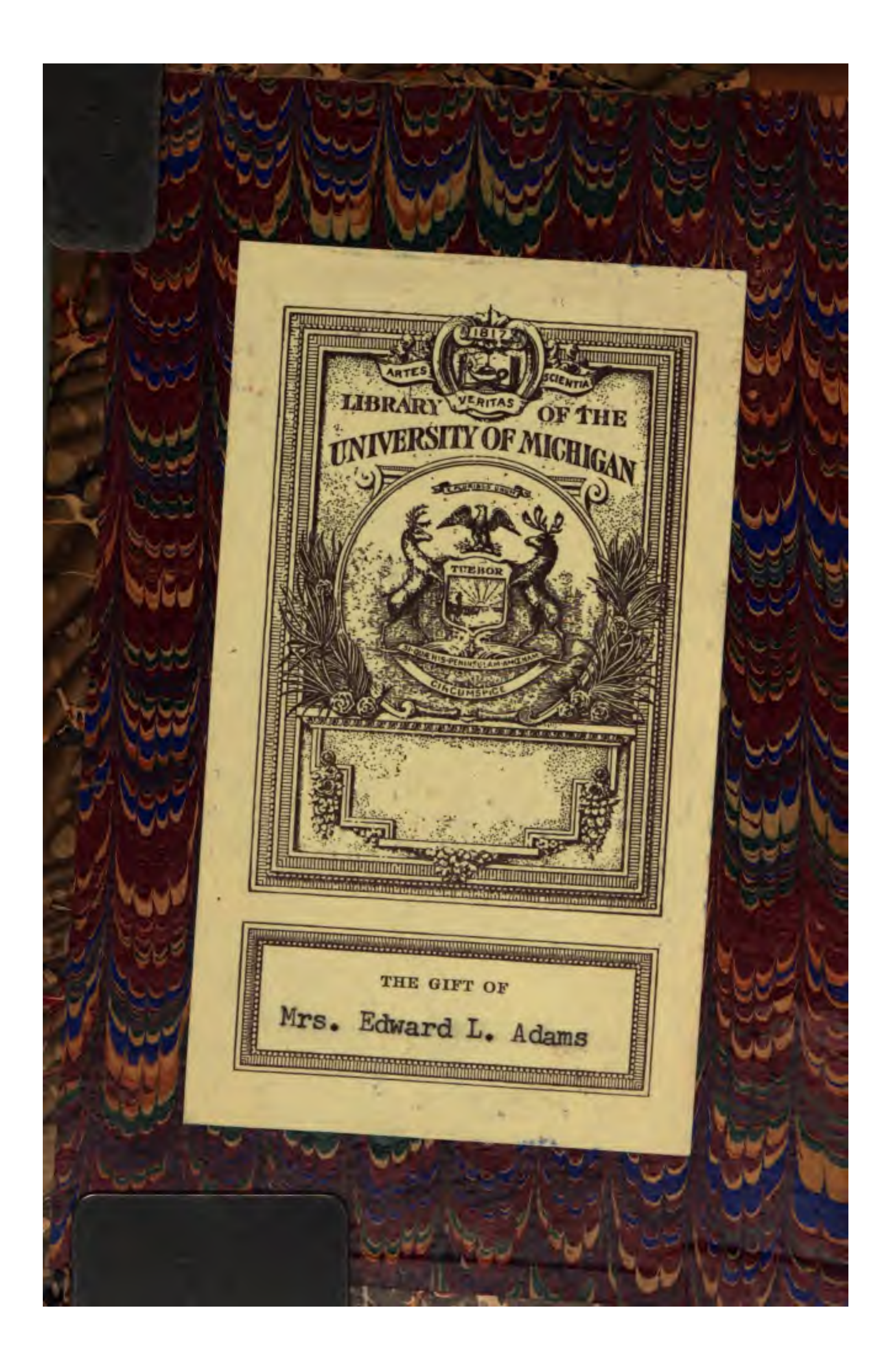
TEODORO Y TRISTÁN, *huyendo.*

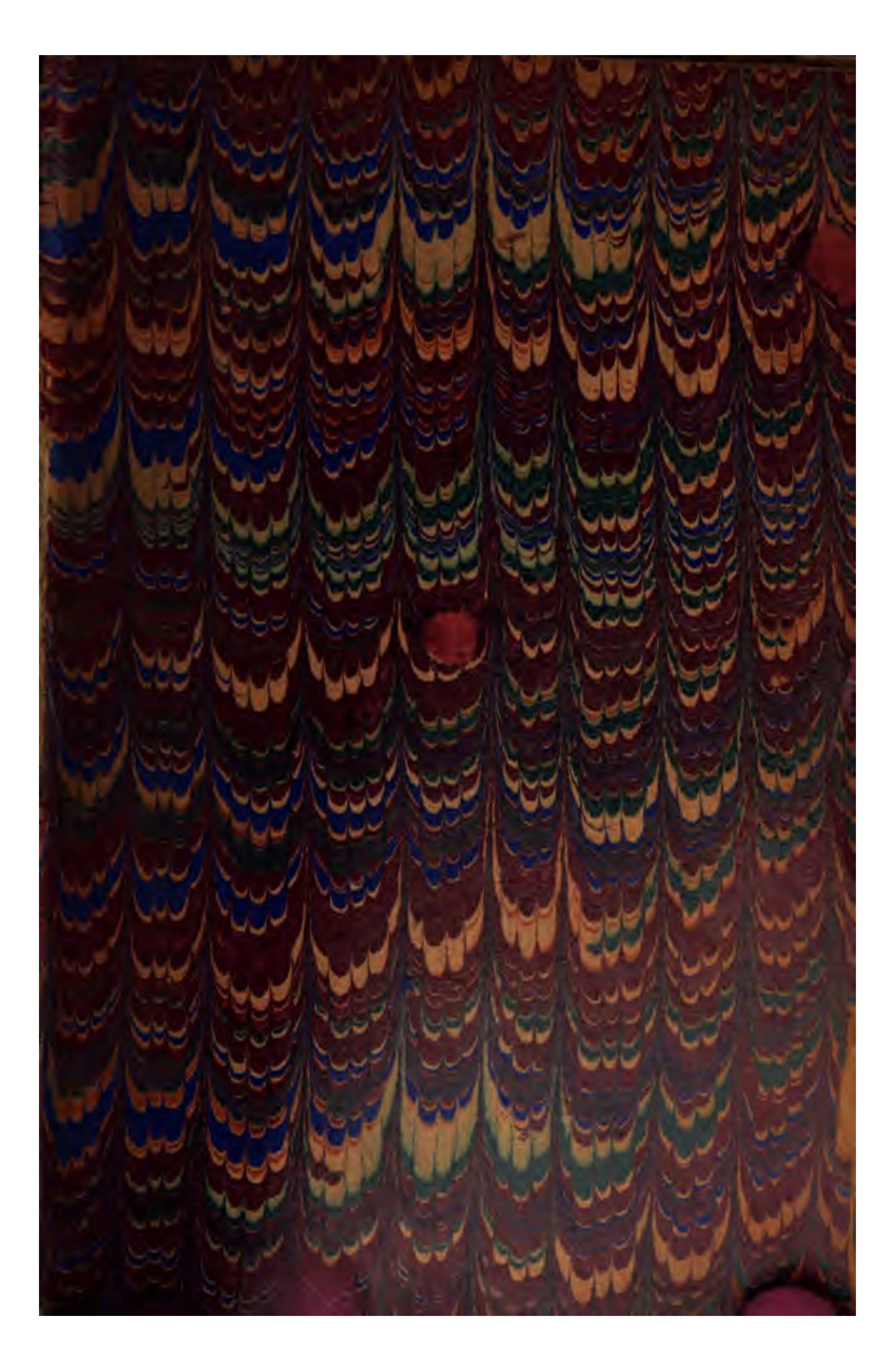
TEODORO. Huye, Tristán, por aquí.
TRISTÁN. Notable desdicha ha sido.

---

* Ésta es una de las poquísimas comedias de LOPE, en que la crítica ha encontrado en el carácter de la heroína algo que no se acomoda á la costumbre del galante poeta, de presentarlas siempre adornadas con las prendas más puras y halagüeñas. También ha habido quien ha encontrado inmoralidad en el desenlace, aunque, á la verdad, se tenga que ser para esto muy meticuloso.

Por lo demás, hay en esta obra escenas de subido mérito, en las cuales sobresale la gracia, ternura y sentimiento que tanto sabía prodigar nuestro autor. El principio de la comedia, sobre todo, es inmejorable.


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
Mrs. Edward L. Adams



Edward L. Adams
January 14, 1903

OBRAS ESCOGIDAS

DE

LOPE DE VEGA

III

ESCENA X

DIANA, MARCELA, DOROTEA, ANARDA.

DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
DOROTEA. ¿Qué manda vuseñoría?
DIANA. Que me dijeses querría
Quién esta calle pasea.
DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo,
Y algunas veces el conde
Paris.
DIANA. La verdad responde
De lo que decirte aguardo,
Si quieres tener remedio.
DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
DOROTEA. Si me pusieses en medio
De mil llamas, no podré
Decir que, fuera de ti,
Hablar con nadie los vi
Que en aquesta casa esté.
DIANA. ¿No te han dado algún papel?
¿Ningún paje ha entrado aquí?
DOROTEA. Jamás.
DIANA. Apártate allí.
MARCELA. (*Ap. á Anarda.*) ¡Brava inquisición!
ANARDA. Cruel.
DIANA. Oye, Anarda.
ANARDA. ¿Qué me mandas?
DIANA. ¿Qué hombre es éste que salió?...
ANARDA. ¡Hombre!
DIANA. Desta sala; — y yo
Sé los pasos en que andas.
¿Quién le trajo á que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?
ANARDA. No creas tú que en nosotras
Tal atrevimiento hubiese.
¡Hombre, para verte á ti,
Había de osar traer
Criada tuya, ni hacer
Esa traición contra ti!

No, Señora, no lo entiendes.

DIANA. Espera, apártate más;
Porque á sospechar me das,
Si engañarme no pretendes,
Que por alguna criada
Este hombre ha entrado aquí.

ANARDA. El verte, Señora, ansí,
Y justamente enojada,
Dejada toda cautela,
Me obliga á decir verdad,
Aunque contra el amistad
Que profeso con Marcela.
Ella tiene á un hombre amor,
Y él se le tiene también;
Mas nunca he sabido quién.

DIANA. Negarlo, Anarda, es error.
Ya que confiesas lo más,
¿Para qué niegas lo menos?

ANARDA. Para secretos ajenos
Mucho tormento me das,
Sabiendo que soy mujer;
Mas basta que hayas sabido
Que por Marcela ha venido.
Bien te puedes recoger;
Que es sólo conversación,
Y ha poco que se comienza.

DIANA. ¡Hay tan cruel desvergüenza!
¡Buena andará la opinión
De una mujer por casar!
¡Por el siglo, infame gente,
Del Conde mi señor!...

ANARDA. Tente,
Y déjame disculpar;
Que no es de fuera de casa
El hombre que habla con ella,
Ni para venir á vella
Por esos peligros pasa.

DIANA. En efeto ¿es mi criado?

ANARDA. Sí, Señora.

DIANA. ¿Quién?

ANARDA. Teodoro.

DIANA. ¿El seeretario?

ANARDA. Yo ignoro
Lo demás; sé que han hablado.
DIANA. Retírate, Anarda, allí.
ANARDA. Muestra aquí tu entendimiento.
DIANA. (*Ap.*) Con más templanza me siento,
Sabiendo que no es por mí.)
Marcela...
MARCELA. Señora...
DIANA. Escucha.
MARCELA. ¿Qué mandas? (*Ap.* Temblando llego.)
DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba
Mi honor y mis pensamientos?
MARCELA. Pues ¿qué te han dicho de mí,
Sabiendo tú que profeso
La lealtad que tú mereces?
DIANA. ¿Tú lealtad?
MARCELA. ¿En qué te ofendo?
DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,
Y dentro de mi aposento,
Entre un hombre á hablar contigo?
MARCELA. Está Teodoro tan necio,
Que donde quiera me dice
Dos docenas de requiebros.
DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno á fe!
Bendiga el buen año el cielo,
Pues se venden por docenas.
MARCELA. Quiero decir que, en saliendo
Ó trando, luego á la boca
Traslada sus pensamientos.
DIANA. ¿Traslada? Término extraño.
Y ¿qué te dice?
MARCELA. No creo
Que se me acuerda.
DIANA. Sí hará.
MARCELA. Una vez dice: « Yo pierdo
El alma por esos ojos; »
Otra: « Yo vivo por ellos;
Esta noche no he dormido,
Desvelando mis deseos
En tu hermosura. » Otro vez
Me pide sólo un cabello
Para atarlos, porque estén

En su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
Niñerías?

DIANA. Tú á lo menos
Bien te huelgas.

MARCELA. No me pesa;
Porque de Teodoro entiendo
Que estos amores dirige
Á fin tan justo y honesto,
Como el casarse conmigo.

DIANA. Es el fin del casamiento
Honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA. ¡Qué mayor bien para mí!
Pues ya, Señora, que veo
Tanta blandura en tu enojo
Y tal nobleza en tu pecho,
Te aseguro que le adoro,
Porque es el mozo más cuerdo,
Más prudente y entendido,
Más amoroso y discreto,
Que tiene aquesta ciudad.

DIANA. Ya sé yo su entendimiento,
Del oficio en que me sirve.

MARCELA. Es diferente el sujeto
De una carta, en que les pruebas
Á dos títulos tu deudo,
De verle hablar más de cerca,
En estilo dulce y tierno,
Razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo
Á que os caséis, cuando sea
Para ejecutarlo tiempo,
No puedo dejar de ser
Quien soy, como ves que debo
Á mi generoso nombre;
Porque no fuera bien hecho
Daros lugar en mi casa.
(*Ap.*) Sustentar mi enojo quiero.)
Pues que ya todos lo saben,
Tú podrás con más secreto
Proseguir ese tu amor;

Que en la ocasión yo me ofrezco
Á ayudaros á los dos;
Que Teodoro es hombre cuerdo,
Y se ha criado en mi casa;
Y á ti, Marcela, te tengo
La obligación que tú sabes,
Y no poco parentesco.

MARCELA. Á tus pies tienes tu hechura.

DIANA. Vete.

MARCELA. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.

ANARDA. (*Áp. á Marcela.*) ¿Qué ha sido?

MARCELA. Enojos en mi provecho.

DOROTEA. ¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA. Sí sabe, y que son honestos.

(*Marcela, Dorotea y Anarda hacentres reverencias á la Condesa, y se van.*)

ESCENA XI

DIANA.

Mil veces he advertido en la belleza,
Gracia y entendimiento de Teodoro,
Que á no ser desigual á mi decoro,
Estimara su ingenio y gentileza.
Es el amor común naturaleza;
Mas yo tengo mi honor por más tesoro;
Que los respetos de quien soy adoro,
Y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de quedarme;
Que si la suelen dar bienes ajenos,
Bien tengo de que pueda lamentarme.
Porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme,
Ó yo, para igualarle, fuera menos. (*Vase.*)

ESCENA XII

TEODORO, TRISTÁN.

TEODORO. No he podido sosegar.

TRISTÁN. Y aun es con mucha razón;
Que ha de ser tu perdición
Si lo llega á averiguar.
Díjete que la dejaras
Acostar, y no quisiste.

TEODORO. Nunca el amor se resiste.

TRISTÁN. Tiras; pero no reparas.

TEODORO. Los diestros lo hacen ansí.

TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras,
El peligro conocieras.

TEODORO. ¿Si me conoció?

TRISTÁN. No y sí;
Que no conoció quién eras,
Y sospecha le quedó.

TEODORO. Cuando Fabio me siguió,
Bajando las escaleras,
Fué milagro no matalle.

TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré
Mi sombrero á la luz!

TEODORO. Fué
Detenelle y deslumbralle,
Porque si adelante pasa,
No le dejara pasar.

TRISTÁN. Dije á la luz al bajar:
« Di que no somos de casa; »
Y respondióme: « Mentís. »
Alzé y tiréle el sombrero:
¿Quedé agraviado?

TEODORO. Hoy espero
Mi muerte.

TRISTÁN. Siempre decís
Esas cosas los amantes
Cuando menos pena os dan.

TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,
En peligros semejantes?

TRISTÁN. Dejar de amar á Marcela,
Pues la Condesa es mujer
Que si lo llega á saber,
No te ha de valer cautela
Para no perder su casa.

TEODORO. Y ¿no hay más sino olvidar

TRISTÁN. Liciones te quiero dar

De cómo el amor se pasa.

TEODORO. ¿Ya comienzas desatinos?

TRISTÁN. Con arte se vence todo:
Oye, por tu vida, el modo
Por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
Resolución de olvidar,
Sin pensar que has de tornar
Eternamente á querer;
Que si te queda esperanza
De volver, no habrá remedio
De olvidar; que si está en medio
La esperanza, no hay mudanza.
¿Por qué piensas que no olvida
Luego un hombre á una mujer?
Porque, pensando volver,
Va entreteniendo la vida.
Ha de haber resolución
Dentro del entendimiento,
Con que cesa el movimiento
De aquella imaginación.
¿No has visto faltar la cuerda
De un reloj, y estarse quedas
Sin movimiento las ruedas?
Pues desa suerte se acuerda
El que tienen las potencias,
Cuando la esperanza falta.

TEODORO. Y la memoria ¿no salta
Luego á hacer mil diligencias,
Despertando el sentimiento
Á que del bien no se prive?

TRISTÁN. Es enemigo que vive
Asido al entendimiento,
Como dijo la canción
De aquel español poeta;
Mas por eso es linda treta
Vencer la imaginación.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Pensando defetos,
Y no gracias; que olvidando,
Defetos están pensando,
Que no gracias, los discretos.

No la imagines vestida
Con tan linda proporción
De cintura, en el balcón
De unos chapines subida.
Toda es vana arquitectura ;
Porque dijo un sabio un día
Que á los sastres se debía
La mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
Una mujer semejante,
Es como un disciplinante
Que le llevan á curar.
Esto sí ; que no adornada
Del costoso faldellín :
Pensar defetos, en fin,
Es medecina aprobada.
Si de acordarte que vías
Alguna vez una cosa
Que te pareció asquerosa,
No comes en treinta días ;
Acordándote, Señor,
De los defetos que tiene,
Si á la memoria te viene,
Se te quitará el amor.

TEODORO. ¡ Qué grosero cirujano !
¡ Qué rustica curación !
Los remedios al fin son
Como de tu tosca mano.
Médico impírico eres ;
No has estudiado, Tristán.
Yo no imagino que están
Desa suerte las mujeres,
Sino todas cristalinas,
Como un vidro trasparentes.

TRISTÁN. ¡ Vidro —Sí, muy bien lo sientes,
Si á verlas quebrar caminas ;
Mas si no piensas pensar
Defetos, pensarte puedo,
Porque ya he perdido el miedo
De que podrás olvidar.
Pardiez, yo quise una vez,
Con esta cara que miras,

Á una alforja de mentiras,
Años cinco veces diez;
Y entre otros dos mil defetos,
Cierta barriga tenía,
Que encerrar dentro podía,
Sin otros mil parapetos,
Cuantos legajos de pliegos
Algún escritorio apoya,
Pues como el caballo en Troya
Pudiera meter cien griegos.
¿No has oído que tenía
Cierto lugar un nogal,
Que en el tronco un oficial
Con mujer y hijos cabía,
Y aun no era la casa escasa?
Pues desa misma manera,
En esta panza cupiera
Un tejedor y su casa.
Y queriéndola olvidar
(Que debió de convenirme),
Dió la memoria en decirme
Que pensase en blanco azar,
En azucena y jazmín,
En marfil, en plata, en nieve,
Y en la cortina, que debe
De llamarse el faldellín.
Con que yo me deshacía.
Mas tomé más cuerdo acuerdo,
Y di en pensar, como cuerdo,
Lo que más le parecía:
Cestos de calabazones,
Baules viejos, maletas
De cartas para estafetas,
Almofrejes y jergones;
Con que se trocó en desdén
El amor y la esperanza,
Y olvidé la dicha panza
Por siempre jamás amén;
Que era tal, que en los dobleces
(Y no es mucho encarecer)
Se pudieran esconder
Cuatro manos de almireces.

TEODORO. En las gracias de Marcela
No hay defetos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN. Pues á tu desgracia apela,
Y sigue tan loca empresa.

TEODORO. Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTÁN. Pensarlas hasta perder
La gracia de la Condesa.

ESCENA XIII

DIANA. — DICHOS.

DIANA. Teodoro...

TEODORO. (*Ap.*) La misma es.

DIANA. Escucha.

TEODORO. Á tu hechura manda.

TRISTÁN. (*Ap.*) Si en averiguarlo anda,
De casa volamos tres.

DIANA. Hame dicho cierta amiga
Que desconfía de sí,
Que el papel que traigo aquí
Le escriba: á hacerlo me obliga
La amistad, aunque yo ignoro,
Teodoro, cosas de amor;
Y que le escribas mejor
Vengo á decirte, Teodoro.
Toma y léele.

TEODORO. Si aquí,
Señora, has puesto la mano,
Igualarle fuera en vano,
Y fuera soberbia en mí.
Sin verle, pedirte quiero
Que á esa señora le envíes.

DIANA. Léele.

TEODORO. Que desconfíes
Me espanto: aprender espero
Estilo que yo no sé;
Que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEODORO. Con temor

De mis defetos, no amé;
Que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer
De que no te dejas ver,
Pues que te vas rebozado.

TEODORO. ¡Yo, Señora! ¿Cuándo ó cómo?

DIANA. Dijéronme que salió
Anoche acaso, y te vió
Rebozado el mayordomo.

TEODORO. Andaríamos burlando
Fabio y yo, como solemos,
Que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Estoy pensando
Que tengo algún envidioso.

DIANA. Celoso podría ser.
Lee, lee.

TEODORO. Quiero ver
Ese ingenio milagroso.
(*Lee.*) « Amar por ver amar, envidia ha sido,
Y primero que amar estar celosa
Es invención de amor maravillosa,
Y que por imposible se ha tenido.
» De los celos mi amor ha procedido,
Por pesarme que, siendo más hermosa,
No fuese en ser amada tan dichosa,
Que hubiese lo que envidio merecido.
» Estoy sin ocasión desconfiada,
Celosa sin amor, aunque sintiendo :
Debo de amar, pues quiero ser amada.
» Ni me dejo forzar ni me defiendo;
Darme quiero á entender sin decir nada :
Entiéndame quien puede; yo me entiendo. »

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es
Á propósito del dueño,
No he visto cosa mejor;
Mas confieso que no entiendo
Cómo puede ser que amor
Venga á nacer de los celos,
Pues que siempre fué su padre.

DIANA. Porque esta dama, sospecho

Que se agradaba de ver
Este galán, sin deseo;
Y viéndole ya empleado
En otro amor, con los celos
Vino á amar y á desear.
¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo;
Mas ya esos celos, Señora,
De algún principio nacieron,
Y ese fué amor; que la causa
No nace de los efetos,
Sino los efetos della.

DIANA. No sé, Teodoro : esto siento
Desta dama, pues me dijo
Que nunca al tal caballero
Tuvo más que inclinación,
Y en viéndole amar, salieron
Al camino de su honor
Mil salteadores deseos,
Que le han desnudado el alma
Del honesto pensamiento
Con que pensaba vivir.

TEODORO. Muy lindo papel has hecho :
Yo no me atrevo á igualarle.

DIANA. Entra y prueba.

TEODORO. No me atrevo.

DIANA. Haz esto, por vida mía.

TEODORO. Vuseñoría con esto
Quiere probar mi ignorancia.

DIANA. Aquí aguardo : vuelve luego.

TEODORO. Yo voy. *(Vase.)*

DIANA. Escucha, Tristán.

ESCENA XIV

DIANA, TRISTÁN.

TRISTÁN. Á ver lo que mandas vuelvo,
Con vergüenza destas calzas;
Que el secretario, mi dueño,
Anda salido estos días;

Y hace mal un caballero,
Sabiendo que su lacayo
Le va sirviendo de espejo,
De lucero y de cortina,
En no traerle bien puesto.
Escalera del señor,
Si va á caballo, un discreto,
Nos llamó, pues á su cara
Se sube por nuestros cuerpos.
No debe de poder más.

DIANA. ¿Juega?

TRISTÁN. ¡Pluguiera á los cielos!
Que á quien juega, nunca faltan,
Desto ó de aquéllo, dineros.
Antiguamente los reyes
Algún oficio aprendieron,
Por si en la guerra ó la mar
Perdían su patria y reino,
Saber con qué sustentarse :
¡Dichosos los que pequeños
Aprendieron á jugar!
Pues en faltando, es el juego
Un arte noble que gana
Con poca pena el sustento.
Verás un grande pintor,
Acrisolando el ingenio,
Hacer una imagen viva,
Y decir el otro necio
Que no vale diez escudos;
Y que el que juega, en diciendo
« Paro », con salir la suerte,
Le sale á ciento por ciento.

DIANA. En fin, ¿no juega?

TRISTÁN. Es cuitado.

DIANA. Á la cuenta será cierto
Tener amores.

TRISTÁN. ¡Amores!
¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA. Pues un hombre de su talle,
Galán, discreto y mancebo,
¿No tiene algunos amores
De honesto entretenimiento?

TRISTÁN. Yo trato en paja y cebada,
No en papeles y requiebros.
De día te sirve aquí;
Que está ocupado sospecho.
DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?
TRISTÁN. No le acompaño; que tengo
Una cadera quebrada.
DIANA. ¿De qué, Tristán?
TRISTÁN. Bien te puedo
Responder lo que responden
Las mal casadas, en viendo
Cardenales en su cara
Del mojicón de los celos:
« Rodé por las escaleras. »
DIANA. ¿Rodaste?
TRISTÁN. Por largo trecho.
Con las costillas conté
Los pasos.
DIANA. Forzoso es eso,
Si á la lámpara, Tristán,
Le tirabas el sombrero.
TRISTÁN. (*Ap.*) ¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
Que se sabe todo el cuento!
DIANA. ¿No respondes?
TRISTÁN. Por pensar
Cuándo... pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
Unos murciélagos negros;
El sombrero les tiraba,
Fuése á la luz uno dellos,
Y acerté, por dar en él,
En la lámpara, y tan presto
Por la escalera rodé,
Que los dos pies se me fueron.
DIANA. Todo está muy bien pensado;
Pero un libro de secretos
Dice que es buena la sangre
Para quitar el cabello
(Desos murciélagos digo);
Y haré yo sacarla luego,
Si es cabello la ocasión,
Para quitarla con ellos.

TRISTÁN. (*Ap.*) ¡Vive Dios, que hay chamusquina,
Y que por murciegalero
Me pone en una galera!

DIANA. (*Ap.*) ¡Qué traigo de pensamientos!

ESCENA XV

FABIO, *y después*, EL MARQUÉS RICARDO Y CELIO. — DIANA.

FABIO. Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA. Poned esas sillas luego.

(*Salen Ricardo y Celio, y vanse Fabio y Tristán.*)

RICARDO. Con el cuidado que el amor, Diana,
Pone en un pecho que aquel fin desea
Que la mayor dificultad allana,
El mismo quiere que te adore y vea :
Solicito mi causa, aunque por vana
Esta ambición algún contrario crea,
Que dando más lugar á su esperanza,
Tendrá menos amor que confianza.
Está vuseñoría tan hermosa,
Que estar buena el mirarla me asegura ;
Que en la mujer (y es bien pensada cosa)
La más cierta salud es la hermosura;
Que en estando gallarda, alegre, airosa,
Es necedad, es ignorancia pura,
Llegar á preguntarle si está buena,
Que todo entendimiento la condena.
Sabiendo que lo estáis, como lo dice
La hermosura, Diana, y la alegría,
De mí, si á la razón no contradice,
Saber, Señora, cómo estoy querría.

DIANA. Que vuestra señoría solenice
Lo que en Italia llaman gallardía
Por hermosura, es digno pensamiento
De su buen gusto y claro entendimiento.
Que me pregunte como está, no creo
Que soy tan dueño suyo, que lo diga.

RICARDO. Quien sabe de mi amor y mi deseo
El fin honesto, á este favor se obliga.

Á vuestros deudos inclinados veo
Para que en lo tratado se prosiga;
Solo falta, Señora, vuestro acuerdo,
Porque sin él las esperanzas pierdo.
Si, como soy señor de aquel estado
Que con igual nobleza heredé agora,
Lo fuera desde el sur más abrasado
Á los primeros paños del aurora;
Si el oro, de los hombres adorado,
Las congeladas lágrimas que llora
El cielo, ó los diamantes orientales
Que abrieron por el mar caminos tales,
Tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
Y no dudéis, Señora, que pasara
Adonde el sol apenas luz me diera,
Como á sólo serviros importara:
En campañas de sal pies de madera
Por las remotas aguas estampara,
Hasta llegar á las australes playas,
Del humano poder últimas rayas,

DIANA. Creo, señor Marqués, el amor vuestro;
Y satisfecha de nobleza tanta,
Haré tratar el pensamiento nuestro,
Si el conde Federico no le espanta.

RICARDO. Bien sé que en trazas es el Conde diestro,
Porque en ninguna cosa me adelanta;
Mas yo fío de vos que mi justicia
Los ojos cegará de su malicia.

ESCENA XVI

TEODORO. — DIANA, RICARDO, CELIO.

TEODORO. Ya lo que mandas hice.

RICARDO. Si ocupada
Vuseñoría está, no será justo
Hurtarle el tiempo.

DIANA. No importara nada,
Puesto que á Roma escribo.

RICARDO. No hay disgusto
Como en día de cartas dilatada

Visita.

DIANA. Sois discreto.

RICARDO. En daros gusto. —
Celio, ¿qué te parece? (*Ap. á él.*)

CELIO. Que quisiera
Que ya tu justo amor premio tuviera.
(*Vanse Ricardo y Celio.*)

ESCENA XVII

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿Escribiste?

TEODORO. Ya escribí,
Aunque bien desconfiado;
Mas soy mandado y forzado.

DIANA. Muestra.

TEODORO. Lee.

DIANA. Dice así :
(*Lee.*) « Querer por ver querer, envidia fuera,
Si quien lo vió, sin ver amar no amara,
Porque si antes de ver, no amar pensara,
Después no amara, puesto que amar viera.
» Amor, que lo que agrada considera
En ajeno poder, su amor declara;
Que como la color sale á la cara,
Sale á la lengua lo que al alma altera.
» No digo más, porque lo más ofendo
Desde lo menos, si es que desmerezco
Porque del ser dichoso me defiendo.
» Esto que entiendo solamente ofrezco;
Que lo que no merezco no lo entiendo,
Por no dar á entender que lo merezco. »

DIANA. Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO. ¿Búrlaste?

DIANA. ¡Pluguiera á Dios!

TEODORO. ¿Qué dices?

DIANA. Que de los dos,
El tuyo vence, Teodoro.

TEODORO. Pésame, pues no es pequeño
Principio de aborrecer

Un criado, el entender
Que sabe más que su dueño.
De cierto rey se contó
Que le dijo á un gran privado:
« Un papel me da cuidado,
Y si bien le he escrito yo,
Quiero ver otro de vos,
Y el mejor escoger quiero. »
Escribióle el caballero,
Y fué el mejor de los dos.
Como vió que el Rey decía
Que era su papel mejor,
Fuése, y díjole al mayor
Hijo, de tres que tenía:
« Vámonos del reino luego;
Que en gran peligro estoy yo. »
El mozo le preguntó
La causa, turbado y ciego;
Y respondióle: « Ha sabido
El Rey que yo sé más que él; »
— Que es lo que en este papel
Me puede haber sucedido.

DIANA. No, Teodoro; que aunque digo
Que es el tuyo más discreto,
Es porque sigue el conceto
De la materia que sigo;
Y no para que presuma
Tu pluma que, si me agrada,
Pierdo el estar confiada
De los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy mujer
Á cualquier error sujeta,
Y no sé si muy discreta,
Como se me echa de ver.
Desde lo menos, aquí
Dices que ofendes lo más;
Y amando, engañado estás,
Porque en amor no es ansí,
Que no ofende un desigual
Amando, pues sólo entiendo
Que se ofende aborreciendo.

TEODORO. Esa es razón natural;

Mas pintaron á Faetonte
Y á Ícaro despeñados,
Uno en caballos dorados,
Precipitado en un monte;
Y otro, con alas de cera,
Derretido en el crisol
Del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol
Si, como es sol, mujer fuera.
Si alguna dama quisieres
Alta, sírvela y confía;
Que amor no es más que porfía:
No son piedras las mujeres.
Yo me llevo este papel;
Que despacio me conviene
Verle.

TEODORO. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEODORO. Honras mi deseo; aquí
Traigo el tuyo.

DIANA. Pues allá
Le guarda... aunque bien será
Rasgarle.

TEODORO. ¿Rasgarle?

DIANA. Sí;
Que no importa que se pierda,
Si se puede perder más. *(Vase.)*

ESCENA XVIII

TEODORO.

Fuése. ¿Quién pensó jamás
De mujer tan noble y cuerda
Este arrojarse tan presto
Á dar su amor á entender?
Pero también puede ser
Que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
Ni á lo menos se me acuerda:
« Pues ¿qué importa que se pierda

Si se puede perder más? »
Perder más, bien puede ser
Por la mujer que decía...
— Mas todo es bachillería,
Y ella es la misma mujer.
Aunque no; que la Condesa
Es tan discreta y tan varia,
Que es la cosa más contraria
De la ambición que profesa.
Sírvenla príncipes hoy
En Nápoles, que no puedo
Ser su esclavo. Tengo miedo
Que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
Sirvo, pues aquí ha fundado
El engaño y me ha burlado...
— Pero en vano se recela
Mi temor, porque jamás
Burlando salen colores.
¿Y el decir con mil temores,
Que se puede perder más?
¿Qué rosa, al llorar la aurora,
Hizo de las hojas ojos,
Abriendo los labios rojos
Con risa á ver cómo llora,
Como ella los puso en mí,
Bañada en púrpura y grana;
Ó qué pálida manzana
Se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho,
Yo lo juzgo (ó estoy loco)
Para ser de veras poco,
Y para de burlas mucho.
Mas teneos, pensamiento,
Que os vais ya tras la grandeza,
Aunque si digo belleza,
Bien sabéis vos que no miento;
Que es bellísima Diana,
Y en discreción sin igual.

ESCENA XIX

MARCELA. — TEODORO.

MARCELA. ¿Puedo hablarte?
TEODORO. Ocasión tal
Mil imposibles allana;
Que por ti, Marcela mía,
La muerte me es agradable.
MARCELA. Como yo te vea y hable,
Dos mil vidas perdería,
Estuve esperando el día,
Como el pajarillo solo;
Y cuando vi que en el polo
Que Apolo más presto dora,
Le despertaba la aurora,
Dije : « Yo veré mi Apolo. »
Grandes cosas han pasado;
Que no se quiso acostar
La Condesa hasta dejar
Satisfecho su cuidado.
Amigas que han envidiado
Mi dicha con deslealtad,
Le han contado la verdad;
Que entre quien sirve, aunque veas
Que hay amistad, no la creas,
Porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
Que si es Diana la luna,
Siempre á quien ama importuna,
Salió y vió nuestro secreto.
Pero será, te prometo,
Para mayor bien, Teodoro;
Que del honesto decoro
Con que tratas de casarte
Le dí parte, y dije aparte
Cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí,
Tu estilo, tu gentileza;
Y ella entonces su grandeza

Mostró tan piadosa en mí,
Que se alegró de que en ti.
Hubiese los ojos puesto,
Y de casarnos muy presto
Palabra también me dió,
Luego que de mí entendió
Que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
Y la casa revolviera,
Que á los dos nos despidiera
Y á los demás castigara ;
Mas su sangre ilustre y clara,
Y aquel ingenio en efeto
Tan prudente y tan perfeto,
Conoció lo que mereces.
¡Oh, bien haya amén mil veces
Quien sirve á señor discreto!

TEODORO. ¿Que casarme prometió
Contigo?

MARCELA. Pues ¿pones duda
Que á su ilustre sangre acuda?

TEODORO (*Ap*). Mi ignorancia me engañó.
¡Qué necio pensaba yo
Que hablaba en mí la Condesa!
De haber pensado me pesa
Que pudo tenerme amor;
Que nunca tan alto azor
Se humilla á tan baja presa.

MARCELA. ¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO. Marcela, conmigo habló;
Pero no se declaró
En darme á entender que fuí
El que embozado salí
Anoche de su aposento.

MARCELA. Fué discreto pensamiento,
Por no obligarse al castigo
De saber que hablé contigo,
Si no lo es el casamiento;
Que el castigo más piadoso
De dos que se quieren bien
Es casarlos.

TEODORO. Dices bien,

Y el remedio más honroso.

MARCELA. ¿Querrás tú?

TEODORO. Seré dichoso.

MARCELA. Confírmalo.

TEODORO. Con los brazos,
Que son los rasgos y lazos
De la pluma dèl amor,
Pues no hay rúbrica mejor
Que la que firman los brazos.

ESCENA XX

DIANA, — DICHOS.

DIANA. Esto se ha enmendado bien.
Agora estoy muy contenta;
Que siempre á quien reprehende
Da gran gusto ver la enmienda.
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO. Dije, Señora, á Marcela
Qué anoche salí de aquí
Con tanto disgusto y pena
De que vuestra señoría
Imaginase en su ofensa
Este pensamiento honesto
Para casarme con ella,
Que me he pensado morir;
Y dándome por respuesta
Que mostrabas en casarnos
Tu piedad y tu grandeza,
Díle mis brazos; y advierte
Que si mentirte quisiera,
No me faltara un engaño;
Pero no hay cosa que venza,
Como decir la verdad,
Á una persona discreta.

DIANA. Teodoro, justo castigo
La deslealtad mereciera
De haber perdido el respeto
Á mi casa; y la nobleza
Que usé anoche con los dos

No es justo que parte sea
Á que os atreváis ansí;
Que en llegando á desvergüenza
El amor, no hay privilegio
Que al castigo le defienda.
Mientras no os casáis los dos,
Mejor estará Marcela
Cerrada en un aposento;
Que no quiero yo que os vean
Juntos las demás criadas,
Y que por ejemplo os tengan
Para casárseme todas. —
¡Dorotea! ¡ah, Dorotea!

ESCENA XXI

DOROTEA. — DICHOS.

DOROTEA. Señora...

DIANA. Toma esta llave,
Y en mi propia cuadra encierra
Á Marcela; que estos días
Podrá hacer labor en ella. —
No diréis que esto es enojo.

DOROTEA. ¿Qué es esto, Marcela? (*Ap. á ella.*)

MARCELA. Fuerza
De un poderoso tirano
Y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.

DOROTEA. Cárcel aquí no la temas,
Y para puertas de celos
Tiene amor llave maestra.
(*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XXII

DIANA, TEODORO.

DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres
Casarte?

TEODORO. Yo no quisiera
Hacer cosa sin tu gusto;
Y créeme, que mi ofensa
No es tanta como te han dicho;
Que bien sabes que con lengua
De escorpión pintan la envidia;
Y que si Ovidio supiera
Qué era servir, no en los campos,
No en las montañas desiertas
Pintara su escura casa;
Que aquí habita y aquí reina.

DIANA. Luego ¿no es verdad que quieres
Á Marcela?

TEODORO. Bien pudiera
Vivir sin Marcela yo.

DIANA. Pues díceme que por ella
Pierdes el seso.

TEODORO. Es tan poco,
Que no es mucho que le pierda;
Mas crea vuseñoría
Que, aunque Marcela merezca
Esas finezas en mí,
No ha habido tantas finezas.

DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros
Tales, que engañar pudieran
Á mujer de más valor?

TEODORO. Las palabras poco cuestan.

DIANA. ¿Qué le has dicho, por mi vida?
¿Cómo, Teodoro, requiebran
Los hombres á las mujeres?

TEODORO. Como quien ama y quien ruega,
Vistiendo de mil mentiras
Una verdad, y esa apenas.

DIANA. Sí; pero ¿con qué palabras?

TEODORO. Extrañamento me aprieta
Vuseñoría. « Esos ojos
(Le dije), esas niñas bellas,
Son luz con que ven los míos;
Y los corales y perlas
Desa boca celestial... »

DIANA. ¿Celestial?

TEODORO. Cosas como estas

Son la cartilla, Señora,
De quien ama y quien desea.

DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
Hoy el crédito conmigo,
Porque sé yo que en Marcela
Hay más defetos que gracias,
Como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
No tengo pocas pendencias
Con ella... Pero no quiero
Desenamorarte della;
Que bien pudiera decirte
Cosas... Pero aquí se quedan
Sus gracias ó sus desgracias;
Que yo quiero que la quieras,
Y que os caséis en buen hora.
Mas pues de amador te precias,
Dame consejo, Teodoro,
Ansí á Marcela poseas,
Para aquella amiga mía,
Que ha días que no sosiega
De amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
Ofende su autoridad;
Y si de quererle deja,
Pierde el jüicio de celos;
Que el hombre, que no sospecha
Tanto amor, anda cobarde,
Aunque es discreto, con ella.

TEODORO. Yo, Señora, ¿sé de amor?
No sé por Dios cómo pueda
Aconsejarte.

DIANA. ¿No quieres,
Como dices, á Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lengua las puertas,
Que ellas dijeran...

TEODORO. No hay cosa
Que decir las puertas puedan.

DIANA. Ea, que ya te sonrojas,
Y lo que niega la lengua,

Confiesas con las colores.

TEODORO Si ella te lo ha dicho, es necia.
Una mano le tomé,
Y no me quedé con ella,
Que luego se la volví;
No sé yo de qué se queja.

DIANA. Sí; pero hay manos que son
Como la paz de la Iglesia,
Que siempre vuelven besadas.

TEODORO. Es necísima Marcela.
Es verdad que me atreví,
Pero con mucha vergüenza,
Á que templase la boca
Con nieve y con azucenas.

DIANA. ¿Con azucenas y nieve?
Huelgo de saber que tiempla
Ese emplasto el corazón.
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO. Que si esa dama que dices,
Hombre tan bajo desea,
Y de quererle resulta
Á su honor tanta bajeza,
Haga que con un engaño,
Sin que la conozca, pueda
Gozarle.

DIANA. Queda el peligro
De presumir que lo entienda.
¿No será mejor matarle?

TEODORO. De Marco Aurelio se cuenta
Que dió á su mujer Faustina,
Para quitarle la pena,
Sangre de un esgrimidor;
Pero estas romanas pruebas
Son buenas entre gentiles.

DIANA. Bien dices; que no hay Lucrecias,
Ni Torcuatos ni Virginios
En esta edad; y en aquella
Hubo Faustinas, Teodoro,
Mesalinas y Popeas.
Escríbeme algún papel
Que á este propósito sea,
Y queda con Dios ¡ Ay, Dios ! (*Cae.*)

Caí. ¿Qué me miras? Llega,
Dame la mano.

TEODORO. El respeto
Me detuvo de ofrecella.

DIANA. ¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEODORO. Así cuando vas á misa
Te la da Otavio.

DIANA. Es aquella
Mano que yo no le pido,
Y debe de haber setenta
Años que fué mano, y viene
Amortajada por muerta.
Aguardar quien ha caído
Á que se vista de seda,
Es como ponerse un jaco
Quien ve al amigo en pendencia;
Que mientras baja, le han muerto.
Demás que no es bien que tenga
Nadie por más cortesía,
Aunque melindres lo aprueban,
Que una mano, si es honrada,
Traiga la cara cubierta.

TEODORO. Quiero estimar la merced
Que me has hecho.

DIANA. Cuando seas
Escudero, la darás
En el ferreruelo envuelta;
Que agora eres secretario:
Con que te he dicho que tengas
Secreta aquesta caída,
Si levantarte deseas. (*Vase.*)

ESCENA XX

TEODORO.

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,
Si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
Al dársela, robó del rostro el miedo.

Tembló, yo lo sentí : dudoso quedo.
¿ Qué haré ? Seguir mi suerte venturosa ;
Si bien, por ser la empresa tan dudosa,
Niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar á Marcela es caso injusto ;
Que las mujeres no es razón que esperen
De nuestra obligación tanto disgusto.
Pero si ellas nos dejan cuando quieren
Por cualquiera interés ó nuevo gusto,
Mueran también como los hombres mueren.

ACTO SEGUNDO

Calle.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE FEDERICO, LEONIDO.

FEDERICO. ¿ Aquí la viste ?
LEONIDO. Aquí entró,
Como el alba por un prado,
Que á su tapete bordado
La primera luz le dió ;
Y según la devoción,
No pienso que tardarán ;
Que conozco al capellán,
Y es más breve que es razón.
FEDERICO. ¡ Ay si la pudiese hablar !
LEONIDO. Siendo tú su primo, es cosa
Acompañarla forzosa.
FEDERICO. El pretenderme casar
Ha hecho ya sospechoso
Mi parentesco, Leonido;
Que antes de haberla querido,
Nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
Una dama libremente

Por conocído ó pariente,
Mientras no la solicita;
Pero en llegando á querella,
Aunque de todos se guarde,
Menos entra, y más cobarde,
Y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido á mí
Con mi prima la Condesa;
Tanto, que de amar me pesa,
Pues lo más del bien perdí,
Pues me estaba mejor vella
Tan libre como solía.

ESCENA II

RICARDO y CELIO, *que se quedan lejos de* — FEDERICO y LEONIDO.

CELIO. Á pie digo que salía,
Y alguna gente con ella.

RICARDO. Por estar la iglesia enfrente,
Y por preciarse del talle,
Ha querido honrar la calle.

CELIO. ¿No has visto por el oriente
Salir serena mañana
El sol con mil rayos de oro,
Cuando dora el blanco toro
Que pace campos de grana
(Que así llamaba un poeta
Los primeros arreboles)?
Pues tal salió con dos soles,
Más hermosa y más perfeta,
La bellísima Diana,
La condesa de Belflor.

RICARDO. Mi amor te ha vuelto pintor
De tan serena mañana;
Y hácesla sol con razón,
Porque el sol en sus caminos
Va pasando varios sinos.
Que sus pretendientes son.
Mira que allí Federico

Aguarda sus rayos de oro.

CELIO. ¿Cuál de los dos será el toro
Á quien hoy al sol aplico?

RICARDO. Él por primera afición,
Aunque del nombre se guarde;
Que yo, por entrar más tarde,
Seré el signo del león.

FEDERICO. ¿Es aquel Ricardo?

LEONIDO. Él es.

FEDERICO. Fuera maravilla rara
Que deste puesto faltara.

LEONIDO. Gallardo viene el Marqués.

FEDERICO. No pudieras decir más,
Si tú fueras el celoso.

LEONIDO. ¿Celos tienes?

FEDERICO. ¿No es forzoso?
De alabarle me los das.

LEONIDO. Si á nadie quiere Diana,
¿De qué los puedes tener?

FEDERICO. De que le puede querer;
Que es mujer.

LEONIDO. Sí, mas tan vana,
Tan altiva y desdeñosa,
Que á todos os asegura.

FEDERICO. Es soberbia la hermosura.

LEONIDO. No hay ingratitud hermosa.

CELIO. Diana sale, Señor.

RICARDO. Pues tendrá mi noche día.

CELIO. ¿Hablarásla?

RICARDO. Eso querría,
Si quiere el competidor.

ESCENA III

DIANA, OTAVIO, FABIO; *y detrás*, MARCELA, DOROTEA Y ANARDA, *con mantos*. — DICHOS.

FEDERICO. (*Á Diana.*) Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA. Señor Conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO. Y yo, Señora, con el mismo agora
Á acompañaros vengo y á serviros.

DIANA. Señor Marqués, ¿qué dicha es esta mía?
¡Tanta merced!

RICARDO. Bien debe á mi deseo
Vuseñoría este cuidado.

FEDERICO. (*Á su criado.*) Creo
Que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO. Háblala; no te turbes.

FEDERICO. ¡Ay, Leonido!
Quien sabe que no gustan de escuchalle,
¿De qué te admiras que se turbe y calle? (*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA IV

TEODORO.

Nuevo pensamiento mío,
Desvanecido en el viento,
Que con ser mi pensamiento,
De veros volar me río,
Parad, detened el brío,
Que os detengo y os provoco;
Porque si el intento es loco;
De los dos lo mismo escucho,
Aunque donde el premio es mucho,
El atrevimiento es poco.
Y si por disculpa dais
Que es infinito el que espero,
Averigüemos primero,
Pensamiento, en qué os fundáis.
Vos á quien servís amáis:
Diréis que ocasión tenéis,
Si á vuestros ojos creéis:
Pues, pensamiento, decildes
Que sobre pajas humildes
Torres de diamante hacéis.
Si no me sucede bien,
Quiero culparos á vos;

Mas teniéndola los dos,
No es justo que culpa os den;
Que podréis decir también
Cuando del alma os levanto,
Y de la altura me espanto
Donde el amor os subió,
Que el estar tan bajo yo
Os hace á vos subir tanto.
Cuando algún hombre ofendido,
Al que le ofende defiende,
Que dió la ocasión se entiende :
Del daño que os ha venido,
Sed en buen hora atrevido ;
Que aunque los dos nos perdamos,
Esta disculpa llevamos :
Que vos os perdéis por mí,
Y que yo tras vos me fuí,
Sin saber adónde vamos.
Id en buen hora. aunque os den
Mil muertes por atrevido ;
Que no se llama perdido
El que se pierde tan bien.
Como á otros dan parabién
De lo que hallan, estoy tal,
Que de perdición igual
Os le doy ; porque es perderse
Tan bien, que puede tenerse
Envidia del mismo mal.

ESCENA V

TRISTÁN. — TEODORO.

TRISTÁN. Si en tantas lamentaciones
Cabe un papel de Marcela.
Que contigo se consuela
De sus pasadas prisiones,
Bien te le daré sin porte ;
Porque á quien no ha menester,
Nadie le procura ver,
Á a usanza de la corte.

Cuando está en alto lugar
Un hombre (y ¡ qué bien lo imitas !),
¡ Qué le vienen de visitas
Á molestar y á enfadar !
Pero si mudó de estado,
Como es la fortuna incierta,
Todos huyen de su puerta
Como si fuese apestado.
¿ Parécete que lavemos
En vinagre este papel ?

TEODORO. Contigo, necio, y con él
Entrambas cosas tenemos.
Muestra ; que vendrá lavado,
Si en tus manos ha venido
(*Lee.*) « Á Teodoro, mi marido.»
¿ Marido ? ¡ Qué necio enfado !
¡ Qué necia cosa !

TRISTÁN. Es muy necia.

TEODORO. Pregúntale á mi ventura
Si, subida á tanta altura,
Esas mariposas precia.

TRISTÁN. Léele, por vida mía,
Aunque ya estés tan divino ;
Que no hace desprecio el vino
De los mosquitos que cría ;
Que yo sé cuando Marcela,
Que llamas ya mariposa,
Era águila caudalosa.

TEODORO. El pensamiento, que vuela
Á los mismos cercos de oro
Del sol, tan baja la mira,
Que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN. Hablas con justo decoro ;
Mas ¿qué haremos del papel ?

TEODORO. Esto.

TRISTÁN. ¿ Rasgástele ?

TEODORO. Sí.

TRISTÁN. ¿ Por qué, Señor ?

TEODORO. Porque ansí
Respondí más presto á él.

TRISTÁN. Ese es injusto rigor.

TEODORO. Ya soy otro ; no te espantes.

TRISTÁN. Basta; que sois los amantes
Boticarios del amor;
Que, como ellos las recetas,
Vais ensartando papeles.
Récipe celos crueles,
Agua de azules violetas.
Récipe un desdén extraño,
Sirupi del *borrajórum*,
Con que la sangre *templórum*,
Para asegurar el daño.
Récipe ausencia; tomad
Un emplasto para el pecho;
Que os hiciera más provecho
Estaros en la ciudad.
Récipe de matrimonio:
Allí es menester jarabes,
Y tras diez días süaves
Purgalle con antimonio.
Récipe *signum celeste*,
Que *Capricornius dicétur:*
Ese enfermo *moriétur*,
Si no es que paciencia preste.
Récipe que de una tienda
Yoya ó vestido *sacabis:*
Con tabletas *confortabis*
La bolsa que tal emprenda.
Á esta traza, finalmente,
Van todo el año ensartando.
Llega la paga: en pagando,
Ó viva ó muera el doliente,
Se rasga todo papel.
Tú la cuenta has acabado,
Y el de Marcela has rasgado
Sin saber lo que hay en él.

TEODORO. Ya tú debes de venir
Con el vino que otras veces.

TRISTÁN. Pienso que te desvaneces
Con lo que intentas subir.

TEODORO. Tristán, cuantos han nacido
Su ventura han de tener;
No saberla conocer
Es el no haberla tenido.

Ó morir en la porfía,
Ó ser conde de Belflor.

TRISTÁN. César llamaron, Señor.
Á aquel duque que traía
Escrito por gran blasón:
« César ó nada ; » y en fin
Tuvo tan contrario el fin,
Que al fin de su pretensión
Escribió una pluma airada:
« César ó nada, dijiste,
Y todo, César, lo fuiste,
Pues fuiste César y nada. »

TEODORO. Pues tomo, Tristán, la empresa,
Y haga después la fortuna
Lo que quisiere.

ESCENA VI

MARCELA y DOROTEA, *sin reparar en* — TEODORO y TRISTÁN.

DOROTEA. Si á alguna
De tus desdichas le pesa,
De todas las que servimos
Á la Condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dió,
Tan justa amistad hicimos,
Y yo me siento obligada
De suerte, mi Dorotea,
Que no habrá amiga que sea
Más de Marcela estimada.
Anarda piensa que yo
No sé cómo quiere á Fabio.
Pues della nació mi agravio;
Que á la Condesa contó
Los amores de Teodoro.

DOROTEA. Teodoro está aquí.

MARCELA. ¡ Mi bien !...

TEODORO. Marcela, el paso detén.

MARCELA. ¿ Cómo, mi bien, si te adoro,
Cuando á mis ojos te ofreces?

TEODORO. Mira lo que haces y dices;
Que en palacio los tapices
Han hablado algunas veces.
¿De qué piensas que nació
Hacer figuras en ellos?
De avisar que detrás dellos
Siempre algún vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
Á un rey su padre, dió voces,
Figuras que no conoces,
Pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle le he rasgado;
Que estoy tan escarmentado,
Que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquestos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. Y ya ¿mi amor
Has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor
Que vernos por puntos puestos
En peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
No tratemos desto más,
Para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto
Á no darle más enojos
Á la Condesa.

MARCELA. En los ojos
Tuve muchas veces puesto
El temor desta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
El amor, no el amistad.

MARCELA. ¡Tú dices eso, Teodoro,
Á Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;
Que soy de quietud amigo,
Y de guardar el decoro
Á la casa que me ha dado
El ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte.
TEODORO. Déjame.
MARCELA. ¿ De aquesta suerte
Me tratas ?
TEODORO. ¡ Qué necio enfado ! *(Vase.)*

ESCENA VII

MARCELA, DOROTEA, TRISTÁN.

MARCELA. ¿ Ah Tristán, Tristán ?
TRISTÁN. ¿ Qué quieres ?
MARCELA. ¿ Qué es esto ?
TRISTÁN. Una mudancita :
Que á las mujeres imita
Teodoro.
MARCELA. ¿ Cuáles mujeres ?
TRISTÁN. Unas de azúcar y miel.
MARCELA. Dile...
TRISTÁN. No me digas nada ;
Que soy vaina desta espada,
Nema de aqueste papel,
Caja de aqueste sombrero,
Fieltro deste caminante,
Mudanza deste danzante,
Día deste vario hebrero,
Sombra deste cuerpo vano,
Posta de aquesta estafeta,
Rastro de aquesta cometa,
Tempestad deste verano ;
Y finalmente, yo soy
La uña de aqueste dedo,
Que en cortándome, no puedo
Decir que con él estoy. *(Vase.)*

ESCENA VIII

MARCELA, DOROTEA.

MARCELA. ¿Qué sientes desto?
DOROTEA. No sé;

Que á hablar no me atrevo.

MARCELA. ¿No?

Pues yo hablaré.

DOROTEA. Pues yo no.

MARCELA. Pues yo sí.

DOROTEA. Mira que fué
Bueno el aviso, Marcela,
De los tapices que miras.

MARCELA. Amor en celosas iras
Ningún peligro recela.
Á no saber cuán altiva
Es la Condesa, dijera
Que Teodoro en algo espera,
Porque no sin causa priva
Tanto estos días Teodoro.

DOROTEA. Calla; que estás enojada.

MARCELA. Mas yo me veré vengada...
Ni soy tan necia, que ignoro
Las tretas de hacer pesar.

ESCENA IX

FABIO. — DICHAS.

FABIO. ¿Está el secretario aquí?

MARCELA. ¿Es por burlarte de mí?

FABIO. Por Dios, que le ando á buscar;
Que le llama mi señora.

MARCELA. Fabio, que sea ó no sea,
Pregúntale á Dorotea
Cuál puse á Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
Este secretario nuestro?

FABIO. ¡Qué engaño tan necio el vuestro!
¿Querréis que esté deslumbrado
De lo que los dos tratáis?
¿Es concierto de los dos?

MARCELA. ¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO. Por Dios,
Que pienso que me engañáis.

MARCELA. Confieso, Fabio, que oí

Las locuras de Teodoro;
Mas yo sé que á un hombre adoro,
Harto parecido á ti.

FABIO. ¿Á mí?

MARCELA. Pues ¿no te pareces
Á ti?

FABIO. Pues ¡á mí, Marcela!

MARCELA. Si te hablo con cautela,
Fabio; si no me enloqueces,
Si tu talle no me agrada,
Si no soy tuya, mi Fabio,
Máteme el mayor agravio,
Que es el querer despreciada.

FABIO. Es engaño conocido,
Ó tú te quieres morir,
Pues quieres restituir
El alma que me has debido.
Si es burla ó es invención,
¿Á qué camina tu intento?

DOROTEA. Fabio, ten atrevimiento
Y aprovecha la ocasión;
Qué hoy te ha de querer Marcela
Por fuerza.

FABIO. Por voluntad
Fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA. Teodoro más alto vuela;
De Marcela se descarta.

FABIO. Marcela, á buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy,
Si amor te convierte en carta,
El sobrescrito á Teodoro,
Y en su ausencia denla á Fabio.
Mas yo perdono el agravio,
Aunque ofenda mi decoro,
Y de espacio te hablaré,
Siempre tuyo en bien ó en mal. (*Vase.*)

ESCENA X

MARCELA, DOROTEA.

DOROTEA. ¿Qué has hecho?
MARCELA. No sé; estoy tal,
Que de mí misma no sé.
Anarda ¿no quiere á Fabio?
DOROTEA. Sí quiere.
MARCELA. Pues de los dos
Me vengo; que amor es dios
De la envidia y del agravio.

ESCENA XI

DIANA, ANARDA. — DICHAS.

DIANA. (*Ap. á Anarda.*) Esta ha sido la ocasión;
No me reprehendas más.
ANARDA. La disculpa que me das
Me ha puesto en más confusión.
Marcela está aquí, Señora,
Hablando con Dorotea.
DIANA. Pues no hay disgusto que sea
Para mí mayor agora. —
Salte allá fuera, Marcela.
MARCELA. Vamos, Dorotea, de aquí.
(*Ap.* Bien digo yo que de mí
Ó se enfada ó se recela.) (*Vanse Marcela y Dorotea.*)

ESCENA XII

DIANA, ANARDA.

ANARDA. ¿Puédote hablar?
DIANA. Ya bien puedes.
ANARDA. Los dos que de aquí se van
Ciegos de tu amor están;

Tú en desdeñarlos, excedes
La condición de Anajarte,
La castidad de Lucrecia;
Y quien á tantos desprecia...

DIANA. Ya me canso de escucharte.

ANARDA. ¿Con quién se piensa casar?
¡No puede el marqués Ricardo,
Por generoso y gallardo,
Si no exceder, igualar
Al más poderoso y rico?
Y la más noble mujer
¿También no lo puede ser
De tu primo Federico?
¿Por qué los has despedido
Con tan extraño desprecio?

DIANA. Porque uno es loco, otro necio,
Y tú, en no haberme entendido,
Más, Anarda, que los dos.
No los quiero, porque quiero,
Y quiero porque no espero
Remedio.

ANARDA. ¡Válame Dios!
¿Tú quieres?

DIANA. ¿No soy mujer?

ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,
Donde el mismo sol del cielo
Podrá tocar y no arder.

DIANA. Pues esos hielos, Anarda,
Dieron todos á los pies
De un hombre humilde.

ANARDA. ¿Quién es?

DIANA. La vergüenza me acobarda,
Que de mi propio valor
Tengo: no diré su nombre;
Basta que sepas que es hombre
Que puede infamar mi honor.

ANARDA. Si Pasife quiso un toro,
Semíramis un caballo,
Y otras los monstros que callo
Por no infamar su decoro,
¿Qué ofensa te puede hacer
Querer hombre, sea quien fuere?

DIANA. Quien quiere, puede, si quiere,
Como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor : yo quiero
No querer.

ANARDA. ¿Podrás?

DIANA. Podré;
Que si cuando quise amé,
No amar en queriendo espero. *(Tocan dentro.)*
¿Quién canta?

ANARDA. Fabio con Clara.

DIANA. ¡Ojalá que me diviertan!

ANARDA. Música y amor conciertan
Bien; en la canción repara. *(Cantan dentro.)*
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
Que en no queriendo amar aborreciese!
Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
Que en no queriendo amar aborreciera!

ANARDA. ¿Qué te dice la canción?
¿No ves que te contradice?

DIANA. Bien entiendo lo que dice;
Mas yo sé mi condición,
Y sé que estará en mi mano,
Como amar, aborrecer.

ANARDA. Quien tiene tanto poder
Pasa del límite humano.

ESCENA XIII

TEODORO. — DICHAS.

TEODORO. Fabio me ha dicho, Señora,
Que le mandaste buscarme.

DIANA. Horas ha que te deseo.

TEODORO. Pues ya vengo á que me mandes,
Y perdona si he faltado.

DIANA. Ya has visto estos dos amantes...
Estos dos mis pretendientes.

TEODORO. Sí, Señora.

DIANA. Buenos talles
Tienen los dos.

TEODORO. Y muy buenos.

DIANA. No quiero determinarme
Sin tu consejo. ¿ Con cuál.
Te parece que me case?

TEODORO. Pues ¿qué consejo, Señora,
Puedo yo en las cosas darte
Que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
Por dueño, será el mejor.

DIANA. Mal pagas el estimarte
Por consejero, Teodoro,
En caso tan importante.

TEODORO. Señora, en casa ¿ no hay viejos
Que entienden de casos tales?
Otavio, tu mayordomo,
Con experiencia lo sabe,
Fuera de su larga edad.

DIANA. Quiero yo que á ti te agrade
El dueño que has de tener.
¿Tiene el Marqués mejor talle
Que mi primo?

TEODORO. Sí, Señora.

DIANA. Pues elijo al Marqués : parte,
Y pídele las albricias.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XIV

TEODORO.

¿ Hay desdicha semejante?
¿ Hay resolución tan breve?
¿ Hay mudanza tan notable?
¿ Estos eran los intentos
Que tuve? ¡ Oh sol, abrasadme
Las alas con que subí,
Pues vuestro rayo deshace
Las mal atrevidas plumas
Á la belleza de un ángel!
Cayó Diana en su error.
¡ Oh, qué mal hice en fiarme
De una palabra amorosa!

¡Ay! ¡cómo entre desiguales
Mal se concierta el amor!
Pero ¿es mucho que me engañen
Aquellos ojos á mi,
Si pudieran ser bastantes
Á hacer engaños á Ulises?
De nadie puedo quejarme,
Sino de mí. Pero en fin
¿Qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
Algún acidente grave,
Y que mientras me duró,
Imaginé disparates.
No más; despedíos de ser,
Oh pensamiento arrogante,
Conde de Belflor; volved
La proa al antigua margen;
Queramos nuestra Marcela;
Para vos Marcela baste.
Señoras busquen señores;
Que amor se engendra de iguales;
Y pues en aire nacistes,
Quedad convertido en aire;
Que donde méritos faltan,
Los que piensan subir, caen.

ESCENA XV

FABIO. — TEODORO.

FABIO. ¿Hablaste ya con mi señora?

TEODORO. Agora,
Fabio, la hablé, y estoy con gran contento,
Porque ya la Condesa mi señora
Rinde su condición al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
Mas ella, con su raro entendimiento,
Al Marqués escogió.

FABIO. Discreta ha sido.

TEODORO. Que gane las albricias me ha pedido;
Mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,

Fabio, aqueste provecho: parte presto,
Y pídelas por mí.

FABIO. Si debo amarte,
Muestra la obligación en que me has puesto.
Voy como un rayo, y volveré á buscarte,
Satisfecho de ti, contento desto.
Y alábese el Marqués; que ha sido empresa
De gran valor rendirse la Condesa. (*Vase.*)

ESCENA XVI

TRISTÁN. — TEODORO.

TRISTÁN. Turbado á buscarte vengo.
¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO. ¡Ay, Tristán! verdad será,
Si son desengaños míos.

TRISTÁN. Ya, Teodoro, en las dos sillas
Los dos batanes he visto
Que molieron á Diana;
Pero que hubiese elegido,
Hasta agora no lo sé.

TEODORO. Pues, Tristán, agora vino
Ese tornasol mudable,
Esa veleta, ese vidrio,
Ese río junto al mar,
Que vuelve atrás, aunque es río;
Esa Diana, esa luna,
Esa mujer, ese hechizo,
Ese monstro de mudanzas,
Que sólo perderme quiso
Por afrentar sus vitorias;
Y que dijese me dijo
Cuál de los dos me agradaba;
Porque sin consejo mío
No se pensaba casar.
Quedé muerto, y tan perdido,
Que no responder locuras
Fué de mi locura indicio.
Díjome, en fin, que el Marqués
Le agradaba, y que yo mismo

Fuese á pedir las albricias.
TRISTÁN. Ella en fin ¿tiene marido?
TEODORO. El marqués Ricardo.
TRISTÁN. Pienso
Que, á no verte sin jüicio,
Y porque dar aflición
No es justo á los afligidos,
Que agora te dïera vaya
De aquel pensamiento altivo
Con que á ser conde aspirabas,
TEODORO. Si aspiré, Tristan, ya expiro.
TRISTÁN. La culpa tienes de todo.
TEODORO. No lo niego; que yo he sido
Fácil en creer los ojos
De una mujer.
TRISTÁN. Yo te digo
Que no hay vasos de veneno
Á los mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
De una mujer.
TEODORO. De corrido,
Te juro, Tristán, que apenas
Puedo levantar los míos.
Esto pasó, y el remedio
Es sepultar en olvido
El suceso y el amor.
TRISTÁN. ¡Qué arrepentido y contrito
Has de volver á Marcela!
TEODORO. Presto seremos amigos.

ESCENA XVII

MARCELA *sin reparar en* — TEODORO Y TRISTÁN.

MARCELA. (*Para sí.*) ¡Qué mal que finge amor quien no le [tiene!
Que mal puede olvidarse amor de un año,
Pues mientras más el pensamiento engaño,
Más atrevido á la memoria viene!
Pero si es fuerza y el honor conviene,
Remedio suele ser del desengaño
Curar el propio amor amor extraño;

Que no es poco remedio el que entretiene.
Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse
En medio de otro amor, es atreverse
Á dar mayor venganza por vengarse.
Mejor es esperar que no perderse;
Que suele alguna vez, pensando helarse
Amor, con los remedios encenderse.

TEODORO. Marcela...

MARCELA. ¿Quién es?

TEODORO. Yo soy.
¿Así te olvidas de mí?

MARCELA. Y tan olvidada estoy,
Que á no imaginar en ti
Fuera de mí misma voy.
Porque si en mí misma fuera,
Te imaginara y te viera;
Que para no imaginarte,
Tengo el alma en otra parte,
Aunque olvidarte no quiera.
¿Cómo me osaste nombrar?
Cómo cupo en esa boca
Mi nombre?

TEODORO. Quise probar
Tu firmeza, y es tan poca,
Que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
Tu cuidado en un sujeto
Que mi amor sostituyó.

MARCELA. Nunca, Teodoro, el discreto
Mujer ni vidrio probó.
Mas no me des á entender
Que prueba quisiste hacer;
Yo te conozco, Teodoro:
Unos pensamientos de oro
Te hicieron enloquecer.
¿Cómo te va? ¿No te salen
Como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
Partes de tu dueño igualen?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.

¿Mudóse aquel vendabal?
¡Vuelves á buscar tu igual,
Ó te burlas y entretienes?
Confieso que me holgaria
Que dieses á mi es ,eranza,
Teodoro, un alegre día.

TEODORO. Si le quieres con venganza,
¿Qué mayor, Marcela mía?
Pero mira que el amor
Es hijo de la nobleza:
No muestres tanto rigor;
Que es la venganza bajeza
Indigna del vencedor.
Venciste: yo vuelvo á ti,
Marcela; que no salí
Con aquel mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento,
Si ha quedado amor en ti.
No porque no puede ser
Proseguir las esperanzas
Con que te pude ofender,
Mas porque en estas mudanzas
Memorias me hacen volver.
Sean pues estas memorias
Parte á despertar la tuya,
Pues confieso tus vitorias.

MARCELA. No quiera Dios que destruya
Los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfía,
No te rindas; que dirá
Tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
Voy prosiguiendo la mía.
No es agravio amar á Fabio,
Pues me dejaste, Teodoro,
Sino el remedio más sabio;
Que aunque el dueño no mejoro,
Basta vengar el agravio.
Y quédate á Dios; que ya
Me cansa el hablar contigo;
No venga Fabio, que está
Medio casado conmigo.

TEODORO. Tenla, Tristán; que se va.
TRISTÁN. Señora, Señora, advierte
Que no es volver á quererte
Dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
Si ha sido culpa ofenderte.
Óyeme, Marcela, á mí.
MARCELA. ¿Qué quieres, Tristán?
TRISTÁN. Espera.

ESCENA XVIII

DIANA, ANARDA. — TEODORO, MARCELA, y TRISTÁN, *sin verlas.*

DIANA. (*Ap.*) ¡Teodoro y Marcela aquí!
ANARDA. (*Ap. á la Condesa.*) Parece que el ver te altera
Que estos dos se hablen ansí.
DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta,
Y cubrámonos las dos.
(*Ap.* Amor con celos despierta.)
(*Ocúltanse Diana y Anarda.*)
MARCELA. Déjame, Tristán, por Dios.
ANARDA. (*Ap. á Diana.*) Tristán á los dos concierta,
Que deben de estar reñidos.
DIANA. El alcahuete lacayo
Me ha quitado los sentidos.
TRISTÁN. No pasó más presto el rayo,
Que por sus ojos y oidos
Pasó la necia belleza
Desa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza;
Que más riqueza atesora
Tu gallarda gentileza.
Haz cuenta que fué cometa
Aquel amor. Ven acá,
Teodoro.
DIANA. (*Ap.*) ¡Brava estafeta
Es el lacayo!
TEODORO. Si ya
Marcela, á Fabio sujeta,

Dice que le tiene amor,
¿Por qué me llamas, Tristán?

TRISTÁN. ¡Otro enojado!

TEODORO. Mejor
Los dos casarse podrán.

TRISTÁN. ¿Tú también? ¡Bravo rigor!
Ea acaba, llega pues,
Dame esa mano, y después
Que se hagan las amistades.

TEODORO. Necio, ¿tú me persaüdes?

TRISTÁN. Por mí quiero que le des
La mano esta vez, Señora.

TEODORO. ¿Cuándo he dicho yo á Marcela
Que he tenido á nadie amor?
Y ella me ha dicho...

TRISTÁN. Es cautela
Para vengar tu rigor.

MARCELA. No es cautela; que es verdad.

TRISTÁN. Calla, boba.—Ea llegad.
¡Qué necios estáis los dos!

TEODORO. Yo rogaba; mas por Dios,
Que no he de hacer amistad.

MARCELA. Pues á mí me pase un rayo.

TRISTÁN. No jures.

MARCELA. (*Ap. á Tristán.*) Aunque le muestro
Enojo, ya me desmayo,

TRISTÁN. Pues tente firme.

DIANA. (*Ap.*) ¡Qué diestro
Está el bellaco lacayo!

MARCELA. Déjame, Tristán; que tengo
Qué hacer.

TEODORO. Déjala, Tristán.

TRISTÁN. Por mí, vaya.

TEODORO. Tenla.

MARCELA. Vengo
Mi amor.

TRISTÁN. ¿Cómo no se van
Ya? Que á ninguno detengo.

MARCELA. ¡Ay, mi bien! no puedo irme.

TEODORO. Ni yo, porque no es tan firme
Ninguna roca en la mar.

MARCELA. Los brazos te quiero dar.

TEODORO. Y yo á los tuyos asirme.
TRISTÁN. Si yo no era menester,
¿Por qué me hiciste cansar?
ANARDA. ¿Desto gustas? (*Ap. á la Condesa.*)
DIANA. Vengo á ver
Lo poco que hay que fiar
De un hombre y una mujer.
TEODORO. ¡Ay! ¡qué me has dicho de afrentas!
TRISTÁN. Yo he salido ya, con veros
Juntar los almas contentas;
Que es desgracia de terceros
No se concertar las ventas.
MARCELA. Si te trocare, mi bien,
Por Fabio ni por el mundo,
Que tus agravios me den
La muerte.
TEODORO. Hoy de nuevo fundo,
Marcela, mi amor también;
Y si te olvidare, digo
Que me dé el cielo en castigo
El verte en brazos de Fabio.
MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?
TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?
MARCELA. Di que todas las mujeres
Son feas.
TEODORO. Contigo, es claro.
Mira qué otra cosa quieres.
MARCELA. En ciertos celos reparo,
Ya que tan mi amigo eres;
Que no importa que esté aquí
Tristán.
TRISTÁN. Bien podéis por mí,
Aunque de mí mismo sea.
MARCELA. Di que la Condesa es fea.
TEODORO. Y un demonio para mí.
MARCELA. ¿No es necia?
TEODORO. Por todo extremo.
MARCELA. ¿No es bachillera?
TEODORO. Es cuitada.
DIANA. (*Ap. á Anarda.*)
Quiero estorbarlos; que temo
Que no reparen en nada,

Y aunque me hielo, me quemo,

ANARDA. ¡Ay, Señora! no hagas tal.

TRISTÁN. Cuando queráis decir mal
De la Condesa y su talle,
Á mí me oid.

DIANA. ¿Escuchalle
Podré desvergüenza igual?

TRISTÁN. Lo primero...

DIANA. (*Ap.*)
Yo no aguardo
Á lo segundo; que fuera
Necedad.

MARCELA. Voyme, Teodoro.

(*Adelántanse Diana y Anarda; Marcela hace una reverencia á la Condesa, y se va.*)

TRISTÁN. (*Ap.*)
¡La Condesa!

TEODORO. (*Ap.*) ¡La Condesa!

DIANA. Teodoro...

TEODORO. Señora, advierte...

TRISTÁN. (*Ap.*) El cielo á tronar comienza:
No pienso aguardar los rayos. (*Vase.*)

ESCENA XIX

DIANA, TEODORO, ANARDA,

DIANA. Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
Una carta de su letra,
Pero notándola yo.

TEODORO. (*Ap.*) Todo el corazón me tiembla.
¿Si oyó lo que hablado habemos?

DIANA. (*Ap.*) Bravamente amor despierta
Con los celos á los ojos.
¡Que aqueste amase á Marcela,
Y que yo no tenga partes
Para que también me quiera!
¡Que se burlasen de mí!

TEODORO. (*Ap.*) Ella murmura y se queja:
Bien digo yo que en Palacio,

Para que á callar aprenda,
Tapices tienen oídos,
Y paredes tienen lenguas.

ANARDA. Este pequeño he traído,
Y tu escribanía.

DIANA. Llega,
Teodoro, y toma la pluma.

TEODORO. (*Ap.*) Hoy me mata ó me destierra.

DIANA. Escribe.

TEODORO. Di.

DIANA. No estás bien
Con la rodilla en la tierra ;
Ponle, Anarda, una almohada.

TEODORO. Yo estoy bien.

DIANA. Pónsela, necia.

TEODORO. (*Ap.*) No me agrada este favor
Sobre enojos y sospechas ;
Que quien honra las rodillas,
Cortar quiere la cabeza.)
Yo aguardo.

DIANA. Yo digo ansí.

TEODORO. (*Ap.*) Mil cruces hacer quisiera.

(*Siéntase la Condesa en una silla alta ; ella dicta y él va escribiendo.*)

DIANA.

« Cuando una mujer principal se ha declarado con un « hombre humilde, es lo mucho el término de volver á « hablar con otra ; mas quien no estima su fortuna, « quédese para necio. »

TEODORO. ¿ No dices más ?

DIANA. Pues ¿ qué más ?
El papel, Teodoro, cierra.

ANARDA. (*Ap. á Diana.*) ¿ Qué es esto que haces, Señora?

DIANA. Necedades de amor llenas.

ANARDA. Pues ¿ á quien tienes amor ?

DIANA. ¿ Aun no le conoces, bestia ?
Pues yo sé que le murmuran
De mi casa hasta las piedras.

TEODORO. Ya el papel está cerrado;
Sólo el sobrescrito resta.

DIANA. Pon, Teodoro, para ti ;
Y no lo entienda Marcela ;

Que quiza le entenderás
Cuando de espacio le leas.
(*Vanse la Condesa y Anarda.*)

ESCENA XX

TEODORO; *y luego*, MARCELA.

TEODORO. ¡Hay confusión tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
Con pausas, como sangría,
Y que tenga intercadencias
El pulso de amor tan grandes! (*Sale Marcela.*)

MARCELA. ¿Qué te ha dicho la Condesa,
Mi bien? que he estado temblando
Detrás de aquella antepuerta.

TEODORO. Díjome que te quería
Casar con Fabio, Marcela;
Y este papel que escribí
Es que despacha á su tierra
Por los dineros del dote.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Sólo que sea
Para bien, y pues te casas,
Que de burlas ni de veras
Tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA. Oye.

TEODORO. Es tarde para quejas. (*Vase.*)

ESCENA XXI

MARCELA.

No, no puedo yo creer
Que aquesta la ocasión sea.
Favores de aquesta loca
Le han hecho dar esta vuelta;
Que él está como arcaduz,
Que cuando baja, le llena
Del agua de su favor,
Y cuenda sube, le mengua.

¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
Que luego que su grandeza
Te toca al arma, me olvidas!
Cuando te quiere me dejas,
Cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

ESCENA XXII

RICARDO, FABIO, — MARCELA.

RICARDO. No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.
FABIO. Dile presto, Marcela, á mi señora
Que está el Marqués aquí.
MARCELA. (*Ap.*) Celos tiranos,
Celos crueles, ¿que queréis agora,
Tras tantos locos pensamientos vanos?
FABIO. ¿No vas?
MARCELA. Ya voy.
FABIO. Pues dile que ha venido
Nuestro nuevo señor y su marido.
(*Vase Marcela.*)

ESCENA XXIII

RICARDO, FABIO.

RICARDO. Id, Fabio, á mi posada; que mañana
Os daré mil escudos y un caballo
De la casta mejor napolitana.
FABIO. Sabré, si no servillo, celebrallo.
RICARDO. Este es principio sólo; que Diana
Os tiene por criado y por vasallo,
Y yo por sólo amigo.
FABIO. Esos pies beso.
RICARDO. No pago ansí; la obligación confieso.

ESCENA XXIV

DIANA. — DICHOS.

DIANA. ¡Vuseñoría aquí!
RICARDO. Pues ¿no era justo,
Si me enviáis con Fabio tal recado,
Y que después de aquel mortal disgusto,
Me elegís por marido y por criado?
Dadme esos pies; que de manera el gusto
De ver mi amor en tan dichoso estado
Me vuelve loco, que le tengo en poco,
Si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, Señora, mereceros,
Ni llegar á más bien que desearos?
DIANA. No acierto, aunque lo intento, á responderos.
¡Yo he enviado á llamaros! Ó ¿es burlaros?
RICARDO. Fabio, ¿qué es esto?
FABIO. ¿Pude yo traeros
Sin ocasión agora, ni llamaros,
Menos que de Teodoro prevenido?
DIANA. Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.
Oyóme anteponer á Federico
Vuestra persona, como primohermano
Y caballero generoso y rico,
Y presumió que os daba ya la mano.
Á vuestra señoría le suplico
Perdone aquestos necios.
RICARDO. Fuera en vano
Dar á Fabio perdón, si no estuviera
Adonde vuestra imagen le valiera.
Bésoos los pies por el favor, y espero
Que ha de vencer mi amor esta porfía. (*Vase.*)
DIANA. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?
FABIO. ¿Por qué me culpa á mí vuseñoría?
DIANA. Llamad luego á Teodoro. (*Ap.* ¡Qué ligero
Este cansado pretensor venía,
Cuando me matan celos de Teodoro!)
FABIO. (*Ap.*) Perdí el caballo y mil escudos de oro. (*Vase.*)

ESCENA XXV

DIANA.

¿Qué me quieres, amor? Ya ¿no tenía
Olvidado á Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
Sino tu sombra, que detrás venía.
¡Oh celos! ¿qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
Pues jamás os pidieron pareceres
Que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero á un hombre bien; más se me acuerda
Que yo soy mar y que es humilde barco,
Y que es contra razón que el mar se pierda.
En gran peligro, amor, el alma embarco;
Mas si tanto el honor tira la cuerda,
Por Dios, que temo que se rompa el arco.

ESCENA XXVI

TEODORO, FABIO. — DIANA.

FABIO. (*Ap. á Teodoro.*) Pensó matarme el Marqués;
Pero, la verdad diciendo,
Más sentí los mil escudos.
TEODORO. Yo quiero darte un consejo.
FABIO. ¿Cómo?
TEODORO. El conde Federico
Estaba perdiendo el seso
Porque el Marqués se casaba.
Parte, y di que el casamiento
Se ha deshecho, y te dará
Esos mil escudos luego.
FABIO. Voy como un rayo.
TEODORO. Camina. (*Vase Fabio.*)

ESCENA XXVII

DIANA, TEODORO.

TEODORO. ¿Llamábasme ?
DIANA. Bien ha hecho
Ese necio en irse agora.
TEODORO. Un hora he estado leyendo
Tu papel, y bien mirado,
Señora, tu pensamiento,
Hallo que mi cobardía
Procede de tu respeto ;
Pero que ya soy culpado
En tenerle, como necio,
Á tus muchas diligencias ;
Y así, á decir me resuelvo
Que te quiero, y que es disculpa
Que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.
DIANA. Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer,
Si soy tu señora y tengo
Tu voluntad obligada,
Pues te estimo y favorezco
Más que á los otros criados?
TEODORO. Ese lenguaje no entiendo.
DIANA. No hay más que entender, Teodoro,
Ni pasar el pensamiento
Un átomo desta raya.
Enfrena cualquier deseo ;
Que de una mujer, Teodoro,
Tan principal, y más siendo
Tus méritos tan humildes,
Basta un favor muy pequeño
Para que toda la vida
Vivas honrado y contento.
TEODORO. Cierto que vuseñoría
(Perdóneme si me atrevo)
Tiene en el jüicio á veces,
Que no en el entendimiento,

Mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
Haberme dado esperanzas
Que en tal estado me han puesto,
Pues del peso de mis dichas
Caí, como sabe, enfermo
Casi un mes en una cama ?
Luego ¿qué trata más desto
Si cuando ve que me enfrío
Se abrasa de vivo fuego,
Y cuando ve que me abraso
Se hiela de puro hielo?
Dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
Del perro del hortelano.
No quiere, abrasada en celos,
Que me case con Marcela;
Y en viendo que no la quiero,
Vuelve á quitarme el jüicio,
Y á despertarme si duermo.
Pues coma ó deje comer;
Porque yo no me sustento
De esperanzas tan cansadas;
Que si no, desde aquí vuelvo
Á querer donde me quieren.

DIANA. Eso no, Teodoro : advierto
Que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
Pon los ojos ; que en Marcela
No hay remedio.

TEODORO. ¿No hay remedio ?
Pues ¿quiere vuseñoría
Que, si me quiere y la quiero,
Ande á probar voluntades?
¿Tengo yo de tener puesto,
Adonde no tengo gusto,
Mi gusto por el ajeno?
Yo adoro á Marcela, y ella
Me adora, y es muy honesto
Este amor.

DIANA. ¡Pícaro, infame!
Haré yo que os maten luego.

TEODORO. ¿Qué hace vuseñoría?
DIANA. Daros, por sucio y grosero,
Estos bofetones.

ESCENA XXVIII

FEDERICO, FABIO. — DICHOS.

FABIO. (*Ap. á Federico.*) Tente.
FEDERICO. Bien dices, Fabio; no entremos.
Pero mejor es llegar. —
Señora mía, ¿que es esto?
DIANA. No es nada; enojos que pasan
Entre criados y dueños.
FEDERICO. ¿Quiere vuestra señoría
Alguna cosa?
DIANA. No quiero
Más de hablaros en las mías.
FEDERICO. Quisiera venir á tiempo,
Que os hallara con más gusto.
DIANA. Gusto, Federico, tengo;
Que aquestas son niñerías.
Entrad y sabréis mi intento
En lo que toca al Marqués. (*Vase.*)

ESCENA XXIX

FEDERICO, FABIO, TEODORO.

FEDERICO. Fabio... (*Ap. á él.*)
FABIO. Señor...
FEDERICO. Yo sospecho
Que en estos disgustos hay
Algunos gustos secretos.
FABIO. No sé, por Dios. Admirado
De ver, señor Conde, quedo
Tratar tan mal á Teodoro;
Cosa que jamás ha hecho
La Condesa mi señora.
FEDERICO. Bañóle de sangre el lienzo.
(*Vanse Federico y Fabio.*)

ESCENA XXX

TEODORO.

Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
Furias las llamo yo; que no mujeres.
Si la grandeza excusa los placeres
Que iguales pueden ser en desiguales,
¿Por qué, enemiga, de crueldad te vales,
Y por matar á quien adoras, mueres?
¡Oh mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
Agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
Pero si me castigas por tocarme,
Tú sola hallaste gusto en ser celosa.

ESCENA XXXI

TRISTÁN. — TEODORO.

TRISTÁN. Siempre tengo de venir
Acabados los sucesos.
Parezco espada cobarde.
TEODORO. ¡Ay, Tristán!
TRISTÁN. Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!
TEODORO. Con sangre
Quiere amor que de los celos
Entre la letra.
TRISTÁN. Por Dios,
Que han sido celos muy necios.
TEODORO. No te espantes; que está loca
De un amoroso deseo,
Y como el ejecutarle
Tiene su amor por desprecio,
Quiere deshacer mi rostro,

Porque es mi rostro el espejo
Adonde mira su honor,
Y véngase en verle feo.

TRISTÁN. Señor, que Juana ó Lucia
Cierren conmigo por celos,
Y me rompan con las uñas
El cuello que ellas me dieron;
Que me repelen y arañen
Sobre averiguar por cierto
Que les hice un peso falso,
Vaya : es gente de pandero,
De media de cordellate
Y de zapato frailesco;
Pero que tan gran señora
Se pierda tanto el respeto
Á sí misma, es vil acción.

TEODORO. No sé, Tristán : pierdo el seso
De ver que me está adorando,
Y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
Ni de Marcela ; y si dejo
De mirarla, luego busca
Para hablarme algún enredo.
No dudes : naturalmente
Es del hortelano el perro.
Ni come ni comer deja,
Ni está fuera ni está dentro.

TRISTÁN. Contáronme que un doctor,
Catedrático y maestro,
Tenía un ama y un mozo
Que siempre andaban riñendo.
Reñían á la comida,
Á la cena, y hasta el sueño
Le quitaban con sus voces;
Que estudiar, no había remedio.
Estando en lición un día,
Fuéle forzoso corriendo
Volver á casa, y entrando
De improviso en su aposento,
Vió el ama y mozo acostados
Con amorosos requiebros,
Y dijo : « ¡ Gracias á Dios,

Que una vez en paz os veo! »
Y esto imagino de entrambos
Aunque siempre andáis riñendo.

ESCENA XXXII

DIANA. — DICHOS.

DIANA. Teodoro ..
TEODORO. Señora...
TRISTÁN. (*Ap.*) ¿Es duende
Esta mujer?
DIANA. Sólo vengo
Á saber cómo te hallas.
TEODORO. Ya ¿no lo ves?
DIANA. ¿Estás bueno?
TEODORO. Bueno estoy.
DIANA. ¿Y no dirás:
« Á tu servicio? »
TEODORO. No puedo
Estar mucho en tu servicio,
Siendo tal el tratamiento.
DIANA. ¡Qué poco sabes!
TEODORO. Tan poco,
Que te siento y no te entiendo,
Pues no entiendo tus palabras,
Y tus bofetones siento.
Si no te quiero te enfadas,
Y enójaste si te quiero;
Escríbesme si me olvido,
Y si me acuerdo te ofendo;
Pretendes que yo te entienda,
Y si te entiendo soy necio.
Mátame ó dame la vida;
Da un medio á tantos extremos.
DIANA. ¿Hícete sangre?
TEODORO. Pues ¿no?
DIANA. ¿Adónde tienes el lienzo?
TEODORO. Aquí.
DIANA. Muestra.
TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para que esta sangre quiero.
Habla á Otavio, á quien agora
Mandé que te diese luego
Dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO. ¿Para qué?

DIANA. Para hacer lienzos. (*Vase.*)

ESCENA XXXIII

TEODORO, TRISTÁN.

TEODORO. ¡Hay disparates iguales!

TRISTÁN. ¿Qué encantamentos son éstos?

TEODORO. Dos mil escudos me ha dado.

TRISTÁN. Bien puedes tomar al precio
Otros cuatro bofetones.

TEODORO. Dice que son para lienzos,
Y llevó el·mío con sangre.

TRISTÁN. Pagó la sangre, y te ha hecho
Doncella por las narices.

TEODORO. No anda mal agora el perro,
Pues después que muerde, halaga.

TRISTÁN. Todos aquestos extremos
Han de parar en el ama
Del doctor.

TEODORO. ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO

Calle.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, RICARDO; CELIO, *distante de ellos.*

RICARDO. ¿Ésto vistes?

FEDERICO. Ésto vi.

RICARDO. ¿Y qué le dió bofetones?

FEDERICO. El servir tiene ocasiones,
Mas no lo son para mí;
Que al poner una mujer
De aquellas prendas la mano
Al rostro de un hombre, es llano
Que otra ocasión puede haber.
Y bien veis que lo acredita
El andar tan mejorado.

RICARDO. Ella es mujer y él criado.

FEDERIGO. Su perdición solicita.
La fábula que pintó
El filósofo moral
De las dos ollas, ¡qué igual
Hoy á los dos la vistió!
Era de barro la una,
La otra de cobre ó hierro,
Que un río á los pies de un cerro
Llevó con varia fortuna.
Desvióse la de barro
De la de cobre, temiendo
Que la quebrase: y yo entiendo
Pensamiento tan bizarro
Del hombre y de la mujer,
Hierro y barro, y no me espanto,
Pues acercándose tanto,
Por fuerza se han de romper.

RICARDO. La altivez y bizarría
De Diana me admiró,
Y bien puede ser que yo
Viese y no viese aquel día;
Mas ver caballos y pajes
En Teodoro, y tantas galas,
¿Qué son sino nuevas alas?
Pues criados, oro y trajes
No los tuviera Teodoro
Sin ocasión tan notable.

FEDERICO. Antes que desto se hable
En Nápoles, y el decoro
De vuestra sangre se ofenda,
Sea ó no sea verdad,
Ha de morir.

RICARDO. Y es piedad
Matarle, aunque ella lo entienda.
FEDERICO. ¿Podrá ser?
RICARDO. Bien puede ser;
Que hay en Nápoles quien vive
De eso, y en oro recibe
Lo que en sangre ha de volver.
No hay más de buscar un bravo,
Y que le despache luego.
FEDERICO. Por la brevedad os ruego.
RICARDO. Hoy tendrá su justo pago
Semejante atrevimiento.
FEDERICO. (*Viendo venir á Tristán y otros tres.*) ¿Son bravos [éstos?
RICARDO. Sin duda.
FEDERICO. El cielo ofendido ayuda
Vuestro justo pensamiento.

ESCENA II

TRISTÁN, *vestido de nuevo*; FURIO, ANTONELO, LIRANO. — DICHOS.

FURIO. Pagar tenéis el vino en alboroque
Del famoso vestido que os han dado.
ANTONELO. Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.
TRISTÁN. Digo, señores, que de hacerlo gusto.
LIRANO. Bravo salió el vestido.
TRISTÁN. Todo aquesto
Es cosa de chacota y zarandajas,
Respeto del lugar que tendré presto.
Si no muda los bolos la fortuna,
Secretario he de ser del secretario.
LIRANO. Mucha merced le hace la Condesa
Á vuestro amo, Tristán.
TRISTÁN. Es su privanza,
Es su mano derecha, y es la puerta
Por donde se entra á su favor. Dejemos
Favores y fortunas, y bebamos.
FURIO. En este tabernáculo sospecho
Que hay lágrima famosa y malvasía.
TRISTÁN. Probemos vino greco; que deseo

Hablar en griego, y con beberlo basta.
RICARDO. (*Ap. á Federico.*) Aquel moreno, del color que-
[brado,
Me parece el más bravo, pues que todos
Le estiman, hablan y hacen cortesía. —
Celio...
CELIO. Señor.
RICARDO. De aquellos gentilhombres
Llama al descolorido.
CELIO. (*Á Tristán.*) ¡Ah, caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
El Marqués, mi señor, hablarle quiere.
TRISTÁN. (*Á sus amigos.*) Camaradas, allí me llama un
[príncipe:
No puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete ú ocho azumbres,
Y aperciban dos dedos de formache,
En tanto que me informo de su gusto.
ANTONELO. Pues despachad aprisa.
TRISTÁN. Iré volando.
(*Vanse Furio, Antonelo y Lirano.*)

ESCENA III

RICARDO, FEDERICO, TRISTÁN, CELIO.

TRISTÁN. ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?
RICARDO. El veros entre tanta valentía
Nos ha obligado al conde Federico
Y á mí, para saber si seréis hombre
Para matar un hombre.
TRISTÁN. (*Ap.*) ¡Vive el cielo,
Que son los pretendientes de mi ama,
Y que hay algún enredo! Fingir quiero.
FEDERICO. ¿No respondéis?
TRISTÁN. Estaba imaginando
Si vuestra señoría está burlando
De nuestro modo de vivir; pues vive
El que reparte fuerzas á los hombres,
Que no hay en toda Nápoles espada
Que no tiemble de solo el nombre mío.

¿No conocéis á Héctor? Pues no hay Héctor
Adonde está mi furibundo brazo;
Que si él lo fué de Troya, yo de Italia.

FEDERICO. Este es, Marqués, el hombre que buscamos.
Por vida de los dos, que no burlamos;
Sino que si tenéis conforme al nombre
El ánimo, y queréis matar un hombre,
Que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN. Con docientos escudos me contento,
Y sea el diablo.

RICARDO. Yo os daré trecientos,
Y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN. El nombre
Del hombre espero y parte del dinero.

RICARDO. ¿Conocéis á Diana, la condesa
De Belflor?

TRISTÁN. Y en su casa tengo amigos.

RICARDO. ¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN. Mataré los criados y criadas
Y los mismos frisones de su coche.

RICARDO. Pues á Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN. Eso ha de ser, señores, de otra suerte,
Porque Teodoro, como yo he sabido,
No sale ya de noche, temeroso
Por ventura de haberos ofendido.
Que le sirva estos días me han pedido:
Dejádmele servir, y yo os ofrezco
De darle alguna noche dos mojadas,
Con que el pobreto *in pace requiescat*,
Y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO. No pudiera
Hallarse en toda Nápoles un hombre
Que tan seguramente le matara.
Servilde pues, y así al descuido un día
Pegalde, y acudid á nuestra casa.

TRISTÁN. Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO. Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
Que yo os vea en su casa de Diana,
Os ofrezco los ciento, y mucho cientos.

TRISTÁN. Eso de muchos cientos no me agrada.
Vayan vuseñorías en buen hora;

Que me aguarda Mastranzo, Rompe-muros,
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos;
Y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO. Decís muy bien: adiós.

FEDERICO. ¡Qué gran ventura!

RICARDO. Á Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO. El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

(*Vanse Federico, Ricardo y Celio*).

TRISTÁN. Avisar á Teodoro me conviene.
Perdone el vino greco y los amigos.
Á casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas éste me parece que es Teodoro.

ESCENA IV

TEODORO. — TRISTÁN,

TRISTÁN. Señor, ¿adónde vas?

TEODORO. Lo mismo ignoro;
Porque de suerte estoy, Tristán amigo,
Que no sé donde voy ni quien me lleva.
Sólo y sin alma, el pensamiento sigo,
Que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
Que apenas jurarás que me conoce,
Porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN. Vuelve hacia casa; que á los dos importa
Que no nos vean juntos.

TEODORO. ¿De qué suerte?

TRISTÁN. Por el camino te diré quien corta
Los pasos dirigidos á tu muerte.

TEODORO ¡Mi muerte! Pues ¿por qué?

TRISTÁN. La voz reporta,
Y la ocasión de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
Y qué te dé la muerte concertado.

TEODORO. ¿Ellos á mí?

TRISTÁN. Por ciertos bofetones
El amor de tu dueño conjeturan,
Y pensando que soy de los leones

Que á tales homicidios se aventuran,
Tu vida me han trocado á cien doblones,
Y con cincuenta escudos me aseguran.
Yo dije que un amigo me pedía
Que te sirviese, y que hoy te serviría,
Donde más fácilmente te matase,
Á efeto de guardarte desta suerte.

TEODORO. ¡ Pluguiera á Dios que alguno me quitase
La vida, y me sacase desta muerte !

TRISTÁN. ¿ Tan loco estás ?

TEODORO. ¿ No quieres que me abrase
Por tan dulce ocasión ? Tristán, advierte
Que si Diana algún camino hallara
De disculpa, conmigo se casara.
Teme su honor, y cuando más se abrasa,
Se hiela y me desprecia.

TRISTÁN. Si te diese
Remedio, ¿ qué dirás ?

TEODORO. Que á ti se pasa
De Ulises el espíritu.

TRISTÁN. Si fuese
Tan ingenioso, que á tu misma casa
Un generoso padre te trajese,
Con que fueses igual á la Condesa,
¿ No saldrías, Señor, con esta empresa ?

TEODORO. Eso es sin duda.

TRISTÁN. El conde Ludovico,
Caballero ya viejo, habrá veinte años
Que enviaba á Malta un hijo de tu nombre,
Que era sobrino de su gran maestre.
Cautiváronle moros de Biserta,
Y nunca supo dél, muerto ni vivo.
Este ha de ser tu padre, y tú su hijo,
Y yo lo he de trazar.

TEODORO. Tristán, advierte
Que puedes levantar alguna cosa
Que nos cueste á los dos la honra y vida.

(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA V

TEODORO, TRISTÁN.

TRISTÁN. Á casa hemos llegado. Á Dios te queda;
Que tú serás marido de Diana
Ántes que den las doce de mañana. (*Vase.*)

ESCENA VI

TEODORO.

Bien al contrario pienso yo dar medio
Á tanto mal, pues el amor bien sabe
Que no tiene enemigo que le acabe
Con más facilidad que tierra en medio.
Tierra quiero poner, pues que remedio,
Con ausentarme, amor, rigor tan grave,
Pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
Que entró en la tierra, de tu ardor remedio.
Todos los que llegaron á este punto,
Poniendo tierra en medio te olvidaron;
Que en tierra al fin le resolvieron junto.
Y la razón que de olvidar hallaron,
Es, que amor se confiesa por difunto,
Pues que con tierra en medio le enterraron.

ESCENA VII

DIANA. — TEODORO.

DIANA. ¿Estás ya más mejorado
De tds tristezas, Teodoro?
TEODORO. Si en mis tristezas adoro,
Sabré estimar mi cuidado.
No quiero yo mejorar

De la enfermedad que tengo,
Pues sólo á estar triste vengo
Cuando imagino sanar.
¡ Bien hayan males que son
Tan dulces para sufrir,
Que se ve un hombre morir,
Y estima su perdición !
Sólo me pesa que ya
Esté mi mal en estado,
Que he de alejar mi cuidado
De donde su dueño está.

DIANA. ¡ Ausentarte ! Pues ¿ por qué ?

TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Sí harán.

TEODORO. Envidia á mi mal tendrán,
Que bien al principio fué.
Con esta ocasión, te pido
Licencia para irme á España.

DIANA. Será generosa hazaña
De un hombre tan entendido ;
Que con eso quitarás
La ocasión de tus enojos,
Y aunque des agua á mis ojos,
Honra á mi casa darás.
Que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
Como celoso, y me ha dado
Para dejarte ocasión.
Vete á España : que yo haré
Que te den seis mil escudos.

TEODORO. Haré tus contrarios mudos
Con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA. Anda, Teodoro. No más.
Déjame ; que soy mujer.

TEODORO. (*Ap.*) Llora ; mas ¿ qué puedo hacer ?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿ te vas?

TEODORO. Sí, Señora.

DIANA. Espera... Vete...
Oye.

TEODORO. ¿ Qué mandas?

DIANA. No, nada ;
Vete.

TEODORO. Voyme.

DIANA. (*Ap.* Estoy turbada.
¿Hay tormento que inquiete
Como una pasión de amor?)
¿No eres ido?

TEODORO. Ya, Señora,
Me voy. (*Vase.*)

DIANA. ¡Buena quedo agora!
¡Maldígate Dios, honor!
Temeraria invención fuiste,
Tan opuesta al propio gusto.
¿Quién te inventó? Mas fué justo,
Pues que tu freno resiste
Tantas cosas tan mal hechas.
(*Vuelve Teodoro.*)

TEODORO. Vuelvo á saber si hoy podré
Partirme.

DIANA. Ni yo lo sé,
Ni tú, Teodoro, sospechas
Que me pesa de mirarte,
Pues que te vuelves aquí.

TEODORO. Señora, vuelvo por mí,
Que no estoy en otra parte;
Y como me he de llevar,
Vengo para que me des
Á mí mismo.

DIANA. Si después
Te has de volver á buscar,
No me pidas que te dé.
Pero vete; que el amor
Lucha con mi noble honor,
Y vienes tú á ser traspié.
Vete, Teodoro, de aquí;
No te pidas, aunque puedas;
Que yo sé que si te quedas,
Allá me llevas á mí.

TEODORO. Quede vuestra señoría
Con Dios. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DIANA.

¡Maldita ella sea,
Pues me quita que yo sea
De quien el alma quería!
¡Buena quedo ya sin quien
Era luz de aquestos ojos!
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Ojos, pues os habéis puesto
En cosa tan desigual,
Pagad el mirar tan mal;
Que no soy la culpa desto.
Mas no lloren; que también
Tiempla el mal llorar los ojos;
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal, llore bien.
Aunque tendrán ya pensada
La disculpa para todo;
Que el sol los pone en el lodo,
Y no se le pega nada.
Luego bien es que no den
En llorar. Cesad, mis ojos.
Pero sientan sus enojos:
Quien mira mal llore bien.

ESCENA IX

MARCELA. — DIANA.

MARCELA. Si puede la confianza
De los años de servirte
Humildemente pedirte
Lo que justamente alcanza,
Á la mano te ha venido
La ocasión de mi remedio,
Y poniendo tierra en medio,

No verme si te he ofendido.

DIANA. ¿ De tu remedio, Marcela ?
¿ Cuál ocasión ? Que aquí estoy.

MARCELA. Dicen que se parte hoy,
Por peligros que recela,
Teodoro á España, y con él
Puedes, casada, enviarme,
Pues no verme es remediarme.

DIANA. ¿ Sabes tú que querrá él ?

MARCELA. Pues ¿pidiérate yo á ti,
Sin tener satisfación,
Remedio en esta ocasión ?

DIANA. ¿ Hasle hablado ?

MARCELA. Y él á mí,
Pidiéndome lo que digo.

DIANA. (*Ap.*) ¡ Qué á propósito me viene
Esta desdicha !

MARCELA. Ya tiene
Tratado aquesto conmigo,
Y el modo con que podemos
Ir con más comodidad.

DIANA. (*Ap.*) ¡ Ay necio honor ! perdonad;
Que amor quiere hacer extremos.
Pero no será razón,
Pues que podéis remediar
Fácilmente este pesar.

MARCELA. ¿No tomas resolución?

DIANA. No podré vivir sin ti,
Marcela, y haces agravio
Á mi amor, y aun al de Fabio,
Que sé yo que adora en ti.
Yo te casaré con él;
Deja partir á Teodoro.

MARCELA. Á Fabio aborrezco; adoro
Á Teodoro.

DIANA. (*Ap.* ¡ Qué cruel
Ocasión de declararme !
Mas teneos, loco amor.)
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora...

DIANA. No hay replicarme. (*Vase.*)

ESCENA X

MARCELA.

¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
Contra tanto poder determinados?
Que celos poderosos declarados
Harán un desatino resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
Que corréis á mi fin precipitados;
Árboles son amores desdichados,
Á quien el hielo marchitó floridos.
Alegraron el alma las colores
Que el tirano poder cubrió de luto;
Que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿Qué importa la hermosura de las flores,
Si se perdieron esperando el fruto? (*Vase.*)

Sala en casa del conde Ludovico.

ESCENA XI

EL CONDE LUDOVICO, CAMILO.

CAMILO. Para tener sucesión,
No te queda otro remedio.
LUDOVICO. Hay muchos años en medio,
Que mis enemigos son,
Y aunque tiene esa disculpa
El casarse en la vejez,
Quiere el temor ser jüez,
Y ha de averiguar la culpa.
Y podría suceder
Que sucesión no alcanzase,
Y casado me quedase;
Y en un viejo una mujer

Es en un olmo una hiedra,
Que aunque con tan varios lazos
La cubre de sus abrazos,
El se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
Es traerme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia
Y renovar mis tormentos.
Esperando cada día
Con engaños á Teodoro,
Veinte años ha que le lloro.

ESCENA XII

UN PAJE; *y después*, TRISTÁN Y FURIO. — DICHOS.

PAJE. Aquí á vuestra señoría
Busca un griego mercader.

LUDOVICO. Di que entre.

(*Avisa el paje y salen Tristán y Furio con traje griego.*)

TRISTÁN. Dadme esas manos,
Y los cielos soberanos,
Con su divino poder,
Os den el mayor consuelo
Que esperáis.

LUDOVICO. Bien seáis venido.
Mas ¿qué causa os ha traído
Por este remoto suelo ?

TRISTÁN. De Constantinopla vine
Á Chipre, y della á Venecia
Con una nave cargada
De ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia
Que algunos pasos me cuesta ;
Y con deseo de ver
Á Nápoles, ciudad bella,
Mientras allá mis criados
Van despachando las telas,
Vine, como veis, aquí,
Donde mis ojos confiesan
Su grandeza y hermosura.

LUDOVICO. Tiene hermosura y grandeza
Nápoles.
TRISTÁN. Así es verdad.
Mi padre, Señor, en Grecia
Fué mercader, y en su trato,
El de más ganancia era
Comprar y vender esclavos;
Y ansí, en la feria de Azteclias
Compró un niño, el más hermoso
Que vió la naturaleza,
Por testigo del poder
Que le dió el cielo en la tierra.
Vendíanle algunos turcos,
Entre otra gente bien puesta,
Á una galera de Malta
Que las de un bajá turquescas
Prendieron en Chafalonia.
LUDOVICO. Camilo, el alma me altera.
TRISTÁN. Aficionado al rapaz,
Compróle y llevóle á Armenia,
Donde se crió conmigo
Y una hermana.
LUDOVICO. Amigo, espera,
Espera; que me traspasas
Las entrañas.
TRISTÁN. (*Ap.*) ¡ Qué bien entra !
LUDOVICO. ¿ Dijo cómo se llamaba ?
TRISTÁN. Teodoro.
LUDOVICO. ¡ Ay cielo ! ¡ qué fuerza
Tiene la verdad de oirte !
Lágrimas mis canas riegan.
TRISTÁN. Serpalitonia, mi hermana,
Y este mozo (¡ nunca fuera
Tan bello !) con la ocasión
De la crianza, que engendra
El amor que todos saben,
Se amaron desde la tierna
Edad ; y á deciseis años,
De mi padre en cierta ausencia,
Ejecutaron su amor,
Y creció de suerte en ella,
Que se le echaba de ver,

Con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para parir
Á Serpalitonia deja.
Catiborratos, mi padre,
No sintió tanto la ofensa
Como el dejarle Teodoro.
Murió en efeto de pena,
Y bautizamos su hijo;
Que aquella parte de Armenia
Tiene vuestra misma ley,
Aunque es diferente iglesia.
Llamamos al bello niño
Terimaconio, que queda
Un bello rapaz agora
En la ciudad de Tepecas.
Andando en Nápoles yo
Mirando cosas diversas,
Saqué un papel en que traje
Deste Teodoro las señas,
Y preguntando por él,
Me dijo una esclava griega
Que en mi posada servía:
«¿Cosa que ese mozo sea
El del conde Ludovico?»
Dióme el alma una luz nueva,
Y doy en que os he de hablar;
Y por entrar en la vuestra,
Entro, según me dijeron,
En casa de la condesa
De Belflor, y al primer hombre
Que pregunto...

LUDOVICO. Ya me tiembla
El alma.

TRISTÁN. Veo á Teodoro.

LUDOVICO. ¡Á Teodoro!

TRISTÁN. Él bien quisiera
Huirse; pero no pudo;
Dudé un poco, y era fuerza,
Porque el estar ya barbado
Tiene alguna diferencia.
Fuí tras él, asíle en fin,
Hablóme, aunque con vergüenza,

Y dijo que no dijese
Á nadie en casa quien era,
Porque el haber sido esclavo
No diese alguna sospecha.
Díjele: « Si yo he sabido
Que eres hijo en esta tierra
De un título, ¿por qué tienes
La esclavitud por bajeza?
Hizo gran burla de mí;
Y yo, por ver si concuerda
Tu historia con la que digo,
Vine á verte, y á que tengas,
Si es verdad que este es tu hijo
Con tu nieto alguna cuenta;
Ó permitas que mi hermana
Con él á Nápoles venga,
No para tratar casarse,
Aunque le sobra nobleza;
Mas porque Terimaconio
Tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO. Dame mil veces tus brazos;
Que el alma con sus potencias
Que es verdadera tu historia
En su regocijo muestran.
¡Ay, hijo del alma mía,
Tras tantos años de ausencia
Hallado para mi bien!
Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré á verle y conocerle?

CAMILO. ¿Eso dudas? Parte, vuela,
Y añade vida en sus brazos
Á los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir
Conmigo, será más cierta
Mi dicha; si descansar,
Aquí aguardando te queda;
Y dente por tanto bien
Toda mi casa y hacienda;
Que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, puesto que cerca,
Ciertos diamantes que traigo,
Y volveré cuando vuelvas.

Vamos de aquí, Mercaponios.
FURIO. Vamos, Señor.
TRISTÁN. Bien se entrecas
El engañifo.
FURIO. Muy bonis.
TRISTÁN. Andemis. (*Vanse Tristán y Furio.*)
CAMILO. ¡Extraña lengua!
LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XIII

TRISTÁN, *en el portal de una casa, cuya puerta está cerrada;* FURIO, *delante de la puerta.*

TRISTÁN. (*Abriendo un poco la puerta.*)
¿Trasponen?
FURIO. El viejo vuela,
Sin aguardar coche ó gente.
TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,
Y que este fuese Teodoro?
FURIO. ¿Mas si en mentira como ésta
Hubiese alguna verdad?
TRISTÁN. Estas almalafas lleva;
Que me importa desnudarme,
Porque ninguno me vea
De los que aquí me conocen.
FURIO. Desnuda presto,
TRISTÁN. ¡Que pueda
Esto el amor de los hijos!
FURIO. ¿Adónde te aguardo?
TRISTÁN. Espera,
Furio, en la choza del olmo.
FURIO. Adiós. (*Vase.*)

ESCENA XIV

TRISTÁN

¡Qué tesoro llega
Al ingenio! (*Sale á la calle.*) Aquí debajo
Traigo la capa revuelta,
Que como medio sotana
Me la puse, porque hubiera
Más lugar en el peligro
De dejar en una puerta,
Con el armenio turbante,
Las hopalandas greguescas.

ESCENA XV

RICARDO, FEDERICO. — TRISTÁN.

FEDERICO. Digo que es éste el matador valiente
Que á Teodoro ha de dar muerte segura.
RICARDO. ¡Ah hidalgo! ¿ansí se cumple entre la gente
Que honor profesa y que opinión procura,
Lo que se prometió tan fácilmente?
TRISTÁN. Señor...
FEDERICO. ¿Somos nosotros por ventura
De los iguales vuestros?
TRISTÁN. Sin oirme,
No es justo que mi culpa se confirme.
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
Que ha de morir por esta mano airada;
Pero puede ofender vuestro decoro
Públicamente ensangrentar mi espada.
Es la prudencia un celestial tesoro,
Y fué de los antiguos celebrada
Por única virtud: estén muy ciertos
Que le pueden contar entre los muertos.
Estáse melancólico de día,
Y de noche cerrado en su aposento;
Que alguna cuidadosa fantasía

Le debe de ocupar el pensamiento.
Déjenme á mí; que una mojada fría
Pondrá silencio á su vital aliento;
Y no se precipiten desa suerte;
Que yo sé cuándo le he de dar la muerte..

FEDERICO. Paréceme, Marqués, que el hombre acierta.
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
No dudéis, mataréle.

RICARDO. Cosa es cierta.
Por muerto le contad.

FEDERICO. Hablemos paso.

TRISTÁN. En tanto que esta muerte se concierta,
Vusiñorías ¿no tendrán acaso
Cincuenta escudos? Que comprar querría
Un rocín, que volase el mismo día.

RICARDO. Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
De que, en saliendo con aquesta empresa,
Lo menos es pagaros.

TRISTÁN. Yo aventuro
La vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adiós; que no me vean, procuro,
Hablar desde el balcón de la Condesa
Con vuestras señorías.

FEDERICO. Sois discreto.

TRISTÁN. Ya lo verán al tiempo del efeto. (*Vase.*)

FEDERICO. Bravo es el hombre.

RICARDO. Astuto y ingenioso.

FEDERICO. ¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO. Notablemente.

ESCENA XVI

CELIO. — FEDERICO, RICARDO.

CELIO. ¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO. ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.

CELIO. Un suceso notable y riguroso
Para los dos. ¿No veis aquella gente
Que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO. ¿Es muerto?

CELIO. Que me escuches te suplico.

Á darle van el parabién contentos
De haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO. Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos,
Que le haya esa ventura sucedido?

CELIO. ¿No importa á los secretos pensamientos
Que con Diana habéis los dos tenido,
Que sea aquel Teodoro, su criado,
Hijo del Conde?

FEDERICO. El alma me has turbado.

RICARDO. ¿Hijo del Conde? Pues ¿de qué manera
Se ha venido á saber?

CELIO. Es larga historia,
Y cuéntanla tan varia, que no hubiera
Para tomarla tiempo ni memoria.

FEDERICO. ¡Á quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO. Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO. Yo quiero ver lo que es.

RICARDO. Yo, Conde, os sigo.

CELIO. Presto veréis que la verdad os digo. (*Vanse.*)

Sala del palacio de la Condesa.

ESCENA XVII

TEODORO, *de camino;* MARCELA.

MARCELA. En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO. Tú eres causa desta ausencia;
Que en desigual competencia
No resulta bien jamás.

MARCELA. Disculpas tan falsas das
Como tu engaño lo ha sido;
Porque haberme aborrecido
Y haber amado á Diana
Lleva tu esperanza vana
Sólo á procurar su olvido.

TEODORO. ¿Yo á Diana?

MARCELA. Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
Con que perdido te veo
De atrevido y de cobarde:

Cobarde en que ella se guarde
El respeto que se debe;
Y atrevido, pues se atreve
Tu bajeza á su valor;
Que entre el honor y el amor
Hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de ti,
Aunque quedo enamorada,
Porque olvidaré vengada;
Que el amor olvida ansí.
Si te acordares de mí,
Imagina que te olvido
Porque me quieras; que ha sido
Siempre error que suele hacer
Que vuelva un hombre á querer,
Pensar que es aborrecido.

TEODORO. ¡Qué de quimeras tan locas,
Para casarte con Fabio!

MARCELA. Tú me casas; que al agravio
De tu desdén me provocas.

ESCENA XVIII

FABIO. — DICHOS.

FABIO. Siendo las horas tan pocas
Que aquí Teodoro ha de estar,
Bien haces, Marcela, en dar
Ese descanso á tus ojos.

TEODORO. No te den celos enojos
Que han de pasar tanto mar.

FABIO. En fin ¿te vas?

TEODORO. ¿No lo ves?

FABIO. Mi señora viene á verte.

ESCENA XIX

DIANA, DOROTEA, ANARDA. — DICHOS.

DIANA. ¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO. Alas quisiera en los pies,
Cuanto más, Señora, espuelas.

DIANA. ¡Hola! ¿Está esa ropa á punto?
ANARDA. Todo está aprestado y junto.
FABIO. (*Ap. á Marcela.*) En fin ¿se va?
MARCELA. ¡Y tú me celas
DIANA. (*Á Teodoro.*) Oye aquí aparte.
TEODORO. Aquí estoy
Á tu servicio.
DIANA. Teodoro,
Tú te partes, yo te adoro.
TEODORO. Por tus crueldades me voy.
DIANA. Soy quien sabes: ¿qué he de hacer?
TEODORO. ¿Lloras?
DIANA. No; que me ha caído
Algo en los ojos.
TEODORO. ¿Si ha sido
Amor?
DIANA. Sí debe de ser;
Pero mucho antes cayó,
Y agora salir querría.
TEODORO. Yo me voy, señora mía;
Yo me voy, el alma, no.
Sin ella tengo de ir.
No hago al serviros falta,
Porque hermosura tan alta
Con almas se ha de servir.
¿Qué me mandáis? Porque yo
Soy vuestro.
DIANA. ¡Qué triste día!
TEODORO. Yo me voy, señora mía;
Yo me voy, el alma no.
DIANA. ¿Lloras?
TEODORO. No; que me ha caído
Algo, como á ti, en los ojos.
DIANA. Deben de ser mis enojos.
TEODORO. Eso debe de haber sido.
DIANA. Mil niñerías te he dado,
Que en un baúl hallarás;
Perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
De decir, como á despojos
De vitoria tan tirana:
« Aquestos puso Diana.

Con lágrimas de sus ojos. »
ANARDA. (*Ap. á Dorotea.*) Perdidos los dos están.
DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!
ANARDA. Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.
DOROTEA. Diana ha venido á ser
El perro del hortelano.
ANARDA. Tarde le toma la mano.
DOROTEA. Ó coma ó deje comer.

ESCENA XX

LUDOVICO, CAMILO. — DICHOS.

LUDOVICO. Bien puede el regocijo dar licencia,
Diana ilustre, á un hombre de mis años
Para entrar desta suerte á visitaros.
DIANA. Señor Conde, ¿qué es esto?
LUDOVICO. Pues ¿vos sola
No sabéis lo que sabe toda Nápoles?
Que en un instante que llegó la nueva,
Apenas me han dejado por las calles,
Ni he podido llegar á ver mi hijo.
DIANA. ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.
LUDOVCO. ¿Nunca vuseñoría de mi historia
Ha tenido noticia, y que ha veinte años
Que enviaba un niño á Malta con su tío,
Y que le cautivaron las galeras
De Alí Bajá?
DIANA. Sospecho que me han dicho
Ese suceso vuestro.
LUDOVICO. Pues el cielo
Me ha dado á conocer el hijo mío
Después de mil fortunas que ha pasado.
DIANA. Con justa causa, Conde, me habéis dado
Tan buena nueva.
LUDOVICO. Vos, señora mía,
Me habéis de dar, en cambio de la nueva,
El hijo mío que sirviéndoos vive,
Bien descuidado de que soy su padre.
¡Ay, si viviera sn difunta madre!
DIANA. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO. No Señora, no es Fabio; que es Teodoro.
DIANA. ¡Teodoro!
LUDOVICO. Sí, Señora.
TEODORO. ¿Cómo es esto?
DIANA. Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.
LUDOVICO. Luego ¿es aqueste?
TEODORO. Señor Conde, advierta
Vuseñoría...
LUDOVICO. No hay qué advertir, hijo,
Hijo de mis entrañas, sino sólo
El morir en tus brazos.
DIANA. ¡Caso extraño!
ANARDA. ¡Ay Señora! ¿Teodoro es caballero
Tan principal y de tan alto estado?
TEODORO. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?
LUDOVICO. Cuando no tuviera
Tanta seguridad, el verte fuera
De todas la mayor. ¡Qué parecido
Á cuando mozo fuí!
TEODORO. Los pies te pido,
Y te suplico...
LUDOVICO. No me digas nada;
Que estoy fuera de mí, ¡qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
En la cara, Teodoro, la nobleza!
Vamos de aquí; ven luego, luego toma
Posesión de mi casa y de mi hacienda;
Ven á ver esas puertas coronadas
De las armas más nobles deste reino.
TEODORO. Señor, yo estaba de partida á España,
Y así me importa.
LUDOVICO. ¿Cómo á España? ¡Bueno!
España son mis brazos.
DIANA. Yo os suplico,
Señor Conde, dejéis aquí á Teodoro
Hasta que se reporte, y en buen hábito
Vaya á reconoceros como hijo:
Que no quiero que salga de mi casa
Con aqueste alboroto de la gente.
LUDOVICO. Habláis como quien sois tan cuerdamente.

Dejarle siento por un breve instante;
Mas porque más rumor no se levante,
Me iré, rogando á vuestra señoría
Que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA. Palabra os doy.

LUDOVICO. Adiós, Teodoro mío.

TEODORO. Mil veces beso vuestro pies.

LUDOVICO. Camilo,
Venga la muerte agora.

CAMILO. ¡Qué gallardo
Mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO. Pensar poco
Quiero este bien, por no volverme loco.
(Vanse Ludovico y Camilo.)

ESCENA XXI

DIANA, TEODORO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA, FABIO.

DOROTEA. Danos á todos las manos.

ANARDA. Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA. Hacernos debes favor.

MARCELA. Los señores que son llanos
Conquistan las voluntades.
Los brazos nos puedes dar.

DIANA. Apartaos, dadme lugar;
No le digáis necedades.
Déme vuestra señoría
Las manos, señor Teodoro.

TEODORO. Agora esos pies adoro,
Y sois más señora mía.

DIANA. Salíos todos allá;
Dejadme con él un poco.

MARCELA. ¿Qué dices, Fabio? *(Ap. á él.)*

FABIO. Estoy loco.

DOROTEA. *(Ap. á Anarda.)* ¿Qué te parece?

ANARDA. Que ya
Mi ama no querrá ser
El perro del hortelano.

DOROTEA. ¿Comerá ya?

ANARDA. Pues ¿no es llano?
DOROTEA. Pues reviente de comer.
(*Vanse Marcela, Fabio, Dorotea y Anarda.*)

ESCENA XXII

DIANA, TEODORO.

DIANA. ¿No te vas á España?
TEODORO. ¿Yo?
DIANA. No dice vuseñoría :
« Yo me voy, señora mía.
Yo me voy, el alma no? »
TEODORO. ¿Burlas de ver los favores
De la fortuna?
DIANA. Haz extremos.
TEODORO. Con igualdad nos tratemos,
Como suelen los señores,
Pues todos lo somos ya.
DIANA. Otro me pareces.
TEODORO. Creo
Que estás con menos deseo :
Pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
Porque es costumbre de amor
Querer que sea inferior
Lo amado.
DIANA. Estás engañado;
Porque agora serás mio,
Y esta noche he de casarme
Contigo.
TEODORO. No hay más que darme :
Fortuna, tente.
DIANA. Confío
Que no ha de haber en el mundo
Tan venturosa mujer.
Vete á vestir.
TEODORO. Iré á ver
El mayorazgo que hoy fundo,
Y este padre que me hallé
Sin saber cómo ó por dónde.

DIANA. Pues adiós, mi señor Conde.
TEODORO. Adiós, Condesa.
DIANA. Oye.
TEODORO. ¿Qué?
DIANA. ¡Qué! Pues ¿cómo? ¿A su señora
Así responde un criado?
TEODORO. Está ya el juego trocado,
Y soy yo el señor agora.
DIANA. Sepa que no me ha de dar
Más celitos con Marcela,
Aunque este golpe le duela.
TEODORO. No nos solemos bajar
Los señores á querer
Las criadas.
DIANA. Tenga cuenta
Con lo que dice.
TEODORO. Es afrenta.
DIANA. Pues ¿quién soy yo?
TEODORO. Mi mujer. (*Vase.*)
DIANA. No hay más que desear : tente, fortuna,
Como dijo Teodoro, tente, tente.

ESCENA XXIII

FEDERICO, RICARDO. — DIANA.

RICARDO. En tantos regocijos y alborotos
¿No se da parte á los amigos?
DIANA. Tanta
Cuanta vuseñorías me pidieren.
FEDERICO. De ser tan gran señor vuestro criado
Os las pedimos.
DIANA. Yo pensé, señores,
Que las pedís (con que licencia os pido)
De ser Teodoro conde y mi marido. (*Vase.*)
RICARDO. ¿Qué os parece de aquesto?
FEDERICO. Estoy sin seso.
RICARDO. ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!
FEDERICO. Veisle, aquí viene.

ESCENA XXIV

TRISTÁN. — FEDERICO, RICARDO.

TRISTÁN. (*Ap.*) Todo está en su punto.
¡ Brava cosa ! ¡ que pueda un lacaífero
Ingenio alborotar á toda Napoles !
RICARDO. Tente, Tristán, ó como te apellidas.
TRISTÁN. Mi nombre natural es Quita-vidas.
FEDERICO. ¡ Bien se ha echado de ver !
TRISTÁN. Hecho estuviera,
Á no ser conde de hoy acá este muerto.
RICARDO. Pues ¿eso importa ?
TRISTÁN. Al tiempo que el concierto
Hice por los trecientos solamente,
Era para matar, como fué llano,
Un Teodoro criado, más no conde.
Teodoro conde es cosa diferente,
Y es menester qu el galardón se aumente ;
Que más costa tendrá matar un conde
Que cuatro ó seis criados, que están muertos,
Unos de hambre y otros de esperanzas,
Y no pocos de envidia.
FEDERICO. ¿ Cuánto quieres ?
Y mátale esta noche.
TRISTÁN. Mil escudos.
RICARDO. Yo los prometo.
TRISTÁN. Alguna señal quiero.
RICARDO. Esta cadena.
TRISTÁN. Cuenten el dinero.
FEDERICO. Yo voy á prevenillo.
TRISTÁN. Yo á matalle,
¿ Oyen ?
RICARDO. ¿ Qué ? ¿ quieres más ?
TRISTÁN. Todo hombre calle.
(*Vanse Ricardo y Federico.*)

ESCENA XXV

TEODORO. — TRISTÁN.

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar
Con aquellos matadores.
TRISTÁN. Los dos necios son mayores
Que tiene tan gran lugar.
Esta cadena me han dado,
Mil escudos prometido
Porque hoy te mate.
TEODORO. ¿ Qué ha sido
Esto que tienes trazado ?
Que estoy temblando, Tristán.
TRISTÁN. Si me vieras hablar griego,
Me dieras, Teodoro, luego
Más que estos locos me dan.
¡ Por vida mía, que es cosa
Fácil el gregecizar !
Ello en fin no es más de hablar ;
Mas era cosa donosa
Los nombres que les decía :
Azteclias, Catiborratos,
Serpalitonia, Xipatos,
Atecas, Filimoclia...
Que esto debe de ser griego,
Como ninguno lo entiende,
Y en fin, por griego se vende.
TEODORO. Á mil pensamientos llego
Que me causan gran tristeza,
Pues si se sabe este engaño,
No hay que esperar menos daño
Que cortarme la cabeza.
TRISTÁN. ¿ Agora sales con eso ?
TEODORO. Demonio debes de ser.
TRISTÁN. Deja la suerte correr,
Y espera el fin del suceso.
TEODORO. La Condesa viene aquí.
TRISTÁN. Yo me escondo ; no me vea. (*Ocúltase.*)

ESCENA XXVI

DIANA. — TEODORO; TRISTÁN, *oculto.*

DIANA. ¿No eres ido á ver tu padre,
Teodoro?

TEODORO. Una grave pena
Me detiene; y finalmente,
Vuelvo á pedirte licencia
Para proseguir mi intento
De ir á España.

DIANA. Si Marcela
Te ha vuelto á tocar al arma,
Muy justa disculpa es esa.

TEODORO. ¿Yo Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEODORO. No es cosa para ponerla
Desde mi boca á tu oído.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea
Mil veces contra mi honor.

TEODORO. Tristán, á quien hoy pudiera
Hacer el engaño estatuas,
La industria versos, y Creta
Rendir laberintos, viendo
Mi amor, mi eterna tristeza,
Sabiendo que Ludovico
Perdió un hijo, esta quimera
Ha levantado conmigo,
Que soy hijo de la tierra,
Y no he conocido padre
Mas que mi ingenio, mis letras
Y mi pluma. El Conde cree
Que lo soy; y aunque pudiera
Ser tu marido, y tener
Tanta dicha y tal grandeza,
Mi nobleza natural
Que te engañe no me deja,
Porque soy naturalmente
Hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir á España

Vuelvo á pedirte licencia;
Que no quiero yo engañar
Tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA. Discreto y necio has andado:
Discreto en que tu nobleza
Me has mostrado en declararte;
Necio en pensar que lo sea
En dejarme de casar,
Pues he hallado á tu bajeza
El color que yo quería;
Que el gusto no está en grandezas,
Sino en ajustarse al alma
Aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
Y porque Tristán no pueda
Decir aqueste secreto,
Hoy haré que cuando duerma,
En ese pozo de casa
Le sepulten.

TRISTÁN. (*Saliendo.*) Guarda afuera.

DIANA. ¿Quién habla aquí?

TRISTÁN. ¿Quién? Tristán,
Que justamente se queja
De la ingratitud mayor
Que de mujeres se cuenta.
Pues ¡siendo yo vuestro gozo,
Aunque nunca yo lo fuera,
En el pozo me arrojáis!

DIANA. ¡Qué! ¿lo has oído?

TRISTÁN. No creas
Que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.

TRISTÁN. ¿Qué vuelva?

DIANA. Que vuelvas.
Por el donaire te doy
Palabra de que no tengas
Mayor amiga en el mundo;
Pero has de tener secreta
Esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN. Si me importa que lo sea,
¿No quieres que calle?

TEODORO. Escucha.

¿Qué gente y qué grita es ésta?

ESCENA XXVII

LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO, MARCELA, ANARDA, DOROTEA. — DICHOS.

RICARDO. (*Dentro.*) Queremos acompañar
Á vuestro hijo.
(*Salen Ludovico, Federico, Ricardo, las damas y los criados.*)
FEDERICO. (*Á Ludovico*). La bella
Nápoles está esperando
Que salga, junta á la puerta.
LUDOVICO. (*Á Teodoro.*) Con licencia de Diana
Una carroza te espera,
Teodoro, y junta, á caballo,
De Nápoles la nobleza.
Ven, hijo, á tu propia casa
Tras tantos años de ausencia;
Verás adonde naciste.
DIANA. Antes que salga y la vea,
Quiero, Conde, que sepáis
Que soy su mujer.
LUDOVICO. Detenga
La fortuna, en tanto bien,
Con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
Si vine por uno.
FEDERICO. Llega,
Ricardo, y da el parabien.
RICARDO. Darle, señores, pudiera
De la vida de Teodoro;
Que celos de la Condesa
Me hicieron que á este cobarde (*Por Tristán.*)
Diera, sin esta cadena,
Por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
Que es encubierto ladrón.
TEODORO. Eso no; que no profesa
Ser ladrón quien á su amo
Defiende.

RICARDO. ¿ No ? Pues ¿ quién era
Este valiente fingido ?
TEODORO. Mi criado ; y porque tenga
Premio el defender mi vida,
Sin otras secretas deudas,
Con licencia de Diana,
Le caso con Dorotea,
Pues que ya su señoría
Casó con Fabio á Marcela.
RICARDO. Yo doto á Marcela.
FEDERICO. Y yo
Á Dorotea.
LUDOVICO. Bien queda
Para mí, con hijo y casa,
El dote de la Condesa.
TEODORO. Con esto, Senado noble,
Que á nadie digáis se os ruega
El secreto de Teodoro,
Dando, con licencia vuestra,
Del *Perro del hortelano*
Fin la famosa comedia.

¡ SI NO VIERAN LAS MUJERES ! ... *

PERSONAS

ISABELA, *dama.*
FLORA, *criada.*
FEDERICO, *caballero.*
TRISTAN, *criado.*
EL DUQUE OTAVIO.
EL EMPERADOR OTÓN.
FABIO, *caballero.*
ALEJANDRO, *caballero.*
RODULFO, *caballero.*
BELARDO, *villano.*
GENTE.
CRIADAS.

La escena es en la corte del Emperador y en el campo.

ACTO PRIMERO

Campo.

ESCENA PRIMERA

ISABELA, *con sombrero de plumas y un arcabuz;* FLORA.

FLORA. No te alejes de la quinta,
De su plomo en confianza.

* En el juicio de esta obra, escribieron los críticos de Madrid ya citados: Los caracteres son interesantes, nobles y apasionados. El del emperador está pintado con toda la galantería de la juventud y la grandeza y generosidad dignas de un gran monarca: es valiente, discreto y propenso á la pasión propia de su edad; pero sus amores son honestos y decorosos, y no ofenden nunca el pundonor de Isabela, aunque siembran en el corazón de Federico los celos y el delirio que le arrebata. Los dos amantes están perfectamente retratados; la nobleza de sus sentimentos, la constancia y pureza de su cariño, las penas que padecen mutuamente conmueven el alma de los espectadores. La carta que Isabela le dirige: *Perro, el de la dama fea* está llena de pasión y de verdad. El delirio que

ISABELA. Mejor que de espada y lanza,
Así la guerra se pinta.
La caza se me ha escondido :
Ya no hallo á qué tirar.

FLORA. Ociosas para matar
Son las armas que has traído.

ISABELA. ¡Requiebros, Flora!

FLORA. No creo
Que, fundados en razón,
Son requiebros.

ISABELA. Pues ¿qué son?

FLORA. Milagros de mi deseo,
Con que ya no soy mujer,
Mudando en hombre mi nombre.

ISABELA. ¿En hombre, Flora?

FLORA. Y muy hombre;
Que el alma lo puede ser.

ISABELA. Como me ves tan valiente,
Pienso que hablas de temor.

FLORA. Nunca le tuvo el amor
Para ningún accidente,
Y holgárame que te viera
Federico en este traje.

ISABELA. Envíale, Flora, un paje.

FLORA. Buena diligencia fuera;
Pero si no es que engaña
Lo airoso y galán del talle,
Él baja del monte al valle,
Y mi Tristán le acompaña.

ISABELA. No te engaña el pensamiento;
Que hay hombres de tal donaire,
Que tienen alma en el aire
De cualquiera movimiento.
Aquí me quiero esconder;
Que le quiero saltear.

FLORA. Invenciones de matar,
Solo amor las sabe hacer. (*Escóndense.*)

---

arrebata á Federico, después de haberla leído, es demasiado metafísico, y por consiguiente menos natural é interesante que debiera. Es lástima que Lope manchase con este borrón una comedia tan bien imaginada.

ESCENA II

FEDERICO y TRISTÁN, *en cuerpo.*

FEDERICO. Ó el pensamiento adivina,
Ó me dió su resplandor.
TRISTÁN. Muchas veces piensa amor
Que mira lo que imagina.
FEDERICO. De dar en el agua el sol
Se forma el arco del cielo,
Y así en mis ojos recelo
Que dió su claro arrebol.
Fundados en agua están
Para poderse mover:
Con que la pudieron ver,
Y ella formarse, Tristán.
TRISTÁN. Yo pienso que fué en el mundo
Primer filósofo Amor.
FEDERICO. De darme su resplandor
Este pensamiento fundo.
No lejos de aquesta encina
La vi, y á Flora también.

ESCENA III

ISABELA, FLORA. — Dichos.

ISABELA. Téngase todo hombre.
FEDERICO. ¿ Á quién?
ISABELA. Á Amor.
FEDERICO. ¡ Oh Venus divina!
Si queréis al que camina
Robar y quitar despojos,
¿ Para qué tanto enojos?
Dejad ese fuego, os ruego:
No se corra el dulce fuego
De vuestros hermosos ojos.
Bajad las armas; que ya
Para mí no harán efeto;

Cese tan cruel decreto;
No matéis quien muerto está.
Al amor por armas da
La antigüedad arco y flechas,
Porque para errar sospechas
Y para acertar desdichas,
Son sus flechas y sus dichas
De hierro y de plumas hechas.
Tomad el arco, y dejad
El fuego, que en otra esfera
Más alta vive, siquiera
Por honra de mi verdad;
No muera mi voluntad
De otro fuego que el que vive
En vuestros ojos, ni prive
Al sol en ese arcabuz
De un relámpago de luz
Que el aire de sombra escribe.
Cuando sale el bandolero,
Y se le pone delante,
Pide humilde el caminante
La vida, y deja el dinero:
Lo mismo pediros quiero,
Y el alma y potencias daros,
Y que dejéis, suplicaros,
La vida para serviros,
Un sentido para oiros,
Y el otro para miraros.
Dicen que Palas dormía
En una selva, quitada
La guarnecida celada
De plumas y argentería;
Y Venus por bizarría
Se la puso; á quien, severo,
Dijo Amor: « Madre, no quiero
Esos laureles y palmas.
Con almas se matan almas,
Que no con armas de acero. »

ISABELA. ¿ Cuándo Federico mío,
Isabela os ha negado
El alma ?

FEDERICO. Doy por robado

Todo mi libre albedrío.
Ya de la acción me desvío
Que tuve, dándoos la mía,
Si vida y piedad pedía,
Ya no lo quiero, pues ya
Vida por vida me da
Quien á matarme venía.
Mas dejando, agradecido,
Esta plática, Señora,
No lo estéis de verme agora
Donde por fuerza he venido.
El Emperador ha sido
La causa, que á caza viene
Por este monte, y me tiene
Sospechoso de que os vea;
Que en esta vecina aldea
Pasar la noche previene.
Ya sabéis que son los celos
Sombra de amor; que no hubiera
Cosa que más dulce fuera,
Si le dejaran desvelos;
Mas no quisieron los cielos
Dar á los hombres un bien
Tan alto, sin que también
Pagase amor tal pensión;
Que, con celos, burlas son
Olvido, ausencia y desdén.
Vos os habéis de esconder
De suerte que nadie os vea;
Que teme amor que no sea
Mi muerte, si os viene á ver.
Tiene supremo poder,
Y á damas tan inclinado,
Que yo piensa mi cuidado
Que él es Paris, vos Elena,
Y yo del mar en la arena
Un griego en llanto bañado.
Esto á los celos les debe,
Dulce Isabela, el amor;
Que es dar aviso al honor
Con las sospechas que mueve.
Suenan truenos cuando llueve,

Y de las nubes los senos
Se rompen, de piedra llenos,
Dando al labrador desmayos,
Pues jamás cayeron rayos
Sin que lo dijesen truenos.
Son los agravios, Señora,
Reloj de campana, dando
Con públicos golpes, cuando
Está pasada la hora;
Los celos, al que lo ignora,
Son la saeta que va
Adonde la letra está,
Tan quedo, que no se ve,
Porqua sepa antes que dé
El número adonde da.
Mirad si temer es justo,
Viéndoos á vos tan perfeta,
Que señale la saeta
La letra de mi disgusto.
Que os escondáis es mi gusto:
No os vea el Emperador,
Porque la señal mayor
De amor, que á todas excede,
Es no dar celos, si puede,
La mujer que tiene amor.

ISABELA. Cuando por mí sola fuera,
Os quiero yo obedecer.

FEDERICO. Y yo, Señora, volver
Donde ya el César me espera.
No te entristezcas, ribera,
De que el sol te falte agora,
Que tus campos y aguas dora:
Cristal y flores, paciencia;
Que breve será la ausencia
De mi luz y vuestra aurora. (*Vase.*)

ESCENA IV

ISABELA, TRISTÁN, FLORA.

TRISTÁN. Y tú, Flora, ¿no te escondes?

FLORA. ¡Y yo! ¿Para qué, Tristán?

¡Tú, celos! ¿De qué galán?

TRISTÁN. ¿Con letrilla me respondes?
¿No te puede ver alguno
Más galán y más señor?
De celos, teniendo amor,
¿Hase escapado ninguno?
Yo no sé historias que sean
Ejemplo, ni digo más
De que mejor estarás,
Flora, donde no te vean.
Caen rayos, suenan truenos,
Avisan celos de agravios;
Guárdanse los que son sabios,
Dan en los que saben menos.
Campos, perdonad; que Flora
Se va á esconder: no es exceso;
Que no dejaréis por eso
De ver el sol y la aurora. (*Vase.*)

ESCENA V

ISABELA, FLORA.

FLORA. Suspensa estás.

ISABELA. Hame dado
Lo que nunca imaginé.

FLORA. ¿Es deseo?

ISABELA. Sí.

FLORA. ¿De qué?

ISABELA. De lo que has imaginado.

FLORA. De ver al Emperador
Me parece que será.

ISABELA. ¿Quién, Flora, no le tendrá
De ver al mayor señor
Del mundo, que alaban tanto?

FLORA. Necio en avisarte anduvo
Federico.

ISABELA. Culpa tuvo;
Pero de pensar me espanto
Que hiciese mi gusto empleo
Contra su gusto.

FLORA. No es justo,
Cuando es tan honesto el gusto,
Recatar tanto el deseo.
No es nueva la condición
Que nos viene por herencia:
La primer desobediencia
Nació de la privación.
Malparió cierta romana
Con el deseo de ver
Un monstro, y de se atrever
Á llegar á la ventana.
¿Qué agravio recibe honor
De galán, y no marido,
Por ver al esclarecido
César, del mundo señor?
Que decir: «Porque es mancebo,
Que te puede codiciar,»
Es achaque de no dar
Gusto.

ISABELA. La razón apruebo;
Que Federico, no es justo
Que quiera quitarme el ver,
Si en baja ó noble mujer
Es naturaleza y gusto.
El ver ¿á quién causa enojos?
Todo al hombre se rindió,
Sino es los ojos, y yo
No tengo esclavos los ojos.
¿Cuál mujer, aunque casada,
De no mirar se obligó?
Que aun ciega hacia dentro vió
Con potencia imaginada.
Yo, Flora, tengo de ver
Al César, si bien será
Disfrazada.

FLORA. Cerca está.

ISABELA. Ó ver, ó no ser mujer.
Tiéneme aquí el padre mío,
Porque él está desterrado,
Mirando un monte y un prado,
Y entrando en la mar un río;
Y un día que viene aquí

El águila con el pico
De oro y perlas, ¡Federico
Me manda esconder á mí!
Más quiere una mujer ver,
Que del mundo los despojos;
Que es tapar al sol los ojos
Cerrar los de una mujer;
Que como pasa y traspasa
Su luz por cualquier resquicio,
Ó ha de perder el jüicio.
Ó ha de mirar lo que pasa. (*Vanse.*

ESCENA VI

EL EMPERADOR, FABIO, RODULFO Y ALEJANDRO, *de caza.*

EMPERADOR. Cansado estoy.
FABIO. Es el día
Caloroso por extremo.
ALEJANDRO. Cuando es con exceso tanto,
No sin donaire dijeron
Los antiguos que ladraban
Aquellos celestes perros.
RODULFO. ¿Qué mucho, si les da el sol,
Gran Señor, de medio á medio.
Y está para darles agua
Hoy el Acuario tan lejos?
EMPERADOR. Señoras hierbas, haced
Silla al que tiene el imperio
De Alemania, y en Italia
Y Roma el sagrado reino.
¿Qué dosel como estos olmos,
Que con natural ingenio
Visten hiedras, que coronan
De racimos sin cabellos?
Qué telas como estos lauros,
Donde parece que huyendo
Dafne, más agua que sol,
La viene siguiendo Febo?
¡Con qué gracia se despeña

Ese músico arroyuelo
De esas pizarras al prado,
Que en verdes juncos y helechos
Le da cama en que se duerma,
Echando su ruido menos
Las aves, á cuyos tiples
Era templado instrumento!
¿Dónde quedó Federico?

LEJANDRO. Luego que fuiste siguiendo
Aquel Acteón sin alma,
Que de las ramas de un fresno
Cuelga por los pies atado,
Bañando de sangre el suelo,
Se fué entrando por el monte
Con Tristán, el escudero
De quien celebras donaires,
De quien repites despejos.
Pero ya vienen los dos.

ESCENA VII

FEDERICO, TRISTÁN. — DICHOS.

FEDERICO. (*Ap. á Tristán.*) ¿Si me habrán echado menos?

TRISTÁN. ¿Eso dudas?

EMPERADOR. Federico,
¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?

FEDERICO. Codicioso de seguir
Un jabalí, más soberbio
Que aquel feroz que en Arcadia
Abrió de Adonis el pecho
Con dos dagas de marfil,
Eterno llanto de Venus,
Perdí las señas del monte,
Y por laberintos hechos
De pinos, que, de las nubes
Verdes obeliscos, dieron
Temor al sol con la historia
De los gigantes soberbios,
Anduve, Señor, buscando
Algún labrador Teseo
Que me sacase al camino,

Hasta que de tus monteros,
De una peña repetidos,
Me trujo el aire los ecos.

EMPERADOR. No se le puede negar
Á la caza, caballeros,
Ser el más noble ejercicio,
Y de más ilustre aliento
Para empresas militares,
Y de antiguos y modernos
Más celebrado en el mundo.
Envidio el famoso esfuerzo
Del africano que mata
De Libia en los campos secos
Con solo el desnudo brazo
Y las dos puntas de acero
Al rey de los animales;
Pero cuando yo contemplo
Que es todo trabajo inútil,
Parece que me arrepiento
De la fatiga que traigo
Y el cansancio con que vuelvo.

FEDERICO. En las acciones humanas,
Á la inclinación debemos
Hacer fáciles las penas:
Así hallaron los secretos
De la gran naturaleza
Los filósofos, y dieron
Fin á tan altas empresas
Los romanos y los griegos.
La inclinación hizo sabios,
Oradores y maestros
De las leyes, y el laurel
Poetas de ilustres versos.
Corresponden las costumbres
Á la inclinación.

EMPERADOR. Ya veo
Que fué de nuestras pasiones
El primero fundamento;
Pero ¿cuál es la mayor
Pasión de las que tenemos
Los hombres naturalmente?

FEDERICO. Dejando afectos diversos,

Son la ira y el amor.

EMPERADOR. Y ¿cuál es el mayor?

FEDERICO. Tengo
La ira por más pasión,
De quien los sabios dijeron
Que era una breve locura,
Que ciega el entendimiento.

EMPERADOR. Engáñaste, porque amor
Aspira en el alma á eterno;
Que, como ella es inmortal,
También amor puede serlo;
Y la ira, y tú lo dices,
Ser breve, pues dura el tiempo
Que dilata la venganza;
Pero del amor sabemos
Que puede durar, después
De ejecutado el deseo,
Toda la vida de un hombre.
Y es fácil aquí el ejemplo;
Que podéis todos vosotros
Tener encendido el pecho
De amor agora, y ninguno
Tener ira: luego es cierto
Que es mayor pasión amor.

FEDERICO. Que es la más noble confieso,
Pero no que la más fuerte.

EMPERADOR. Vosotros, que estáis oyendo
Al discreto Federico
Un pensamiento tan necio,
¿Qué decís de su opinion,
Confesándome primero
Si amáis? Porque no es posible
Que donde hay tantos sujetos
De hermosura y discreción,
Estéis libres de éste afecto. —
Di tú, Fabio, por mi vida.

FABIO. Yo, Señor, con nadie tengo
Ira, amor sí

EMPERADOR. ¿Quieres bien?

FABIO. Cierta señora requiebro
Con más amor que esperanza.
Aro el agua, siembro el viento.

EMPERADOR. ¿Tú, Rodulfo?

RODULFO. Por tu vida,
Diré verdad. Yo no acierto
Á conquistar voluntades;
Tengo mi dama de asiento,
Aseguro mi salud,
Quiero más y gasto menos.

EMPERADOR. ¿Tú, Alejandro?

ALEJANDRO. Gran Señor,
Un imposible pretendo.

EMPERADOR. No hay imposible, Alejandro,
Rogando, amando y sirviendo. —
Tristán, ya que estás aquí,
Di tu razón, porque entiendo
Vencer con todos los votos.

TRISTÁN. Indigno, César excelso,
Me siento en tanta grandeza;
Mas, como siempre te veo
Inclinado á mi favor,
Tendré á tu vida respeto.
Yo quiero una casadilla,
De cuyos ojuelos negros
Saliera el sol más hermoso,
Si se acostara con ellos.
De las rosas de su cara
Parece que amor ha hecho
Azúcar rosado al alma
De mis enfermos deseos,
Breve boca y dientes blancos,
Tales, que un mico ligero,
Pensando que eran piñones,
Saltó una vez á comerlos.
Las manos eran, por Dios,
Lindas, si pidieran menos;
Lo que es el brío, pudiera
Ser el alma de otro cuerpo.
Fuése el marido á una aldea;
Substituir quise el lienzo
De sus sábanas; volvió:
Era riguroso invierno;
Escondióme en un tejado,
Del marido, y no del cierzo,

Donde estuve sin jüicio,
Hasta que el alba riyendo
Me tuvo por chimenea;
Y con ser tan grande el hielo,
Confieso que no ha podido
Vencer de mi amor el fuego.

EMPERADOR. ¿Por qué callas, Federico?

FEDERICO. Yo, Señor, porque no puedo,
Siendo ignorante de amor,
Ayudar á tu argumento.
En toda mi vida quise,
Ni dije á mujer requiebro,
Ni sujeté al albedrío,
Ni rendí el entendimiento,
Ni escribí papel de amores,
Ni tuve de nadie celos,
Ni me vió rondar de noche,
Ni oyó mis quejas el viento,
Ni supe qué eran desdenes
Ni favores, porque tengo
De las tragedias de amor
Inumerables ejemplos.

EMPERADOR. Pues ¿qué has hecho, Federico,
De toda tu vida el tiempo?
¿Tú eres hombre? ¿tú eres noble?
¿Tú valiente? ¿tú discreto?
¿En qué Scitia, en qué Etïopia
Naciste? ¿Qué monte fiero
De Tesalia fué tu padre?
Qué tigre te dió su pecho?
¡Hombre vivió sin amor
En el mundo, donde vemos
Llorar un ave de ausencia,
Morirse un cisne de celos,
Bramar en el bosque un toro,
Gemir en el monte un ciervo,
Y un delfín entre las ondas
Del mar festejar paseos
Al sujeto que le dió
Naturaleza por dueño?
¿Tú no sabes, Federico,
Que desde el hombre primero

Es amor rey de los hombres?
FEDERICO. Señor, en amor me empleo
De la virtud y los libros.
EMPERADOR. Es justo amor, no lo niego;
Pero ¿hay cosa más amable,
Ni de excelente sujeto,
Como una hermosa mujer,
Al humano entendimiento?
¿Qué cosa es buena sin ellas?
Qué es la caza, qué es el juego,
Para igualar á sus brazos?
Ó ¿para quién, dime, ha hecho
La plata la luna, el sol
El oro, el mar en su centro
Las perlas, las piedras ricas
Los planetas, influyendo
Para diversas colores
Sus calidades y efetos?
¿Para quién tanto artificio,
Desde el gusano pequeño
Que labra en capullos blancos
El túmulo de su entierro,
De donde la seda sale,
Con que vestimos los cuerpos,
Que nos dieron aquel ser
Que todos reconocemos?
Pues advierte, Federico,
Que desde hoy (estáme atento)
Has de buscar á quien ames,
Humilde ó alto sujeto;
Porque en mi cámara, juro
Por Dios, y esto será cierto,
Que no ha de entrar sin amor
Hombre ninguno; que creo
Que hombre que no sabe amar
No sabrá servir, y aun pienso
Que no puede ser leal
Ni valiente ni discreto.
No digo que amor vicioso
Ocupe tus pensamientos,
Sino amor casto, quo obligue
Virtuoso á un fin honesto.

¿ Qué piensas tú que es él solo ?
Pues profesas libros, pienso
Que, si á Aristóteles viste,
Sabrás que dijo por ellos
Que el solo era dios ó bestia :
De cuya máxima entiendo
Que si acompañan amigos
El humano entendimiento,
No la voluntad, que aspira
Á más estrechos deseos ;
Y al mismo sabio también
Le desterraron los griegos
Porque adoraba á su dama
Y la hizo altar ó templo.
¿ Hasme entendido ?

FEDERICO. Muy bien,
Y que buscaré sujeto
Á quien amar desde hoy.
(*Ap.* Y ¡ cómo, si ya le tengo
Más alto que el mismo sol !) (*Dentro ruido.*)

ESCENA VIII

GENTE, *dentro.* — DICHOS.

UNA VOZ. (*Dentro.*) Ataja, ataja ; del cerro
Pelado desciende al verde
Valle.

OTRA VOZ. (*Dentro.*) Si á Melampo suelto,
No se le irá por los pies,
Aunque le igualen al viento.

EMPERADOR. Corred, caballeros, todos ;
Que en esta fuente os espero.

FEDERICO. Y ¿yo también ?

EMPERADOR. Federico,
Tú el primero.

FEDERICO. Ya obedezco
Tu gusto. — Vamos, Tristán.

TRISTÁN. Un grande preñado llevo (*Ap. á su amo.*)
De cosas que te decir.

FEDERICO. Hablaremos en secreto.

(*Vanse todos, menos el Emperador.*)

ESCENA IX

EL EMPERADOR.

Quien no sabe de amor, vive entre fieras;
Quien no ha querido bien, fieras espante,
Ó si es Narciso, de sí mismo amante,
Retrátese en las aguas lisonjeras.
Quien en las flores de su edad primeras
Se niega á amor, no es hombre, que es dia-
Que no lo puede ser el que, ignorante, [mante;
Ni vió sus burlas ni temió sus veras.
¡Oh natural amor! que bueno y malo
En bien y en mal te alabo y te condeno,
Y con la vida y con la muerte igualo:
Eres en un sujeto malo y bueno,
Ó bueno al que te quiere por regalo,
Y malo al que te quiere por veneno.

ESCENA X

ISABELA y FLORA, *vestidas de labradoras;* BELARDO. — EL EMPERADOR.

ISABELA. (*Á Belardo, sin haber visto al Emperador.*)
Muy mal nos habéis guiado.
BELARDO. No ha sido la culpa mia;
Que esta gente no venía
Á merendar en el prado,
Para sentarse despacio;
Ni estamos para mirar,
Al César salir ó entrar
En las puertas de palacio.
Todos van en sus rocines
Por el monte discurriendo.
ISABELA. Lejos se escucha el estruendo.
FLORA. De aqueste valle en los fines
Repite el eco las voces.
EMPERADOR. (*Ap.*) ¡Qué graciosa labradora!

¿Sale más fresca la aurora?
ISABELA. Tú, pienso que no conoces
Al Emperador.
BELARDO. Yo no.
ISABELA. Mas no será menester;
Que bien se echará de ver.
BELARDO. Pintado le he visto yo,
Y así vendrá por acá.
ISABELA. ¿Cómo?
BELARDO. Con un gran ropón
De armiños blancos, tusón
De oro, en que el cordero está
Entre piedras y eslabones,
Corona de tres, el mundo
En la mano, el sin segundo
Cetro de tantas naciones,
Y la valerosa espada.
ABELA. Y ¿ha de venir á cazar
De esa suerte?
FLORA. Y ¿aquí andar
Con la púrpura sagrada?
BELARDO. Andan tan graves y erguidos,
Que, por sus reales leyes,
He pensado que los reyes,
Flora, se acuestan vestidos.
Nosotros mudamos cara
Con buena ó mala fortuna;
Los reyes no, siempre es una.
EMPERADOR. (*Ap.*) Mientras más para y repara
Mi vista en esta mujer,
Más hermosa me parece.
FLORA. El César se desparece.
Bien nos podemos volver.
ISABELA. ¡Ay, Flora! ¡Qué gran desaire
Ser al aire mi venida!
EMPERADOR. (*Ap.*) No he visto cosa en mi vida
De tanta gracia y donaire.
ISABELA. Sin ver á los cortesanos
Siquiera, ¿me he de volver?
EMPERADOR. (*Ap.*) Labradora puede ser
De corazones humanos.
ISABELA. Allí he visto un caballero.

¡Hola! ¿qué digo? — Señor,
¿Dónde está el Emperador?

EMPERADOR. Aquí, Señora, le espero.
Mas ¿qué es lo que le queréis?
Que yo soy su gran privado,
Mucho tendréis negociado
Con las gracias que tenéis,
Porque siempre la hermosura
Lleva cartas de favor.

ISABELA. Ya sé que el Emperador
La divina arquitectura
Humilla á cualquier mujer.

EMPERADOR. No á cualquiera; que en efeto
Es quien es; mas yo os prometo
Que si os acertase á ver
Y á oiros hablar así,
Que se perdiese por vos.

ISABELA. ¿Perderse? ¡Válgame Dios!
Pues ¿no tiene el mundo allí?
¿Hay más que buscarse en él?

EMPERADOR. Quien por un ángel se pierde,
Es justo que se os acuerde
Que es fuerza volar tras él.
Luego en buscarle en el suelo
Vuestro pensamiento yerra;
Que no se hallará en la tierra
Quien se ha perdido en el cielo.

ISABELA. No entendemos por acá
Tan angélicos requiebros;
Que entre castaños y enebros
Humildemente se va.
Decidnos del talle y cara
Del señor Emperador.

EMPERADOR. Miradle como á señor,
En que el respeto repara,
Y con eso le habréis visto.
Mas ¿dónde vivís?

ISABELA. No sé.

EMPERADOR. Sabrélo yo.

ISABELA. ¿Para qué?

EMPERADOR. Porque soy el que conquisto
Para el César estas aves.

ISABELA. ¡Muy buen oficio tenéis!
Medraréis y privaréis;
Que son bocados suaves.
Y así á vos os le haga Dios,
Pues junto al César estáis,
Que el bien que podáis le hagáis;
No sea todo para vos,
No digáis de nadie mal;
Que es bajeza, y no es razón,
Trocar con mala intención
Un espíritu real;
Que si de aquel alto cielo
Alguna vez deslizáis,
No dudéis, si bien habláis,
Que hallaréis más blando el suelo.
Esto os digo, aunque con miedo
Á ver al César venía;
Mas, pues ya se acaba el día,
Adiós.

EMPERADOR. Esperad.

ISABELA. No puedo. (*Vanse Isabela y Flora.*)

ESCENA XI

EL EMPERADOR, BELARDO.

EMPERADOR. ¿Oyes, tú, buen labrador?

BELARDO. ¿Que mandáis?

EMPERADOR. Saber deseo
Quién es esta labradora.

BELARDO. No me parecéis discreto
Para cortesano.

EMPERADOR. ¿Cómo?

BELARDO. Aunque es disfrazado cuerpo.
¿No veis que el alma es de dama,
Las galas y el limpio aseo?
¿Qué olor os dió de tomillo,
Pues, á los ámbares hecho,
No conocisteis el suyo?

EMPERADOR. No os espantéis, soy un necio,
¿Cómo se llama?

BELARDO. Isabela.

EMPERADOR. ¿Y vos?
BELARDO. Al servicio vuestro,
Belardo.
EMPERADOR. ¿Aun viven Belardos?
BELARDO. ¿No habéis visto un árbol viejo,
Cuyo tronco, aunque arrugado,
Coronan verdes renuevos?
Pues eso habéis de pensar,
Y que pasando los tiempos,
Yo me sucedo á mí mismo.
EMPERADOR. Vos decís bien, y yo quiero
Daros aquesta sortija.
BELARDO. ¿De oro?
EMPERADOR. De oro pues.
BELARDO. Del pueblo
Soy, Señor; mas hay dos cosas
Con peligro manifiesto
De ser envidiadas.
EMPERADOR. ¿Cuáles?
BELARDO. La riqueza y el ingenio.
¿Dan todos los cortesanos
De esta suerte?
EMPERADOR. Así lo pienso.
BELARDO. Porque dicen por acá
Que el dar se pasó á otro reino.
EMPERADOR. ¿Quién es Isabela?
BELARDO. Es hija
Del duque Otavio.
EMPERADOR. Ya tengo
Noticia del duque Otavio,
Y también de su destierro.
BELARDO. No tiene el César razón
De tenerle tanto tiempo
Desterrado de la corte
Por envidia.
EMPERADOR. (*Ap.* Ahora entiendo
Lo que me dijo Isabela.
Todos los malos sucesos
Atribuyen los culpados
Á los que tienen gobiernos.)
¿Es casada esta señora?
BELARDO. No, Señor; que está su viejo

Padre pobre.

EMPERADOR. Hermosa es.

BELARDO. No es el dote de estos tiempos.

EMPERADOR. ¿ Dónde vive ?

BELARDO. Á mano izquierda,
Entre esas hayas y tejos,
Se esfuerzan dos torres mochas
Para ser más altas que ellos:
Allí pasa su tristeza
Y su vejez... — Mas ya siento
Vuestra gente. Adiós, adiós;
Que van mis amas huyendo
De la noche, y de que el Duque
Sepa que tan lejos fueron. (*Vase.*)

ESCENA XII

FEDERICO, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO, TRISTÁN. — EL EMPERADOR.

FEDERICO. No ha visto en esta selva, ni en alguna
Deste ni otro horizonte
Tu majestad cesárea tan valiente
Parto de los peñascos de aquel monte.
De juncos se vistió desta laguna,
Llevando del hocico y de la frente
Colgados los lebreles irlandeses,
Ardientes canes de estos rubios meses,
Y á Melampo y Taurín por arracadas,
Las orejas en púrpura bañadas.
Allí, entre el cieno y ovas
De tantas cuevas y húmidas alcobas,
Rindió la fuerte vida,
Buscando el agua, de su humor teñida,
En cuya sed, por más que ardides fragua,
Bebió más de su sangre que del agua.
Ven á verle, si quieres.

EMPERADOR. Ya no puedo;
Que baja entre las sombras de su miedo
La noche que nos cubre,
Y la creciente luna se descubre

En los fines del día,
No está lejos de aquí la casería
Del duque Otavio; albergaréme en ella
Hasta que salga la amorosa estrella,
Paraninfo del sol.

FEDERICO. ¡ Del duque Otavio!
Pues ¿ ya te olvidas del pasado agravio?

EMPERADOR. ¿ Es mucho que me olvide,
Si con los años el rigor se mide ?

FEDERICO. ¿ Quién te ha dicho, Señor, que aquí vivía
El Duque ?

EMPERADOR. Un labrador que conducía
Sus bueyes de la arada,
Atadas las coyundas á las frentes,
Y en la rústica mano la aguijada.

FEDERICO. Resultarán dos mil inconvenientes
De ver al Duque agora, desterrado.

EMPERADOR. No lo estará, si queda perdonado.

FEDERICO. Está todo el servicio en esa aldea.

EMPERADOR. Traerle.

FEDERICO. Será tarde.

EMPERADOR. Aunque lo sea.

FEDERICO. Estaba puesto allá todo recado.

EMPERADOR. Federico, acabad, no seáis pesado.

(Vanse todos, menos Federico y su criado.)

ESCENA XIII

FEDERICO, TRISTÁN.

FEDERICO. ¡ Extraña novedad ! ¿ Por donde, cielos,
Ha dado mi desdicha en el agravio,
Huyendo del peligro de los celos ?
Si no es dichoso, no hay amante sabio.
¡ Que supiese, á pesar de mis desvelos,
La casa donde estaba el duque Octavio !
Amor, ¡ qué importan prevenciones dichas
Donde tienen imperio las desdichas!

TRISTÁN. ¿ De qué te afliges ?

FEDERICO. Todo me desvela.

TRISTÁN. Pues ¿hay más que decirla que se esconda

De los ojos del César Isabela,
Y que á tus justos celos corresponda?

FEDERICO. ¿No has visto halcón que á las perdices vuela,
Y que las va cercando á la redonda,
Y que la más segura y escondida
Pierde primero que el temor la vida?
Así será Isabela y sus criadas,
Guardadas de mis celos y temores.

TRISTÁN. Cuando alojar soldados camaradas
Sienten para su mal los labradores,
Esconden las gallinas, y guardadas,
Apenas siente el gallo los albores
De la primera luz, cuando en voz fuerte
Se vuelve cisne por cantar su muerte.
Aquí será, Señor, de otra manera,
Si tu Isabela defender procuras,
Porque no cantarás, estando fuera,
Y ellas con esconderse están seguras.

FEDERICO. ¡Quién fuera nube que esconder pudiera
De Isabela, mi sol, las luces puras!
Mas, como no es posible al de los cielos,
Menos podrán su resplandor mis celos. (*Vanse.*)

Sala en la quinta del duque Otavio.

ESCENA XIV

EL DUQUE OTAVIO, BELARDO.

OTAVIO. La vuelta de Federico
Que viene el César confirma.

BELARDO. Digo que he visto, Señor,
Acercarse á nuestra quinta
Gente del real servicio,
Instrumentos de cocina
Y aparatos de la noche:
De que tan graves venían
Las acémilas, que llevan
Los reposteros encima

Con las armas del imperio,
Que dije : « Si éstas caminan
Tan soberbias, porque traen
Cosas de tan baja estima,
¿ Qué mucho que lo parezcan
Los que tan cerca se miran
Del señor Emperador ? »

OTAVIO. No sé por dónde mi dicha
Le ha traído á nuestro monte,
Ni como ya se le olvida
Lo que tuvo por agravio.
Presumo que determina
Perdonarme, y que ha buscado
Con esta invención fingida
Ocasión á su piedad;
Que en fin cuando pretendían
El imperio el de Sajonia
Y él con armas atrevidas,
Dejé la parte de Otón,
Teniendo mayor justicia.
Coronóse al fin venciendo,
Y en viendo en su frente altiva
Las hojas de oro y laurel,
Del sagrado imperio insignias,
Pudiendo verter mi sangre,
Con destierro me castiga. —
Ya va llegando la gente:
Entra, y á Isabela avisa
Que tengo al César por huésped,
Para que esté prevenida
Para besarle la mano.

BELARDO. La gente, Señor, me admira
Que sigue á un rey, aunque sea
Para entretenerse un día.

OTAVIO. Si ves el campo del cielo
Y el sol, ¿por qué no imaginas
Los ejércitos de estrellas
Que de su luz participan?
Lo mismo es un rey.

BELARDO. Yo parto
Á decir que se aperciba
Mi señora á ver el sol. (*Vase.*)

ESCENA XV

EL EMPERADOR, FEDERICO, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO, TRISTÁN. — OTAVIO.

FEDERICO. Aquí está el Duque.
OTAVIO. Y se humilla,
Gran Señor, á vuestros pies,
Adonde lágrimas sirvan
De palabras; que mejor
Con ellas se significan
Los sentimientos del alma.
EMPERADOR. Quien á vuestra casa misma
Viene, Otavio, claro está
Que el perdón os anticipa.
El blasón de nuestro imperio,
Entre el acero y la oliva,
Dice que perdona humildes,
Y que soberbios castiga.
Yo os abrazo, que es la pluma
Que las amistades firma,
Sin acordarme de agravios.
OTAVIO. Vuestra majestad invicta,
Soberano Otón, bien sabe
Que con alma arrepentida
Me sepulté en estos montes
En pena de mi desdicha.
Pudiendo del de Sajonia,
Cuyas banderas seguía,
Admitir grandes mercedes.
EMPERADOR. No es menester referirlas,
Sino saber que tendréis
Con este perdón las mías.
FEDERICO. Temblando, Tristán, estoy. (*Ap. á su criado.*)
TRISTÁN. Pues ¿de quién?
FEDERICO. De que le pida
Que quiere ver á Isabela.
TRISTÁN. Y ¿qué habrá después de vista?
FEDERICO. Ser su hermosura tan grande,
Que si el César se le inclina,

No habrá poder en el mundo
Que lo que temo resista.

EMPERADOR. Federico...

FEDERICO. Señor...

EMPERADOR. Oye. (*Háblale aparte.*)
Ya me parece que hacía
Agravio á tu amor, callando
De mi súbita venida
La causa.

FEDERICO. Y yo la deseo,
Pues de Otavio, la malicia
Con que tomó contra ti
Las armas, no merecía
Este perdón.

EMPERADOR. Cuando os fuistes,
Salió de aquellas encinas
¡ Quién creyera tal ! un ángel,
Un cielo, un sol, una ninfa
Vestida de labradora,
Que deseosa venía
De ver al Emperador;
Y por verla y por oirla,
No le dije que yo era.
Su hermosura y gallardía
Fueron un rayo á mi alma.
No he visto cosa tan linda
Desde que tengo el laurel
De Alemania, ni en mi vida
Me dió más dulce deseo
De su amorosa conquista.
Esto me trujo á su casa,
Sabiendo que era su hija,
Del Duque. Dile al descuido
Que me enseñe su familia;
Iréme en viéndola, y tú
La dirás que amor me obliga
Á tanto exceso, y que á solas
Honestamente permita
Que hablemos los dos.

FEDERICO. Señor,
¿ Sola Isabela venía
Á verte ?

EMPERADOR. Así me lo dijo.
FEDERICO. Tu gran majestad obliga,
Contra el honesto recato
Que desta dama publica
La fama, á mayor exceso.
EMPERADOR. ¿Agora sabes que incita
Toda novedad los ojos
De las mujeres?
FEDERICO. Es digna
Tu grandeza de mayores
Milagros.
EMPERADOR. Todo lo miran,
Todo lo ven las mujeres:
Que quieren ver y ser vistas:
Porque si, cuando desean
Ver y ser vistas, les quitan
Ser vistas y que las vean,
Harán mil cosas indignas.
Romperán torres, saldrán
Por rejas, pondrán mil vidas
Y mil honras en peligro.
FEDERICO. (*Ap.* Bien lo dicen mis desdichas.
Echó la fortuna el sello,
Firmó cuanto yo temía;
Bien dicen los desdichados,
Que las almas profetizan.)
Ya no es menester, Señor,
Que al duque Otavio le diga
Lo que mandaste: ella viene.

ESCENA XVI

ISABELA, FLORA, CRIADAS. DICHOS.

ISABELA. Vuestra majestad permita (*Á Alejandro.*)
Los pies á su humilde esclava.
ALEJANDRO. No soy yo, señora mía.
Allí está el Emperador.
FLORA. ¡Ay, Señora! Por tu vida, (*Ap. á Isabela.*)
Que es el que hablaste en la fuente.
ISABELA. (*Ap.* El alma me lo decía,
Y no lo quise creer.)

Dejad, Señor, que se rinda
Esta esclava á vuestros pies.

EMPERADOR. Que los brazos os reciban
Es más justo. — ¡Oh Federico! (*Ap. á el.*)
¡Qué hermosura tan divina!

FEDERICO. (*Ap.*) Demonio la juzgo yo.

EMPERADOR. ¿Qué intercesora podía,
Como vos, traer el Duque?

ISABELA. Laurel de mil mundos ciña
Esa vitoriosa frente.

EMPERADOR. Parece descortesía
El recibiros en pie.
Entrad y tomemos sillas. —
Da la mano, Federico,
Á Isabela.

FEDERICO. (*Ap. á Isabela.*) ¡Ah fementida!

ISABELA. Pues ¿qué culpa tengo yo?

FEDERICO. Pregúntalo á las encinas
Donde fuiste á ver al César.
Eres mujer. (*Vuelve el rostro el Emperador.*)

EMPERADOR. ¿Qué decías
Á Isabela?

FEDERICO. Que merece
De tu imperial monarquía
La mitad.

EMPERADOR. Y aun toda es poco.

FEDERICO. ¡Qué traición! (*Ap. á Isabela.*)

ISABELA. ¡Qué necia envidia!

FLORA. Y tú ¿no me das la mano? (*Ap. á Tristán.*)

TRISTÁN. En cinco dagas buídas
Quisiera volver los dedos.

FLORA. ¡Qué locura!

TRISTÁN. ¡Qué desdicha!

FLORA. ¿Qué quieres? Tenemos ojos,
Y los ojos...

TRISTÁN. Dilo.

FLORA. Miran.

TRISTÁN. ¡Mal cuervo aposente el pico
En la mitad de tus niñas!

FLORA. Pues ¿á quién ofende el ver?

TRISTÁN. Ya sé que el diablo os pellizca
En habiendo novedad.

FLORA. ¿Y vosotros?
TRISTÁN. Pues ¿querías
La libertad que tenemos
Por ejecutoria antigua?
FLORA. Con eso no ven mujer
Que luego no la codician
Los hombres.
TRISTÁN. Flora, entre yeguas
Todo caballo relincha.

ACTO SEGUNDO

Sala del palacio imperial.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO, ALEJANDRO

ALEJANDRO. Piadosa hazaña del invicto César
Ha sido, Federico, en tanto agravio
El haber perdonado al duque Otavio.
No sé si diga que de amor ha sido,
Pues no sólo á la corte le ha traído,
Pero de oficios de su casa honrado.
FEDERICO. Como nunca, Alejandro, me ha tocado
La envidia de la corte,
Siempre camino por distinto norte.
Bien sé que la hermosura de Isabela
Puede en la edad de Otón, si le desvela,
Ser causa del honor que al Duque ha hecho,
Pero, de sus virtudes satisfecho,
Y de la buena fama de esta dama
(Que en la mujer es la mayor la fama),
Tendré por imposible su deseo:
Fuera de que no creo
Que Otón la mire como habéis pensado.
ALEJANDRO. Su condición me ha dado
Tan necio pensamiento,
Y de haberle tenido me arrepiento;

Que el tiempo que estuvimos en la aldea
Me dió ocasión de amarla su hermosura.

FEDERICO. *(Ap.)* ¡ Extraña desventura !
No hay cosa que no sea
Para tormento mio.

ALEJANDRO. Vila una tarde que bajaba al rio
Con Flora, su parienta ó su criada.
Sentóse en la esmaltada
Orilla entre las flores,
Que de envidia esforzaban sus colores;
Y tomando una caña
Que un labrador traía,
Cada pez que sacaba, parecía
Una estrella de plata por el viento,
Que mudando elemento,
Pendiente del sedal, se resistía.
Llegué con osadía,
Y dije: « Si los peces almas fueran,
Á tan hermosas manos acudieran
Sin resistirse tanto. »

FEDERICO. ¡ Buen requiebro !

ALEJANDRO. Debéisos de burlar.

FEDERICO. Antes celebro
Que vinieran las almas por despojos
Al cristal del anzuelo de sus manos
Y al cebo de sus ojos.

ALEJANDRO. Allí nacieron pensamientos vanos,
Allí esperanzas locas
De palabras corteses, aunque pocas,
Que me dijo, bañando en clavel puro,
Cuando mezcla lo claro con lo escuro,
El nevado jazmín de las mejillas.
Cubriéronse de sombra las orillas,
Porque el sol de Isabela y el del cielo
Á un tiempo las dejaron,
Quedando en la ribera tristes ecos;
Las flores desmayadas, las süaves
Aguas sin risa, y sin cantar las aves.
Con este amor, con este honesto celo,
Que sus dulces palabras alentaron,
Pienso pedirla á Otavio.

FEDERICO. ¡ Dichoso vos, que, sabio,

Seguís, queriendo bien, de Otón el gusto!
Yo sin amor, aunque le voy buscando,
Por no darle disgusto,
Finjo que muero amando.

ALEJANDRO. ¡Ay Dios! No finjo yo; que amando muero.
Si llegare ocasión, de vos espero
Con el César favor para casarme.
Entro á vestirle, y entro confiado
De la merced que siempre me habéis hecho.

FEDERICO. Y yo quedo á serviros obligado.

ALEJANDRO. Siempre lo estuve de ese noble pecho. (*Vase.*)

ESCENA II

FEDERICO.

Canta pájaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto al cazador, que con desvelo
Le está escuchando, la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz, en el pico transformada en hielo,
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo,
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido;
Mas luego que lós celos que recela
Le tira flechas de temor de olvido,
Huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

ESCENA III

TRISTÁN. — FEDERICO.

TRÍSTÁN. Pensarás que me he tardado
Por culpa mía.

FEDERICO. No sé;
Pero sé que te esperé,
De esperar desesperado.

TRISTÁN. Á la nueva casa fuí
De la señora Isabela
Con la propuesta cautela :
En cuya portada vi,
Como salvaje, á Belardo,
Que ya en forma de escudero
Quiere olvidar lo grosero
Y presumir lo gallardo.
Por Flora le pregunté ;
Él me abrazó y me llevó
Á la sala, adonde yo
El nuevo adorno admiré.
Visten las paredes tela
Que hasta el suelo se dilata,
Y está en baranda de plata
El estrado de Isabela,
Que es es el sitial de esta audiencia.
Escritorios sobre estantes,
Que tuvieran para amantes
Notable correspondencia.
Ramilleteros con flores
Fingidas, que burlar pueden
Las abejas, tanto exceden
Las imitadas colores.
Del duque Otón un retrato
Con el militar hastón,
Que fué la ofensa de Otón,
Por quien le llamaba ingrato ;
Pero ya se le figura
Que nunca lo pudo ser.
¡ Válgame Dios ! ¡ Qué poder
Tiene siempre la hermosura !

FEDERICO. Llamáronla tiranía
Breve, con mucha razón.

TRISTÁN. Eso las mujeres son
En su breve lozanía.

FEDERICO. ¡ Gran poder !

TRISTÁN. Corre parejas
Con el más alto poder.
¡ Brava cosa, ser mujer,
Si no llegaran á viejas !
Mas, como al fin les alcanza

Tan notable diferencia,
Allí dan su residencia,
Allí tomamos venganza.
Allí llega el que gastó
Su hacienda, y la cobra en risa;
Allí el despreciado pisa
La hermosura que adoró;
Allí la rosa y jazmín
Que el poeta encareció,
Seca se muestra, y quedó
Solo al serafín el fin.
Allí la que á la ventana
Por grande favor salía,
Haciendo el papel de tía,
Va por la calle entrecana.
Allí la cara que intenta
Hacer al sol igualdad,
Parece rapado abad,
Y más si engorda á cincuenta.
Pero son tan venturosas,
Qne cuando la edad declina,
Ó tienen hija ó sobrina,
Bien prendidas, bien airosas,
Con que aquella tiranía
Se hereda por sucesión.

FEDERICO. ¿Qué cansada relación
Á quien el ama tenía
Colgada de tus razones!

TRISTÁN. Es retórico rodeo,
Porque con mayor deseo
Me escuches.

FEDERICO. ¡Qué de invenciones!

TRISTÁN. Digo que Flora salió,
Y que me dió mil abrazos;
Pero apartóle los brazos,
¿Quién dirás?

FEDERICO. Pues ¿sélo yo?

TRISTÁN. Hazte simple: tu Isabela,
Que salió, oyendo mi voz,
Á abrazarme, más veloz
Que garza que el halcón vuela.
¿Cómo piensas que venía?

El cabello en una mano,
Y en otra el peine, que en vano
Pensaba ser celosía
Del sol de sus bellos ojos;
Y así como me abrazó,
Todo el hombro me vistió
De aquellos ricos despojos.
Celebré mucho el favor,
Y el verme, aunque era postiza,
Con una muceta riza
De peregrino de amor.
Entraba el sol por la reja,
Como envidioso, al soslayo,
Que bien diera el menor rayo
Por tan hermosa guedeja.
Así me llevó al estrado,
Preso en tan dulce prisión;
Que el César con el tusón
No va tan bien adornado.
Sentóse, y hizo que Flora
Me llegase una almohada.
Repliqué: « No importa nada, »
Y sentéme de señora.
Lo primero en que me habló
Fué en tu crueldad, pues no quieres
Verla.

FEDERICO. Proprio es en mujeres.
No la vi porque ella vió.
Ella fué causa.

TRISTÁN. Es verdad.

FEDERICO. Yo la viera si no viera.
Vió lo que excusar pudiera:
Esa sí que fué crueldad.
El Emperador la adora
Porque ella le quiso ver:
Competir no puede ser.

TRISTÁN. Un remedio queda agora.

FEDERICO. ¿Cuál?

TRISTÁN. El César te ha mandado
Que busques á quién amar:
Di que andándola á buscar,
Con Isabela has topado;

Que, como te quiere bien,
Podrá ser que liberal
Te la deje.

FEDERICO. Mayor mal
Resultar puede también,
Pues sería hacer de modo,
Si celoso se enojase,
Que de aquí me desterrase,
Y fuera perderlo todo.
Mejor es disimular,
Y dejar á la fortuna
Mi esperanza, si en alguna
Puedo mi remedio hallar.[1]
Pero, en fin, ¿en qué paró
La plática?

TRISTÁN. En un efeto
De amor, que de lo secreto
Del alma al rostro salió.

FEDERICO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Por ser cosa fría
Esto de las perlas ya
(Que aun el mar del Sur está
Cansado de las que cría),
No digo que las lloró,
Pero que lágrimas vi:
Tú allá sabrás para ti
Si fueron perlas ó no.

FEDERICO. ¡Lágrimas!

TRISTÁN. Pude cogerlas.

FEDERICO. Todo me siento abrasar.

TRISTÁN. Pues échate en aquel mar,
Serás búzano de perlas.

FEDERICO. ¡No me guardaras alguna!

TRISTÁN. En esta ropilla están.

FEDERICO. Pues desnúdate, Tristán;
No te ha de quedar ninguna.

TRISTÁN. Quedo, Señor; que en tu pecho
Cayeron, porque él podía
Guardarlas solo.

FEDERICO. Y ¿no ardía
El mío, en fuego deshecho?
Pero están más propriamente

En su nácar mismo agora,
Si son perlas de la aurora,
Y no de su luz ausente.
¡ Ay de mí!

TRISTÁN. Quedo, Señor;
Que el César sale.

FEDERICO. Él me mata.

ESCENA IV

FABIO, ALEJANDRO Y RODULFO, *uno con un espejo, y otro con la capa y la espada;* EL EMPERADOR, *mirándose.* — DICHOS.

EMPERADOR. Pienso que está así,
Dadme la capa y la espada.

FEDERICO. ¿Traerán la carroza?

EMPERADOR. No.
Aunque la pedí, dejadla.

RODULFO. ¿Quieres que llegue el caballo?

EMPERADOR. Ninguna cosa me agrada.
Mal estoy conmigo mismo;
Si no hay gusto, todo cansa.
¿ Hay nuevas?

ALEJANDRO. Muchas, Señor.

EMPERADOR. En la corte nunca faltan.

ALEJANDRO. Hizo la naturaleza
Que engendre su semejanza
Todo animal, y en algunos
No puso primera causa,
Porque lo es sola la tierra,
Los cuerpos muertos ó el agua:
Y así, hay nuevas en la corte
Que la verdad y las cartas
Ni las saben ni las vieron;
Y como son engendradas
Del viento, en el viento mueren.

EMPERADOR. ¿Qué hay de Italia?

ALEJANDRO. Que la Italia
Infesta el Turco.

EMPERADOR. Yo creo

Que he de darle por Albania
Algún mal rato, si puedo.
¿Qué hay de España?

ALEJANDRO. No hay de España
Cosa nueva, que no es poco.
Venecia dicen que trata
Cobrar á Chipre.

EMPERADOR. ¿Aquí estás,
Federico? ¿Ya te guardas
De servirme?

FEDERICO. No me atrevo,
Después que buscar me mandas
Dama.

EMPERADOR. Pues ¿eso es difícil?

FEDERICO. Si se busca, no se halla.

EMPERADOR. Dices bien, porque el amor
Viene cuando no le llaman;
Que es legítimo accidente,
Y la elección es bastarda.
Y ¿has hallado alguna?

FEDERICO. Pienso
Que he visto una buena cara;
Pero ando recateando
El dar más ó menos alma.

EMPERADOR. Si la merece el sujeto,
Dásela toda (¿qué aguardas?),
Porque no hay buenos amigos,
Si la semejanza falta.
Un entendido con otro
Hacen linda consonancia,
Dos que una ciencia profesan,
Dos que escriben, dos que cantan,
Dos que juegan, dos que sirven,
Dos que venden, dos que tratan.
Yo amo: ¿cómo te puedo
Decir mi amor, si no amas?
Porque harás burla de mí.

FEDERICO. Ya, Señor, pienso que basta
Lo que quiero, para entrar
En tu cámara; que tanta
Fuerza tiene tu opinión.

EMPERADOR. ¿No has visto hacerse probanza

En los actos de nobleza?
Pues yo quiero que se haga
De que ama quien entra aquí;
Porque, como los que aman
Son locos, los que están cuerdos
Harán burlas de sus ansias,
De sus furias, de sus celos,
Temores, desconfianzas,
Alegrías y tristezas;
Que los que por otras causas
El entendimiento pierden,
Son locos, porque les falta
El juicio; mas en amor
Es porque les falta el alma.
Ya en fin amas; que los libros
No estorban; que si estorbaran,
No amara Estela á Platón,
Ni sus prendas estimara
Con tal fe: con que no tienes
Respuesta.

FEDERICO. Rindo las armas
A tu opinión.

EMPERADOR. Amor solo
Todas las ciencias abraza.
Amor ha hecho poetas
Y pintores de gran fama;
Amor es filosofía;
No hay ciencia que sin amarla
Pueda llegar á saberse.

FEDERICO. Paréceme que retratas
Las escuelas de Platón,
Y yo te doy la palabra
De amar con tanto furor
Y tantos celos, que salga
Un discípulo famoso.
Pero mira que me mandas
Querer, y que si llegare
Á ser loco por tu causa,
Me has de ayudar á volver
En mí; porque fuera vana
La ciencia, si los maestros
Solo el amor enseñaran,

Y no el remedio de amor.

EMPERADOR. Palabra te doy jurada,
Por mi laurel, de ayudarte,
Si llega tu amor á tanta
Fuerza, que haya peligro
De perder con la esperanza,
Ó la vida ó el jüicio.

FEDERICO. Pues esa palabra basta
Para que á mi dama sirva.

EMPERADOR. Un día, con avisarla
De que yo la quiero ver,
Me has de enseñar á tu dama,
Pues yo te he dicho la mía.
Y agora, en más confianza,
Quiero que á ver á Isabela
Con este título vayas,
Que le he dado de condesa
De Prado ; nombre que cuadra
Á quien tiene tantas flores,
Que naturaleza varia
Dió menos á los de Chipre,
Cuando con pies de esmeraldas
La primavera los pisa
Y la aurora los esmalta.

FEDERICO. Yo lo haré, Señor, ansí.

EMPERADOR. ¿ Qué hay, Tristán ?

TRISTÁN. Señor, nada
Si caigo de tu favor,
Y mucho, estando en tu gracia.
Preguntóle un caminante
Á un labrador qué llevaba
En una carga ; y él dijo,
Previniendo la desgracia :
« Yo, nada, si cae el jumento ; »
Que era de vidrios la carga.
Tan sutil es el favor
De las majestades altas,
Y la humana condición
Está sujeta á mudanzas.
Soy jumento de mi amo,
Y importa que yo no caiga,
Porque no se quiebre y rompa

El vidrio de su privanza.
En fin, los dos vamos juntos.

EMPERADOR. ¡Qué donaire!

TRISTÁN. Pues me alabas,
No quieres darme otra cosa.

EMPERADOR. ¿No es gran premio la alabanza?

TRISTÁN. Grande; pero las lisonjas
Desvanecen, y no hartan.
Yo soy quien te ha de alabar,
Y como no me das nada,
Desvanecerme te debo.

EMPERADOR. Yo te prometo mañana
Una gran cosa.

TRISTÁN. Tus pies
Beso.

EMPERADOR. Tú, vete (¿qué aguardas?).
Federico, donde digo.
(*Vanse todos, menos Federico y su criado.*)

ESCENA V

FEDERICO, TRISTÁN.

FEDERICO. ¡Buenas van mis esperanzas
¡Buenos van mis pensamientos!
El César, Tristán, me manda
Llevar favores á quien
Á puros celos me mata.
Título llevo á Isabela
De condesa.

TRISTÁN. ¿En qué te agravia,
Si después viene á ser tuya?

FEDERICO. En una copa dorada
No importa que beba un rey,
Ni que se ciña una espada,
Ó que se ponga un vestido
Primero que otro le traiga;
Pero una dama, Tristán,
Es materia de honra y fama;
Y, como dijo un discreto,
La honra tiene dos caras:

Antes que se casen una,
Y otra después que se casan;
Y cualquiera destas mira
La presente y la pasada.
He tenido por desdicha,
Entre muchas que me aguardan,
Que esté en frente de palacio
La casa de aquesta ingrata,
Pues apenas salgo dél
Cuanto miro á sus ventanas;
Que, aunque es echar agua en fuego,
Es el fuego de la fragua,
Que cuanto le matan más,
Levanta mayores llamas.

TRISTÁN. Si llora por ti, ¿qué quieres?

FEDERICO. ¡Oh Tristán! que no mirara.

TRISTÁN. Ya lo que sus ojos vieron,
Con tantas lágrimas pagan.

FEDERICO. En efeto ¡voy á verla!

TRISTÁN. Y no vas de mala gana.

FEDERICO. Subiendo voy como quien
Miseramente acompañan
Por los pasos de su muerte
El cordel y la esperanza. (*Vanse.*)

Sala en casa del Duque.

ESCENA VI

OTAVIO, ISABELA, FLORA.

OTAVIO. Ya que estás en la corte, no quisiera
Que fueras blanco á pensamientos vanos
De tanta juventud,

ISABELA. Los cortesanos
Siguen la novedad.

OTAVIO. La vez primera
Que en público saliste,
Tantas envidias á las damas diste

Como deseos á galanes locos;
Y donde miran muchos, no hablan pocos.

ISABELA. Ya presumo, Señor, á lo que aspiras;
Que pienso que eres el que más me miras.

OTAVIO. Quisiera yo casarte.

ISABELA. La tema de los padres.

OTAVIO. Más la vuestra,
Como mil veces la experiencia muestra;
Y quisiera emplearte
En uno de los grandes caballeros
Que el César favorece,
Porque cualquiera de ellos te merece.
¡ Será bueno Rodulfo?

ISABELA. No me agrada.

OTAVIO. ¿ Fabio ?

ISABELA. Tampoco.

OTAVIO. ¿ Y Alejandro?

ISABELA. Menos.

OTAVIO. Pues todos son tan buenos
Y mejores que yo.

ISABELA. No importa nada
Para la inclinación.

OTAVIO. No te replico.
¿ Osaréte nombrar á Federico ?

ISABELA. Pues ¿ tengo de espantarme ?
¿ No es como los demás?

OTAVIO. Más me responde
La color de tu cara sin hablarme,
Que tu lengua pudiera.

ISABELA. (*Ap.*) Mal esconde
El alma un grande amor.

OTAVIO. ¿ Qué dices ?

ISABELA. Digo
Que es á quien quiere más el César.

OTAVIO. Veo
Entre breves razones tu deseo.
Al César hablaré, tu gusto sigo. (*Vase.*)

ESCENA VII

ISABELA, FLORA.

FLORA. No sé cómo has hablado
Al duque en Federico desta suerte,
Cuando huye de verte.

ISABELA. Turbóse el corazón, y apresurado
Dijo cuanto sabía,
Sin que supiese yo lo que decía.
Confusa estoy; que el César poderoso
Á Federico tiene tan celoso,
Que pienso que me olvida.
¡ Oh nunca yo le viera !

FLORA. ¿ Quién pensara, Señora, que pudiera
De una vista quedar tan encendida
La voluntad de Otón ?

ISABELA. Quien sabe, Flora,
Que el más breve placer tarde se llora.

ESCENA VIII

BELARDO. — DICHAS.

BELARDO. Tan mal me amaño al vestido,
Que parece que ando armado.
De extremo á extremo he pasado:
Allá holgado, aquí fruncido.
Aqui ando de puntillas,
Y para dar un recado
Cuando están en el estrado,
Hácenme hincar de rodillas.
Quise, como allá en el prado,
Con una cinta atacarme;
Quebróseme por bajarme,
Y no pude, de turbado,
Conponerme tan aprisa;
Aunque ellas con no mirar
Se pudieron excusar

De verme con tanta risa.
Yo, por echar á correr,
Aumenté más sus placeres:
Demonios son las mujeres,
Que todo lo quieren ver. —
Ya se me había olvidado
Un recado que traía.
Ya temo la cortesía,
Con miedo de lo pasado.
Quedito la reverencia. —
Señora, á la puerta están...

ISABELA. ¿Quién?

BELARDO. Federico y Tristán:
Mira si les das licencia.

ISABELA. ¡Qué dices!

BELARDO. Que están aquí.

ISABELA. ¿Federico?

BELARDO. El mismo pues.

ISABELA. Es imposible.

BELARDO. No es.

ISABELA. ¿Vísteisle vos?

BELARDO. Yo le vi.

ESCENA IX

FEDERICO, TRISTÁN. — DICHOS.

FEDERICO. ¡Qué bien haces de dudar,
Isabela, que soy yo,
Y que quien de aquí salió,
Pudiese volver á entrar!
No por mí te vengo á hablar;
El Emperador me envía;
Que no fué voluntad mía,
Pues solo el Emperador,
Como absoluto señor,
Mandarme verte podía,
No juzgues á desvaríos
Amorosos verte así:
Con sus ojos vengo aquí;
Que no vengo con los míos.

Él me ha prestado estos bríos,
Él te mira, que yo no:
Mírale en mí, pues te vió,
Para que por mí te vea;
Que no es posible que sea
Yo quien te ve, siendo yo.
Yo no soy quien te quería,
Pues vengo, á mi amor traidor,
Á solicitar tu amor
Por el César, que me envía.
Él te quiere, y yo solía;
Mas que no lo sabe, advierte,
El alma, pues viene á verte;
Que se lo encubren mis ojos,
Porque con estos enojos
No dejase de quererte.
Otro sol, otro sin ver,
Para no sentir que vengo
Á verte, pues que no tengo
El ser que me dió tu ser.
Por ver, como al fin mujer,
En tal peligro me veo,
Que por no verte rodeo
Yo mismo, dentro de mí,
Las leguas que hay desde ti
Á lo que verte deseo.

ISABELA. ¿Por qué con tanto rigor
Me miras y no me ves,
Si arrepentida después,
Sabes que lloré mi error?
¡Oh qué falso fué tu amor,
Si puedo darle este nombre!
Y ¡cómo es justo que asombre
La diferencia en los dos,
Pues lo que enternece á Dios,
No puede mover á un hombre!
Ver y mirar ¿no has sabido
Cómo diferentes son?
Porque el mirar es acción
Y el ver es solo sentido.
Pues ¿de qué estás ofendido,
Si el ver no puedes culpar?

Que es mal hecho castigar
Los ojos de una mujer,
Cuando sale sólo á ver
Sin ánimo de mirar.
Pero si no quieres verme
Porque yo vi tus enojos,
Paguen llorando mis ojos
Hasta cegarme y perderme.
Verme y no verme es ponerme
En ocasión de matarme;
Tú no quieres perdonarme,
Y yo pienso, con morirme,
Hacer que me llores firme
Cuando no puedas mirarme.

FEDERICO. Hay una fiera que tiene
Rostro humano, y ésta llora
Como mujer, y traidora,
Los que caminan detiene,
Y al que enternecido viene
Le suele despedazar;
Vase á una fuente á lavar,
Y como su rostro mira
Como el que mató, suspira,
Y loca se arroja al mar.
Así tú, que me mataste,
Como al espejo te viste,
Y la traición conociste,
Que en tu semejanza hallaste;
Viendo que es el que mataste
El mismo de quien tenías
El alma, que no sabías,
Quieres echarte en la mar
De tus lágrimas, y dar
Triste principio á las mías.
Ya es tarde para no ver
Lo que viste, ya por mí
Sucedió lo que temí,
Ni puede dejar de ser.
Sujetó Dios la mujer
Al hombre; mas causa enojos
Ver que para ver antojos,
Parece, ya que esto ha sido,

Que ella sacó de partido
La libertad de los ojos.
Vive tú para que Otón
Viva (que al imperio importa);
Y en esta merced reporta
Tus lágrimas, si lo son.
Baste por satisfación
Mi desdicha y tu porfía.
Vive tú, que si este día
Á los dos nos dividió,
No quiero deberte yo
Tu muerte, sino la mía.
Este título contiene
Que eres condesa de Prado:
Villa que el César te ha dado,
Con otras muchas que tiene.
Mira, Isabela, á qué viene
Federico, puesta en calma
La vida que me desalma;
Pero puédote afirmar
Que no te ha dado lugar
Como el que te dí en el alma.

ISABELA. Si más que letras tuviera
Este título ciudades,
Para mis firmes verdades
Menos que un átomo fuera.
Y que vienes considera
(Cosa que amor te defiende,
Aunque el César la pretende),
Si me has de vender así,
Á poner cédula en mí
Como en casa que se vende.

FLORA. ¡El César, Señora!

ISABELA. ¿Quién?

FLORA. El Emperador.

ISABELA. ¿Él mismo?

TRISTÁN. Con solo Alejandro viene.

FEDERICO. Retirarme es desvarío.

ISABELA. Yo me holgaré de que veas
Mi verdad.

FEDERICO. Yo te suplico
Por los años de mi amor,

De mis deseos los siglos,
La eternidad de mi fe,
Lo inmortal de mis suspiros,
Que sepas disimular;
Que es hombre tan entendido,
Que con cualquiera sospecha
Hará de mi amor jüicio;
Y es tan soldado y tan hombre,
Que está mi vida en peligro.

ESCENA X

EL EMPERADOR, ALEJANDRO. — DICHOS.

EMPERADOR. Quédate afuera, Alejandro. (*Vase Alejandro.*)
Esta fineza no ha sido,
Condesa, de poco amor.

ISABELA. Es tan grande, que remito
Al silencio lo que callo,
Y á la verdad lo que digo.
Esta silla había de ser (*Llégale la silla*)
De mil mundos, y éste un rico
Dosel de estrellas del cielo.

EMPERADOR. Sentáos, Señora, conmigo,
Y será del mismo sol.

ISABELA. Cuando da el sol en un vidrio,
Resulta dél otro sol:
Y así, siendo vos sol vivo,
Lo soy yo, porque os retrato;
Pero no soy el sol mismo.

EMPERADOR. Al contrario, está mejor,
Pues yo soy el que recibo
Los rayos de vuestra luz,
Que resulta en Federico,
En Tristán, en Flora... — Y vos
¿Quién sois? (*Á Belardo.*)

BELARDO. ¿No me ha conocido?
Belardo, Señor, á quien
Dió su merced el anillo
Cuando andaba por el monte;
Sino que me han vestido

Estas bragas, que se acuerdan
Del tiempo del rey Perico,
Y esta gorra, que parece
Suelo de pastel hechizo.

ISABELA. Beso á vuestra majestad
La mano, Príncipe invicto,
Por el título y las villas.

FEDERICO. Y al traerle no le quiso.
¿Qué te parece, Tristán? (*Ap. á él.*)

TRISTÁN. Que hay aquí grande artificio:
Mira, toma, y después llora.

EMPERADOR. Este, Señora, es principio,
Que introduce solamente
La voluntad de serviros.
Estoy tal después que os vi,
Que no pienso ni imagino
Cosa que en amor no sea;
De amor son hasta los libros
Que leo, si bien soy yo
El *Arte de amar* de Ovidio.
He hecho que mi aposento
Esté todo guarnecido
De fábulas, y he mandado
Que no haya criado mío
Sin amor; tanto, que ya
Hice amar á Federico,
Que por mí ha buscado dama;
Y esta mañana me dijo
Señas de su buena cara,
Lo que de su gusto fío,
Aunque el amor ha de ser
Á gusto del dueño mismo;
Y que la quiere en extremo,
Aunque ha poco que la ha visto;
Y que me la ha de enseñar.

ISABELA. Pues yo siempre le he tenido
Por galán.

EMPERADOR. Él me ha jurado
Que á nadie en su vida quiso,
Sino es en esta ocasión. —
¿No es esto así, Federico?

FEDERICO. Nunca, Señor, quise tanto;

Pero estoy medio reñido
Con mi dama.

EMPERADOR. Serán celos.

FEDERICO. Tengo el mayor enemigo
Que pudo hallar mi desdicha,
Discreto, galán, altivo,
Soldado, en fin, con las partes
Que reconozco y envidio.

EMPERADOR. No lo creas; que los celos
Hacen discretos y lindos
Á muchos que no lo son,
Porque es del temor oficio
Hacer las cosas mayores,
Y así te habrá sucedido.
Tú tienes partes amables,
Gentil talle, buen jüicio,
Discreción, gracia, donaire,
No hay fiesta ni regocijo,
Que no te lleves los ojos
De la corte : y así, digo
Que aun yo, con ser lo que soy,
No compitiera contigo.
Solo á mí temer pudieras,
Porque en la mano me pinto
Con el mundo; que si no,
Del mundo abajo, te rindo
El talle, el entendimiento.

FEDERICO. Mil veces los pies te pido.

EMPERADOR. Es un sujeto, Isabela,
Federico, que yo estimo
Como mi propria persona.
Una falta he conocido
Sola en él, que es no querer :
Con que todo cuanto he dicho
Echa á perder su tibieza.

ISABELA. En eso se contradijo
Vuestra majestad, pues dice
Que ya tiene dama.

EMPERADOR. Ha sido
Este pensamiento en él
Después que del monte vino.

TRISTÁN. ¿Oyes aquello? (*Ap. á su amo.*)

FEDERICO. Estoy loco,
Pues lo que de burlas digo
Al César por cumplimiento,
Con tantas veras le ha dicho.

TRISTÁN. Isabela disimula;
Mas bien se ve que ha sentido
Los celos en la inquietud,
Y en que ya los tiene escritos
En las rosas de la cara.

FEDERICO. Tú verás que el desatino
Me cuesta más de un pesar.

TRISTÁN. Cuanto es el amor más limpio.
Más se mancha con los celos.

FEDERICO. Todo este necio peligro
Nació de querer mirar.

TRISTÁN. Pues ¿hubiera paraíso
De los ojos, si no viera
Aqueste animal divino?
¿Hubiera criado el cielo,
Del mar español al indio,
Cosa más bella y más linda,
Para las almas hechizo,
Como una mujer hermosa
Desde quince á veinte y cin ,
Si no deseara ver?

FEDERICO. Llévame á mí por testig
De esa verdad, y verás
Si lo que dices confirmo.

EMPERADOR. Este diamante, en razón
De su fineza, apetece
Vuestra mano, si merece
Tanto favor mi afición ;
Pero ha de ser condición,
Que os le tengo de poner.

FEDERICO. (*Ap.*) Si ella se deja vencer
De lo que el César la pide,
Con dura venganza mide
Sus celos; pero es mujer.

ISABELA. En obedeceros gano
Una merced y un favor ;
Darme el diamante, Señor,
Y ponerle vuestra mano.

A un príncipe soberano,
Siendo el anillo prisión,
Reconozco sujeción.

EMPERADOR. No hay en amor majestad.

FEDERICO. (*Ap. á Tristán.*) ¡Quítase el guante!

EMPERADOR. Mostrad
El dedo del corazón.

TRISTÁN. De eso, Señor, no te espantes;
Que hay mujer que se quitara
Un zapato, si se usara
Traer en los pies diamantes.

EMPERADOR. Ahora sí que estos guantes
Se llamarán de jazmines.

TRISTÁN. Señor, no te desatines. (*Ap. á su amo.*)

FEDERICO. Mal pensaron mis engaños
Que principios tan extraños
Tuviesen mejores fines.

EMPERADOR. Dos ferias haciendo estoy
Con vos, Isabela, aquí:
Que me deis el guante á mí
Por el diamante que os doy.

ISABELA. Dichosa en las ferias soy.

FEDERICO. (*Ap.*) Y yo soy tan desdichado,
Que en las ferias me ha tocado
Parte, aunque no del diamante;
Pues lleva el César el guante,
Y yo llevo lo picado.

EMPERADOR. Con este favor, pues gano.
Me levanto. (*Levántase.*)

FEDERICO. (*Ap.*) Y yo me asiento
En el más grave tormento
Que dió á preso juez tirano.

EMPERADOR. Perdonad que vuestra mano
Quede sin guante; más rico
Os le traerá Federico,
Pero no de más valor.

FEDERICO. (*Ap.*) Asentóme el guante amor:
Era dios, no le replico.
Mano hermosa y desleal,
Rompan tu cristal los cielos.
Vengar pudieras tus celos,
Pero no con tanto mal.

EMPERADOR. Federico...
FEDERICO. (*Ap.*) Estoy mortal.
EMPERADOR. Acuérdame este favor.
FEDERICO. No le olvidaré, Señor.
ISABELA. (*Ap.*) ¡Que bien salió mi venganza!
FEDERICO. (*Ap.*) ¿Cómo se fué mi esperanza,
Si se ha quedado mi amor?

ESCENA XI

EL DUQUE, FABIO, RODULFO, ALEJANDRO. — DICHOS.

ISABELA. Mi padre viene.
OTAVIO. No puedo
Pagar, Señor, con palabras
Tanta merced, tauto honor.
Honren vuestros pies mis canas:
Será el favor de este día
Mayorazgo de mi casa,
Alto blasón de sus puertas,
Timbre de sus nobles armas.
Hanme dicho que habéis dado,
Después de mercedes tantas,
Título y tierra á Isabela,
Con que ya puedo casarla;
Porque de mi pobre hacienda
No le quedaba esperanza,
Respecto de tantas guerras:
De suerte que sólo falta
Que le deis también marido,
Con que á mi vejez cansada
Daréis vida y sucesión.
EMPERADOR. Duque, no vengo sin causa;
Vuestro descanso deseo.
Los que ahora os acompañan
Son de mi casa, lo noble
Y lo mejor de Alemania.
Haga elección Isabela
De quien de todos le agrada;
Que desde aquí la confirmo.
TRISTÁN. ¡Brava ocasión! Hoy te casas. (*Ap. á su amo.*)

FEDERICO. No sé, Tristán; mucho temo
El suceso, porque andan
Encontradas estos días
Mi fortuna y mi esperanza.

EMPERADOR. ¿No tomáis resolución?

OTAVIO. Señor, Isabela calla
Con razón; de su silencio
Seré intérprete, si mandas.
Fabio, Alejandro y Rodulfo
Son el honor de su patria;
Finalmente, invicto César,
Digo que en cualquiera estaba
Bien empleada Isabela;
Pero el tener de tu gracia
Tantas prendas Federico,
Me obliga á pedir que hagas
Á los tres esta merced.

EMPERADOR. Por mí no puedo excusarla.
¿Qué respondes, Isabela?

ISABELA. Que mis méritos no alcanzan
Á los que tiene persona
Que mereció tu privanza;
Y fuera de esto, Señor,
Federico tiene dama,
Que quiere, como tú sabes,
Y ningún hombre se casa,
Enamorado de otra,
De olvidar en confianza,
Que no se vuelva á su gusto.

EMPERADOR. Otavio, aquí no hay forzarla,
Tratemos esto despacio,
Y venidme á ver mañana.

(*Vanse el Emperador, el Duque, Fabio, Rodulfo, Alejandro y Belardo.*)

ESCENA XII

FEDERICO, TRISTÁN, ISABELA, FLORA.

FEDERICO. No sé cómo pueda hablarte.

ISABELA. Ni yo mirarte á la cara.

FEDERICO. ¿Éstas las lágrimas eran?
Mas sí serán, si eran falsas.
¿Ves cómo yo te decía
Que, si liviana mirabas,
Era fuerza que después
Salieses también liviana?

ISABELA. ¿En qué liviandad me has visto?

FEDERICO. ¿Darle la mano no basta
Á un hombre, aunque César sea
Y Emperador de Alemania,
En mis ojos; y sin esto,
Con resolución tan clara,
Cuando ya tomaba puerto
La nave de mi esperanza,
Volverla con tal desprecio
Al golfo, donde no aguarda
Más remedio que la muerte?

ISABELA. ¡Oh, Federico, que hablas
Con celos del César! Vete
Á llevar esas palabras
Á la dama que le enseñas;
Que no es poca confianza
De su gracia y hermosura.

FEDERICO. Tú te engañas y él se engaña,
Mientes tú y el César miente;
Porque ni yo tengo dama,
Ni ha sido más que engañarle,
El decir que la buscaba.
Pero, ya que le dijiste,
Tomando tan fría causa,
Que no era yo para ti,
Bien se ve que le agradabas,
Y por hacerle lisonja
(Si con esperanzas vanas
Te sueñas emperatriz,
Más que compuesta, bizarra),
Me despreciaste : y así,
Prometo al cielo que cuantas
Veces oyere tu nombre,
Ó pasare por tu casa,
Ó viere criado tuyo,
Ó retrato, prenda ó carta,

Tantas maldiga el amor
Que te tuve; y si me trata
El alma de ti en mi vida,
Tengo de sacarme el alma.

ISABELA. Paso, Federico, paso,
Y guárdese quien agravia
Á mujer, aunque le adore,
Porque ha de tomar venganza.
No quiero al César, ni quiero
Riquezas, solo estimaba
Tu amor; fuísteme traidor:
Aquí mi amor se remata;
No porque le compre Otón
Con diamantes; que son bajas
Todas las piedras del mundo
Para que se vendan almas. —
Toma, Tristán, ese anillo.

TRISTÁN. ¿Para qué?

ISABELA. Para que vayas
Á venderle para ti.

TRISTÁN. Señora...

ISABELA. No hables palabra. —
Tú, Flora, cierra desde hoy
Celosías y ventanas;
No entre el sol, por lo que tiene
Con el César semejanza,
Por emperador de estrellas.

FLORA. Señora, ¿por qué le tratas
Á Federico tan mal?

ISABELA. Calla, necia.

FLORA. Escucha.

ISABELA. Calla.

FEDERICO. ¡Oh ingrata! que no te creo.

ISABELA. Allá verás lo que pasa.

FEDERICO. Si me matares, no importa:
Con tu hermosura me matas.

ISABELA. ¡Ojalá fuera veneno!

FEDERICO. ¿Qué más, pues muero de rabia?

ISABELA. Quisiera ser basilisco.

FEDERICO. Yo quien primero mirara.

ISABELA. ¿Matarme querías?

FEDERICO. Sí,

Y sacar con esta daga
Los ojos, porque no vieras.

ISABELA. Yo sé cuándo los llamabas
Estrellas.

FEDERICO. Ya son infiernos,
Después que miran y engañan.

ISABELA. Envíame mis papeles.

FEDERICO. ¡Bueno fuera que guardara
Mentiras!

ISABELA. Verdades eran.

FEDERICO. Como tus palabras falsas.

ISABELA. ¡Ah traidor!

FEDERICO. ¡Ah fiera!

ISABELA. ¡Ah loco!

FEDERICO. ¡Ah injusta!

ISABELA. ¡Ah tirano!

FEDERICO. ¡Ah ingrata!

ISABELA. Yo me vengaré de ti.

FEDERICO. Con los muertos no hay venganza.

ACTO TERCERO

Sala del palacio imperial.

ESCENA PRIMERA

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTÁN, ALEJANDRO.

FEDERICO. Todo está á punto, como tú mandaste.

EMPERADOR. ¿Parécete presente, Federico,
Digno de un César?

FEDERICO. Tú le imaginaste
Admirable, galán, curioso y rico.

EMPERADOR. Si yo pudiera hacer al guante engaste,
No de las piedras que al presente aplico,
Sino de las estrellas de los cielos,
Rotos dejara sus azules velos.
¡Oh mano de cristal! ¿Qué nieve pura

En las cumbres del alto Pirineo
Más intacta se vió, pues fuera escura
Con los marfiles que en tus manos veo?
Un diamante que puse en tu hermosura,
Siendo el vencido yo, será trofeo
De mi vitoria; que en amor ha sido
Siempre el más vencedor el más vencido.
Si todo el ámbar, de la mar espuma,
Si todo aquel metal donde retrata
Su rostro el sol ó la luciente suma,
Que da cabellos á la tierra en plata;
Si aquella fénix de purpúrea pluma,
Y todas cuantas lágrimas dilata
Entre dorados nácares la aurora,
Que llora risa cuando flores dora;
Si cuanta grana el tirio y seda el persa
Y el chino joyas de diamantes y oro;
Si aquella perla unión, lustrosa y tersa,
Que de Cleopatra fué mayor tesoro;
Si toda la riqueza que la adversa
Fortuna sepultó del indio al moro,
En las arenas de la mar tuviera,
Para servirte, precio humilde fuera.

FEDERICO. (*Ap.*) Quien esto escucha y esperanza tiene,
Alabe su locura por extraña.

TRISTÁN. (*Ap. á su amo.*) Señor, dejar la empresa te conviene;
Que seguir lo imposible no es hazaña.

FEDERICO. Ver á Isabela siento.

TRISTÁN. Antes previene
Tu remedio, si así te desengaña.

FEDERICO. No pienso hablarla dos palabras.

TRISTÁN. Mira
Que es la mayor señal de amor la ira.

(*Vanse Federico y Tristán.*)

ESCENA II

EL EMPERADOR, ALEJANDRO.

EMPERADOR. Movióse entre filósofos de Grecia
Cuestión controvertida, cuál sería

La riqueza mayor que ser podía
De las que el hombre humanamente precia :
Si el oro (aunque hay virtud que le desprecia),
La fama, la salud, la monarquía...
Y dijoles Platón, porque tenía
La fácil duda por ociosa y necia :
« Dejando los antiguos pareceres,
Escuela ilustre, porque no te asombres;
Si al apetito la razón prefieres,
Para laurel de sus gloriosos nombres,
La hermosura y la fama en las mujeres
Es la mayor riqueza de los hombres. »

ALEJANDRO. Con poco gusto, Señor,
Federico te obedece
En regalar á Isabela.

EMPERADOR. ¿Por qué, Alejandro, no tiene
Después que yo le advertí,
La condición diferente ?
¿ En qué, dime, la virtud
Y los estudios ofende
Amor, pues puede una dama
Honestamente quererse ?
No siempre la caza agrada,
Y con relámpago breve
Dar al jabalí cerdoso
Rayo de plomo la muerte ;
No siempre jugar las armas,
No siempre el bridón valiente
Hacer sudar con la vara
Desde el codón al copete.
El descanso de los hombres,
O labradores ó reyes,
Fué siempre la compañía
De las honestas mujeres ;
Y yo sé que Federico
Ya lo conoce y ya quiere.

ALEJANDRO. Bien dices que quiere ya,
Pues Otavio le pretende
Para esposo de Isabela;
Y admira el ver que no adviertes
La tristeza con que vive.

EMPERADOR. Mucho, Alejandro, te duele

Ver que no te quiso Otavio.
ALEJANDRO. Antes, Señor, que supiese
Que tú amabas á Isabela,
Pudiera Otavio ofenderme.
EMPERADOR. Federico tiene dama,
Y no es posible que piense,
Queriendo á Isabela yo,
En que Otavio le prefiere
Á los nobles que me sirven.
ALEJANDRO. ¡ Dama, Señor ! Si él tuviere
Dama, fuera de Isabela,
Yo quiero...
EMPERADOR. Envidia te mueve,
Pues enseñarme su dama
Esta noche me promete,
Y ya la tiene advertida.
ALEJANDRO. Señor, engañarme puede
La lealtad, que no la envidia ;
Que yo...
EMPERADOR. Federico vuelve.

ESCENA III

FEDERICO, TRITSÁN. — DICHOS.

FEDERICO. Bañando, Señor invicto,
En pura rosa la nieve,
Donde amor tiembla de frío,
Con ser elemento ardiente,
Recibió tus ricas joyas
Isabela, y con dos breves
Razones me respondió :
La primera, que agradece
Tanta merced ; la segunda,
Que es tu esclava : en que resuelve
Cuanto puedes desear.
EMPERADOR. Tan buenas nuevas merecen
Premio ; mas quiero guardarle,
Y que esta noche me lleves
Á ver tu dama ; que á ella
Se le quiero dar, y hacerte

Esta lisonja.

FEDERICO. Serán
En una muchas mercedes.

EMPERADOR. Ven á desnudarme, y vamos
Donde tu buen gusto apruebe;
Que dar parte á los amigos
Hace mayores los bienes.
(*Vanse el Emperador y Alejandro.*)

ESCENA IV

FEDERICO, TRISTÁN.

FEDERICO. ¡Qué gran confusión, Tristán!

TRISTÁN. Adonde yo estoy ¿qué temes?
Yo te sacaré de todo.

FEDERICO. Si ver á mi dama quiere,
Mire á Isabela, si ya
Tiene dama quien la pierde.

TRISTÁN. Yo he prevenido á Fenisa,
Y seguramente puede
Entrar el Emperador.
La sala un jardín parece:
Bravo estrado, suelo turco,
Escritorios y bufetes,
Pastilla de cuatro calles,
Y por dueñas cuatro sierpes.

FEDERICO. Triste voy; no me verás,
Tristán, en tu vida alegre. (*Vanse.*)

ESCENA V

OTAVIO, BELARDO.

OTAVIO. Aquel ¿no era Federico?

BELARDO. Y su escudero Tristán.

OTAVIO. Verle aguardé más galán.
¿Que, por más que significo
Al César lo que deseo
El remedio de Isabela,

No es posible que se duela
De la edad en que me veo?
A hablarle vengo.

BELARDO. Es muy tarde,
Y pienso que va secreto
Á cierta visita.

OTAVIO. Inquieto,
Suspenso, triste y cobarde
Me tiene la dilación
Del tratado casamiento.
Ya, Belardo, me arrepiento,
Y nó con poca razón,
De haber venido á la corte.

BELARDO. Bien estabas en tu aldea.

OTAVIO. Quien esta inquietud desea,
Su vida en la corte acorte.
Aires me han dado que Otón
Impide, y no favorece,
Lo que Isabela merece,
Ó ha sido imaginación.
Más quisiera mi destierro
Con quietud, que aquí salud.

BELARDO. ¡Ah, Señor, que esta inquietud
Más es que de oro, de hierro!
Bien estábamos allá.

OTAVIO. Cuando estas grandezas miro,
Por mi soledad suspiro.

BELARDO. Pues dejarlas.

OTAVIO. Tarde es ya.
¡Cuánto mejor, arrojado,
Belardo, en el verde suelo
Miraba el sereno cielo,
Libre de tanto cuidado!
Allí, sin ver ceños graves,
Que la autoridad enseña,
Vía bajar de una peña
El agua al son de las aves.
Ya vine; más de importancia
Que la queja es la paciencia.

BELARDO. ¿Qué puede á tanta prudencia
Decir mi ruda ignorancia?

OTAVIO. El César, Belardo, crea

Que á Isabel ha de casar,
Ó vuélvame á desterrar;
Que yo lo soy en mi aldea. *(Vanse.)*

Calle.

ESCENA VI

EL EMPERADOR, FEDERICO, TRISTÁN, FABIO Y RODULFO, *de noche.*

EMPERADOR. Muriéndome voy de risa.
FEDERICO. Y yo de pena, Señor.
De ver el poco favor
Que has hecho á doña Fenisa.
¿No has entrado, y ya te vas?
TRISTÁN. (*Ap.*) Por Dios, que tiene razón;
Que fué terrible visión.
EMPERADOR. ¿De esto enamorado estás?
¿Esto me trujiste á ver?
FEDERICO. Que es mi luz te certifico.
EMPERADOR. ¿Es posible, Federico,
Que quieres bien tal mujer?
RODULFO. Harto desvié las velas
Por encubrir su figura.
FEDERICO. ¿Piensas, Señor, por ventura
Que son todas Isabelas?
EMPERADOR. ¡Jesús! ¡qué cara! Espantado
Vengo de ver tal visión.
TRISTÁN. Pues á fe que hay un barón
Á quien le cuesta cuidado.
EMPERADOR. Menester es que lo sea
Para mujer semejante;
Porque más varón que amante,
Cuando la goce, la vea.
¿Fenisa es su nombre en fin?
No debe de ser eterno,
Si hay fénix en el infierno.
FEDERICO. Para mí fué serafín.

EMPERADOR. ¿Quién te enseñó tal mujer?
FEDERICO. Tristán.
EMPERADOR. ¡Qué cosa tan suya!
Dásela, por vida tuya,
Y no la vuelvas á ver.
FEDERICO. Retratarla presumía,
Y por ti mudo intención.
EMPERADOR. Bien puedes, con un carbón.
TRISTÁN. ¿Qué dijeras de la mía?
EMPERADOR. Enséñamela también,
Y diréte la verdad.
TRISTÁN. Si esto llamaste fealdad,
No ha de parecerte bien;
Mas mostraréte un retrato
Suyo.
EMPERADOR. Muestra.
TRISTÁN. En verso es.
EMPERADOR. Dile, á ver.
TRISTÁN. Escucha pues.
Admírome cuando veo
Lo que ha menester cualquiera
Oficio ó arte en su esfera
Para ejercitar su empleo,
Y las musas soberanas
Lo poco que han menester.
EMPERADOR. Pues bien, Tristán, ¿qué ha de ser?
TRISTÁN. Papel y tinta y mañanas.
EMPERADOR. ¿No libros? ¿no ciencias?
TRISTÁN. Sí.
Y algún poco de humildad;
Que es locura y necedad
Alabarse un hombre á sí.
Pero escucha el retrato
Del bien que adoro,
Que á Tristán favorece
Por no hallar otro.
Tres peregrinas calvas
Su gracia aumentan:
Una tiene en el pelo,
Dos en las cejas.
Sus ojuelos azules
Son tan serenos,

Que me da romadizo
De sólo verlos.
Su nariz, que del rostro
Los campos parte,
Afilada, parece
Jabón de sastre.
No son pues sus mejillas
Color de Tiro,
Pero fueron de España
Papeles finos.
Sin claveles ni rosas,
Tal boca tiene,
Que parece cachorro
De cuatro meses.
Un lunar noguerado
Tiene por orla,
Que cuantos se le miran,
Piensan que es mosca.
De apartados los dientes,
Piden divorcio;
Que no quieren morderse
Unos á otros.
Sólo tiene una gracia,
La boca bella:
Que comiendo ó pidiendo,
Jamas se cierra.
Nunca acierto los puntos
De su zapato,
Porque calza catorce,
Pidiendo cuatro.
De ser bella le viene
Ser tan vellosa;
Que, sin ser ermitaña,
La cubre toda.
El que sea entendida
No es testimonio,
Porque cuando da voces,
La entienden todos.
Nunca sale de casa
Si no hay carroza,
Porque tiene una pierna
Más larga que otra.

Mas con todas las faltas
Que aquí refiero,
Algo tiene que callo,
Pues que la quiero.

EMPERADOR. ¡Lindamente la has pintado !
La de Federico pinta,
Y daréte para tinta.

TRISTÁN. ¿ Soy buen pintor ?

EMPERADOR. Extremado.
Mañana te doy...

TRISTÁN. ¿ Te doy ?
Siempre esta mañana es vana:
No habrá día con mañana,
Si siempre mañana es hoy.
Tu grandeza soberana
Pierde en hacer esperar;
Que es madrugar á no dar
Prometer para mañana.
Si ama Dios á quien da el bien
Alegremente, Señor,
Imita á Dios; que es rigor
Dar tarde, aunque el mundo den.

EMPERADOR. Quítame aquesta cadena.

TRISTÁN. Escuchaba un labrador
Un papagayo hablador,
Que estaba con linda vena,
De una dama á la ventana,
Diciendo aquesto de *Loro,*
¿ Cómo estás ? y al perro moro
Con su media lengua indiana ;
Y dijo á la dama : « Quien
Éste á su tierra llevara,
Bravo dinero ganara. »
La dama, sabiendo bien
La condición del buen loro,
Dijo : « Haréisme gran placer
En llevarle, por no ver
Tanto loro y tanto moro ;
Que me quiebra la cabeza. »
Y como alargó la mano
Para tomarle el villano,
Con notable ligereza,

Convertido el pico en rayo,
Tal lancetada le dió,
Que muchos días lloró
El canto del papagayo.

EMPERADOR. Pues ¿yo había de burlarte?
Toma; y pues la reja es ésta
De Isabela, llega y llama.

TRISTÁN. Podrá ser, Señor, que duerma.

EMPERADOR. Bien podrá ser, y también
Podrá ser que esté despierta. —
Llega, Federico, tú.

FEDERICO. (*Ap.*) ¡En qué pasos, en qué penas
Traen mi amor mis desdichas,
Y mis desdichas mis quejas!
¡Oh, reja! ¿no me respondes? (*Llama.*)

ESCENA VII

FLORA, *á una reja baja.* — DICHOS.

FLORA. ¿Es Federico?

FEDERICO. ¡Qué reja
Tan piadosa!

FLORA. Pues ¿qué quieres?

FEDERICO. Dirásle, Flora, á Isabela
Qne está aquí el César.

FLORA. Yo voy. (*Vase.*)

FEDERICO. (*Ap.* Pensé que me respondiera
Que era imposible salir,
Y respondió: « Voy por ella. »
¡Ah, cielos! Quien esto mira
Con tanto amor, si no es piedra,
¿Qué piensa de sus agravios?
Mas no es posible que piensa.)
Llegue vuestra majestad.

ESCENA VIII

ISABELA, *á la reja.* — EL EMPERADOR, FEDERICO, FABIO, RODULFO, TRISTÁN.

EMPERADOR. Como las aves despiertan
Á los celajes del alba,
Cuando con pies de azucena
De los orientales montes
Baja á las escuras selvas;
Así yo del triste sueño
De vuestra ausencia, Isabela,
Despierto; y como ellas cantan,
Y el verla salir celebran,
Doy gracias á vuestros ojos,
De cuya divina esfera
Toman luz mis esperanzas,
Y mis cuidados se alientan.

ISABELA. Bien templado de requiebros
Y comparaciones tiernas
Viene vuestra majestad
Á las horas más suspensas
Del silencio de la noche.
Habrále dado materia
Para tan altos conceptos
Alguna dama discreta
De las que en la calle agora
De lo bien dicho se precian.

EMPERADOR. Antes si con vos, Señora,
Decir necedades fuera
Posible, me la había dado
La mujer más necia y fea
Que pienso que hay en el mundo;
Pues tengo por cosa cierta
Que de haberla hecho está
Corrida naturaleza..

ISABELA. Fea y necia en tanto extremo,
Y ¡ fuisteis, Señor, á verla!

EMPERADOR. Es dama de Federico,
Que no pensé que tuviera

Tan mal gusto. Vengo muerto
De risa.

ISABELA. No es cosa nueva
Gozar de los más galanes,
Señor, las mujeres feas,
Y los feos las hermosas.

EMPERADOR. Dices bien, siempre se truecan.
¡Qué cosa es ver un marido
Feo, con mujer tan bella,
Que todos se la codician!
Yo pienso que esta influencia
Dió á entender la antigüedad,
Cuando casó la belleza
De Venus con la fealdad
De Vulcano, en competencia
Del sol, por quien sucedió
El hacerle Marte afrenta,
Con tal risa de los dioses.

ISABELA. ¡Quién á Federico diera
Vaya! Llamadle; que quiero
Correrle.

EMPERADOR. Tendrá vergüenza. —
¡Ah, Federico!

FEDERICO. Señor...

EMPERADOR. Hele contado á Isabela
Que vengo de ver tu dama.

FEDERICO. Diríasle, cosa es cierta,
Mi mal gusto.

ISABELA. No me admiro,
Federico, de que quieras
Mujer fea, porque suelen
Ser graciosas y discretas;
Pero ¡necia!... No es posible
Que tu entendimiento pueda
Sufrir tan grande tormento,
Que por el mayor se cuenta.
¡En esto para tu gusto,
Tu melindre, tu lindeza,
Tu gala, tu aseo, tu gracia,
Tu olor, tu pluma, tu lengua!
Asco tendré de mirarte
De aquí adelante.

FEDERICO. No entiendas
Que soy en esto culpado;
Que, como es cosa tan nueva
Para mí tratar de amor,
Presumí que todas eran
Mujeres, y merecían
Amor; que naturaleza,
Si las feas para feos
Hiciera, sin que tuvieran
Á las hermosas acción,
En poco tiempo viniera
Á tanta fealdad el mundo,
Que resultara en su mengua.
Y así, está puesto en razón
Que, haciendo discreta mezcla
De los feos y las lindas,
De los lindos y las feas,
Ni todo sea fealdad,
Ni todo hermosura sea.

EMPERADOR. Bien dice.

ISABELA. No dice bien;
Que si fuera así, no hiciera
Los negros en Etïopia,
Que tanto se diferencian
De los blancos.

FEDERICO. Pues por eso
Vemos que la mezcla emienda
Lo negro, y á pocos lances
Hace que en blanco se vuelva.

ISABELA. De lástima os quiero dar
Dama, que mostréis al César
Sin vergüenza.

FEDERICO. No la quiero.
Guardadla para quien tenga
Más dicha; que yo he buscado
Mujer que nadie apetezca;
Que si es fuerza que ellas miren,
Y poderosos las vean,
Fea la quiero y segura;
Que no hay fea que no tenga
Algo por que ser querida,
Ni hermosa sin ser soberbia.

Esta manda, aquella sirve;
Esta pide, aquella ruega;
Una regala, otra agravia;
Una quiere, otra desdeña.
Dios me ayude con mi dama;
Que el trato y correspondencia
Hace hermoso lo más feo.

ISABELA. ¡Qué cosa, Señor, tan necia!
Mande vuestra majestad
Que, no sólo de la reja,
Mas de la calle se vaya.

EMPERADOR. Vete, y por Dios que me pesa
De que vayas enojado;
Vete, pues conmigo quedan
Fabio y Rodulfo.

FEDERICO. Señores,
Que me vaya manda el César.
Obedezco. — Ven, Tristán.

TRISTÁN. (*Ap. á su amo.*) ¿Qué tenemos?

FEDERICO. Cosas nuevas,
Muy proprias de mi fortuna.

TRISTÁN. Temo que en esta tormenta
Se ha de anegar tu privanza.

FEDERICO. Si ya lo está, no lo temas.

(*Vanse Federico y Tristán.*)

ESCENA IX

EL EMPERADOR, RODULFO Y FABIO, *en la calle;* ISABELA, *en la reja.*

ISABELA. ¡Qué propria cosa, qué cierta
Es, que no hay hombre tan sabio
Y discreto, que no tenga
Alguna falta notable!

EMPERADOR. Cuando los discretos yerran,
No iguala á su necedad
La del más necio.

ISABELA. Ya suena
Gente en casa, y viene el día
No es justo que se detenga

Aquí, vuestra majestad.
EMPERADOR. No hay en el imperio fuerza
Para dilatar la noche.
El cielo os guarde.
ISABELA. Quisiera
Responder: « Para serviros, »
Y como es precisa deuda,
No viene á ser cortesía. (*Vase.*)

ESCENA X

EL EMPERADOR, RODULFO, FABIO.

EMPERADOR. ¿Qué hay, caballeros ?.
RODULFO. Que vuela
Por los amantes el tiempo
Con notable ligereza.
¿No habrás sentido las horas?
EMPERADOR. La más graciosa pendencia
Han tenido en la ventana
Federico y Isabela,
Por la fealdad de su dama,
Que vi en mi vida.
RODULFO. Es discreta.
EMPERADOR. Túvole perdido. Vamos;
Que no es justo que amanezca
En tales pasos el sol
Á la majestad suprema. (*Vanse.*)

Sala de palacio.

ESCENA XI

FEDERICO, TRISTÁN.

FEDERICO. Tristán, yo vengo muerto.
TRISTÁN. No permitas
Tanta rienda al dolor.

FEDERICO. No es en mi mano.
TRISTÁN. Al César soberano
Contra ti solicitas.
FEDERICO. Cuando yo tengo de perder la vida,
¿ Qué importa la privanza ó la caída ?
¿ No escuchaste, Tristán, las libertades
De Isabela conmigo ?
TRISTÁN. Tú le diste
La causa, pues quisiste
Hacer necias verdades
Las mentiras y engaños de Fenisa,
Y con tanta fealdad moverle á risa.
FEDERICO. Dos cosas intenté (de entrambas muero)
Con mostrarle, Tristán, mujer tan fea,
Hacer que el César crea
Que en otra parte quiero,
Y que Isabela no se persuadiese
Que la pude querer, si lo supiese.
Pero ¿ quién sospechara que dijera
Que de verla venía? ¿ qué disculpa
Daré de tanta culpa ?
Ó ¿ quién ¡ ay Dios ! pudiera,
Como quiso, olvidarla? Mas ¡ ay, cielos !
Que es accidente amor, y olvido celos.
TRISTÁN. Descansa de la noche que has pasado.
FEDERICO. No puedo; que aun es noche todavía,
Que no amanece el día
Á quien es desdichado,
Pues no es posible que su lumbre vean
Los ojos que no ven lo que desean.

ESCENA XII

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO. El villano de Isabela,
Que se convirtió á escudero,
Quiere hablarte.
FEDERICO. Yo no quiero,
Por lo que el alma recela,
Escucharle, ni aun saber

Que se acuerde que nací.
CRIADO. Pues ya ha entrado. (*Vase.*)

ESCENA XIII

BELARDO. — DICHOS.

BELARDO. Para mí,
¡ Licencias son menester !
Solía su señoría
Hacerme á mímás favor ;
Pero en cesando el amor,
Se acaba la cortesía.
Casa y criados enfadan,
En sucediendo el desdén ;
Que cuando se quiere bien,
Hasta los perros agradan.
Yo os vi abrazar un lebrel
Del Duque, y ¡ agora á mí
Aun no me habláis ! Pues aquí
Os traigo cierto papel,
Que fuera de oro algún día.
FEDERICO. Los que me dió pedirá.
Mostrad.
BELARDO. Luego ¿ no me da
Albricias su señoría ?
FEDERICO. Pues yo ¿ qué dichas aguardo ?
¡ Ay, Tristán ! Llégate acá.
BELARDO. Bien me dijeron allá :
« ¿ Á la corte vais, Belardo ?
Los cortesanos harán
Rica la pobreza vuestra :
Ya son relojes de muestra,
Que señalan y no dan. »
FEDERICO. « Perro... » (*Lee.*)
TRISTÁN. ¿ *Perro* dice ?
FEDERICO. Sí.
TRISTÁN. Mira que *pero* dirá.
FEDERICO. Si con dos erres está,
¿ Qué quieres ?
TRISTÁN. Pues ¡ *perro* á ti !

FEDERICO. (*Lee.*) « Perro, el de la dama fea:
» Aunque esto fuera venganza
» Para mi loca esperanza,
» No quiere amor que lo sea.
» Dos cosas dice mi amor
» Que aquí pueden remediarme. »

TRISTÁN. ¿ De qué te turbas?

FEDERICO. (*Lee.*) « Matarme
» Ó darme al Emperador:
» Y así, después de llorar
» El ver que sin honra muero,
» Ser suya esta noche quiero,
» Porque me quiero vengar. »
— ¡ Jesús!

BELARDO. ¡ San Pablo! ¡ San Lúcas! (*Cáese.*)

FEDERICO. No era mi sospecha en vano.
¿ Esto trujiste, villano,
Traidor?

BELARDO. *Et ne nos inducas.*

FEDERICO. Mátale.

TRISTÁN. Detén, Señor,
La furia.

BELARDO. Tenle, Tristán.
¡ San Cosme! ¡ San Preste Juan!

TRISTÁN. Este pobre labrador,
¿ Qué culpa tiene, si viene
Á traer lo que le dan?

BELARDO. Quien me quitó mi gabán,
En malos infiernos pene
Las bragas, pues valen tanto,
Que, según me vengo á ver,
Temo que me han de poner
Por Judas un Jueves Santo.

FEDERICO. ¡ Perro, el de la dama fea!—
Pues, Isabela, ¿ tú eres
Fea? y ¿ que yo quiera quieres
Cosa que tuya no sea?
Tú sola vives en mí,
Tu hermosura, tu valor;
Que aun es hermoso mi amor
Porque se transforma en ti.
Dió tu rostro celestial

Cuidado á naturaleza,
Porque sacó tu belleza
De su belleza ideal.
Pues ¿por qué tanta hermosura
Me trata con tal rigor?

TRISTÁN. Sosiega, escucha, Señor.

FEDERICO. El alma no está segura;
Que un hombre tan desdichado,
Aun alma no ha menester,
Porque tener alma es ser,
Y no siendo, no hay cuidado.
¡Esta noche! Pues ¡tan presto!
Pues ¡sin más información!

TRISTÁN. Señor, ten más atención
Al lugar en que te ha puesto
El César.

FEDERICO. Mujer tan bella,
Una dama, una doncella,
¡Hace á su amor tanto agravio!
La hija del duque Otavio
¡Se entrega al Emperador!
La que tuvo tanto amor
Á Federico, y que ayer
Se llamaba mi mujer,
¡Hoy hace tal desatino!
Si es ángel, cielo divino,
De vuestro imperio arrojaldo.

BELARDO. Déle unos tragos de caldo,
Tristán, así Dios le guarde.

FEDERICO. Fuiste en matarme cobarde,
Y en infamarte animosa.
Campos, llorad por la rosa,
Que se marchita de celos;
Llorad por la aurora, cielos,
Que llena de sombra está;
Fuentes, no corráis; que ya
Se ha vuelto en llanto la risa;
Ó para correr aprisa,
De mis desdichas tomad
El ejemplo. ¡Qué lealtad!
¡Qué amor! Isabela, ¡ay Dios!
¿Quién dijera que los dos

Nos halláramos así,
Yo sin alma, tú sin mí,
Que lo fuí tuyo también!

BELARDO. Cierto, Señor, que no es bien
Quejarse con tal rigor;
Que el señor Emperador
Se la volverá mañana.

FEDERICO. ¡Tanto amor, dulce tirana,
Isabela, despreciaste!
¿Qué mucho? Viste, miraste;
Que el ser yo tan desdichado,
El ver tú y haber mirado
Al César, lo ha producido.
Pues ¡tan presto tanto olvido
Y con tan infames nombres!
¡Dichosos fueran los hombres,
Si no vieran las mujeres!
Perdona, si tú lo eres.

TRISTÁN. (*Viendo venir al Emperador.*)
Huye, corre, vete, vuela.

BELARDO. Voy á decirlo á Isabela. (*Vase.*)

ESCENA XIV

EL EMPERADOR. — FEDERICO, TRISTÁN.

EMPERADOR. ¿Qué es esto?

FEDERICO. ¿Quién lo pregunta?

EMPERADOR. ¿Es Federico?

FEDERICO. No sé;
Mas lo que es y lo que fué
En mi sujeto se junta.
De una esperanza difunta
Soy un necio pretendiente;
Soy un ser que no se siente,
Pues siendo el alma inmortal
Una forma sustancial,
La tengo por accidente.
Suspenso el entendimiento
Y memoria sensitiva,
Me ha dado la intelectiva

Más alto conocimiento;
Y conociendo que siento
La ofensa, á vengarla voy;
Pero, como viendo estoy
El valor del que me ofende,
Por no ser el que lo entiende,
Dejo de ser lo que soy.
Que no siento es verdadera
Proposición, pues no siento
Que no siento; y sentimiento
De que no siento tuviera;
Que si el no sentir sintiera,
Viera yo que el no sentir
Era dejar de vivir,
Y no viniera á tener
Sentimiento de no ser,
Que debe de ser morir.
El alma con que viví,
Y que este ser animaba,
Se fué á vos cuando pensaba
Que más la tuviera en mí:
Y que se pasaba así
Creyó la gentilidad
De un cuerpo en otro: mirad,
Si se pasa á vos la mía
Esta noche, que podría
Ser su mentira verdad.
De suerte que el alma mía,
Aunque sin morir los dos,
Hará, pasándose á vos,
Tan necia filosofía.
Quién es la que yo tenía,
Esta noche lo sabréis;
Quién soy no me preguntéis,
Porque lo que voy diciendo,
Aun yo mismo no lo entiendo:
Mirad vos si lo entendéis.

EMPERADOR. Responderte, Federico,
En seso y en tanto mal,
Fuera ser al tuyo igual,
El que á tu lástima aplico;
Que perderle un hombre noble

De las partes que hay en ti,
Tan estimado de mí,
Aumenta la pena al doble. —
Tristán, ¿qué desdicha es esta?

TRISTÁN. Haber, gran Señor, perdido
Parte del alma, el sentido,
Que esto vale y esto cuesta;
Que como tú le mandaste
Que quisiese tan aprisa,
He pensado que Fenisa,
De quien ayer te burlaste,
Le ha dado hechizos, Señor,
Que es proprio efeto de feas;
Pues las hermosas, no creas
Que quieren por fuerza amor,
Si quien tiene entendimiento,
Quiere que nadie le quiera,
Por aquello que no fuera
Su proprio merecimiento.

EMPERADOR. Préndanla, mátenla.

TRISTÁN. Advierte...

EMPERADOR. No hay que advertir: morirá
Fenisa; culpada está
De Federico en la muerte;
Que quien quita á un hombre el seso,
Más le quita que la vida.

ESCENA XV

ISABELA. OTAVIO, BELARDO *y* TODOS.

ISABELA. (*Á su padre.*) Lastimada y ofendida
De tan extraño suceso,
No hallé remedio mejor
Que darte de todo cuenta.

OTAVIO. Si no es venganza, es afrenta.

BELARDO. Aquí está el César, Señor.

OTAVIO. Ya vengo, príncipe invicto,
Como dice que me mandas
Isabela; y ella y yo
Te damos debidas gracias,

Después de tantas mercedes,
De que gustes de casarla
Con Federico, que tanto
Ilustra y honra mi casa.

ISABELA. Y yo también por mi parte,
Como más interesada
En este favor.

EMPERADOR. Detente.
¿Quién os dió nueva tan falsa?
Ni he tenido pensamiento
De casarte, ni se trata
Más que de tan gran desdicha...

ISABELA. ¿Qué desdicha?

EMPERADOR. Que una ingrata
Mujer le ha quitado el seso,
Y que he mandado matarla.

ISABELA. No es ingrata quien ha sido
De este suceso la causa.

EMPERADOR. ¿Sabes tú quién es? Que ya
Con muerte infame le aguarda
Mi castigo.

ISABELA. Pues bien puedes,
Gran Señor, ejecutarla.
Yo soy: que con un papel
Que le escribí, por venganza
De los celos que me diste,
Fingí que esta noche estaba
Determinada á ser tuya,
Siendo mentira inventada
De mi amor y mi desdicha.

FEDERICO. ¡Mentira, Isabela! Aguarda,
No prosigas; que el discurso
Que hasta agora me faltaba,
Has vuelto al entendimiento,
Y las potencias al alma.
Oye, invictísimo Otón,
Augusto, heroico monarca,
Como el Macedón de Grecia,
Alejandro de Alemania;
Oye á dos amantes, oye
Lo que hasta agora ignorabas,
Y te encubrieron por celos

Amor, respeto y privanza.
Dos años ha que á Isabela
Sirvo, otros tantos que paga
Mi amor, y que tantas guerras
El honesto fin dilatan,
Que con casarnos tuviera
Tan bien nacida esperanza.
Por la parte de aquel monte,
De su prado, hacienda y casa
Fuiste á cazar aquel día,
Principio de mis desgracias...
Referirte lo que sabes
Fuera cansada ignorancia.
Mandásteme que quisiese,
Porque yo disimulaba
Querer, temiendo enojarte,
Y por no ofender la fama
De la opinión de Isabela;
Y así, dándome la traza,
Ó mi desdicha ó Tristán,
Fingí que á Fenisa amaba,
Concertándonos los dos
En que si por esta causa
Viniese á perder el seso,
Con las demás circunstancias
Que son peligros de amor,
Tú la palabra me dabas
De ayudarme, como espero
Que lo harás, pues empeñada
La tienes, á ser quien eres;
Que nunca á los reyes falta.
Esta es la ocasión, Señor,
Que amor y fortuna llaman,
No ya la ocasión perdida,
Sino la ocasión ganada.
Favoréceme con darme
Á Isabela, así te hagan
Los cielos, como de Europa,
Señor del África y Asia,
Y adonde no llega el sol
En habitable distancia,
Ni en los hielos de su sombra

Vieron estampas humanas,
Lleguen las águilas negras
De tus imperiales armas,
Y el sol de envidia las siga,
Que lleguen donde él no alcanza.

EMPERADOR. Federico, aun no presumo
(Tan difícilmente hallan
El seso los que le pierden)
Que le has cobrado, pues hablas,
No digo en tu amor y el mío,
Sino en decir que obligada
Está mi palabra aquí;
Pues es cierto que te engañas;
Que cuando yo te la dí,
Era cuando te mandaba
Qué quisieses y buscases
Sujeto en alguna dama.
Tú dijiste que la harías,
Si te daba la palabra
De ayudarte, y á Fenisa
Me mostraste; si te casas
Con Fenisa, cumpliréla,
Porque yo no pude darla
Para lo que yo quería,
Y tú de secreto amabas.
Con esto se desempeña
Mi palabra, pues fué dada
Para querer; no, queriendo.

FEDERICO. Con justa causa me llamas
Loco, pues no conocía
Que la palabra me dabas
De ayudarme si quisiese.
Busqué dama fea y baja,
Por excusar á Isabela
Celos, y encubrir que estaba
Enamorado de quien
Tú lo estabas. Ya te sacan
De la obligación, Señor,
Mi desdicha y mi ignorancia.
Con esto, dame licencia
Para que á Italia ó á España
Me lleven mis desventuras

Á morir en tu desgracia.

EMPERADOR. Alza del suelo.

FEDERICO. Pues ¿darla
Rehusas?

EMPERADOR. Óyeme atento.
No fuera grandeza tanta
Darte á Isabela, si fuera
Cumplir la palabra dada;
Cuando de ella libre estoy,
Y tú con desconfianza,
Y sin acción de pedirla,
El dártela será hazaña.
Dale la mano á Isabela.

FEDERICO. ¡Vivas, invicto monarca,
Mil siglos!

ISABELA. Á tus victorias
Prevenga bronces la fama.

TRISTÁN. Una palabra, señores.
El Emperador me casa
Con Flora, aunque no lo dice
Ni me ha dado la palabra.
¿No es verdad, Flora?

FLORA. Así es.

TRISTÁN. Pues oigan, señoras damas;
Que aunque esta comedia nuestra
Su autor, como han visto, llama
Si no vieran las mujeres,
Quiere que á verla y honrarla
Vengan muchas, y que vean
Cuanto por el mundo pasa·
Muchas fiestas, muchas bodas,
Toros y juegos de cañas,
Muchos novios las solteras,
Muchos hijos las casadas,
Mucha salud, mucha vida,
Muchas joyas, muchas galas;
Y lo demás que quisieren;
Que aquí la comedia acaba.

LOS

MILAGROS DEL DESPRECIO *

PERSONAS

DON PEDRO GIRÓN.	DON JUAN.
HERNANDO.	BEATRIZ.
LEONOR, *criada.*	DON LUIS, *tío de doña Juana.*
DON ALONSO.	DOS PAJES.
DOÑA JUANA.	CRIADOS.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO GIRÓN, CRIADOS 1.° Y 2.°

DON PEDRO. Dejadme : ¿qué me queréis?
Bien sé que podéis decir
Que es el dejarme morir

---

* Muchos críticos dan por sentado que esta comedia inspiró á Moreto la preciosísima suya *El desdén con el desdén*, lo cual, de ser cierto, sería razón bastante para incluirla nosotros en esta colección. Otros (los editores de la edición de Madrid de comedias de LOPE que copió el señor Ochoa, por ejemplo) creen que *La hermosa fea*, además de la anterior, sirvió en parte al mismo objeto. Lo cierto es que el asunto nada tiene de original y que tanto pudo Moreto inspirarse en aquellas obras de LOPE, como en cualesquiera otras que, mejor ó peor desenvuelto, tienen el mismo pensamiento.

El escritor que mejor ha estudiado el teatro de Moreto, el

Desesperación : diréis
Muy bien; que si esto os negara,
En la piedad de los dos,
Parte de la ley de Dios
Blasfemando renegara. —
¡Válgame Dios! ¿Dónde tiene
Tu corazón, doña Juana,
De su condición tirana
La contrahierba?

CRIADO 1.º (*Ap. al* 2.º) Conviene,
Aunque se enoje, Beltrán,
Divertirle en su cuidado;
Que es una tema en que ha dado,
Y enloquecerle podrán
Sus continuos pensamientos.

CRIADO 2.º Señor...

DON PEDRO. ¡Ni aun mirar siquiera!
¿Con qué, condición de fiera,
Hallará divertimientos
Tan rebelde corazón
Y tan extraña inclemencia?

CRIADO 1.º Válete de tu prudencia,
Señor, en esta ocasión.

---

señor don Luis Fernández-Guerra y Orbe, en el discurso preliminar á las *Comedias Escogidas* de este ingenio (Biblioteca de Autores Españoles), dice que *El desdén con el desdén* nada tiene de común con *Los milagros del desprecio* « ni en la intriga, ni en los móviles, ni en los caracteres, ni en los episodios », y cree que el trabajo de LOPE que utilizó infinito Moreto para su cuadro fué *La vengadora de las mujeres*, pues convienen ambas obras en pensamiento, fin dramático y en algo del plan.

Por nuestra parte creemos que las opiniones del distinguido ilustrador de Moreto son de mucho peso en este pleito literario.

Por lo que respecta al mérito de ambas comedias, y dejando á un lado la paternidad del pensamiento, si bien es verdad que se encuentra en la pieza de Moreto más sencillez y el plan desenvuelto con gran destreza y tino, también lo es que *Los milagros del desprecio* no carecen de gracejo, tienen situaciones más cómicas y están escritos quizá con mejor estilo y versificación.

ESCENA II

CRIADO 3.° — DICHOS.

Hernando, el que te sirvió
Y fué á Flandes, ha venido,
Y leal y agradecido
Al pan que en casa comió
Dice que te quiere ver.

DON PEDRO. Aunque son muy desiguales
Tus recados y mis males,
Dile que entre. ¿Qué he de hacer,
Si es ingratitud negarme
Á su buen conocimiento? (*Vase el criado* 3.°)
¡ Que no pueda el pensamiento
Desta locura apartarme!
Esta mujer ¿no es mortal,
Y se pudiera morir ?
Claro está, pues el sentir
¿Por qué ha de ser desigual ?
Y siendo fuerza tener
Fin su rigor y mi pena,
¿Por qué de mí me enajena
Lo que ha de dejar de ser ?

ESCENA III

HERNANDO. — DICHOS.

HERNANDO. Tu mano á besar me da.
DON PEDRO. Muy hombre estás ya.
HERNANDO. Señor,
Cada dia soy mayor.
DON PEDRO. Dices muy bien, claro está ;
Pero vienes muy crecido.
HERNANDO. En nuestro mortal estambre,
Lo que adelgaza es la hambre,
Y da de sí lo tejido.
En tres años de soldado,
Mal pagado y sin comer,

Pudiera un hombre crecer
Por encima de un tejado.
No hay *tristis anima mea*
Como el estar un cristiano
Entre uno y otro pantano,
Rocïado de grajea
De vil bronce, porque allí
Muestra un hombre su buen pecho.
Bien mirado, ¿qué me han hecho
Los luteranos á mí ?
Jesucristo los crió,
Y puede por varios modos,
Si él quiere, acabar con todos,
Mucho más fácil que yo.
Pónenle sitio á un lugar,
Y tras de andar á balazos,
Quitando piernas y brazos,
Sin comer ni descansar,
Cuando ya el campo se inclina
Con el más sangriento estrago
Al último Santïago,
Pónenle fuego á una mina,
Que viene á dar á los pies
Del que embiste confiado,
Y vuela un pobre soldado
Hecho Ícaro al revés.

DON PEDRO. Pues ¿que te obligó á dejar.
Mi casa, Hernando ?

HERNANDO. El tener
Inclinación de saber,
Solo por no preguntar.
Tanta experiencia ganada
Traigo con lo que he pasado,
Que en el Consejo de Estado
Pudiera... no decir nada.
Sócrates y Cicerón,
Según vengo ya de agudo,
Son Vinorre y Pollo-crudo
Conmigo.

DON PEDRO. Ya en mi pasión
No hay gracia que celebrar,
Hernando.

HERNANDO. ¿Qué hay, mi Señor?
¿Corta todavía amor
Tareas de suspirar?
Yo me acuerdo que algún día
Me dijiste suspirando :
« ¡Ay! ¡cómo me muero, Hernando! »
Y pudiera la porfía
De una condición ingrata
Escarmentarte.

DON PEDRO. ¿Qué haré,
Si es la misma que adoré
Entonces, la que me mata?

HERNANDO. Luego ¿tres años y más
Te lleva solo un desvelo?

DON PEDRO. Sí, amigo.

HERNANDO. ¡Válgame el cielo!
De *nulla redemptio* estás
En el infierno de amor.
¡Tres años siempre á pie quedo!
No dura más en Toledo
El mejor corregidor.
¡Tres años! ¡Treinta y seis meses!
¡Mil y cuatrocientos días!...
Todo un Escurial podías
Haber hecho, si tuvieses
Dinero, piedras, pinturas...
— ¡Jesús! Y ¡qué! ¿no te ha dado
Siquiera un favor prestado?

DON PEDRO. ¿Pudieran mis desventuras
Parecerlo, si eso fuera?
Con solamente tener
Esperanzas de no ser
Aborrecido, viviera.
Amantes he consultado
Sin dicha y favorecidos;
Y, á consejos prevenidos
Contumaz, desesperado
Me veo morir; y así,
Hecho pena el sentimiento,
En la pena y el tormento
Me estoy vengando de mí.

HERNANDO. Si yo, Señor, te curara

De tu amor, ¿qué me dijeras?

DON PEDRO. Ya son esas muchas veras,
Hernando; y es cosa clara
Que excede de tu saber
El remedio de mi mal.

HERNANDO. La experiencia universal
Del hombre tiene poder
Sobre toda comezón;
Y Dios no me quita á mí
Que pueda curarte á ti,
Aunque en poca estimación.
¿No has visto al blanco tirar
Muchos cazadores diestros,
Que pudieran ser maestros
De otros, y no acertar;
Y llegar un cojo y manco,
Y poner sin gallardía
Á tiento la puntería,
Y dar en medio del blanco?
Pues ansí pienso yo ser;
Que aunque otros hayan tirado,
Quizá daré, afortunado,
En el blanco, sin saber.

DON PEDRO. Ahora, Hernando, yo no quiero
Despreciar tu ingenio aquí,
Sino que uses para ti
De tu experiencia primero.
Doña Juana de la Cerda
Se sirve de una criada,
Poco menos recatada
Que ella, si no tan cuerda;
Y como sepas hacer
Que te trate sin rigor
En todo después mi amor
Seguirá tu parecer.
¿Quieres darle este diamante?

HERNANDO. Pues dando, ¿qué le debieras
Á mi ingenio, cuando fueras
Con ella dichoso amante?
Con la experiencia verás
Que está, aunque estimas y adoras,
Más el daño en lo que ignoras,

Que el remedio en lo que das.
Un punto no has de exceder
Los récipes que te diere;
Que al enfermo que no quiere
Al médico obedecer,
No le queda que argüir.

DON PEDRO. Los venenos se probaban
Un tiempo en los que ya estaban
Condenados á morir;
Y así, yo que á manos muero
De un repentino rigor,
Ya resuelto y sin temor,
Ponerme en tus manos quiero.

HERNANDO. El pulso voy á tomar
Á doña Juana, por ver,
Ya que no sabe querer,
Si está cerca de enfermar. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA IV

DOÑA JUANA, LEONOR.

D.ª JUANA. ¡Mueran los hombres, Leonor!

LEONOR. ¡Muera mil veces, Señora,
Esta canalla traidora,
Tiranos de nuestro honor!

D.ª JUANA. ¡Eso sí! ¡Buena mujer!
¡Vive el cielo, que si fuera
Mío el mundo, que te diera
La mitad, sólo por ver
Medida tu inclinación
Á mi gusto! Estos tiranos,
Tiernos, süaves y humanos
Antes de la posesión,
Y después de ella crueles,
Desabridos y ofensores,
Á manos de mis rigores
Han de morir como infieles.

La venganza universal
Á sus palabras quebradas
Y esperanzas malogradas
Seré con rigor mortal.
Mujer Atila he de ser
Contra estos fieros tiranos,
Contra quien son nuestras manos
El llorar y padecer;
Y ¡ojalá que á mi opinión
Cualquiera mujer se viera
Reducida, porque fuera
Cada mujer un Nerón
Abrasador!

LEONOR. ¡Qué dulzura
Que tiene para engañar
El que llega á enamorar!
¡Con qué amor, con qué frescura
Que pone en el alameda
De la esperanza los pies,
Y el alma! Pero después,
¡Qué abochornado se queda!

D.ª JUANA. De las que he visto llorar
Estoy tan escarmentada,
Que quisiera verme atada
Á un duro escollo del mar
Antes, Leonor, que rendida
Á una pasión amorosa.

LEONOR. Añade, estando celosa,
Agraviada y ofendida,
Y perderás en pensarlo
El entendimiento.

D.ª JUANA. ¡Guerra,
Santiago! ¡Arma! ¡Cierra, cierra
Contra los hombres!

ESCENA V

HERNANDO. — DICHAS.

HERNANDO. (*Ap.* ¡Andallo!
Ellas embisten conmigo,

En viendo que soy soldado.)
¡ Vive Cristo, que he llegado
Al campo del enemigo!
¡ Guerra, Santiago, y yo
En el asalto ! (*Ap.* ¡ Ay de mí !
Sin barbas salgo de aquí.
El demonio me engañó.)

D.ª JUANA. ¿ Qué hombre es aqueste ?

LEONOR. ¡ Ay, Señora!
Hernandillo, el que servía
Á don Pedro, y se fué un día
Á la guerra.

HERNANDO. Y vuelvo ahora.

LEONOR. Sin barbas se fué, y las tiene.

HERNANDO. También hay entre las gentes
Barbas para los ausentes.

LEONOR. ¡Jesús! ¡y qué grande viene!
No acabo de santiguarme.

HERNANDO. Yo sé por lo que he crecido.

LEONOR. ¿ Por qué ?

HERNANDO. Porque no he tenido
Otra cosa en que ocuparme.

LEONOR. ¡ Lo que traerás que contar
De Flandes!

HERNANDO. Por estas manos
He muerto más luteranos
Que arenas... — Grande es el mar,
Y es mentir con desatino, —
Que hay estrellas... También son
Muchas. No hay comparación,
Y me quedo en el camino
Del hipérbole atascado.

D.ª JUANA. Que eres el primero entiendo
Que se acobarda mintiendo,
Después de haber empezado.
¿ Viste á la Infanta?

HERNANDO. ¿ Pues no?
Cada día.

D.ª JUANA. Y ¿ cómo está?

HERNANDO. Todavía se está allá
Con la cara que llevó.

LEONOR. ¿ Quién habrá que no lo crea ?

D.ª JUANA. Basta, que tienes donaire.
HERNANDO. Quitando el don, es el aire
El que más me bambolea.
D.ª JUANA. ¿Hate vuelto á recibir
Don Pedro?
HERNANDO. Señora, no.
D.ª JUANA. ¿Por qué?
HERNANDO. Porque me enseñó
La guerra á no le sufrir.
Solía, muy satisfecho,
Descansar conmigo antes
Con ciertos pasavolantes;
Y ya, como vengo hecho
Á embestir y pelear,
En levantando la mano
Pensaré que es luterano,
Y tocaré á degollar.
D.ª JUANA. ¿Cómo está?
HERNANDO. Con los ardores
Pasados; y apenas yo
Le vi, cuando desdobló
La hoja de sus amores.
D.ª JUANA. ¡Fuego en él y en sus quimeras!
Hernando, no me le nombres.
LEONOR. Y ¡fuego en todos los hombres!
HERNANDO. (*Ap.*) ¿Las dos encienden hogueras?
Pues, pajaritos, á fe
Que habéis de dar en la liga.
D.ª JUANA. ¿Qué dices?
HERNANDO. Que nadie diga
Desta agua no beberé.
D.ª JUANA. ¿Qué es beber? ¡Viven los cielos,
Que si amante me abrasara,
Que de mi sangre formara
Palpitantes arroyuelos,
Para no dar á mis labios
Agua de tantos enojos,
Para hacer fuentes mis ojos
Y llorar después agravios!
En mi casa te podrás
Alojar, como no intentes
Buscar medios convenientes

A su amor.

HERNANDO. Tú lo verás.

Dª. JUANA. ¿Cuántos pretendientes tengo? (*Á Leonor*).

LEONOR. Perdida tengo la cuenta.

Dª. JUANA. ¿Serán veinte?

LEONOR. Más de treinta.

Dª. JUANA. Pues mira que te prevengo
Que de ninguno recibas
Papel, presente ó recado,
So pena de haber faltado
Á lo propuesto.

LEONOR. Ansí vivas,
Que pienso que una ballesta
Despide con más blandura,
Porque soy á su dulzura
Una furia contrapuesta.

Dª JUANA. Así, Leonor, lo has de hacer;
Que para no recibir,
Enojarte y despedir,
Te doy bastante poder. (*Vase.*)

ESCENA VI

HERNANDO, LEONOR.

LEONOR. ¿Tienes tú amor?

HERNANDO. ¿Qué es amor?
No daré por cien mujeres
Un ochavo de alfileres.
¡Mujeres! ¡Jesús, qué hedor!

LEONOR. Parece que no has sabido
Que naciste de una, Hernando.

HERNANDO. Por eso nací llorando,
Y sentí el haber nacido.

LEONOR. Según eso, cosa es llana
Que me aborreces á mí.

HERNANDO. Como si estuviera en ti
El demonio en carne humana.
En mi vida hablo á mujer,
Como no me dé ó me preste.
(*Ap.* El primer emplasto es este

De la cura que he de hacer.)

LEONOR. ¡Bueno es esto para quien
Está mirando estos días
Amantes idolatrías!
¿Que nunca has querido bien?

HERNANDO. Una vez que en mis intentos
Sentí ciertos intervalos,
Les dí más de treinta palos
Á mis propios pensamientos.
(*Ap.* Á un diestro muy confiado,
En dándole de antuvión
Sobre su propia lición,
De afligido y de turbado
No sabe volver en sí.)

LEONOR. Dame tú que yo quisiera
Quererte, que yo te hiciera
Que te murieras por mí.

HERNANDO. Por dos caminos sería:
De risa de ver tu engaño,
Ó temeroso del daño
De tan gran majadería.
No quisiera en mis cuidados
Más bien, que la comisión
De azotar sin remisión
Mujeres y enamorados.

LEONOR. ¡Hay tal hombre!

HERNANDO. (*Ap.*) Industria mia,
Por aquí se ha de guiar
La cura; que en despreciar
Está la primer sangría.

LEONOR. Presto me he de ver vengada
De ti; que criados vienen
De pretendientes, que tienen
Hasta el alma enamorada.
Escóndete, no te vean,
Y verás cómo me harto.

HERNANDO. ¿Qué importa, si yo descarto
Cuando hay otros que desean? (*Escóndese.*

ESCENA VII

Dos PAJES, *con presentes.* — LEONOR; HERNANDO, *escondido.*

PAJE 1.° Este pequeño presente
Es de don Juan, mi señor,
Cuyo cuidado y amor
Lo serán eternamente.

PAJE 2.° Don Alonso de Ribera,
Mi amo, á la enferma envía
Esta pequeña sangría
Con fe firme y verdadera

LEONOR. Huélgome que hayáis venido
Los dos, porque sin cuidado
Responda con un recado
Á los dos, que habéis traído.
Decid á esos caballeros
Que mi ama no es mujer
Que se deja convencer
De búcaros lisonjeros
Ni de salvillas doradas;
Que cuando quisiera el mar
Sobornos acreditar
Con las perlas encerradas
En sus conchas, y la tierra
Con sus preciosos diamantes,
No hicieran ser inconstantes
Los propósitos que encierra.
Que el crédito y los sentidos
En este amor perderán,
Porque en esta casa están
Los hombres aborrecidos.
Y así, á tanto porfiar,
Sólo manda responder
Que se cansen de ofender,
Ó se ofendan de cansar. (*Vase.*)

ESCENA VIII

Los dos PAJES; HERNANDO, *oculto.*

HERNANDO. (*Ap.*) ¡Oigan, y cuál se han quedado
El uno y otro aturdido!
Pajes de tapiz han sido
Con el intento pintado.

PAJE 1.° Muy bien pudiera excusar
Vuestro amo el competir
Con el mío.

PAJE 2.° Eso es decir
Que no le puede igualar.
Mi amo tiene guardado,
Para cuando el Rey le haga
Título, un dosel, y paga
Lo señor adelantado,
Pues viene al amanecer
Á dormir, que llueva ó truene.

PAJE 1.° ¿Qué importa, si el mio tiene
Despensero y botiller,
Y comemos á porfía,
Que se lo dé el Rey ó no?

HERNANDO. (*Ap.*) Á ese me atengo yo;
Que es el conde de Buendía,
Y el otro marqués de Espera,
Título camaleón,
Fundado en su pretensión.

PAJE 1.° Pajecillo, ¡Bueno fuera
Que riñésemos!

PAJE 2.° Por mí...

HERNANDO. (*Ap.*) En empezando á rifar,
Los tengo de percollar
Los dos presentes aquí.

PAJE 1.° Esto le importa á mi fama.

PAJE 2.° Crédito á mi nombre doy.

HERNANDO. (*Ap.*) Criado del Turco soy,
Que le cojo la garrama.
Y habrán de tener paciencia;
Que si en los dos reina Marte,
Hoy se mudan á otra parte

Los tratos de la pendencia.
(*Coge Hernando las dos salvillas, y vase.*)

ESCENA IX

Los dos PAJES.

PAJE 2.° Aquí nos han de meter
En paz; al campo salgamos
Á reñir.

PAJE 1.° Al campo vamos;
Que será justo temer
El *ténganse* de la villa,
Si es campesino el valor.

PAJE 2.° Aun esto será peor.
Aquí dejé mi salvilla.

PAJE 1.° Y aquí la mía quedó.

PAJE 2.° Vuestra desdicha ó la mía
Trujo algún ladrón sangría.

PAJE 1.° La sangre nos igualó.

PAJE 2.° ¿Quién hará a hora creer
Á nuestros amos que ha sido
Verdad lo que ha sucedido?

PAJE 1.° No sé cómo puede ser.

PAJE 2.° Yo pienso, por excusar
Su repentino furor,
Decir que tomó Leonor
El presente, y alargar
La mentira; que después
Será más fácil remedio.

PAJE 1.° Si puede haber algún medio,
Ese pienso que lo es,
Y lo mismo he de decir.

PAJE 2.° Aquí viene el dueño mío,
Redúzgase el desafío... (*Alto.*)
(*Ap.* Á lo diestro del mentir.)
(*Vase el Paje 1.°*)

ESCENA X

DON ALONSO. — EL PAJE 2.º

D. ALONSO. ¿Qué es esto?
PAJE 2.º Darle á mi mano
El repentino valor
Que está pidiendo tu amor.
De don Juan Altamirano
Trujeron aquí un presente,
Al tiempo que recibió
El tuyo, y el suyo no;
Y el pajecillo imprudente
Conmigo quiso reñir.
Pienso que admitido estás.
D. ALONSO. Basta, no me digas más.
Desde hoy empiezo á vivir
Con ese nuevo favor.
¿Cómo albricias no has pedido,
Si soy el favorecido?
Todo lo que no es mi honor
Te daré : mi ser, mi hacienda,
Mi vida y mi voluntad;
Que en tanta felicidad
No es razón que el mundo entienda
Que no hago estimación
De una mujer, que ha dos años
Que en resueltos desengaños
Le da á don Pedro Girón
Indicios de su disgusto.
Diréle que esta conquista
Está por mí, y que desista
De su intento; que no es justo
impedir con su nobleza
Las dichas que voy gozando ;
Que pretender estorbando
Toca en actos de bajeza.
Hasta aquí, que no he sabido
Mi dicha, dudosamente,
Detenido pretendiente,
He callado y padecido;

Pero ahora, que ya sé
Que tengo el lugar primero
En su favor verdadero,
En su casa estorbaré
Que entre sin licencia mia
La luz, cuya inmensidad
En rayos de claridad
Es precursora del día.
Sígueme.

PAJE 2.° Contigo voy.
(*Ap.* Fácilmente lo ha creído,
Y de haberle persuadido
Gozoso y contento voy.) (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA XI

DON JUAN, EL PAJE 1.°

PAJE 1.° Esto, Señor, fué mostrar
Que en servir y en agradarte
Me cabe á mí tanta parte
Como á ti en saber amar.
Otro presente ha enviado
Don Alonso de Ribera,
Tu competidor, que espera
Lograr también su cuidado;
Y el tuyo se recibió
Cuando el suyo han despedido,
Y casi habemos reñido
El desconsolado y yo.

DON JUAN. La vida, amigo, me has dado,
Y desde hoy, que no eres digo
Mi criado, eres mi amigo,
Y en quien fundo mi cuidado.
¿Es posible que yo he sido,
Entre tantos pretendientes
Ricos, nobles y valientes,
El solamente admitido?

El jüicio he de perder,
Y no por el rendimiento
Con que se obliga mi intento
A servir y á pretender,
Sino por la soberana
Calidad y estimación
Con que don Pedro Girón
Pretendía á doña Juana.
Tres años ha justamente
Que el pobre la galantea,
Sin ver el fin que desea
En un favor solamente;
Y está tan rendido ya
De su amoroso cuidado,
Que dicen que retirado
Perdiendo el jüicio está.
Visitarle será bien,
Sólo para examinar
Las causas de su pesar,
Y para darles también
Esta gloria á mis sentidos;
Que no hay gustos estimados
Como el oir los amados
Llorar los aborrecidos. *(Vase.)*

PAJE 1.º Amantes, ninguno crea
Que es en el arte de amar
Difícil el engañar
Á quien pretende y desea. *(Vase.)*

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XII

DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO. Es todo lo que he contado
Tan verdad, como lo es
Que los dos no somos tres,
Y que el uno no es sodado.

DON PEDRO. La soldadesca en efeto

En todo entra.

HERNANDO. Es, Señor,
Constitución del valor,
Aunque no traiga coleto;
Que no hay, á mi parecer,
Quien hable más en su estado
Que un coletillo picado,
Acabado de comer.
Todo lo rinde y lo mata
Contra los pobres infieles,
Si acaso dió á sus papeles
Sepulcros de hoja de lata.
Pues ¿qué si el que está á su lado
Replica y le da cordel?
En la torre de Babel
No se habló tan revesado
Y tanto sobre comida.
Dios se lo perdone á Flandes :
¡Qué de mentiras tan grandes
Tiene á cargo en esta vida!

DON PEDRO. ¿Que los presentes allí
Les cogistes? ¡Gran valor!

HERNANDO. Entre sus armas, Señor,
Águila rapante fuí.
Mientras los dos, muy valientes,
Defendían la nobleza
De sus amos, con presteza
Agarré los dos presentes.
Y así, que andarán recelo
Ya, después de haber reñido,
Como aquel que divertido
Busca hongos por el suelo.

DON PEDRO. Y ¿que tanto me aborrece
Esa mujer?

HERNANDO. Sí, Señor :
En el no tener amor
Todavía está en sus trece.
Pero la has de ver seguir
Tus pasos de puro amante,
Ó yo he de ser ignorante,
Y en la demanda morir.

DON PEDRO. Y yo ahora ¿qué he de hacer?

HERNANDO. Dejarte jaropear
Con principios de esperar,
De callar y obedecer;
Que en este primer intento
Es el remedio mejor
En calenturas de amor
Jarabes de sufrimiento.

ESCENA XIII

UN CRIADO. — DICHOS.

CRIADO. Don Alonso de Ribera
Dice que te quiere hablar.
DON PEDRO. Entre.
(*Vase el criado.*)
HERNANDO. Aquí he de recetar
Una cosa muy ligera.
Si en doña Juana te incita
Este tu competidor,
Sólo te ordeno, Señor,
Que bebas en la visita.
DON PEDRO. Pues ¿he de beber sin gana ?
HERNANDO. Pide de beber; que yo
Sé el énfasis, y tú no.
Si del mal que en doña Juana
Te aflige quieres curarte,
No hay sino creerme á mí,
Porque has de beber aquí,
Ó no he de poder sanarte.
DON PEDRO. ¿No he de saber para qué
Efeto ?
HERNANDO. Puesto en mi mano,
Eres enfermo cristiano
Que se cura con la fe.
Y en empezando á poner
Argumentos, no te curo.
DON PEDRO. Ahora bien, poco aventuro,
Si está el remedio en beber.

ESCENA XIV

DON ALONSO. — DON PEDRO, HERNANDO.

D. ALONSO. Sabe Dios que no he sabido
Hasta ahora vuestro mal;
Que como amigo leal,
Cuidadoso hubiera sido
El primero en visitaros.

DON PEDRO. De vuestra buena intención
No me deis satisfación,
Ni tenéis que disculparos
Con el darme esa disculpa ;
Que en tan noble proceder,
Que ignorancia pueder haber
Es cierto, pero no culpa.

D. ALONSO. Y ¿cómo os va de salud?

DON PEDRO. Ya, gracias á Dios, mejor.

D. ALONSO. Ansí lo dice el color.
(*Ap.* ¡ Ay de ti y de tu quietud
En sabiendo en tu cuidado
Que soy el favorecido !)

HERNANDO. (*Ap.*) Este por lana ha venido,
Y ha de volver trasquilado.
Pague su intención traidora.

D. ALONSO. Lo que importa es no comer
Demasïado, ni hacer
Desórdenes por ahora.

DON PEDRO. Antes un médico mío,
Que he de beber me porfía
Todas las horas del día.

D. ALONSO. Graduado en algún río
Debe de estar.

HERNANDO. (*Ap.*) Lo que fragua
El médico sabréis luego,
Cuando vos paguéis en fuego
El congetivo del agua.

D. ALONSO. Pediros á solas quiero
Una merced.

DON PEDRO. (*Á Hernando.*) Salte afuera. (*Vase Hernando.*)

ESCENA XV

DON PEDRO, DON ALONSO.

D. ALONSO. De la pasión verdadera
De vuestro amor, cierto espero
Que disculparéis el mío.
Ya sabéis que doña Juana
Ha sido, hasta aquí tirana,
Tan dueña de mi albedrío
Como del vuestro ; pues ya
Un presente ha recebido
De mi mano, en que ha querido
Decirme claro que está
Mi voluntad admitida.
Y pues vos no habéis llegado
Á veros en tal estado,
Mi amor me manda que os pida
Por merced y por favor
Que desta empresa salgáis,
Si acaso el premio esperáis
Debido á tanto valor.

DON PEDRO. Á tan resuelto poder
De su amor, la resistencia
Es sólo tener paciencia. —
¡Hola! dadme de beber.

ESCENA XVI

HERNANDO, *con la salvilla del presente y un bernegal.* — DICHOS.

D. ALONSO. ¡Válgame Dios! ¡Qué curioso
Bernegal! ¿Quién os le ha dado?

DON PEDRO. Una dama le ha enviado
Con un recado amoroso.

HERNANDO. Y más, que envió á decir
La dama que le envió,
Que á ella un galán se le dió ;
Y así es dar y recebir.

Los favores de las damas
Son los emplastos de amor,
Y curan mucho mejor
Que con récipes y dramas.

DON PEDRO. (*Ap. á Hernando.*) ¡ Vive Dios, que ha conocido
Su presente y se ha turbado!
¿Qué has hecho?

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) Haberte vengado
De la intención que ha tenido.
Ya, atribulado en su enojo,
Echa por un lado el ojo,
Y está mirando el arpón.

D. ALONSO. Regalado habréis estado
De sangrías.

DON PEDRO. Ésta sola
Fué la receta española
Que dió fin á mi cuidado.

D. ALONSO. Ella pudo imaginar...
Pero yo... si... ¡cómo... cuándo!...

HERNANDO. (*Ap.*) El hombre se va turbando.
La purga ha empezado á obrar.

DON PEDRO. No parece que tenéis
Tampoco entera salud.

D. ALONSO. (*Ap.*) Con esta nueva inquietud...
Desdichas, ¿qué me queréis?

DON PEDRO. Mortal estáis.

D. ALONSO. Tuve ahora
Un disgusto, y no estoy bueno.

DON PEDRO. (*Ap.*) Amor le ha dado veneno
Por los ojos.

D. ALONSO. (*Ap.*) ¡ Ah traidora!
Quien recibe para dar,
Amor tiene. ¡ Vive Dios,
Que se quieren bien los dos!
Mas yo me sabré vengar.

DON PEDRO. El color habéis perdido,
Volved en vos. Ya sabéis
Cuán seguro me tenéis,
Si en algo estáis ofendido.

D. ALONSO. El tiempo solo os dirá
Mi intención y mi cuidado. (*Vase*

ESCENA XVII

DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO. Ya este lleva su recado.
Confuso y sin juicio va.
DON PEDRO. ¿De qué sirve haber querido
Darle este disgusto aquí?
HERNANDO. Si en el que te daba á ti
Mala intención ha tenido,
¿Qué ley ni razón ordena,
En lo justo ni en lo injusto,
Que te venga á dar disgusto,
Y le excusemos la pena?

ESCENA XVIII

DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN. Entrándoos á visitar,
Bajaba por la escalera
Don Alonso de Ribera...
HERNANDO. Para todos hay pesar. (*Vase.*)
DON JUAN. De suerte, que me asegura
Algún enojo con vos.
(*Ap.* ¡ Desdichados de los dos
En sabiendo mi ventura !)
(*Vuelve Hernando con otra salvilla.*)
HERNANDO. Apenas vió este presente,
Que á mi señor le ha enviado
Una dama, con cuidado
De verle enfermo y doliente,
Cuando sin pulsos quedó,
Y tan mortal, que me admiro.
DON JUAN. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿Qué es esto que miro?
De aquellos pulsos soy yo
El muerto. Á tales venenos,
¿Quién habrá que se resista?
HERNANDO. (*Ap.*) Si no me engaña la vista,
Otro aturdido tenemos.

DON PEDRO. De don Alonso quisiera
Que supierais el disgusto
Ó la intención; que no es justo
El irse de esa manera,
Sin declarar sus extremos.
DON JUAN. (*Ap.*) ¡Que siendo yo el ofendido
Les inquiete el que se ha ido!
Corazón, disimulemos,
Porque en llegando á saber
Que doña Juana le dió
Lo mismo que le dí yo,
Con intención de ofender
Mi rendida voluntad,
En las vidas de los dos
He de vengar, vive Dios,
Esta insufrible maldad.)
Á saber su enojo voy.
(*Ap.* ¡Ah celos! mejor dijera
Á vengarme de una fiera.
¡Sin alma y sin vida estoy!) (*Vase.*)

ESCENA XIX

DON PEDRO, HERNANDO.

HERNANDO. También sale con cosquillas
En el alma: del cuidado
De sus culpas han tomado
Cerveza en las dos salvillas.
DON PEDRO. ¿Y ahora?
HERNANDO. Me has de pagar
La venganza y medicina.
DON PEDRO. La invención es peregrina;
Pero esto ¿en qué ha de parar?
HERNANDO. En salir de todo bien,
Si te confías de mí;
Que quien te ha vengado aquí,
Te sabrá curar también.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, LEONOR.

D.ª JUANA. Ó te conozco muy mal,
Ó no estás como solías;
Que en las intenciones mías
Nunca te he visto neutral.
Yo imagino que te han dado
Alguna hi erba los hombres.
LEONOR. Señora, no me los nombres.
D.ª JUANA. No, Leonor; presto has mudado
De acción y de condición;
Alguna dádiva ha hecho
Pasadizo de tu pecho,
Y ha entrado en tu corazón.
Y en empezando á tener
Mudable la condición,
Y que estés á devoción
De los hombres, te he de hacer
Pedazos la voluntad
Á desabrimientos míos,
Á pesares y á desvíos;
. . . .[1]
Pero es infamia, y ansí
El alma se te mudó.
LEONOR. (*Ap.* Desde que me despreció
Hernando, no estoy en mí.)
¿En qué me hallas culpada?
DOÑA JUANA. En que ya no dices mal
De ningún hombre, y neutral,
Arrepentida y mudada,
Quieres que lea curiosa

1. Aquí falta un verso: por la inconexión que se nota en algunos pasajes de esta escena y otras, no será temeridad suponer que faltan varios trozos en lo demás de la comedia.

Esos cansados billetes,
En que ya indicios prometes
De inclinación amorosa.

LEONOR. Pues ¿en qué pueden dañar
Esos billetes leídos?

DOÑA JUANA. Peligros no prevenidos
Á culpas suelen llegar.
Mira, Leonor, la mujer
Que debe á su inclinación
Recato y estimación,
Supuesto que es el caer
Tan fácil, no ha de esperar
La sombra de algún disgusto;
Antes debe las del gusto
Huir, por no tropezar. —
Rüido abajo he sentido.
Mira si es algún recado
De algún amante cansado
En vísperas de marido;
Y si viene á darme enojos,
Á enfadarme y á cansar,
Dale á entender mi pesar,
Y con la puerta en los ojos.

LEONOR. Tu tío y tu prima son.

ESCENA II

DON LUIS, BEATRIZ. — DICHAS.

DON LUIS. (*Á Beatriz.*) Ya no pueden ser disculpa
Tus lágrimas en la culpa
De tu presente traición.
¿Aprendiste á ser liviana
De tu madre? ¿No te dió,
El tiempo que te asistió,
Cuerda, prudente y cristiana,
Buenos consejos? ¿No has sido
Con mil regalos querida,
Estimada y preferida
Á tus hermanos? ¿Olvido
Cupo en tu imaginación

De que soy tu padre? Di.

D.ª JUANA. ¿Qué es esto, prima?

BEATRIZ. ¡Ay de mí!

DON LUIS. ¡Buena andará mi opinión
Y la tuya en el lugar! —
Ya destos locos mozuelos,
Cuyos amantes desvelos
Se fundan en engañar,
Se ha dejado persuadir.
Sea este papel testigo,
Si no hace fe lo que digo,
En lo que debo sentir.
Que le dé en su casa entrada
Le pide, y agradecido
De verse favorecido,
El que le escribió. ¡Qué honrada
Persuasión! ¡Qué rendimiento
Tan hijo de su flaqueza!
Pues también de mi nobleza
Lo será mi sentimiento.
Y ¡vive Dios, que si fuera
Cada golpe de la espada
De tu amante, fulminada
Exhalación de otra esfera,
Que habías de ver, traidora,
En las venas que me dan
Honroso aliento, un volcán,
Cuya furia abrasadora
Te dejara con rigor
En cadáver convertida,
Y la señal desmentida
En la mancha de mi honor! —
Para que contigo esté
La traigo: viva contigo
La que no pudo conmigo
Asegurarme en mi fe;
Que de ti me satisfago,
Y confío que á los hombres...

D.ª JUANA. Detente, no me los nombres.

DON LUIS. ¿Los aborreces?

D.ª JUANA. Sí hago,
Y tanto, que si estuviera

Fundada en ellos mi vida,
Gustosamente homicida
De mi propia vida fuera. —
Quita, Leonor, ese manto.

DON LUIS. Solo en ti pudiera hallar
Consuelo para un pesar
Que pudo afligirme tanto.
Déte Dios en tu virtud
Lo que mereces por ella.

D.ª JUANA. Yo confío en Dios que en ella
Ha de fundar tu quietud
Beatriz.

DON LUIS. De tu compañía
Y tus consejos lo espero. (*Vase.*)

ESCENA III

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

D.ª JUANA. Sólo de una cosa quiero
Advertirte, prima mía.
La casa donde has quedado,
No es casa, que es fortaleza,
Donde vive la pureza
Del honor muy sin cuidado.
Á la falsa idolatría
De amantes engañadores
Hay por esos corredores
Asestada artillería.
Rabias, enojos, desdenes,
Desprecios y desafueros
Son petardos y pedreros
Del castillo adonde vienes.
Pero para estar aquí,
Pleito homenaje has de hacer
Primero de no creer
Á ningún hombre.

BEATRIZ. ¿ Perdí
La reputación de hoy más
Porque llegué á recibir
Papel ?...

D.ª JUANA. ¿Eso has de decir?
Y aun el honor perderás;
Que como la voluntad
De ti dispone y dispensa,
Los principios de la ofensa
Sólo es la dificultad.

BEATRIZ. Pues en esto, si es delito,
¿Qué hicieras tú?

Dª. JUANA. ¿Yo? No más
De lo que ahora verás
En los que á mí me han escrito.
(*Á Leonor.*) Trae una luz.

LEONOR. Voy por ella. (*Vase.*)

Dª. JUANA. También yo soy pretendida;
Pero tan mal persuadida,
Que antes se verá una estrella
De mortal mano tocada,
Faltar ó retroceder
El sol ardiente, y crecer
Esferas de nieve helada.

(*Vuelve Leonor con una luz.*)

LEONOR. Aquí está lo que has pedido.

D.ª JUANA. Para que sepas mejor
Vencer sirenas de amor
Que engañan por el oído,
Un acto de inquisición
Te lo ha de enseñar ahora.

LEONOR. (*Á doña Beatriz.*) Di que reciba, Señora,
El de don Pedro Girón.

BEATRIZ. Don Pedro Girón ¿te ha escrito?

Dª. JUANA. Este es suyo.

BEATRIZ. Y ¿tu crueldad
Inmensa su voluntad
Castiga como delito?
Muévate la inclinación
El valor de tal empleo.

Dª. JUANA. Hasle visto en el deseo,
Pero no en la posesión.
¿No has visto el mar proceloso
Prometer serenidades,
Y luego con tempestades
Dementirse cauteloso?

Pues ansí los hombres son.
Dame tú que ellos se vean
Al fin de lo que desean;
Que luego la condición
Despolvorea huracanes,
Y entre ofensas y temores,
Todos niegan posêdores
Lo que ofrecieron galanes.
Y ansí los voy castigando
En fe, que, según entiendo,
Sólo obligan pretendiendo,
Beatriz, pero no alcanzando.
El de don Pedro Girón
Se ha de quemar el primero.

ESCENA IV

DON PEDRO, HERNANDO. — DICHAS.

D. PEDRO. (*Ap. á Hernando.*) Déjame, que sólo quiero...
HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) Aquí no hay satisfación
Que tomar ni que pedir,
Sino dejarme curar,
Tener paciencia y callar,
Si no te quieres morir.
D.ª BEATRIZ. Esos por su desventura,
Inquisidora de amor,
Aclaman en tu rigor
La piedad de tu hermosura.
Y claramente se ve
Tu ignorante demasía,
Pues tratas como herejía
Los méritos de su fe.
D.ª JUANA. La pasión más verdadera
Es digna de este castigo,
Y ansí no hay piedad conmigo.
D.ª BEATRIZ. Yo lo creo; pero...
DON PEDRO. (*Á doña Juana*). Espera.
Pues quemas mis pensamientos
En estatua de papel,
Vayan al fuego con él

Mis blasfemos pensamientos;
Y habremos puesto en tu mengua,
Con distintas intenciones,
Tú en el fuego mis renglones,
Y yo en tu crueldad mi lengua.
Tan hecha está mi paciencia
Á los rayos de tus ojos,
Que ese fuego en mis enojos
Me informa de tu clemencia;
Pues con rigor tan estrecho,
Siempre observante en tu fama,
Cada desdén fué una llama
Del infierno de tu pecho.
Abrasa, si te ofendieron,
Mis intentos mal logrados;
Que esos conceptos quemados
De mayor fuego salieron.
Y aunque no se permitió
En los nobles la venganza,
Cuando el daño ó la esperanza
En mujeres se fundó,
Mi voluntad ya rendida
Parte á enojarse indignada;
Que la que hace eso obligada,
Sólo estimará ofendida. (*Vase.*)

D.ª JUANA. Espera.

LEONOR. Detente, Hernando.

HERNANDO. No podré; que ya en su amor
No ha de haber saludador,
Y pienso que va rabiando. (*Vase.*)

ESCENA V

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

LEONOR. (*Ap.*) Como yo de enamorada,
Después que me has despreciado.

BEATRIZ. Y ¡qué! ¿no te da cuidado
Ver un alma así abrasada,
Tan justamente quejosa?

D.ª JUANA. ¿Esto te puede ofender?

Viendo á un hombre padecer,
Me considero gloriosa.
Con tanto imperio me veo
En mi libre condición,
Que ni siento inclinación,
Ni se me altera el deseo.

LEONOR. ¡Ay señora! Don Juan viene.

Dª. JUANA. ¡Hay tan extraña porfía
De amantes! Otra herejía
En lo pertinaz.

ESCENA VI

DON JUAN. — DICHAS.

DON JUAN. (*Ap.* Conviene,
Corazón, que os declaréis
En la intención y el cuidado,
Que una vez desengañado,
Ya no hay gloria que esperéis.)
No vengo como solía
Á pedir y suplicarte
Que hagas del adorarte
Méritos en mi porfía.
Hasta hoy mis ojos rendidos,
En tu suprema beldad
Juzgaron una deidad
Llena de almas y sentidos.
Como libre te admiraba
Mi siempre espíritu inquieto,
Con el temor y el respeto
Tus desdenes adoraba.
Pero ahora que he sabido
Que vive en tu voluntad
Con dueño tu honestidad,
Y regalarle has querido,
Ssbré también castigar
Mi imaginación rendida,
Con más fuerzas en mi vida,
Con más daño en mi pesar.
Á tus ojos volveré,

Por volver por mi opinión,
Lo que á don Pedro Girón
Le diste y yo te envié.
Y pues he perdido en ti
La parte de venturoso,
Quiero en la de valeroso
Satisfacerte por mí.

D.ª JUANA. Espera.

DON JUAN. ¿Qué hay que esperar
De una mujer engañosa,
Que inconstante y cautelosa
Sabe fingir y engañar? (*Vase.*)

D.ª JUANA. ¡Cielos! ¿qué es esto? ¿Que á mí
Se me atreva un hombre ya?
¿No hay quien le mate?

ESCENA VII

DON ALONSO. — DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

D. ALONSO. ¿Quién da
Causa de tratarte ansí?
¿De qué te espantas, tirana
De la quietud de los hombres,
Que ansí es justo que te nombres
Por fácil y por liviana?
Lo mismo que te envié
Por vasallaje, y sangría
De tu enfermedad, ó mía
(Que mía pienso que fué),
Diste á don Pedro Girón,
De que veo claramente
Que de amoroso accidente
Enfermó tu corazón.

D.ª JUANA. Mira bien...

D. ALONSO. Si por mis ojos
He visto en plata y cristal
Lisonjeado su mal
Y ofendidos mis despojos,
Sólo puedes argüir
Tu gusto y tu voluntad;

Pero no en esta verdad
Dudar y contradecir.

D.ª JUANA. Hombre...

D. ALONSO. Dices bien, tirana.
Hombre soy, y lo he de ser
Contra quien supo vencer
Condición tan inhumana.
Contra don Pedro Girón,
Por darte disgusto á ti,
He de oponer desde aquí
Mi valiente corazón.

Dª. JUANA. Si tengo de responder,
En injurias declaradas
No.

D. ALONSO. En culpas comprobadas
No te queda más que hacer. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA JUANA, BEATRIZ, LEONOR.

Dª. JUANA. ¿Qué es esto, Leonor?

LEONOR. Señora;
¡Plega á Dios, si recibí
Sus dos presentes, que aquí
Un rayo me parta ahora!
Que antes había pensado
Que tú debes de haber sido
La que los has recibido,
Y que los has enviado
Á don Pedro.

Dª. JUANA. ¡Vive Dios,
Villana, infame!...

BEATRIZ. Detente.

Dª. JUANA. Aguarda; que juntamente
Os castigaré á las dos.

LEONOR. ¡Señora!...

BEATRIZ. Prima, si lo haces
Por disimular conmigo,
Sólo en mi abono te digo,
Aunque no te satisfaces

De mi amor, que nunca vi
Ningún amante cuidado,
Que no le haya disculpado
Por lo que me toca á mí.
¿No somos también mujeres,
Y en las mujeres también
Natural el querer bien?
Si disimulas y quieres,
¿Quién te guardará mejor
Tus secretos, que quien tiene
Tu sangre?

D.ª JUANA. ¡Cielos! si viene
Envuelto en este rigor
Castigo que vos me dais,
Mirad que en él maltratáis
La honestidad de mi honor. —
Solo el tener sangre mía,
Beatriz, te pudo excusar
La venganza del pesar
Que me has dado. En mí ¿podía
Caber tan vil pensamiento?
Beatriz, ¡yo facilidad
De amor y de voluntad,
Rendido el entendimiento!
De mi sangre me hartara
Si en esa culpa incurriera,
Mi propio ser deshiciera,
Y con mi vida acabara.
Y aun ahora que lo digo,
Que me estoy glorificando
Parece, hiriendo y cebando
En la pena y el castigo.

LEONOR. Más puede, si se enfurece,
El del arco.

BEATRIZ. No, Leonor.
¿Cómo ha de tener amor
La que tanto le aborrece?

LEONOR. Otra sé yo que decía
Lo mismo, y por despreciada,
El no estar enamorada
Le parece ya herejía.

BEATRIZ. Dios le dé lo que desea.

LEONOR. Amén, plega á Jesucristo.
(*Ap*. Después que á Hernando no he visto,
El alma se me marea.)
D.ª JUANA. Aunque más, Leonor, me digas,
Tú en las quejas desta gente
Tienes culpa.
LEONOR. De repente
Mala procesión de hormigas
Vea sobre mí, señora,
Sin que de tullida pueda
Apartallas, si me queda
En el corazón ahora
Más de lo que digo aquí.
Dos presentes te trujeron
Dos criados que vinieron,
Y entrambos los despedí...
— ¡Gracias á Dios, que ha llegado
Hernando! que podrá ser
Testigo, pues llegó á ver
Todo cuanto había pasado.

ESCENA IX

HERNANDO. — DICHAS.

HERNANDO. (*Ap*.) Déme amor su cataplasma;
Porque si el desdén no gasto
Con este segundo emplasto,
Tengo de dejar con asma
El pecho desta cruel;
Y sin el favor de Tíbar
Le he de volver, siendo acíbar,
En aguachirle de miel.
LEONOR. Hernando, ¿recibí yo
Dos presentes que traían
Dos criados que venían
De dos pretendientes?
HERNANDO. No.
Testigo soy de *oculórum*:
Y quedando en competencia
Les vi por una pendencia

Muy cerca de *mortuórum.*

D.ª JUANA. No estaré en mí hasta sacar
Del pecho de algún villano
El corazón con la mano.

HERNANDO. Serviréte en amolar
El cuchillo, y lo tendré,
Guardándote las espaldas
En tanto que tú te enfaldas;
Que ya tus intentos sé.
Y aunque á don Pedro he servido,
De tu parte me he de hacer;
Que en efeto eres mujer,
Y yo airoso y bien nacido.
El un ojo apostaría
Que algún enredo ha inventado,
Porque como le ha faltado
El amor que te tenía,
Mil faltas anda diciendo
De ti, tan públicamente,
Que se anda toda la gente
Unos con otros riendo.

D.ª JUANA. ¿Qué dice?

HERNANDO. Dice que tienes
Un ojo mayor que el otro.
Este he visto, venga esotro.

D.ª JUANA. Loco imagino que vienes.

LEONOR. (*Ap.*) Ó tengo el ingenio yo
Desencuadernado ya,
Ó éste es bellaco, y le da
Con lo mismo que me dió.

D.ª JUANA. Prima, ¿tengo yo los ojos
Desiguales?

BEATRIZ. ¡Desiguales!
Dos luceros celestiales
Parecen en sus despojos.

HERNANDO. Si otras cosas te dijera
Que dice, no te quedara
En dos días tanta cara.
Pues lo de la cabellera
Postiza y dientes atados,
De manera lo he sentido,
Que te miro de corrido

Con los dos ojos cerrados.
Pues ¡ver con el alegría
Que se lo dice á la dama
Con que se huelga y te infama!

BEATRIZ. ¿Hay tan gran bellaquería?

LEONOR. ¿Hay tal maldad? No creyera
De un hombre que te adoró
Tan grandes infamias yo,
Si el mundo me le dijera,

D.ª JUANA. Y ¿es hermosa esa mujer?

HERNANDO. Es airosa y bien prendida.
(*Ap.* Carne viva hay en la herida;
Que le ha empezado á escocer.)

D.ª JUANA. Y ¿quiérela más que á mí
Me quiso?

HERNANDO. Absorto la mira,
Y dice que fué mentira
Cuanto ha querido hasta aquí.
Porque le cogí un billete,
Con un suspiro que dió
Seis bujías apagó
Que estaban en un bufete.

D.ª JUANA, ¿Qué dices?

HERNANDO. Dios me destruya
Si no es tanta su afición,
Que trae sobre el corazón
Una zapatilla suya.
Y si el frenesí le toca,
Y á ser en la calle acierta,
Se mete tras una puerta
Y se la zampa en la boca.

D.ª JUANA. ¡Jesús!

HERNANDO. Tan grande es su ardor,
Que me llegué por un lado,
Diciendo disimulado:
« Y ¿ doña Juana, Señor ? »
Y sin responderme nada,
Enojado me miró,
Y al sesgo me sacudió
La más cruel bofetada
Que se ha visto dibujar
Sobre carrillos cristianos.

D.ª JUANA. ¿Qué dices, prima?
BEATRIZ. Tiranos
Son los hombres, no hay dudar.
D.ª JUANA. ¿Qué te parece que haga?
BEATRIZ. Que le escribas un papel,
Y que le digas en él
Tus enojos, y que te haga
Merced de no te ofender
En público ni en secreto,
Siquiera por el respeto
Que se le debe á tu ser.
D.ª JUANA. Bien dices. (*Á Hernando.*) Espera aquí.
¡Válgame Dios! ¿Dónde voy?
El camino erré. Ó estoy
Sin alma, ó fuera de mí. (*Vase.*)

ESCENA X

BEATRIZ, LEONOR, HERNANDO.

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*)
Señora, ya que las dos
Nacimos con voluntad,
Hagamos por caridad
Alianza.
HERNANDO. (*Ap.*) ¡Vive Dios
Que va á escribirle! y que en suma,
Cruel, tibia, ó desabrida,
Que está la carne manida
Cuando se gasta la pluma.
BEATRIZ. Leonor mía, tuya soy.
Dime á quién quieres, seré
Tu tercera.
LEONOR. Sí diré;
Que tan cerca dél estoy,
Que no estoy dos pasos dél.
Porque claramente un día
Dijo que me aborrecía,
Me estoy muriendo por él.
BEATRIZ. ¿Es Hernando?
LEONOR. Sí, Señora.

BEATRIZ. Pues él ¿no será dichoso
En llegar á ser tu esposo?
Yo he de decírselo ahora.—
¡Ah, galán!
HERNANDO. (*Ap.*) Esto es á mí.
LEONOR. Ce, ¿á quién digo? ¡Ah, caballero!
HERNANDO. (*Ap.*) Que me dé la vena espero.
BEATRIZ. ¡Ah, soldado!
HERNANDO. Ahora sí.
LEONOR. Mucho estima el ser soldado.
HERNANDO. Soy, perdonen mis sentidos,
Sordo en otros apellidos.
BEATRIZ. (*Ap.*) ¡Qué gran bellaco!
LEONOR. (*Ap.*) ¡Taimado!
BEATRIZ. ¿Sabes que Leonor te estima?
HERNANDO. Pues ¿qué importará, en rigor,
Si yo no estimo á Leonor?
Poco aprovecha la prima
Templada en el instrumento
De la conyugal unión,
Si no le afina el bordón.
BEATRIZ. Dios obra en el casamiento.
HERNANDO. Ese ya es el bordoncillo
Con que todas las mujeres
Aseguran sus placeres;
Y hele cobrado al cuquillo
Un temor desatinado,
Y atolondrarme no es justo,
Pudiendo tener el gusto,
Y que otro tenga el cuidado.
LEONOR. Mal conoces mi valor.
Con el Rey no te ofendiera.
HERNANDO. Como el de los naipes fuera,
Yo lo creo, mi Leonor.
LEONOR. Yo soy mujer tan honrada
Como cuantas Dios crió.
HERNANDO. ¿Qué importa, si tengo yo
Una falta endemoniada?
Preciábame de alentado,
Y sobre apuesta, hice en Flandes
Dos ó tres fuerzas muy grandes,
Y volví á España quebrado.

LEONOR. Quebrado te quiero yo.
HERNANDO. Por ahora podrá ser;
Pero echaráslo de ver
Después, y dirás que no.
Y fuera poco saber
De quien su quietud desea
Cortar para ti tarea,
Cuando no puede coser.
Y mujer que tuvo amores
No es buena para casada;
Que de la vida pasada
Le quedan los borradores.

ESCENA XI

DOÑA JUANA. — DICHOS.

D.ª JUANA. Este es el papel, Hernando.
Di que quisiera enviar
En sus letras rejalgar,
Porque muriera rabiando.
Que es un tirano, un traidor,
Un ingrato fementido,
Cruel, descortés, fingido,
Sin Dios, sin fe, sin honor.
Y que se guarde de mí,
Que soy mujer agraviada,
Resuelta y determinada,
Un rayo.
HERNANDO. Dirélo ansí.
D.ª JUANA. Y que si acaso se fía
En su sangre, en su grandeza,
Que advierta que á su nobleza
Nada le debe la mía.
Y que si desvanecido,
Porque en otra parte quiere,
Defetos en mí pusiere,
Engañoso y presumido
En su loca estimación,
Que podrá ser que se pierda;
Que fácil podrá una Cerda

Atravesar un Girón.

HERNANDO. En sabiendo que te he visto
Y que el billete le llevo,
Me ha de poner como nuevo;
Que para mí, vive Cristo,
Que es una tigre cruel,
Después que tiene otro amor.

D.ª JUANA. Toma tu manto, Leonor,
Y llévale tú con él. (*Vase.*)

LEONOR. (*Ap. á Beatriz.*) Ahora encajaba aquí
Lindamente una coleta,
Que voy con él.

BEATRIZ. (*Ap.* ¡Qué discreta
Es la voluntad!) (*Á Hernando.*) Por mí,
¿No habrá un poquito de fe
Con Leonor? (*Vase.*)

ESCENA XII

HERNANDO, LEONOR.

HERNANDO. Á pensar vengo
Que si por mí no la tengo,
Que por nadie la tendré;
Y basta decir aquí,
Que ya de ninguna suerte
Me puedo mandar.

LEONOR. Advierte
Que te quiero más que á mí,
Aunque todo el año entero
Nos andemos, á mandar
Tú en casa, y yo á remendar
Tu vestido y tu braguero.

HERNANDO. No, Leonor; que en esta vida
Menos me tendrá afligido
Un braguero descosido,
Que una mujer muy rompida. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Pedro.

ESCENA XIII

DON PEDRO.

¡En buen laberinto estoy
Metido! Los pretendientes
De doña Juana, impacientes
Piensan que el dichoso soy,
Y escriben que si no doy
Los presentes que me han dado,
Me dé por desafiado.
¿Cuándo un hombre habrá reñido
Porque piensen que es querido,
Cuando muere despreciado?
¡Nunca de Flandes volviera
Hernando para matarme!
¡Nunca para aconsejarme
El cielo aliento le diera!
¡Nunca á mi casa viniera!...
Aunque yo solo culpante
En las locuras de amante,
¿De quién me puedo quejar,
Si me dejé aconsejar
De un hombre tan ignorante?

ESCENA XIV

HERNANDO. — DON PEDRO.

HERNANDO. ¿Qué hay? ¿Hay revolución?
¿No están los cielos serenos?
¿Hay relámpagos y truenos?
DON PEDRO. No hay sino mi perdición:
Una esperanza burlada,
Una intención no entendida,
Una mujer ofendida,
Y una alma en penas criada.
¡Que me creyese de ti!

HERNANDO. ¡Soy ignorantico yo!
Mal hizo quien me crió,
Si me han de tratar ansí!
¡Para el puto que tuviera
El negocio en mal estado!
El morir descuartizado
Pienso que lo menos fuera
En tu deseo.

DON PEDRO. ¡Ay, Hernando!
¿Cómo has de poder hacer
Que me quiera una mujer
Que maltraté, desechando
Los despojos de su honor?

HERNANDO. El énfasis está ahí.
Solo en el tratarla ansí
Está el remedio, Señor.
Concierto fué de los dos
Que, si yo á Leonor rindiese,
Tu voluntad mereciese.

DON PEDRO. Es verdad.

HERNANDO. Pues ¡vive Dios,
Que has de verla ahora aquí
(Para ti cosa bien nueva)
Más madura que una breva,
Y enamorada de mí!
Saca la daga, fingiendo
Que estás conmigo enojado.

DON PEDRO. ¿Para qué?

HERNANDO. Ya estás cansado.
Sácala, que yo me entiendo,
Y después, Señor, sabrás
La tela que tengo urdida. —
(*Á voces.*) ¡Ay! ¡que me quitan la vida!
— Saca presto.

DON PEDRO. Loco estás.

HERNANDO. Saca, digo. — ¡Ay, que me mata!
¿No hay quien me ampare?

ESCENA XV.

LEONOR, *con un papel.* — DICHOS.

LEONOR. Detén,
Señor, que le quiero bien.
HERNANDO. (*Ap.*) Logróse la patarata.
DON PEDRO. ¿ Bien le quieres ?
LEONOR. Sí, Señor,
Y con saber que por él
Me estoy muriendo, es cruel,
Y me trata con rigor.
HERNANDO. ¿ Cómo te puedo tratar,
Si porque aquí nombré yo
Á tu ama, se enojó,
Y me ha querido matar ?
LEONOR. ¿ Posible es que dese modo
La has aborrecido, di ?
HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) En no diciendo que sí,
Das en la calle con todo.
Finge que estás enojado.
DON PEDRO. (*Ap.* Muriéndome estoy.) Leonor,
Ha sido grande el rigor,
Y mucho lo que he pasado.
LEONOR. Este billete te envía.
Enojada lo escribió;
Pero discúlpola yo,
Y su hermosura podía
Ser disculpa en sus cuidados;
Que bien sabes que es quimera
Eso de la cabellera
Y de los dientes atados.
HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) Concede con lo que ha dicho;
Que hay dientes y cabellera
En la maraña.
DON PEDRO. Quisiera
Saber cómo.
HERNANDO. En el capricho
Entran esos adherentes.
LEONOR. Ella, Señor, es sentida,
Y ha de acabar con su vida

Lo del cabello y los dientes.
HERNANDO. (*Ap á su amo.*) Recibe el papel, y di
Que porque ella le ha traído
Le recibes, ofendido.
DON PEDRO. (*Ap.* Dios me saque en paz de aquí.)
Si otra el papel me trujera,
Quizá no hallara en mis manos
Propósitos tan humanos,
Y sabe Dios lo que hiciera.
LEONOR. Pues si algún día, Señor,
Te cansares de tu dama,
Y se volviere á mi ama
Arrepentido tu amor,
Me ofrezco á ser tu tercera;
Y por si acaso volvieres,
Haz, en tanto que otra quieres,
Que Hernando, Señor, me quiera.
DON PEDRO. Yo sé que Hernando por ti
Mudara de condición.
LEONOR. ¡ Miren cuál está el Nerón !
Rayos echa contra mí. (*Vase.*

ESCENA XVI

DON PEDRO, HERNANDO.

D. PEDRO. ¿Qué es lo que has hecho?
HERNANDO. Hacer
Lo que el Galeno de amor
En el récipe mejor
Me pudo dar á entender.
D. PEDRO. Ya por la experiencia veo
Parte de tu medicina,
Tan rara y tan peregrina,
Que parece que te creo.
HERNANDO. Despacio te contaré
El camino que he tomado;
Que ahora voy con cuidado
Á lo que después diré.
D. PEDRO. El papel quiero leer.
HERNANDO. Cerrado se ha de quedar:

Todo es en el descansar
Con deshonrar y ofender;
Y le he menester cerrado;
Que hay gran máquina aprestada,
Y aun guerra, y este billete
Servirá de pistolete
En la postrer rocïada.

D. PEDRO. ¿Podré yo satisfacella
En algo?

HERNANDO. ¡Jesús mil veces!
Forzosamente pereces;
Para siempre has de perdella.

D. PEDRO. Ya, como el negocio está,
Ignorantísimo fuera
Si de tu orden saliera.

HERNANDO. No menos, Señor, te va
Que ver logrado tu amor;
Que la has de ver, fía en mí,
Con más zarpas tras de ti
Que gualdrapa de dotor.

ACTO TERCERO

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA.

¡Qué es esto, imaginación!
¿Por qué causa te desvelas,
Y en mi propio ser anhelas
Ahora jurisdición?
Dueño soy de mi intención,
Y soy la misma que fuí,
Y quiero poner aquí
Límites á mi deseo;
Contra mí misma peleo,
Defiéndame Dios de mí.

¿Que quiera yo no pensar,
Y que me falte el poder?
¿Qué quietud puedo tener
Sin dejar de imaginar?
¡Qué me pudiera olvidar
Tan presto un hombre! ¡Ah traidor!
Engañoso fué tu amor.
¿Qué es esto? Estoy reprobando
El pensar, y estoy pensando.
¡Incurable es mi dolor!
No quiero admirarme yo
De que á su dama dijera
Que tengo yo cabellera
Y dientes atados, no;
Pero ¿que tan presto halló
Mujer tan á su medida?
¿Que tan del todo se olvida
Quien tanto supo querer?
Aquí es donde he de perder
La paciencia con la vida.

ESCENA II

LEONOR. — DOÑA JUANA.

LEONOR. Señora, tu prima está...
D.ª JUANA. (*Sin oir á Leonor.*) ¿No soy la misma que fuí?
LEONOR. Señora...
D.ª JUANA. ¿Qué ha visto en mí,
Que tan presto pudo ya
Trasladar tanta firmeza
En sujeto diferente?
LEONOR. (*Ap.*) ¡Ay, señores, que lo siente!
D.ª JUANA. Aquella naturaleza
¿Se mudó con tal rigor?
LEONOR. (*Ap.*) En éxtasis está ya.
Carruaje hay por acá
También, que embarga el amor.
D.ª JUANA. (*Ap.* Leonor pienso que me ha visto
Divertida : importará
Desvelarla, claro está.

¡Qué mal mi dolor resisto!
¡Yo con recato y deseo!)
¿Qué hace mi prima?

LEONOR. Ahora
Me pidió un libro, Señora,
De comedias.

D.ª JUANA. Yo lo creo.
En libros más virtuosos
Fuera más justo leer
La que ha llegado á saber
Tantos lances amorosos.
¿Pensáis que no os escuché
Hablar anoche á la una
Por la ventana? Ninguna
Imagine que no sé
Sus pasos y sus secretos.
Pero yo soy de opinión
Que sobre seguro son
Los castigos más discretos.
Llama á mi prima. (*Vase Leonor.*)

ESCENA III

DOÑA JUANA.

¡Ay de mí!
Que no parece que ya
Tan entera el alma está
Como se mostró hasta aquí.
Mas ¿qué es esto? ¿Ha de faltar
En mi pecho mi valor?
Mueran los gustos de amor
Á manos de mi pesar.

ESCENA IV

BEATRIZ. — DOÑA JUANA.

BEATRIZ. ¿Qué me quieres?

D.ª JUANA. Que no quieras:

Que ya he visto claramente,
Prima, que el nuevo accidente
Dura en tus vanas quimeras.
Á mi tío escribí ya
Que alguna noche, que ocioso
Esté, ronde cuidadoso
La calle; que lo que está
Á mi cargo es solo el
Mirar por mi casa yo.

BEATRIZ. ¡Qué poco que te debió
Mi sangre, si tan cruel,
Tan mi enemiga eres ya,
Que á mi padre le escribías
Claramente culpas mías!

D.ª JUANA. Y ¿quién, dime, me dirá
Que porque te quiero buena,
Te trato como enemiga?

BEATRIZ. La que sin tiempo castiga,
Deseando está la pena.

D.ª JUANA. Muy bien sabes argüir.

BEATRIZ. De tu escuela habré sacado,
Por lo que á mí me has culpado,
Lo que yo debo sentir.
(*Ap.* Amor, venganza te pido,
No pueda esta escrupulosa
Bizarrear tan airosa,
Habiéndote á ti ofendido.) (*Vase.*)

ESCENA V

HERNANDO. — DOÑA JUANA.

HERNANDO. Por Dios, hoy, Señora mía,
Aunque llegue á perecer
Á sus manos, que has de ver
Lo que á su dama le envía.
Esta joya de diamantes
Le llevo, y otra le dió
Que para afrenta nació
De las estrellas brillantes.
Enviándola á apreciar,

Declararon los plateros
Que no tiene el Rey dineros
Para podella comprar.

D.ª JUANA. Pues ¿cuánto, dime, valdría?

HERNANDO. Los plateros que la vieron,
Cinco ciudades dijeron
De las que hay en Berbería.

D.ª JUANA. ¿Cómo está mi nombre aquí?

HERNANDO. Suelta el papel, por tu vida.

D.ª JUANA. Muestra, ó perdarás la vida.

HERNANDO. ¡Hay tal desdicha! ¡Ay de mí!

D.ª JUANA. Seis nombres hay á una parte,
Y seis á otra. ¿Qué es esto?
Dime lo que es, y sea presto.

HERNANDO. Temo, Señora, enojarte.
Á mi amo le escribió
Su dama que le escribiera
Doce damas, y esto fuera
Según ella lo ordenó:
Seis de las que deben ser
Muy justamente queridas,
Y otras seis aborrecidas.

D.ª JUANA. Y ¿de cuáles vengo á ser?

HERNANDO. Las aborrecidas son
Esas donde estás escrita.

D.ª JUANA. Es un traidor.

HERNANDO. Sodomita.
Y sodomita sayón.
No tienes sangre en el ojo,
Si no rompes el papel
Y te le comes; que en él
Se podrá vengar tu enojo
En las tripas más de espacio:
Y la joya envolveré
En otro papel que esté
Más bruñido y menos lacio.

D.ª JUANA. ¡Válgame Dios! Muestra á ver.
El papel que le escribí
¿No es ese?

HERNANDO. Señora, sí;
Que no le quiso leer,
Y ansí me le dió cerrado.—

¡Que fuese tal mi torpeza!
Desdichado del que empieza
Á estar una vez turbado.
¡Válgate el diablo el papel!
Que tengo en la faltriquera
Pienso que una resma entera,
Y que hube de dar con él.
Cuando ello de Dios está...
(*Ap.* ¡Oigan, y cuál se ha quedado
De difunto embalsamado!)

D.ª JUANA. (*Ap.* ¡Cielos! que reviento ya!
Salgan pedazos de vida
Del corazón á buscar
Nuevos modos de vengar
Un alma tan ofendida.)
¿No soy la misma que fuí,
Cuando aquel hombre adoraba
Las piedras que yo pisaba?
¿Qué defetos halla en mí,
Que me aborrece y desprecia?

HERNANDO. (*Ap.*) Ya da voces y se abrasa:
La calentura está en casa,
Y debe de ser muy recia.

D.ª JUANA. Muriéndome estoy, Hernando.

HERNANDO. Muy poquito menos creo,
Porque según lo que veo.
Parece que estás penando.

D.ª JUANA. ¿Podréme fiar de ti?

HERNANDO. ¡Así, plega á Dios, hallara,
Señora, quien me fiara
En una mohatra á mí!

D.ª JUANA. Toma pues, y excusarás
El sacarla y el pedir
Que te fíen.

HERNANDO. El vivir
De un cuervo, y cien años más,
Plega á Jesucristo, amén,
Que vivas, porque te llamen,
Te apelliden y te aclamen
La dama Matusalén.
(*Ap.* Ya es cosecha desde aquí
Lo que hasta aquí fué sembrar;

Que mujer que empieza á dar,
También va dando de sí.)

D.ª JUANA. Yo he de ver esa mujer.

HERNANDO. Si no es cuando va mi amo
Á verla (que es el reclamo
Á que suele responder),
Es imposible.

D.ª JUANA. Yo iré,
Si es que alguna noche va,
Tras él.

HERNANDO. Difícil será;
Mas yo te acompañaré.

D.ª JUANA. Yo, Hernando, solo te encargo
El secreto, por mi honor;
Que esto es rabia, no es amor.

HERNANDO. Ansí, un poquito á lo largo.
Cuando en tercianas procura
Ser el calor verdadero,
Esperezos hay primero
Que venga la calentura.

D.ª JUANA. En un pozo me echaré...

HERNANDO. (*Ap.*) Yo lo creo, de barriga.

D.ª JUANA. ¿Qué dices?

HERNANDO. Que nadie diga:
De este agua no beberé.

D.ª JUANA. Hernando, mira que soy
Mujer y estoy afligida,
No por no verme querida,
Sino despreciada.

HERNANDO. Estoy
Por, si no fuera barbado,
Llorar en esta cautela
Como un muchacho de escuela
Que está ya desatacado.

D.ª JUANA. ¿Qué noche te he esperar?

HERNANDO. Yo avisaré la que fuere
Á propósito... (*Ap.* Y lloviere,
Porque se pueda enlodar.)

D.ª JUANA. Tu esperanza vive en mí.
No nos vean á los dos
Juntos tanto tiempo. Adiós. (*Vase.*)

HERNANDO. Á Dios... ¡Gracias, que vencí!

ESCENA VI

LEONOR, BEATRIZ. — HERNANDO.

LEONOR. Lindamente lo has parlado.
BEATRIZ. Para estar aborrecido,
Por ser hombre, mucho ha sido.
HERNANDO. Soy altar privilegiado.
LEONOR. Para mí tenéis vos manos,
Os pudiera yo decir,
Pues suspisteis reducir
Mis pensamientos tiranos.
¿Por qué no pruebas tus fuerzas
Para hacer que tenga amor
La del eterno rigor?
No hayas miedo que la tuerzas.
BEATRIZ. ¿Torcer? Si resucitara
Su padre, no le tuviera
Amor, antes le pidiera
Qúe al sepulcro se tornara.
HERNANDO. ¡Válgame Dios! ¿Es posible?
BEATRIZ. Pues tú solamente eres
Peregrino, en las mujeres
Na ha nacido tan terrible
Monstruo de crueldad.
HERNANDO. Ya sé
Que no se enamorará.
BEATRIZ. ¿Por qué?
HERNANDO. Porque ya lo está.
LEONOR. ¿Qué dices, hombre?
HERNANDO. No fué
La que en Teruel se arrojó
Tan pegajosa y suave,
Con solamente un jarabe
Que en la vanidad tomó.
Que me des los pies te pido.
LEONOR. Si verdad fuera, te diera,
Aunque en camisa me viera,
Cuanto tengo aquí vestido.
HERNANDO. Bien te puedes desnudar;
Que yo sé que algún mirón

Deseara la ocasión.
Tras mi amo se ha de andar
La noche que quiera yo.

BEATRIZ. Sea esta.

HERNANDO. Ha de llover;
Que á su casa ha de volver
Como jamás no se vió
Carro de Riche en febrero.

LEONOR. Señora, estoy por saltar
De contento, y reventar
De risa. ¡Que tal espero!

BEATRIZ. Todo hoy está lloviznando.

HERNANDO. Pues que ha de ser ésta entiendo.

BEATRIZ. Lo del lodo te encomiendo.

LEONOR. Por amor de Dios, Hernando.

HERNANDO. Idos; que ha de sospechar,
Si os ve aquí, que lo sabéis.
Esta noche os vengaréis.

BEATRIZ. Bien dices. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA VII

DON PEDRO, HERNANDO.

DON PEDRO. ¿Hete de hallar?
Todo el día ando tras ti.

HERNANDO. No me espanto de eso, no;
Que ando en los negocios yo
De la herencia del Sofí.
Ya la fuerza se ha rendido.
Esta noche ha de seguirte.

DON PEDRO. Déjame sólo decirte
Que es mucho para creído.
Hernando, si yo la veo
Sólo por mi causa dar
Un paso, me han de acabar
Mis gustos y mi deseo.
Algún ángel te sacó

De Flandes, pues has vencido
Lo que en pecho endurecido
Jamás pude vencer yo.
En la obligación postrera
De mi esperanza perdida,
Te debo toda la vida,
Y he de ofrecértela entera.
Mi vida, mi honor, mi ser
Y cuanto tengo en el mundo,
Ya como dueño segundo
Te deben obedecer.

HERNANDO. Ésta es tu joya, aquí está.

DON PEDRO. Tómala tú; que no quiero,
Si fué el remedio postrero,
Que vuelva á mis manos ya.
¿Podré yo, Hernando, siquiera
No más de un momento hablarla
Aquí ya sin despreciarla?

HERNANDO. No, Señor. Eso quisiera.

DON PEDRO. No puedo más.

HERNANDO. Eso es bueno
Para un hombre condenado,
Á quien los suyos le han dado
Secretamente veneno,
Y para el que está metido
Por la Sala en la capilla,
De la vulgar campanilla
Clamoreado y pedido;
Pero no para un cristiano
Libre y con entendimiento.
¿Quieres que por un momento
Se haya trabajado en vano?
Por Dios, que vienen aquí
Sus pretendientes, Señor.

DON PEDRO. Hallarán en mi valor
Lo que halló mi dicha en ti.
Aquí no tienes que hacer;
Bien te puedes retirar.
Consegue tú el alcanzar,
Consiguiré defender.

HERNANDO. ¿Qué es retirar? ¡Vive Cristo,
Que es, Señor, cada estocada

De mi contrario tirada,
Para mi cólera un pisto!
En Flandes no lo hice yo,
Aunque el archiduque Alberto
Daba voces en desierto,
Tanto, que se enronqueció.

ESCENA VIII

DON JUAN, DON ALONSO. — DICHOS.

D. ALONSO. Señor don Pedro Girón,
Los que son tan caballeros...

DON PEDRO. En las leyes y en los fueros
¿Qué debo á mi obligación?
¿Por qué tenemos que hablar?
Si es porque no he respondido
Á dos papeles, no ha sido
Culpa, sino castigar
El haber imaginado
Que si favores tuviera
De doña Juana, los diera,
Ni aun al Cid resucitado.
Á los hombres que han nacido
Con mi corazón, no es bien
Pedirle nadie que den
Las prendas que han recebido.
Yo sé dar; mas no volver:
Y ¡ojalá que á Dios pluguiera
Que en recebir estuviera
El saberlo defender!
Pero si ya en el valor
Parece que andan sobradas
Las razones, las espadas...

ESCENA IX

DON LUIS. — DICHOS.

DON LUIS. ¿Qué es esto?

DON PEDRO. Nada, Señor.

D. ALONSO. (*Á don Pedro.*) Yo os buscaré.
DON JUAN. Yo también.
DON PEDRO. Entonces acabaremos
Lo que comenzado habemos
Los tres.
(*Vanse don Pedro, don Juan, don Alonso y Hernando.*)

ESCENA X

DON LUIS.

Por cierto, ¡ muy bien !
¡ Pendencia aquí, y yo avisado
Que ronde la calle ! ¡ Cielos !
¿ En una hija desvelos
Para mi edad habéis dado ?
¿ Que no te pudo templar
La conocida virtud
De tu prima en tu inquietud ?
Ya es de noche : voyme á armar,
Porque ansí podré saber
Si quien me puede ofender,
Me puede también matar. (*Vase.*)

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA XI

BEATRIZ, LEONOR.

LEONOR. Quedito, Señora, saca
De matachín pie y pierna.
BEATRIZ. ¿ Cómo ?
LEONOR. Hernando, con linterna
Y con zapato de vaca,
En secreto está aguardando
Más ha de un hora cabal,
Y ella, si no miré mal,
Pienso que se está enfaldando.

BEATRIZ. ¿Comó podremos saber
Si trata de salir fuera?

LEONOR. Yo lo sabré : aquí me espera;
Pero no te has de mover.
Si me hicieran reina ahora
Sólo porque no acechara,
Pienso que no lo tomara. (*Vase*)

BEATRIZ. Valiente amor, nadie ignora
Que se fundan tus razones,
Según tu poder contemplo,
En entapizar tu templo
De rendidos corazones.
Contra quien más tu poder
Resiste, más te previenes,
Porque de Dios al fin tienes
Lo absoluto del poder. (*Vuelve Leonor.*)

LEONOR. Chinelita baja.

BEATRIZ. Espera,
Á ver si sale.

LEONOR. Eso hago,
Porque no me satisfago
Hasta verla en la escalera. (*Vase.*)

BEATRIZ. Ruego á Dios que despreciada
Vuelva del que va á buscar,
Porque no llegue á probar
Los gustos de enamorada. (*Vuelve Leonor.*)

LEONOR. Flux hizo para conmigo
Doña Juana mi señora;
Como un rayo sale ahora
Por la puerta del postigo.
Ya no tiene que reñir :
Privilegio nos ha dado,
Con haberse enamorado,
Para podernos reir.
¿Qué se ha hecho tu galán,
Señora, que no le veo?

BEATRIZ. Fuése al Brasil, y el deseo
Y el alma penando están.

LEONOR. Ya en su castillo no hay fueros.

BEATRIZ. Sí, que amorosas pasiones
Han clavado los fogones
Á petardos y á pedreros.

LEONOR. ¿Qué habemos de hacer?
BEATRIZ. Bajar
Al postigo, y aguardarla,
Para sólo avergonzarla
Con mirarla y con callar.
LEONOR. ¡Vitoria por el amor!
BEATRIZ. Como es ciego dióle palo.
LEONOR. Desde hoy puede ser Gonzalo
Enamorador mayor. (*Vanse.*)

Calle. — Es de noche.

ESCENA XII

DON LUIS, *armado.*

¿Que aun ansí tratan flaquezas
Mis años tan sin respeto?
¿Todavía estoy sujeto
Á femeniles ternezas?
Pensará viéndome así
La muerte que ya la he visto,
Y que armado la resisto.

ESCENA XIII

DOÑA JUANA, *disfrazada,* Y HERNANDO, *rebozado, con linterna.* — DON LUIS.

HERNANDO. (*Ap. á doña Juana.*)
Quedo; que un hombre está aquí.
D.ª JUANA. (*Ap. á Hernando.*) Si algo pregunta que soy
Doña Beatriz de la Cerda
Le dirás, para que pierda
Los indicios que le doy.
Y si es justicia, dirás
Que va en casa de su padre.
HERNANDO. (*Ap. á doña Juana.*)
No hay disculpa que no cuadre,

Bien dicha. Salir podrás.

DON LUIS. ¿Quién va?

HERNANDO. Cuanto puede ser.

DON LUIS. ¿Quién es?

HERNANDO. ¡Qué pregunta en vano!
Partido el género humano,
Un hombre y una mujer.

DON LUIS. ¿Quién es la mujer?

HERNANDO. Señor,
Doña Beatriz de la... (*Ap. á doña Juana.* ¿Qué?)

D.ª JUANA. De la Cerda. (*Ap. á Hernando.*)

HERNANDO. (*Ap.* Ya lo sé.)
De la Cerda.

DON LUIS. (*Ap.*) ¡Ay de mi honor!

HERNANDO. ¿Podrémonos escurrir?

DON LUIS. ¿Dónde la lleváis?

HERNANDO. Á ver
Á su padre.

DON LUIS. (*Ap.*) Hasta saber
La verdad, la he de seguir;
Y si, sin pedir licencia
Á su prima, va á buscar
Su amante, la he de matar.
Sufrid y tened paciencia,
Corazón.

HERNANDO. ¿Tenemos ya
Pasaporte?

DON LUIS. Sí.

HERNANDO. Pues vamos;
Que despachados estamos.

DON LUIS. (*Ap.*) Tu muerte en tus pasos va. (*Vanse.*)

Otra calle.

ESCENA XIV

DON JUAN, DON ALONSO.

D. ALONSO. Por aquí suele venir,
Y podremos acabar

Lo ya empezado á tratar,
Desta suerte.

DON JUAN. En recibir
Presentes es valeroso;
Séalo en reñir también,
Porque dos veces le den
Título de venturoso.

D. ALONSO. Á mí me habéis de dejar,
Si viene solo.

DON JUAN. Eso no.
Con él he de reñir yo,
Y vos me habéis de mirar.

D. ALONSO. Al que de nosotros tiene
Más antigua competencia
Le toca aquesta pendencia.

DON JUAN. Quedo; que pienso que viene.

ESCENA XV

DON PEDRO, HERNANDO. — DICHOS.

DON PEDRO. Mira que vendrá cansada.

HERNANDO. Venga, y déjala cansar,
Por lo que te hizo andar
Con el alma aperreada.

DON PEDRO. Basta, Hernando, no riamos,
Mira que es escuro y llueve.

HERNANDO. Mujer que ha sido de nieve,
Ansí la derretirás.

DON PEDRO. ¿Quieres apostar, Hernando,
Que se ha de volver á ir?

HERNANDO. Mujer que empieza á seguir,
Derrengada y cojeando
Se irá tras un hombre á Flandes.

DON PEDRO. Mucha fuera tu impiedad,
Que es mucha la oscuridad.

HERNANDO. Y tus ignorancias grandes.
En llegando á conocer
Por las centellas el fuego,
Te ha de descubrir el juego,
Y has de venirla á perder.

DON PEDRO. Pues alúmbrala siquiera;
Que estamos lejos los dos.
HERNANDO. Zarpa ha de haber, vive Dios.
(*Mata la linterna.*)
DON PEDRO. No tienes amor.
HERNANDO. Quisiera
Ponerle ceniza en lodo,
Porque conozca que es barro
El presumir más bizarro
De las mujeres en todo.
Ahóguese, aunque es mancilla
Ver una mujer ansí.
¡Ah! ¡quién me trujera aquí
La arriada de Sevilla!
D. ALONSO. Señor don Pedro...
D. PEDRO. ¿Quién va?
D. ALONSO. Los que hoy quisieron saber
De vos, si el no responder
Fué desprecio.
D. PEDRO. Claro está.
D. ALONSO. Pues siendo así, no tenemos
Que detenernos en nada.
Sirva de lengua la espada;
Que con ellas hablaremos. (*Meten mano y riñen.*)

ESCENA XVI

DON LUIS, DOÑA JUANA. — DICHOS.

D. LUIS. (*Dentro.*) Así castigar podré
Tu mal pensada traición.
(*Sale doña Juana tapada.*)
D.ª JUANA. Señor don Pedro Girón,
Amparadme.
HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) Ella es.
D. PEDRO. Sí haré.
Caballeros, acudir
Á las mujeres es justo;
Que para nuestro disgusto
Tiempo queda en que reñir.
D. ALONSO. Sois en efeto Girón,

Cuya calidad sabemos,
Y no es bien que os estorbemos
Tan precisa obligación. (*Sale don Luis.*)

D. PEDRO. ¿Quién es? ¿Quién va allá?

D. LUIS. Yo soy.

D. PEDRO. ¿Quién?

D. LUIS. El padre desdichado
Desta hija, que le ha dado
El ser que perdiendo estoy.

D. PEDRO. ¡Señor don Luis!...

D. LUIS. Yo tomara
Que porque nadie me viera
En mi deshonra, se abriera
La tierra y que me tragara.

HERNANDO. (*Ap. á su amo.*) No te des por entendido;
Que no es su hija.

D. PEDRO. (*Ap. á Hernando.* Sí haré.)
¿Qué ha hecho?

D. LUIS. Yo os lo diré.
De su inquietud ofendido,
Con doña Juana, Señor,
De la Cerda, mi sobrina,
La puse, cuya divina
Virtud y heroico valor
Pensé que la convirtiera;
Y á estas horas, divertida
En las calles y perdida
La hallo desta manera.
Dado le hubiera la muerte.
Pero ¿quién, Señor, pensara
Que de una santa tomara
Los consejos desta suerte?
No le falta sino hacer
Milagros.

HERNANDO. (*Ap.*) De piedra y lodo,
Para dar en él con todo,
Después que empezó á querer.

DON PEDRO. Con justa causa os confieso
Que ahora os podéis quejar;
Pero no es este lugar
Para hablar, Señor, en eso.
Mi señora doña Juana

La reñirá, y vos allí
También con ella.

D.ª JUANA. (*Ap.*) ¡ Ay de mí !

DON LUIS. ¡ Que no pudieron, tirana,
Los consejos de tu prima
Moverte á no me afrentar?

DON PEDRO. Yo la tengo de llevar.

DON LUIS. El que como yo os estima,
Que os obedezca es razón.

HERNANDO. (*Ap.*) ¡ Linda va la cazolada !
En la santa acreditada
Se metió la tentación.

DON PEDRO. (*Á don Juan y don Alonso.*)
Disimulad, y llevemos
Á su casa esta mujer,
Que se ha querido valer
De mí; que luego podremos
Reñir.

D. ALONSO. Á tanto valor
No replico.

DON JUAN. Sea ansí.

(*Vanse los caballeros acompañando á doña Juana.*)

ESCENA XVII

HERNANDO.

La buena es la mala aquí,
Y la mala es la mejor.
Amantes, nadie sea necio
En pretender, y avisón
En lo visto; que éstos son
Los milagros del desprecio. (*Vase.*)

Sala en casa de doña Juana.

ESCENA XVIII

BEATRIZ, LEONOR.

BEATRIZ. Lindamente se cerrara

La plana de venturosa,
Si fuera yo tan dichosa
Que mi padre la encontrara.

LEONOR. Con atrancarle el postigo
Ahora al volver, perdiera
La paciencia; pero fuera
Todo el enojo conmigo.

BEATRIZ. Si va haciendo con querer
Nuestro negocio, no es justo
Que le pongamos al gusto
Estorbos que lo han de ser.

LEONOR. En la puerta principal
Llaman.

BEATRIZ. Baja, y quién es mira. (*Vase Leonor.*)
¡Dios me libre de su ira,
Si le ha sucedido mal!
Casi de su parte yo
Estoy por sentirlo ya.
¡Válgame Dios! ¿Si vendrá
Con la cara que llevó? (*Vuelve Leonor.*

LEONOR. ¡Jesús! Todo va perdido.

BEATRIZ. ¿Quién era?

LEONOR. Un muy gran tropel,
Y tu padre y ella en él.

BEATRIZ. Pues ¿cómo no me has pedido
Albricias?

LEONOR. Y de enlodada
Viene tal, que es menester
Para limpiarla meter
Todo el vestido en colada.
¿Qué habemos de hacer?

BEATRIZ. Callar;
Que á nosotras no nos toca,
Leonor, sino punto en boca,
Y vengarnos con mirar. (*Retíranse á un lado.*

ESCENA XIX

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA JUANA, *tapada;* DON JUAN, DON ALONSO, HERNANDO. — BEATRIZ Y LEONOR, *retiradas.*

DON LUIS. Lo que pretendo es saber

Si mi sobrina le dió
Licencia, porque si no,
No ha de quedar á deber
En agravio tan dispuesto
Nada mi honor al sentir.
¡Vive Dios que ha de morir!

BEATRIZ. ¿Quién ha de morir? (*Presentándose á su padre*).

DON LUIS. ¿Qué es esto?
¿Quién eres, mujer? (*Á doña Juana*.)

DON PEDRO. Aquí
Solamente os ha tocado
El quedar desengañado,
Pero lo demás á mí.

D.ª JUANA. Tampoco quiero que vos,
Si es que queréis defenderme,
Lo hagáis después de ofenderme. (*Descúbrese*.)

D. ALONSO. ¿Qué es esto?

DON JUAN. ¡Válgame Dios!

D.ª JUANA. Yo soy. ¿De qué os admiráis?
Si pensáis que me ha sacado
De mi casa algún cuidado
Amoroso, os engañáis.
Las mujeres que nacimos,
Señor don Pedro Girón,
Con sangre y estimación,
Más que las otras sentimos.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién es esa vuestra dama,
Por quien mi opinión y fama
Se ha echado tanto á perder!
Que esto solo me ha sacado
De mi casa.

BEATRIZ. Y con razón.

LEONOR. Item más, el espigón (*Ap. á Beatriz*.)
Con su poco de cuidado.

BEATRIZ. Mírala y calla. (*Ap. á Leonor*.)

LEONOR. Si haré.

DON PEDRO. Pues si eso no más ha sido,
Señora, á lo que habéis ido,
Mi dama os enseñaré.
Pero habeisos de obligar
De hacer con ella por mí

Una cosa. ¿Haréisla?

D.ª JUANA. Sí.

DON PEDRO. Primero me habéis de dar
La mano de que en lo justo
Por mí habéis de interceder;
Que yo sé que ella ha de hacer
Lo que fuere vuestro gusto.

D.ª JUANA. Esta es mi mano. (*Ap.* ¡Hay rigor
Tan grande! ¿Que esto me pida?)

DON PEDRO. Pues ésta que tengo asida
Sola es mi dama.

D.ª JUANA. ¡Ah traidor!
¡Nuevos engaños!

DON PEDRO. Señora,
Cuento éste de Hernando fué;
Que yo siempre os adoré
Con la misma fe que ahora.

D.ª JUANA. Luego ¿nunca habéis tenido
Otra dama?

DON PEDRO. Si criara
Dios nuevo mundo, no hallara
En mi corazón rendido
Lugar otro pensamiento.
La muerte pudiera hallar
Propósitos que mudar,
Pero no arrepentimiento.

D.ª JUANA. ¿Adónde está Hernando?

HERNANDO. Aquí.

LEONOR. Mira si nos engañó.
Con una misma nos dió.

D.ª JUANA. Tú ¿no me dijiste á mí (*Á Hernando.*)
Que tu amo me afrentaba,
Y que otra dama tenía?

HERNANDO. Mentí en lo que no sabía,
Por ver lo que deseaba.
Y como le vi tan necio
Y tan firme en su pasión,
Lo dije, porque estos son
Los milagros del desprecio.

DON PEDRO. (*Á don Juan y don Alonso*).
Los favores que pedíais
Tengo yo: mas engañados

Los llamáis favores dados,
Y que los diese queríais.
Porque no creáis en nada
Que mujer tan virtüosa
Recibía codiciosa
Para dar enamorada,
Aquí os desengaño yo.
Unos criados riñeron,
En el suelo los pusieron,
Y Hernando se los cogió.
Dáselos.

D. ALONSO. De Hernando son,
De mi parte.

DON JUAN. Y de la mía.

HERNANDO. Vuestra ha sido la hidalguía,
Si fué mía la invención.

D. ALONSO. Justamente merecéis
Que se os muestre más humana
Mi señora doña Juana.

D.ª JUANA. Es verdad, razón tenéis,
Y ya tan humana estoy,
Que por lo mucho que gano,
Si ahora estima mi mano,
Con el alma se la doy.

DON PEDRO. Yo con el alma también
La recibo, como es justo.

DON JUAN. Y los dos con mucho gusto
Os damos el parabién.

BEATRIZ. Prima...

D.ª JUANA. No me digas nada;
Que harto has hecho con no hablar,
Con mirarme y con callar.
Si te reñí enamorada,
Desde hoy te disculparé;
Que ya conozco mejor
Las fuerzas que tiene amor,
Después que me enamoré.

LEONOR. ¿Preténdeste resistir? (*Á Hernando.*)

HERNANDO. No, Leonor; pero tomara
Que ninguno se casara,
Por solo oille decir
Al obispo de Antïoquia

Que una comedia se ha hecho
En que no tuvo provecho
El cura de la parroquia.

LEONOR. Tuya soy, Hernando mío.

HERNANDO. Advierte que no hay braguero.

LEONOR. Quebrado ó sano te quiero;
Que ya con el amor mío
No tienen las Indias precio
De amor y de estimación.

HERNANDO. Yo lo creo. — Y éstos son
Los milagros del desprecio.

LA HERMOSA FEA *

PERSONAS

RICARDO, *príncipe de Polonia.*	EL GOBERNADOR.
OTAVIO, *su amigo.*	UN CAPITÁN.
JULIO, *criado.*	BELISA, *criada.*
ESTELA, *duquesa de Lorena.*	EL CONDE. — SOLDADOS.
CELIA, *su prima.*	

La escena es en Lorena, en la residencia de la Duquesa.

ACTO PRIMERO

Calle en la ciudad, residencia de la Duquesa.

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

OTAVIO. Fuera temeraria empresa,
Pero muy digna de ti.

RICARDO. Todo cuanto en Francia vi
No iguala con la Duquesa.—
Julio, ¿qué te ha parecido?

JULIO. Un ángel me pareció,
Que de mujer se vistió,
Si alguna vez se ha vestido.

---

* Esta es una de las comedias de LOPE que más se ha reimpreso. Apenas existe colección de sus obras en la cual no se halle incluída; y por cierto que lo merece, pues debe considerarse entre las buenas del gran dramaturgo.

El plan de *La hermosa fea* está bien imaginado y desenvuelto, y aunque algunas escenas del último acto son demasiado precipitadas, el desenlace es natural y la obra en conjunto apreciable.

Respecto á lo que pudo servirse Moreto de esta obra para escribir *El desdén con el desdén*, véase lo que queda dicho en la nota de la página 193 de este mismo tomo.

RICARDO. No he leído yo jamás
Que se vistió de mujer;
Pero como puede ser,
No pudiste decir más.

OTAVIO. En cuanto el sol mira y dora
Se alaba su gallardía.

RICARDO. ¡Oh qué divina armonía
Hacen en una señora
La majestad en el talle,
Y en el rostro la hermosura!

JULIO. El oro y la nieve pura
De nuestra Alemania calle
Con su rara perfeción.

RICARDO. Parece que en su belleza
Retrató naturaleza
Mi propria imaginación.
Aquí me pienso quedar
De secreto algunos días
Para verla.

OTAVIO. Bien podrías
Tener de hablarla lugar,
Como no sepa quién eres.

RICARDO. Tú solo sabes quién soy.

OTAVIO. Pues la palabra te doy,
Príncipe, si hablarla quieres,
Después de guardar secreto,
De hacer que posible sea.

RICARDO. Haz, Otavio, que la vea,
Y ser tu esclavo prometo.

JULIO. Si sabe que estás aquí,
Dificultoso ha de ser,
Porque te ha de conocer.

OTAVIO. Escucha un remedio.

RICARDO. Di.

OTAVIO. Escribe á Celia, su prima,
Con quien tienes parentesco,
Que por ir á ver á España
Á la ligera y secreto,
No pudiste visitarla;
Pero que después, volviendo,
Cumplirás tu obligación;
Y quedaráste con esto

Escondido en la ciudad,
Donde el ingenio y el tiempo,
Para que la veas y hables,
Darán traza á tus deseos.

RICARDO. Dices bien : y lleve Julio
La carta; pero advirtiendo
Que si la duquesa Estela
Le pregunta, como pienso,
Si la vi, que le responda
Que sí, una tarde saliendo
Á caza; y si preguntare
Lo que dije y lo que siento
De su persona, le diga
Que volví triste, diciendo
Que era su fama un engaño
De algún pintor lisonjero,
Cada pincel mil mentiras,
Cada color mil enredos;
Que el ducado de Lorena
Era tan gran casamiento,
Que hacia á los pretendientes
Lindo parecer lo feo;
Y que á mí, que no lo era,
Me pareció con extremo
Fea y de persona humilde.

JULIO. Pues ¿qué pretendes con eso?

RICARDO. Asegurar la intención
Que para servirla tengo,
Como veréis adelante.

JULIO. Y ¿no hallaste mensajero
Mejor en cuantos te vienen
Desde Polonia sirviendo?
¿Á qué mujer, cuando fuese
Lo más ínfimo y plebeyo,
Le dijeran que era fea,
Que tuviera sufrimiento
Para no tomar venganza,
Cuanto más un ángel bello?
¿Tan gran señora? ¿No miras
Que entre algunos mandamientos
Que hizo para el honor
De las mujeres el celo

Y obligación de los hombres,
No llamarás, fué el tercero,
Fea ni vieja á ningana:
Y que de mi atrevimiento
Sería justo castigo
Salir de palacio muerto
Á palos de las cuchillas
De dos gigantes tudescos?

RICARDO. Julio, si ella fuera fea,
Era delito muy necio;
Pero siendo tan hermosa
Como le ha dicho su espejo,
Ha de correrse de mí
Y poner su entendimiento
En vengarse cuando vuelva;
Y este principio el deseo
Le ha de dar de enamorarme,
Que es lo que voy pretendiendo.
Y tú verás que resulta
Deste agravio algún suceso
En favor de mi esperanza.

JULIO. Confieso que voy con miedo,
Mas consolando el peligro
Con saber que te obedezco.

RICARDO. ¿Tanto sienten este nombre?

JULIO. Si es la hermosura el opuesto,
Y esta la mayor lisonja,
¿Qué término más grosero
Que quitarles la esperanza
De aquel soberano imperio
Con que rinden á los hombres?

RICARDO. Tú verás que es fundamento
Del edificio mayor
Que tuvo amoroso empleo.—
Ven, Otavio.

OTAVIO. Aun no percibo
Tu pensamiento.

RICARDO. Pretendo
Obligarla á enamorarme;
Lo demás te dirá el tiempo.

(*Vanse.*)

Sala del palacio de la Duquesa.

ESCENA II

LA DUQUESA, CELIA.

DUQUESA. Bien me holgara que te hubiera
El Príncipe visitado,
Y que el venir rebozado
Menos disculpa le diera.
Mal cumplió la obligación
De pariente.

CELIA. Pensaría
Que el secreto me daría
Bastante satisfación,
Pues parece que la tiene
Para ocasiones mayores.

DUQUESA. El secreto en los señores,
Cuando de rebozo vienen,
Es mayor publicidad,
Porque todos hablan dellos.

CELIA. Es mayor grandeza en ellos.

DUQUESA. Pensemos que es vanidad.
¿Sabes qué sintió de mí?

CELIA. Pregúntaselo á la fama.
Fénix de Francia me llama:
Lo mismo dirá de ti.

DUQUESA. Cuidado, Celia, tenía
De ver en alguna parte
Este nuevo Adonis, Marte
Por talle y por valentía;
Pero él se guardó de suerte,
Que me vió sin verle yo.

CELIA. Ingrato correspondió
Á la ventura de verte;
Que bien pudiera pagarte,
Si es gentilhombre y galán,
Con dejarse ver.

DUQUESA. Están
Tantas culpas de su parte,
Que, aunque te escriba, no creo

Que á satisfacerlas baste.

CELIA. De la privación sacaste
Las fuerzas de tu deseo;
Porque si verse dejara,
Menos cuidado tuvieras;
Que de lo que visto hubieras,
Ninguna idea formara
Agora la fantasía.

DUQUESA. El privar á una mujer
De lo que desea ver
Bien sabes tú, Celia mía,
Que aumenta más su deseo.

CELIA. Asi murió la romana,
Por no ver por su ventana
Pasar aquel monstro feo.
Pues ¡cuánta más diferencia
La de un gallardo alemán,
Mancebo, hermoso y galán!

ESCENA III

JULIO, BELISA. — DICHAS.

JULIO. Pedid, Señora, licencia. (*Á Belisa.*)

BELISA. Hablarte quiere un criado (*Á Celia.*)
Del de Polonia.

CELIA. No ha sido
Descortés, ni ha merecido
Hasta agora ser culpado.
Licencia vendrá á pedir
Para verme.

DUQUESA. Ya le vuelvo
La honra.

CELIA. Y yo me resuelvo
En que le has de ver y oir.
(*Á Belisa*). Di que entre.

Belisa da el recado á Julio, que se adelanta. Vase Belisa.)

JULIO. (*Á la Duquesa.*) Dadme los pies.

DUQUESA. No soy yo la que buscáis.

JULIO. Sin razón culpa me dais;
Que este yerro acierto es,

Pues me trujo el resplandor
De su divina belleza
Al saber que es vuestra alteza
De dos soles el mayor;
Y así, me vuelvo al segundo,
Á quien traigo este papel.
(*Á Celia.*) Mirad lo que dice en él,
Y yo cómo abrasa el mundo
El ángel que estoy mirando
En la señora Duquesa,
Donde parece que cesa
Cuanto puede hacer, pintando
Con los más vivos colores
La diestra naturaleza.
Y perdone vuestra alteza
Que de estrellas y de flores
No haga un retrato aquí,
Como suelen los poetas,
Porque partes tan perfetas
Son deidades para mí.

CELIA. Yo he leído este papel.
DUQUESA. ¿Qué escribe?
CELIA. Que se partió
Á España.
DUQUESA. Correspondió
Á aquella patria cruel
De fieras y hombres feroces.
CELIA. Discúlpase con pasar
De rebozo.
JULIO. Y por guardar
(Así tu hermosura goces)
Á tu grandeza respeto.
DUQUESA. Pues á mí ¿que me importara,
Cuando á Celia visitara?
JULIO. Esto de venir secreto
Debió de ser la ocasión,
Por la poca autoridad.
DUQUESA. ¿Que dijo desta ciudad?
JULIO. Que las de tu Estado son
La parte mejor de Francia.
DUQUESA. ¿Vióme á mí?
JULIO. Ya te vió á ti;

Que para venir aquí
Fué lo de más importancia.

DUQUESA. ¿Que le pareci?

JULIO. Si das
Licencia, á Celia diré
Lo que dijo.

DUQUESA. Sí daré.

JULIO. (*Á Celia.*) Oye pues.

CELIA. ¿Á mí no más?
¿Qué puede ser que no sea
Muy conforme á su valor,
Puesto que fuese de amor?

JULIO. (*Bajo á Celia.*) Haber dicho que era fea.

CELIA. ¡Qué dices! ¿Estás en ti?

JULIO. Por eso te quise hablar
Aparte.

CELIA. Estoy por pensar
Que te has burlado de mí;
Que me pareces de humor.

JULIO. Tentado soy del despejo;
Mas siempre las burlas dejo
Cuando respeto el valor.
No he visto necio á mi amo,
Señora, con tanto extremo.
¡Cómo necio! Y aun blasfemo
De un ángel.

CELIA. Pues yo le llamo
Dichoso, aunque no discreto;
Porque, á parecerle bien,
Quedara, al mayor desdén
Que ha visto el mundo, sujeto;
Que de cuantos la han servido,
Ninguno agradarla puede;
Y es mejor que libre quede,
Que á lo imposible rendido.
¡La Duquesa fea!

JULIO. Sí.

CELIA. ¿Tiene ese hombre entendimiento?

JULIO. Un mal gusto es fundamento
De que le parezca ansí;
Fuera de ser cosa llana
Que no hay disputa en los gustos.

CELIA. Sí: pero gustos injustos
Hacen la razón villana.

JULIO. Hombres hay que un día escuro
Para salir apetecen,
Y el sol hermoso aborrecen
Cuando sale claro y puro.
Hombres que no pueden ver
Cosa dulce, y comerán
Una cebolla sin pan,
Que no hay más que encarecer.
Hombres en Indias casados
Con blanquísimas mujeres
De extremados pareceres,
Y á sus negras inclinados.
Unos que mueren por dar
Cuanto en su vida tuvieron;
Y otros que en su vida dieron
Si no es enojo y pesar.
Muchos duermen todo el día,
Y toda la noche velan;
Muchos hay que se desvelan
En una eterna porfía
De amar sola una mujer;
Y otros que como haya tocas
Dos mil les parecen pocas
Para empezar á querer.
Según esto, la Duquesa
No deja de ser hermosa
Por un mal gusto.

CELIA. Es la cosa
Más nueva y que más me pesa
De cuantas pudiera oir.
Ven por la carta después.

JULIO. Dadme, Señora, los pies,
Y de no se lo decir
Palabra.

CELIA. Vete en buen hora.

JULIO. Guarde el cielo á vuestra alteza,
En cuya hermosa cabeza
El laurel que Apolo dora
Brille de Francia ó España.

DUQUESA. Tu nombre...

JULIO. Julio es mi nombre.
DUQUESA. ¿Qué oficio?
JULIO. Soy gentilhombre,
Que á sí mismo se acompaña,
Pero en gracia de mi dueño,
Que esta embajada me fia.
DUQUESA. ¿No respondes, prima mia?
JULIO. (*Ap.*) Celia me mira con ceño. (*Vasc.*)

ESCENA IV

LA DUQUESA, CELIA.

CELIA. Ya le dije á ese criado
Que vuelva por la respuesta;
Que si al Príncipe le cuesta
Su papel tanto cuidado,
No quiero escribir sin él.
DUQUESA. ¡Brava plática tuvistes!
¿Qué tratastes? ¿Qué dijistes?
Si dió materia el papel,
Dirá que está enamorado
De mí el Príncipe, y que fué
Perdido á España.
CELIA. No sé.
DUQUESA. ¿Quién duda que te ha contado
(Que es ordinario en los hombres)
Que en toda Francia no vió
Dama, Celia, como yo,
Con todos aquellos nombres
De ángel, estrella, jazmín,
Rosa, perla y otras cosas
Tan necias y mentirosas?
De mí ¿que te dijo al fin?
CELIA. No eran cosas de importancia
Las que hablamos...
DUQUESA. ¿Cómo no?
CELIA. Antes de enojo; y si yo
Le volviese á ver en Francia...
DUQUESA. ¿Qué murmuras? ¿Fué por dicha
Descompostura de amor?

¿Pidió necio algún favor?

CELIA. Tengo, Duquesa, á desdicha
Tener tan necio pariente.

DUQUESA. Dime lo que es.

CELIA. No es razón.

DUQUESA. ¡Qué confusion!

CELIA. Cosas son
De aquella bárbara gente.

DUQUESA. Quien quisiere una mujer
Á puras ansias matar,
Procúrele dilatar
Lo que quisiere saber.
Ni fué jamás discreción
Dejar razón comenzada.

CELIA. Si puede ser excusada,
Antes parece razón.

DUQUESA. Celia, lo que fuere sea.

CELIA. ¡Qué porfiar tan prolijo!
Dijo el Príncipe...

DUGUESA. ¿Qué dijo?

CELIA. Dijo el necio que eras fea.

DUQUESA. Pues bien: ¿fué mucho el agravio?

CELIA. ¿Cómo puede ser mayor?
Pregúntale á tu color
Si te importa el desagravio,
Pues ya te escribe el desprecio
En la cara vergonzosa
Con letras de pura rosa
El agravio deste necio.

DUQUESA. Confieso, Celia, que ha sido
El repetirlo el criado
Ocasión de haber quedado
En parte mi honor corrido.
Hazme placer, cuando vuelva,
De decirle que se quede
Conmigo.

CELIA. Julio ¿qué puede,
Cuando á quedar se resuelva,
Hacer para tu venganza?

DUQUESA. ¿Nunca has oído contar
Que el que se quiere ahogar,
Cualquiera cosa que alcanza

Tiene fuertemente asida?
Pues así tengo pensado
Que el asir desde criado
Es asegurar mi vida.

CELIA. ¿Qué dices?

DUQUESA. Que éste ha de ser
Por quien me pienso vengar;
Que invención no ha de faltar
Para que me vuelva á ver.
Y si me ve, ten por cierto
Que ha de adorar la fealdad
Que dice, y que mi crueldad
Le ha de ver perdido y muerto,
Ó no ha de haber alma en mí.

CELIA. Con razón estás quejosa;
Pero es imposible cosa
Que puedas vengarte ansí.
Mejor fuera...

DUQUESA. No hay mejor.
Déjame, Celia, pensar
Cómo le pueda obligar
Para que me tenga amor;
Que una vez enamorado,
Con la risa y el desprecio
Quedará de aqueste necio
Mi sentimiento vengado.
Que no hay venganza que sea
Más discreta y más gustosa
Que hacerle querer hermosa
Quien le ha parecido fea.
Así de aqueste enemigo
Vengarse mi agravio piensa,
Porque de la misma ofensa
Se ha de sacar el castigo. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA V

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

JULIO. Esta es la hora que sin alma queda.

RICARDO. No hay cosa, Julio, que obligarla pueda
Á lo que yo pretendo,
De mayor importancia.

JULIO. Así lo entiendo.

RICARDO. Y el camino que hallaste
Fué mucho más discreto : al fin ¿dejaste
Con Celia concertado
Volver por la respuesta?

JULIO. Hale causado
Notable novedad que la Duquesa,
Cuya hermosura es la mayor empresa
De príncipes y grandes
De Francia, de Alemania, España y Flandes,
Te pareciese fea.

RICARDO. Desta manera el cazador rodea
Al animal ó al ave.
Presto verás que su arrogancia grave
Se rinde á mi deseo.
Otavio amigo, en la ocasión me veo,
Que tu fidelidad me ha de dar vida.
De tu amistad mi confianza asida,
Pretende conquistar esta arrogante
Hermosura francesa, que en diamante
Con pinceles de nieve pintó el cielo.
La traza que fabrica mi desvelo
Es la que te he contado.
De todos mis criados he dejado
Solo á Julio conmigo : él me acompaña;
Que los demás á España
Van caminando con el Conde. Hoy quiero
Dar principio dichoso al bien que espero.

OTAVIO. Francés soy por la vida.
Ya vuestra alteza tiene conocida
Mi lealtad y amistad : esté seguro,
Y por esta que al lado traigo, juro
De guardarle secreto.

RICARDO. Pues para dar á lo que intento efeto,
Dile al Gobernador secretamente
Lo que te dije, porque luego intente
Prenderme; que por causa tan notable,
No dudes de que hable
Con la Duquesa, y que ella verme quiera,

Donde mi amor en mi fortuna espera
Lo que mi atrevimiento me asegura,
Ó á las manos morir de su hermosura.

OTAVIO. Tú verás el efeto
De un noble amigo.

RICARDO. Di también discreto,
En qué consiste la ventura mía.

JULIO. ¿Cuándo faltó la dicha á la osadía?
Vuelvo por el papel, mientras te prenden,
Y á ver cómo se encienden
De la Duquesa los claveles vivos
Con tantos pensamientos vengativos,
Si á quien tanta hermosura llamó fea,
Rendir, matar ó enamorar desea.
(*Vanse Ricardo y Julio.*)

ESCENA VI

OTAVIO.

No carece de valor
De Ricardo el pensamiento,
Y más siendo el fingimiento
El primer paso de amor.
¡Oh fuerza de la amistad!
¡Á qué me pongo por ti!
Pero ya le prometí
Favor, silencio y lealtad. —
Prósperamente sucede :
Este es el Gobernador ;
Que hasta en esto muestra amor
Lo que sabe y lo que puede,
Con él viene un capitán :
Concertóse la fortuna
Con el amor, si en alguna
Fortuna y amor lo están.

ESCENA VII

EL GOBERNADOR DE LA CIUDAD,
UN CAPITÁN, SOLDADOS. — OTAVIO.

GOBERN. Conozco vuestro cuidado. (*Al Capitán.*)
CAPITÁN. Cuando me toca la guarda,
Soy argos de la ciudad.
No ha de suceder desgracia
Hasta que deje la noche
La capa en manos del alba;
Que aun por esto la prendiera,
Si la noche se quejara.
GOBERN. Estar limpia una ciudad
De gente ociosa es la causa
De no haber hurtos y muertes:
En que se ve que se engañan
Los que gobiernan, si piensan
Que solo el castigo basta.
Prevenir que no sucedan
Delitos, con que no haya
Quien los haga, en quien gobierna
Es la prudencia más alta;
Porque castigar después,
Supuesto que es de importancia
Para el ejemplo, ya es fuerza,
Y es mejor que se excusaran.
CAPITÁN ¿Quién limpiará una ciudad
Donde acuden gentes varias?
GOBERN. ¿Quién? El temor del castigo
Y el cuidado del que manda.
OTAVIO. (*Ap.* ¡Oh! ¡qué á propósito viene
De mi intento lo que tratan!)
En vuestra busca venía.
Doy al cielo inmensas gracias
De haberos hallado aquí.
GOBERNAD. ¿Qué es, Otavio, lo que mandas,
Que haberme hallado agradeces?
OTAVIO. Si no te ha dicho la fama

Que el príncipe de Polonia
De rebozo estuvo en Francia,
Sabe que, entre otras provincias,
Vino por ver á Madama
Á la corte de Lorena.
Y fué huésped de mi casa,
Donde hicimos amistad.
Partióse en efeto á España,
Peregrino de su gusto.
Tuve anteayer una carta
En que me dice que un hombre,
Tan noble que le llevaba
Por secretario (que á veces
No conforma al cuerpo el alma),
Todas las joyas le hurtó;
Y que si por dicha pasa
Por esta ciudad, le prenda.
Ha sido mi dicha tanta,
Que hoy le he visto en una quinta
Pasear con una dama,
Que del hurto y de volver
Fué por ventura la causa.
Fingí que no conocía
Quién era, aunque él me miraba,
Sospechoso de mis ojos;
Que el miedo en todo repara;
Y, como ves, he venido.
No permitas que se vaya
Con tal delito, pues puedes
Sin peligro, y aun sin guarda,
Hacer tan justa prisión.

GOBERN. Cuando trujera más armas,
Más soldados, más defensas
Para las joyas hurtadas,
Que tiene agora sospechas
(Porque nunca el alma engaña),
Yo solo le he de prender;
Que para ladrones basta
El temor de la justicia.

OTAVIO. Mi intento no es que le hagas
Agravio, que es caballero,
Mas que con buenas palabras

Se cobren todas las joyas.

GOBERN. El capitán de campaña
Venga conmigo no más
Y dos soldados de guarda. (*Vanse.*)

Sala de palacio.

ESCENA VIII

CELIA, *con una carta;* JULIO.

CELIA. Esta es la carta.

JULIO. Sospecho
Que con enojo le escribes,
Y del que en esto recibes
Culpo mi inocente pecho;
Que te parlé, sin pensar,
Lo que el Príncipe sintió
De Madama.

CELIA. No sé yo
Á quién se deba culpar,
Á él que dijo que era fea,
Ó á ti, pues que fuera justo
Que callaras su mal gusto.
Pero no hay cosa que sea
Más peligrosa (y perdona)
Que servirse de criados
Necios.

JULIO. ¡Qué bien castigados
Vamos los dos! Pero abona
Tu culpa en esto la mía.

CELIA. ¿Cómo?

JULIO. Si yo te conté
(Que toda mi culpa fué)
Lo que el Príncipe decía,
El tuyo fué el mismo error,
Contándole á la Duquesa
Lo que yo dije.

CELIA. No es esa
Disculpa.

JULIO. Y aun fué mayor;
Que en su ausencia me atreví,
Y es como no haber hablado,
pues ausente el más honrado
No puede volver por sí;
Y tú, Señora, en su cara
Le dijiste que era fea;
Que aunque agravio ajeno sea,
Si en la verdad se repara,
El que le dice le hace,
Pues que la lengua le hurtó
Al que ausente se atrevió,
Y su intención satisface.
¿Cuál será más atrevido?
¿El que me dice un pesar
Que dijo quien, por no osar,
Jamás me hubiera ofendido,
Ó el que habló en ausencia mía
Cobarde, y dando á entender
Que no pudiera tener
En mi presencia osadía?
Claro está que lo será
El que el respeto perdió,
Siendo amigo, al que ofendió
Cuando más seguro está.
De suerte, que no fué sabio
Consejo darme á mí culpa,
Porque aquel tiene la culpa
De quien se sabe el agravio.

CELIA. ¿Sentiste el llamarte necio?

JULIO. Pues ¿no quieres que lo sienta,
Si aquello que el alma afrenta
Fué siempre el mayor desprecio?

CELIA. Pues ¿qué llamas afrentar
El alma?

JULIO. Llamar á un hombre
Necio.

CELIA. ¿Por qué?

JULIO. Porque es nombre
Que por fuerza ha de agraviar
Al entendimiento, que es
Potencia suya.

CELIA. El honor
Te vuelvo.
JULIO. Y por el favor
Yo vuelvo á besar tus pies.
CELIA. Tú á lo menos no has tenido
Á la Duquesa por fea.
JULIO. No quiera Dios que me vea
Falto de tan gran sentido;
Que solo pusiera un ciego
En duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura
Con dos estrellas de fuego;
Es de la Venus de Fidia
Retrato, y con más primor,
Higa de cristal de amor
Contra el ojo de la envidia.
Es toda nácar lustrosa,
En cuya boca también
Las bellas perlas se ven
Por celosías de rosa,
Cuyo dulce movimiento
Enseña un rojo clavel,
Que es intérprete fiel
De su raro entendimiento.
Sus mejillas encarnadas
De manutisas parecen,
Cuando entre aljófares crecen
Del alba pura esmaltadas;
Y por no hacerlas agravios,
Te digo que son tan bellas,
Señora, que solas ellas
Compitieran con sus labios.
Cuando á las manos te inclines,
De tanta gracia están llenas,
Que con rayos de azucenas
Parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
Es de tan alta excelencia,
Que sin pedirle licencia,
Ni tira ni mata amor.
CELIA. Pues ¿cómo al Príncipe ha sido
Estela un demonio fiero?

JULIO. Porque él es un majadero.

ESCENA IX

LA DUQUESA. — DICHOS.

CELIA. Mira, Julio, que te ha oído
La Duquesa.
JULIO. ¿Dónde?
CELIA. Estaba
Detrás de aquella antepuerta.
DUQUESA. Escuchándote encubierta,
De tus lisonjas gustaba ;
Y como de la alabanza
Resulta siempre afición,
Tu ingenio y buena opinión
Tanto con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte
Que en mi servicio te quedes.
JULIO. Hácesme tantas mercedes
En querer de mí servirte,
Que en tu nombre, serafín,
Pongo la boca dichosa,
En la estampa venturosa
Del corcho de tu chapín.
Pero ¿cómo podrá ser
Sin licencia de mi dueño?
DUQUESA. Á sacarte de ese empeño
Pienso que tendré poder,
Con escribir á Ricardo.
Tú, entre tanto que responde,
Y que á quien es corresponde,
Como de su nombre aguardo,
Estarás conmigo aquí;
Que me has parecido bien.
JULIO. Gracias, Señora, te den
Tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias
Y tus virtudes perfetas
En sus versos los poetas,
Y en su prosa las historias :

Los poetas en sus liras
Á tus méritos divinos
Cantando mil desatinos,
Las historias mil mentiras.

DUQUESA. ¿Dónde estará tu señor
Agora?

JULIO. Aun no habrá llegado
Á España. (*Ap.* Ya su cuidado
Es de venganza ó de amor.)

ESCENA X

EL GOBERNADOR, OTAVIO. — DICHOS.

OTAVIO. (*Al Gobernador.*) No es razón que le deis cuenta,
Para afrentar este hidalgo,
Á la Duquesa.

GOBERN. Yo salgo
Al remedio desta afrenta.

DUQUESA. ¿Qué es eso, Gobernador?

GOBERN. Señora, ha escrito Ricardo,
El príncipe de Polonia,
Desde Lunevila á Otavio,
Que hurtándole muchas joyas,
Se le ha vuelto el secretario
Á tu corte. Dióme parte
Deste suceso, y buscando
Los sitios de más sospecha,
En una quinta le hallamos.
Como avisarte de todo
Cuanto pasa me has mandado,
Aunque Otavio no quería,
Á tu presencia le traigo.

DUQUESA. Otavio...

OTAVIO. Señora...

DUQUESA. Muestra
La carta.

OTAVIO. Esta es.

JULIO. ¡Qué extraño
Suceso! Un hombre tan noble
¿En tanta bajeza ha dado?

DUQUESA. (*Lee.*) « Señor Otavio : después de daros cuenta » de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia, » sabed que Lauro, mi secretario, con algunas joyas mías » se ha ido esta noche, con admiración mía y de mis » criados. Siendo tan gran caballero, si volviere á esa » ciudad, donde entiendo que una dama le ha obligado á » este desatino, haced que sin afrenta suya sepa de vos el » disgusto con que quedo. Dios os guarde. — El príncipe » de Polonia. »

¿Conoces aquesta firma,
Julio?

JULIO. Y ¡cómo! Aunque no creo
De Lauro el error que veo,
Y que esa firma confirma.

DUQUESA. ¿Quién le trae?

GOBERN. El capitán
De campaña.

DUQUESA. Verle quiero.

GOBERN. Entrad.

ESCENA XI

EL CAPITÁN, RICARDO *preso*, SOLDADOS. — DICHOS.

DUQUESA. (*Ap.* ¡Gentil caballero
Y por extremo galán!)
¿Sois Lauro vos?

RICARDO. Sí, Señora.

DUQUESA. Despejad todos la sala;
Celia y Julio solos queden.
Vos, capitán de campaña,
Volved después por el preso.

CAPITÁN. ¿Cuándo vuestra alteza manda?

DUQUESA. Mas no volváis; que no importa;
Aquí estará en confianza.

(*Vanse el Gobernador, el Capitán y los soldados.*)

ESCENA XII

LA DUQUESA, RICARDO, CELIA, JULIO.

DUQUESA. Di, caballero, sirviendo

A tan gran señor, ¡le hurtabas
Sus joyas, y fugitivo,
Desde el camino de España
Á Lorena te volvías,
Y oculto en mi corte andabas!
¿Qué ocasión pudo moverte
Para tan infame hazaña
Y para venirte aquí?
Con obligaciones tantas
De noble y de secretario
De un Príncipe, y con gallarda
Persona, y con ser forzoso
Tu ingenio, ¡en bajeza igualas
Á los hombres mal nacidos!

RICARDO. Señóra, en cuya alabanza
De entendimiento y belleza
Gasta la parlera fama
Trompetas de inmortal bronce
Del fénix purpúreas alas,
Con los ojos del pavón,
Que ya de celeste plata
Clavos errantes y fijos,
El zafiro eterno esmaltan:
Yo soy Lauro de Lorena;
Que fué mi padre de Francia,
Y fué vasallo del tuyo,
Si en el título reparas.
Casóse en Cracovia insigne
Con una dama polaca;
De suerte que soy francés,
Pues es la primera causa
El hombre, como la forma,
Que su actividad estampa
En la materia que imprime;
De suerte, que ya te alcanza
La obligación al favor
Por vasallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
Lo que buenas letras llaman,
Y díme á la astrología,
Después de otras ciencias varias;
Porque, puesto que no obligan

Las estrellas, pues la sabia
Prudencia puede regirlas,
Y que ellas fueron criadas
Por el hombre, y no él por ellas,
Es ciencia tan dulce y alta,
Y tan digna de un ingenio,
Que me precié de estudiarla.
Supe en efecto por ella
Que en tu corte me guardaba
Un grande bien la fortuna,
Que fué de volverme causa
Desde el camino á tu corte;
Que las joyas de la carta
Que dice el Príncipe, han sido
Invención, porque la infamia
Me obligue á volver con él.
Tanta ha sido mi privanza,
Que era yo Ricardo, y él
Lauro, sin que apenas haya
Diferencia entre los dos,
Sirviendo á los dos un alma.
y pues Julio está presente,
Bien sabe que no se hallaba
Ricardo un punto sin mí,
Y que fué nuestra crianza
Una misma, siempre juntos
Desde la primera infancia,
Hasta la presente edad.
Pero si acaso te espanta
La ingratitud con que olvido
Quien con tanto amor me paga;
Si amor merece disculpa
(Que en las pasiones humanas
Le dan el imperio ejemplos),
Amor, Señora, me valga.
Estando el Príncipe, un día
Que salió tu alteza á caza,
Con poco gusto de verte
(¡Mira qué necia desgracia!),
Yo vi, no lejos de ti,
Una tan hermosa dama,
Que vine á creer que amor

Mudó la flecha y la aljaba
En arcabuz, como dicen;
Que cual la violenta bala
Derriba el ave á la tierra,
Que envuelto el cuello en las alas,
Baja sin sangre, que toda
Por el aire la derrama;
Así yo sentí de un golpe
Salir de mi pecho el alma.
Envuelta en tristes suspiros
Pasé la noche en mil ansias;
Y antes de ver el aurora,
El Príncipe se levanta,
Y me notifica ¡ ay triste !
Que quiere partirse á España.
Fué forzoso obedecerle;
Pero en aquella jornada
Traían su amor y el mío
Tan espantosa batalla,
Que quedó vencido el suyo;
Y por la posta, Madama,
Volví á tu corte, en que estoy
Loco de mirar su casa,
Contento de estar presente,
Gustoso de imaginarla,
Triste de no merecerla,
Pagado en ver que me mata,
Glorioso de ver que vence,
Rendido á belleza tanta,
Suspenso en su perfección,
Muerto de sus bellas armas,
Aficionado á su ingenio,
Rendido á su hermosa cara,
Esclavo de Argel que es cielo,
Soberbio de amar sus gracias,
Obligado hasta la muerte;
Porque te doy la palabra
De pretenderla sin vida,
De amarla sin esperanza.

DUQUESA. Sin tanta satisfación,
Vuestra persona abonaba
Que sólo son vuestros hurtos

De voluntades honradas.
Que amor á Lorena os vuelva
Es disculpa, no es desgracia.
Seguid, Lauro, vuestro intento,
Y si alguna cosa os falta,
En mí la tendréis segura.

RICARDO. Con, más que palabras, almas
Beso mil veces la tierra
Que esos jazmines esmaltan.
Vendré á veros, si me dais
Licencia, hermosa Madama.

DUQUESA. Holgaréme de saber
Lo que con la vuestra os pasa,
Y cómo os va de favor. —
Celia...

CELIA. Señora...

DUQUESA. (*Ap. á Celia.*) La salva
Con que ha entrado este navío
Muestra que de paces trata.
Mas ¿si eres la dama, Celia?

CELIA. Cree que no me pesara
Que me quisiera.

DUQUESA. (*Ap.*) Ni á mí.

CELIA. ¿Qué dices?

DUQUESA. Que no te iguala.

(*Vanse la Duquesa y Celia.*)

ESCENA XIII

RICARDO, JULIO.

RICARDO. ¡Ay, Julio!

JULIO. Acá estamos todos.

RICARDO. ¿Parécete que se entabla
Mi pretensión?...

JULIO. Lindamente.
Pero guarda bien las cartas,
No te conozcan el juego,
Aunque es nueva la baraja.

RICARDO. ¿Qué te dijo de ser fea?

JULIO. Allá verás de tu carta

La respuesta : y lo que entiendo
Es que ha quedado picada,
Y que vengarse desea.

RICARDO. Yo haré de suerte que salgan
Á libras, Julio, de amor
Las onzas de la venganza.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DUQUESA, CELIA.

DUQUESA. Estoy contenta de ver
De Lauro el entendimiento.

CELIA. Mucho me espanta tu intento.

DUQUESA. Soy agraviada y mujer.

CELIA. Si miente en llamarte fea,
¿Qué venganza de su error
Es, para mostrarle amor,
Solicitar que te vea?

DUQUESA. Porque tengo confianza
Que le puedo enamorar,
En que pretendo fundar
La más discreta venganza.
Enamorado de mí,
Yo te le pondré de modo,
Que se desdiga de todo
Cuanto Julio dijo aquí.
Sin esto, cuando más cierto
De mi amor Ricardo esté,
Con mil desdenes le haré
Vivir abrasado y muerto.
Hasta llegar á querer
Un hombre es hombre.

CELIA. Es verdad
Que pierde la libertad,
Que es como dejar de ser.

DUQUESA. Luego si ha de ser Ricardo

Solo lo que yo quisiere,
De estar sujeto se infiere
Que mayor venganza aguardo.
Guárdese un hombre de dar
Su libertad por querer,
Porque entonces no hay mujer
Que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando
Que el Príncipe venga á verme.
Si él viene, y viene á quererme,
Tú le verás suspirando,
Tú le verás padeciendo ;
Porque en viéndole querer,
Tengo de darle á entender
Que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza.
De celos se ha de abrasar.

CELIA. No se puedo dar pesar
Á costa de la grandeza;
Que donde hay tanto valor,
No sé, Estela, cómo quieres
Imitar á las mujeres
Viles, en tretas de amor.

DUQUESA. Y aun por andar tan iguales,
Celia, á su grandeza asidas,
Suelen ser menos queridas
Las mujeres principales.
Déjame seguir mi intento.

CELIA. Y Lauro ¿ hate declarado
Quién es la dama qne ha dado
Principio á su pensamiento ?

DUQUESA. No lo ha querido decir,
Ni era justo porfiar.
Secreto la quiere amar,
Fino la quiere servir :
Que este amor debe de ser
Del tiempo antiguo.

CELIA. Aquí viene
Julio.

DUQUESA. Grande amor le tiene,

CELIA. El lo debe de saber.

ESCENA II

JULIO. — DICHAS.

DUQUESA. ¿Qué hay, Julio?
JULIO. Venir, Señora,
Á ver si te sirvo en algo;
Que, con lo poco que valgo,
Mi desconfianza ignora
Servicio que pueda hacerte,
De más consideración
Que para toda ocasión
Ser tu esclavo hasta la muerte.
DUQUESA. Hoy se ofrece en qué podrás
Mostrarme ese buen deseo.
JULIO. Y la dicha en que me veo,
Si tanto favor me das.
DUQUESA. ¿Quién es la dama á quien ama
Lauro?
JULIO. Pésame por Dios,
Porque aunque amigos los dos,
Nunca me ha dicho su dama:
Que bien sabe vuestra alteza
Que no guardara secreto,
Siendo su gusto en efeto,
Aun á su misma grandeza.
Lo que más puedo decir
Es que parece de dentro
De palacio, así por centro
De hermosura á quien servir,
Como porque no le veo
Fuera dél mirar ni hablar,
De donde pueda sacar
La causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
Y de noche el pobre amante
Es reloj, cuyo volante
El alma del movimiento.
Así parece en la cama,
Y las horas, los suspiros
Que dan amorosos tiros

Al índice de su dama:
Todo con tal desconcierto,
Que nunca supe la hora
Desta encubierta señora.

DUQUESA. Pues yo tengo por muy cierto,
Celia, que eres tú.

CELIA. ¡Yo!

DUQUESA. Sí.

CELIA. No lo crea vuestra alteza.
Fíe más de su belleza.

DUQUESA. ¡Qué dices! ¿Quererme á mí?

CELIA. ¿No se ve claro en tener
Lauro secreto su amor?

DUQUESA. ¡Qué desatinado error!

CELIA. ¿No puede un hombre querer,
Sin ofensa del sujeto,
Con secreto y discreción?

DUQUESA. No es amor, Celia, pasión
Que sabe guardar secreto.
Ahora bien, quien fuere sea...

JULIO. (*Ap.*) Ya es mucha curiosidad.

DUQUESA. Por lo menos es verdad
Que no le parece fea.
Vamos de aquí.

CELIA. Siempre asiste
Ese pensamiento en ti.

DUQUESA. Necia en ofenderme fuí
De agravio que no consiste
En la razón, siendo el gusto
Un albedrío sin ley,
Que de los sentidos rey
Puede ser justo ó injusto.
Mas ya que mi confianza
Dice que es ofensa mía,
No dejaré la porfía
Hasta tener la venganza.

CELIA. ¡Valiente resolución! (*Vanse la Duquesa y Celia.*)

ESCENA III

JULIO.

Esto se encamina bien,
Porque el favor ó el desdén
De una misma suerte son
Principios de amor, que ya
Asisten en la memoria,
De donde la pena ó gloria
Pendiente del alma está.
Porque como del favor
Puede nacer la mudanza,
Tiene el desdén esperanza
De que se mude en amor.

ESCENA IV

RICARDO, OTAVIO. — JULIO.

OTAVIO. Pues ya caminan tan bien,
Por la privanza de Estela,
Tus cosas, que á tu cautela
No hay crédito que no den;
Advierte, Ricardo amigo,
(No Lauro, pues para mí
No eres Lauro, si yo fuí
Parte entonces y hoy testigo
De tu secreta invención)
Que es Celia la misma vida
Que tengo en el alma asida,
Y que ha llegado ocasión
En que me puedes pagar
Lo que te he servido en esto.

RICARDO. En obligación me has puesto,
Que es imposible pensar
Humana satisfación.
Mira en qué puedo servirte.

OTAVIO. Basta, Ricardo, decirte
Que tengo á Celia afición,
Mal declarada en los ojos

(Que ellos solos han hablado),
Lenguas mudas qne le han dado,
Por temor de sus enojos,
Información de mi amor.
Yo creo que le ha entendido,
Si bien nunca he merecido
Aquel primero favor
Que corresponde al mirar
Cuando los ojos se encuentran,
Porque es, si dichosos entran,
Alta manera de hablar.
Tú pues, si llega ocasión,
Infórmala bien de mí;
Que mejor se escucha ansí
Una amorosa afición.
Esto has de hacer en efeto,
Porque en los tratos de amor
Es el concierto mejor
Por un tercero discreto.

RICARDO. Fía de mí, que tendré
Más cuidado que del mío.

OTAVIO. De ti mi remedio fío.

RICARDO. ¡Amigo Julio!...

JULIO. Aguardé
Que con Otavio acabases
El comenzado discurso,
Para no romperte el curso
De lo que con él tratases.

RICARDO. ¿Hablaste al Gobernador?

JULIO. Díle tu carta fingida,
De su gusto recibida
Con muchas muestras de amor.
Díjele que había venido
De donde el Príncipe estaba;
Que si responder gustaba,
El que la había traído
Mañana se partiría.

OTAVIO. (*Á Ricardo.*) ¿Carta le escribes?

RICARDO. Después
Sabrás, Otavio, lo que es.

JULIO. Cuando de darla venía,
Doy con Celia y con Estela,

De quien, Señor, entendí
Que se han de lucir en ti
La afición y la cautela.
Notable examen, por Dios,
Sobre saber quién ha sido
La dama que te ha traído,
Hicieron en mí las dos.
Porque debe de pensar
Cada una que es por ella.

RICARDO. Y ¿qué dijiste?

JULIO. Que della
Solamente imaginar
Que era en palacio podía,
Pues fuera á nadie mirabas;
Que de noche suspirabas,
Y andabas triste de día.

RICARDO. Bien hiciste, porque es justo
Ir poco á poco y á tiento,
Porque deste atrevimiento
No nos resulte disgusto.
Que aunque adorar su belleza
No puede ofenderla ansí,
Podría echarme de aquí
Por cumplir con su grandeza;
Porque fuera de ser justo
En mujer de calidad,
Más puede la honestidad
Que los consejos del gusto.

JULIO. Dices bien; pero yo sé
Que no le falta de ti.

OTAVIO. La Duquesa viene aquí.

RICARDO. Vete, Julio.

OTAVIO. Y yo me iré,
Con volverte á suplicar
No se te olvide mi ruego.

RICARDO. Será, amigo Otavio, luego
Que Celia me dé lugar. (*Vanse Otavio y Julio.*)

ESCENA V

LA DUQUESA. — RICARDO.

DUQUESA. Lauro, ¿estás solo?
RICARDO. Aqui estaba
Otavio.
DUQUESA. Y ¿fuése?
RICARDO. Ya es ido.
DUQUESA. Muchas veces he querido
(Que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasión) fiarte
Un secreto, y me ha faltado
Atrevimiento; hoy me ha dado
Licencia mi honor de darte
Satisfación del temor,
y cuenta de lo que espero
Que tan noble caballero
Hará por mi proprio honor.
RICARDO. Imagine vuestra alteza
Las fábulas ó verdades
De aquellas antigüedades
Llenas de horror y extrañeza.
Imagine que Teseo
Va á matar al Minotauro,
Y presuma que de Lauro
Espera el mismo trofeo.
Imagine que desea
Tener los vellones de oro,
Cuyo guardado tesoro
Fué perdición de Medea.
Imagine que pretende
Del campo elisio un laurel,
Y que pasando por él,
El infierno le defiende;
Ó la cristalina esfera,
Por quien hoy Atlante es monte;
Ó como Belerofonte,
Ir á matar la Quimera;
Que no pondré duda alguna,
Si lo intentan estorbar

La tierra, el infierno, el mar
Y el poder de la fortuna.

DUQUESA. Pues en esa confianza,
Caballero ilustre, advierte
Que aquel dia que me vió
El Príncipe, tu pariente
(Ó tu dueño, si lo ha sido,
Esto como tú quisieres),
Dijo... (*Ap.* No sé cómo diga
Con término más decente,
Ó con disculpa más justa,
La causa que me entristece.)
Que era yo en extremo fea.
Vino este Julio á traerle
Á Celia una carta suya;
Y como ella pretendiese
Saber si yo le agradaba,
Pues vino á esta corte á verme;
Tan descortés como el dueño,
Dijo que no libremente,
Y contó de mi fealdad
Cosas, Lauro, que parecen,
Más que de príncipe, de hombre
Que los perezosos bueyes
Guía por la tierra dura,
Donde con el férreo diente
Escribe iguales renglones,
Que abril mira, y mayo lee.
Agora quiero que veas
Lo que somos las mujeres,
Que mi vanidad acuses,
Y que mi enojo condenes.
Tan grande le tuve, Lauro,
Que no hay cosa que no intente
Por vengarme de este necio:
Y así, quiero, pues tú puedes
Ayudar á mi venganza,
Que mi amistad recompenses
En escribir á Ricardo
Que venga á Lorena á verme,
Con una invención notable.
Escúchame atentamente.

Tú has de decir en la carta
Que tanta privanza tienes
Conmigo, que te he contado
Mis pensamientos mil veces,
Y que te dije que el día
Que me vió, sin que entendiese
Que yo le vía, le vi
Y conocí claramente,
Porque Celia me lo dijo;
Y que me dejó de verle
Tan perdida desde entonces,
Que, siendo naturalmente
Alegre, vivo tan triste,
Que no hay cosa que me alegre,
Porque de todos los hombres
Me pareció diferente:
Con cuya imaginación
No hay noche que no me acueste,
Ni día que sin deseos
De volverle á ver despierte;
Y que yo misma te dije
Que si á la corte volviese,
Tendría gusto de hablarle:
Novedad de mis desdenes,
Castigo de mis desprecios,
Padecido justamente,
Por haber sido con todos
Ingrata y áspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta
Quiero también que le lleven
Un retrato, porque vea
Lo que tan mal le parece.
Él es hombre al fin y mozo,
Y pienso que, como piense
Que una mujer como yo
Con tanto extremo le quiere,
Vendrá sin duda á buscarme;
Que tanto los desvanece
Su presunción; y está cierto
Que si el necio á verme viene,
Le tengo de enamorar
Tan diestra, tan falsamente,

Que llegue á vivir sin alma;
Y que cuando llegue á verse
En estado que yo pueda
Á la venganza atreverme,
Me tengo de retirar
Con celos y con desdenes,
Que le ponga en ocasión,
Que le parezca la muerte
Más alegre que la vida.
Y si este caso sucede
Como le tengo trazado
Y tú, Lauro, no me vendes,
Tengo de hacer que Ricardo,
Aunque no quiera, confiese
Que soy lo que dicen todos,
Y que en haber dicho, miente,
Que soy fea, despreciando
Lo que en reinos diferentes
Ha parecido á sus dueños,
Tan buenos como él, de suerte,
Que por mil embajadores
Han intentado ofrecerme
Los imperios y las manos,
Para que acetase y diese
Las mías : á quienes venga
Mi arrogancia justamente,
Pues me ha despreciado un hombre,
Que solo el nombre me ofende;
Que no merecen amor
Los que son tan descorteses,
Que á las mujeres les quitan
Lo mejor que las concede
Naturaleza piadosa,
Para que estimadas fuesen.
Una mujer no ha de ser,
Lauro, capitán ni alférez;
Fuera de que ha habido algunas,
Que con eternos laureles
Por hazañas admirables
Ciñen las gloriosas frentes;
Ni ha de ser una mujer
Filósofo, ni oponerse

A las cátedras que enseñan
Divinas y humanas leyes.
Pues ¿qué ha de ser? Lo primero
Hermosa discretamente,
Y hermosamente discreta;
Que es decirte, Lauro, en breve
Que hermosura y discreción
La ennoblezcan igualmente.
Con esto será estimada,
Dejando aparte que debe
Preciarse más la virtud
Que en las buenas resplandece
De forma, Lauro, que ha sido
(Perdone Ricardo ausente)
Agravio de necio, á quien
Mi honor castigo previene.
Y pues no estás bien con él,
Permíteme que me vengue,
Si vencido de tu engaño,
Y desvanecido vuelve;
Que no hay víbora en la Scitia,
Ni tiene el África sierpe
Como mujer agraviada
De que el hombre la desprecie.

RICARDO. Pésame, Duquesa ilustre,
Por la parte que me toca
Polonia, la opinión loca
De un hombre de tanto lustre.
Que aunque no es justo alabar
Delante de quien lo siente
Al que agravia injustamente,
Y dél se quieren vengar;
Os aseguro que es hombre
De entendimiento y valor,
Y en efeto un gran señor;
Que basta solo este nombre.
No sé cómo puede ser
Que le pareciese mal
Un ángel tan celestial
En figura de mujer.
Pero, al fin, hay en los gustos
Tal vez tan mala elección,

Que en la mayor discreción
Son por extraños injustos.
Pero puédeos consolar
Que de vuestra parte estaba;
Que siempre se desalaba
Lo que se quiere comprar.
Justamente os vengaréis,
Y yo á escribirle me ofrezco,
Contento de que merezco
Que extranjero me fiéis,
Señora, tan gran secreto:
Y así, pienso despachar
Á Julio, que sabrá dar,
Como criado y discreto,
La carta en su propia mano.

DUQUESA. Pues esto aparte escuchad,
Si en nuestra firme amistad
Todo cumplimiento es vano.
Cuando un músico pretende
Á otro músico escuchar,
Suele primero cantar,
Y el otro no se defiende:
Porque al fin está obligado
De lo que el otro cantó:
Y así, para oiros yo,
Mi secreto os he contado.
¿Cómo se llama la dama
Á quien servís?

RICARDO. Gran señora,
No me preguntéis agora
Cómo mi dama se llama,
Porque siendo desigual,
Notable ofensa sería.

DUQUESA. El favor y amistad mía
¿Cómo puede estarte mal,
Sea quien fuere la dama,
Pues yo ayudarte prometo?

RICARDO. Por pagar vuestro secreto,
Celia, Señora, se llama.

DUQUESA. Pésame.

RICARDO. ¿Por qué?

DUQUESA. Yo soy

Con vosotros desgraciada.
Nación sois mal inclinada
Á mi favor. (*Ap.* Loca estoy.)
Tu dueño me llama fea,
Y tú, aun de burlas, no quieres
(Tan descortés, Lauro, eres)
Querer que la dama sea.
Notable estrella he tenido
Con vosotros.

RICARDO. Pues, Señora,
Si yo te dijera agora,
Á tu grandeza atrevido.
Que eras el alto sujeto
De mi humildad, ¿no me hicieras
Castigar?

DUQUESA. No, mientras fueras
Honestamente discreto;
Porque, ¿cómo puede ser
Dar castigo por amar?
Por amar se ha de premiar,
Que no por aborrecer.
Querer mal á quien me quiere
No era cosa natural :
Yo no te quisiera mal,
Pues desta razón se infiere.
El galán que se contenta
Del estado de su dama,
Jamás ofende á quien ama,
Pues lo que es honesto intenta.

RICARDO. Duquesa y señora mía,
Dándome tanta licencia
Vuestra discreta prudencia,
Vuestra dulce cortesía,
Diré... Mas ¡ay, osadía
De mis fáciles antojos!
¿Cómo diréis mis enojos,
Si podéis con menos mengua
Hacer de los ojos lengua,
Pues saben hablar los ojos?
¿Quién es el sol que me enciende,
Y me hiela y me acobarda?
¿Quién la tirana gallarda

Que en su dulce Argel me prende?
¿Quién me entiende y no me entiende?
¿Quién es mi hermosa homicida?
¿Quién mi esperanza perdida
En tanta gloria convierte,
Que de tan hermosa muerte
Aun se halla indigna la vida?
Ea pues, atrevimiento,
Agora es tiempo de hablar,
Pues os mandan declarar
Vuestro oculto pensamiento.
Mas si lo que callo y siento
Se puede en los ojos ver,
Presumir y conocer,
Aunque me deje morir,
No se lo quiero decir,
Pues no me quiere entender. (*Vase.*

ESCENA VI

LA DUQUESA.

Con razón me tuvo atenta
Relación tan bien fundada.
De oirle quedo admirada...
Mas no quedo descontenta;
Que cualquiera atrevimiento,
Siendo amoroso, perdona
Una gallarda persona
Y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí,
Por saber á quien quería;
Mas sirva en disculpa mía
El quererme Lauro á mí.
Porque, enojada y corrida,
Estaba desconfiada,
Del Príncipe despreciada,
Y de Lauro aborrecida;
Que á quien ninguno procura
Querer bien, y vive en calma,
Ó es hermosura sin alma,
Ó es alma sin hermosura.

ESCENA VII

CELIA. — LA DUQUESA.

CELIA. Bien despacio vuestra alteza
Ha estado con Lauro.
DUQUESA. Emprendo
La venganza que pretendo
De su ingenio y su nobleza;
Que á los dos he confiado
El hacer que venga aquí
Ricardo.
CELIA. Y ¿dice que sí?
DUQUESA. Esa palabra me ha dado.
CELIA. Pues ¿cómo vendrá?
DUQUESA. Secreto,
Para que le pueda hablar;
Que hablándole pienso dar
Á mi pensamiento efeto.
CELIA. ¿Y si se sabe en la corte
Que Ricardo viene aquí?
DUQUESA. Déjame el cuidado á mí,
Cuando el esconderle importe;
Que le tengo de burlar.
Aunque aventure en rigor
Cuanto no fuere mi honor.
CELIA. No te quiero aconsejar.
Conozco tu condición,
Tan furiosa resistida,
Que aunque aventures la vida,
Has de lograr tu opinión.
Pero dime: ¿preguntaste
Á Lauro la dama?
DUQUESA. Sí.
CELIA. Y ¿á quién ama Lauro?
DUQUESA. Á ti.
Tú, Celia, le enamoraste,
Tú le trujiste á Lorena,
Por ti su dueño olvidó.
CELIA. No es posible que sea yo
La que lo fué de su pena.

DUQUESA. No me dé el cielo ventura,
Si no me lo dijo á mí.
CELIA. ¿Que me quiere Lauro á mí?
DUQUESA. Bien puedes estar segura.
CELIA. Y ¿agradecida también?
DUQUESA. Eso no, porque es mal caso,
Cuando sabes que te caso,
Querer á ninguno bien.
CELIA. Si le pesa á vuestra alteza,
Ni le veré ni hablaré.
DUQUESA. No me pesa; pero sé
Que puede su gentileza
Impedir la voluntad
Del tratado casamiento,
Si este nuevo pensamiento
Te quita la libertad.
CELIA. No pasará por el mío
Querer á Lauro.
DUQUESA. Harás bien. (*Vase.*)
CELIA. No hay ocasión que le den
Al amor, como el desvío.
Mal, si son celos, intenta
Que muestre á Lauro rigor,
Porque resistido amor,
Con la privación se aumenta. (*Vase.*)

ESCENA VIII

RICARDO, JULIO.

RICARDO. Ponte, Julio, de camino,
Y por la puerta saliendo,
Á vista de la ciudad
Llegarás adonde tengo
Al Conde y á los criados
Que de Polonia vinieron
En mi servicio, y dirás
Que vuelvan todos, fingiendo,
Aunque con poco ruïdo,
Que vengo también con ellos.
Esta carta me darás,

En que respondo que luego
Que vi la de Lauro, puse
En ejecución su intento.
Y advierte que me la des
Con atrevido despejo
Delante de la Duquesa.

JULIO. No has tenido pensamiento
De más ingenio en tu vida.

RICARDO. Es amor grande ingeniero.
Las máquinas de Arquimedes
No son encarecimiento
Para las que tiene amor.

JULIO. Ya sé que amor es tan diestro,
Que fabrica laberintos
Tal vez á maridos necios,
Donde encierra minotauros,
Que suelen matar Teseos,
Con hilos de oro, que son,
Sobre tabíes diversos
Y lamas tornasoladas,
Pasamanos de manteos.
Ya sé que no va Leandro
Por Hero, de Abido á Sesto;
Que para que abran las torres
Las Heros, bastan dineros.
Dédalo se ha vuelto amor,
No por los dorados cercos
Del sol; por lo bajo danza
Entre sastres y plateros.
Su matemática toda
Es inventar usos nuevos
De joyas y de vestidos;
Y yo pienso que es lo cierto,
Porque si de lo que ha sido
Por amor vicioso extremo,
Es fuerza en quien tiene honor
Que quede arrepentimiento,
Cuatro joyas de diamantes
Serán más noble consuelo
Que del honor y el peligro
Las memorias sin provecho.

RICARDO. Parte, Julio, con cuidado.

JULIO. Yo parto en brazos del viento,
Para volver en sus alas.

RICARDO. Y yo quedo satisfecho
De tu diligencia, Julio. (*Vase Julio.*)

ESCENA IX

CELIA. — RICARDO.

CELIA. Lauro...

RICARDO. Señora...

CELIA. ¿Qué es esto?
¿Dónde despachas á Julio?

RICARDO. Al Príncipe, con deseo
De dar gusto á la Duquesa,
Á quien ya tengo por dueño.
Ni es deslealtad engañarle
Y hacerle venir, pues pienso
Que, aunque pretende burlando
Enamorarle, el ingenio
De Ricardo es tan sutil,
Que por sin duda sospecho
Que le ha de querer de veras.

CELIA. Aquí me dijo su intento,
Y que te había preguntado
Quién era aquel nuevo empleo
De tus pensamientos, Lauro.

RICARDO. Y ¿qué te dijo?

CELIA. No acierto
En decirte que soy yo;
Pero si no te agradezco
Tanto amor, que por el mío
Hayas dejado tu dueño,
Y aventurando tu honor
En ocasión te hayas puesto
De estar en país extraño
Con nombre tan bajo preso;
Mal cumplo la obligación
De mi noble nacimiento:
Y así digo que lo estimo,
Lauro galán, como debo,

Y cuanto puede mi estado
Mostrar agradecimiento;
Que de ser agradecida
Á quien me obliga me precio,
Mayormente con amor,
Que es acción de nobles pechos.

ICARDO. Celia, yo sé que un hombre desdichado
Para mayor desdicha fué dichoso,
Como mi ejemplo muestra, que ha llegado
Á romper mi silencio temeroso.
Tu agradecido pecho, tu cuidado
Y el verme tan aprisa venturoso,
Siendo en tus prendas mi valor tan poco,
Fueran bastantes á volverme loco.
Mas no quiso el rigor de mi fortuna
Que yo gozase el bien de mi deseo,
Mostrándose tan fiera é importuna,
Cuando el favor sin esperanza veo.
Ayer cuando á la vista de la luna
Se trasladaba el resplandor febeo
Al ocaso entre nubes de zafiros,
Mezclando en las palabras los suspiros,
Me dijo Otavio que eras, Celia hermosa,
Alma de sus sentidos, y que estaba
Sin la suya per ti, con amorosa
Ternura, que las piedras ablandaba;
Que pues con la Duquesa generosa
Hallé tal gracia, que en palacio entraba
Con libertad, y en él te hablaba y vía,
Fundase su esperanza en mi osadía.
Que te dijese, Celia, que le dieses
Licencia de servirte libremente,
Porque, si tanto amor favorecíes,
Verte, adorarte y escribirte intente.
Aquí querría que pensar pudieses
Cuál fué, dulce señora, el accidente
Que mis venas heló, viendo al amigo
Mayor que tengo descansar conmigo.
Quererte y engañarle es imposible,
Aunque me muera yo: dejarle debo
La empresa á Otavio, y con dolor terrible,
Cuando puedo vivir, la muerte apruebo.

Tú, cuando fuere á tu valor posible
(Mira ¡qué engaño en el amor tan nuevo!),
Á Otavio favorece, sin que Otavio
Sienta mis celos y tu amor mi agravio.

CELIA. Si tuvieras amor, ¿quién te quitaba
Que le dijeras, Lauro, *á Celia quiero*,
Aunque lo que él de mí te declaraba
En tu imaginación fuera primero?
Mas como el no tenerle te obligaba,
Sigues la ley de amigo verdadero,
Que tantos han quebrado, con disculpa
De que el agravio por amor no es culpa.
¿Á qué padre, á qué amigo, á qué pariente
Guarda respeto amor? Pero ya es tarde
Para reñir á un hombre que no siente,
Y que quiere que amor respetos guarde.
No quiera el cielo que querer intente
Hombre que tuvo amor y fué cobarde,
Pues no lo siendo para hablar conmigo,
Calló sus penas á su proprio amigo.
Traidor fuiste á los dos: á ti callando
Tu amor, cuando él su amor te fué diciendo;
Y á mí, pues mis favores despreciando,
De tu villana ingratitud me ofendo.
Ninguno me hable, aunquo se muera amando,
Porque á los dos estoy aborreciendo.

RICARDO. Celia, señora...

CELIA. Vete, impertinente.

RICARDO. (*Ap.*) Por Dios, que la engañé famosamente.

ESCENA X

LA DUQUESA, EL GOBERNADOR. — DICHOS.

DUQUESA. ¡Carta del Príncipe á ti! (*Al Gobernador.*)

GOBERN. Por mano de Otavio ha sido
Este milagro.

DUQUESA. Ofendido
Ricardo estará de mí,
Viendo que di libertad
Á Lauro.

GOBERN. Engáñase en todo
Vuestra alteza; de otro modo
Intenta hacerle amistad.
DUQUESA. ¿Cómo amistad?
GOBERN. Esta es
La carta, que vista, fuera
Causa que pena me diera
De haberle preso después.
DUQUESA. Celia, ¿es su letra?
CELIA. Y su firma.
DUQUESA. Lee.
CELIA. Escucha.
DUQUESA. (*Ap.*) Como sombra
Este Príncipe me asombra,
Y sus agravios confirma,
CELIA. (*Lee.*) « El enojo que me dió Lauro con su necia par-
» tida, me hizo tomar tan mal consejo, por detenerle.
» Suplico á vuestra señoría que si está preso, le dé liber-
» tad, y si no, le persuada que se vuelva conmigo; que
» estoy en una aldea, á veinte leguas de esa corte, en-
» fermo desde que él se partió; porque fuera de ser mi
» primo, es mi mayor amigo. »
DUQUESA. Dos cosas vienen aquí
Notables : es la primera
Ser su primo; ¿quién creyera
Menos de Lauro?
CELIA. Es ansi,
La nobleza trae escrita.
DUQUESA. La otra, que enfermo esté
Desde que de aquí se fué.
CELIA. No sin causa solicita
Que vuelva Lauro con él.
DUQUESA. Responded, Gobernador,
Que no fuistes con su honor
De Lauro vos tan cruel,
Y que nunca estuvo preso;
Que le hablaréis, con cuidado
De verle tan agraviado
Por aquel pasado exceso.
Pero no le prometáis
Que irá á verle...
GOBERN. Á escribir voy.

DUQUESA. Ni que yo avisada estoy
Del mal que tiene escribáis.
(*Vase el Gobernador.*)

ESCENA XI

LA DUQUESA, CELIA, RICARDO.

RICARDO. Parecióme que trataban,
Gran señora, vuestra alteza
Y el Gobernador de mí.
DUQUESA. Hay una cosa muy nueva.
RICARDO. ¿Cómo?
DUQUESA. El Príncipe, tu dueño
(Mejor tu primo dijera),
No veinte leguas de aquí
Está enfermo en una aldea.
RICARDO. ¿Enfermo?
DUQUESA. Así lo escribió.
RICARDO. Pues ¿cómo, estando tan cerca,
No se ha sabido?
DUQUESA. Habrá dado
También en que no se sepa,
Como en otras necedades;
Porque presumo que piensa
Que estás preso.
RICARDO. Á no haber sido
Por tu piedad, yo estuviera,
No sólo en duras prisiones
Entre la gente plebeya,
Mas por ventura sin vida.
DUQUESA. Primero la suya sea
Ejemplo de desdichados,
Y nunca á Polonia vuelva.
CELIA. ¿No le dices como quiere
Que Lauro vaya al aldea?
RICARDO. Pues ¿escribe que yo vaya?
DUQUESA. Con el temor de tu ausencia,
Aun no te osaba decir
Que verte Lauro desea;
Pero si sientes tu agravio,

Como es razón que lo sientas,
No pienso yo que en tu vida
Volverás donde te vea.

RICARDO. Si mi ausencia, como dice,
Ha de sentir vuestra alteza,
Perdone esta vez Ricardo,
Por más que la sangre mueva
Los deseos de su vista;
Fuera de estar mi inocencia
Tan quejosa de su agravio.

ESCENA XII

JULIO. — DICHOS.

JULIO. ¡Quién pensara que pudiera
Volver tan presto de España!

RICARDO. ¿Es Julio?

JULIO. Con razón llegas
Á dudar si Julio soy,
Dando tan presto la vuelta,
Que más parece de marzo.

DUQUESA. Lauro, ¿Julio estaba fuera?

RICARDO. Fué el criado que escogí,
Fiado en su diligencia,
Para la que hacer mandaste;
Y pues ya lo sabe Celia,
Y este loco ha entrado aquí,
Que hablarme después pudiera,
Él te dirá lo que pasa,
Excusando que en la aldea,
Que dice el Gobernador,
Le ha detenido en Lorena
Peligrosa enfermedad.

JULIO. Si lo saben, ¿qué me queda
Para que les pida albricias?

RICARDO. Saber si te dió respuesta.

JULIO. Esta carta, y por la tuya
El porte desta cadena.
Queda loco del retrato
Y el favor de la Duquesa,

De suerte que al mismo punto,
Como si tu imagen bella
Fuera de milagros, pide
Le den de vestir; y queda
Tan alentado y brioso,
Que el Conde y la gente nuestra
Han dado con los caballos
Por varias partes carreras,
Alborotando el lugar,
Como al salir la sentencia
De un gran estado en las cortes
Los que van á dar las nuevas.

DUQUESA. Pues el que me tuvo en poco,
Y á quien pareci tan fea,
¿Con mi favor convalece,
Y mi retrato le alegra?

RICARDO. Debe de querer el cielo
Dar á tu venganza fuerzas.
¿Leeré la carta?

DUQUESA. Después
Quiero, Lauro, que la leas,
Cuando estemos los dos solos.

RICARDO. ¿De qué manera conciertas
Que venga á verte Ricardo?

DUQUESA. Porque no demos sospecha,
Verme de noche podía

RICARDO. Y ¿ha de entrar á tu presencia?

DUQUESA. No, Lauro: que no es razón.

RICARDO. Pues ¿cómo quieres que sea?

DUQUESA. Hablándome como amante
Por alguna de las rejas
Que salen á los jardines.

RICARDO. Ya voy previniendo penas.

DUQUESA. ¿De qué, Lauro?

RICARDO. ¿Ya, Señora,
De aquel favor no te acuerdas,
Con que prometiste dar
Vida á mi esperanza muerta?

DUQUESA. Sí acuerdo.

RICARDO. Pues ¿no es razón
Que celos de un hombre tenga
De las partes de Ricardo?

DUQUESA. Calla, Lauro; que si llega
Esta venganza á su punto,
Como mi agravio desea,
El tendrá celos de ti.

RICARDO. Beso los pies de tu alteza. (*Vase la Duquesa.*)

ESCENA XIII

RICARDO, CELIA, JULIO.

CELIA. Lauro...

RICARDO. Celia...

CELIA. ¿No hablarás
Conmigo, mientras Estela
Con el Príncipe?

RICARDO. Si Otavio,
Señora, me da licencia.

CELIA. ¡Qué cobarde caballero!

RICARDO. Señora, guardar es fuerza
El decoro á la amistad. (*Vase Celia.*)

ESCENA XIV

RICARDO, JULIO.

RICARDO. ¿Qué dices, Julio?

JULIO. Que enredas
Tal máquina de invenciones,
Que es imposible que puedas,
Si has de ser Lauro y Ricardo,
Salir bien con lo que intentas.

RICARDO. En gran peligro me veo,
Pues he de hablar en la reja
Con Estela á un tiempo mismo,
Y como Lauro con Celia.
Mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
¿Qué daño puedo temer
Cuando el engaño se entienda?

JULIO. Pareces amante halcón

En conquistar su belleza;
Que gustan de que la caza
Que han de comer, se defienda.

ACTO TERCERO

Jardín, y vista exterior del palacio.

ESCENA PRIMERA

RICARDO, OTAVIO.

OTAVIO. Notable invención ha sido
Tú mismo fingirte á ti
RICARDO. Mayor es, estando aquí,
Ser Otavio el que ha venido.
OTAVIO. ¡Qué bien fingido secreto!
Bien llegaron tus criados.
RICARDO. Vienen diestros y enseñados
Del Conde para este efeto.
Pero el peligro mayor
Es hablar á la Duquesa.
Cuando esto pienso, me pesa
De haberla tenido amor;
Porque llegando á pensar,
Aunque de noche ha de ser,
Que me puede conocer,
Temo que se ha de enojar.
Y si yo libre estuviera,
Dejara en aquel estado
Cuanto sabes que ha pasado,
Y con Ricardo fingiera
Que á la patria me volvía,
Ó á España, como pensé
Cuando la Francia pasé,
Pues sólo á verla venía.
OTAVIO. En vano tienes temor;
Que no te ha de conocer
Por la habla, si ha de ser

En la distancia mayor.
Y cuando á su pensamiento
Malicia pueda llegar,
Por la patria ha de pensar
Que tenéis un mismo acento.

RICARDO. Esa razón es verdad,
Y gran ventura haber sido,
Esta noche en que ha venido,
Un limbo de oscuridad.
Algo tiene que decir
La luna en esta ocasión
Al pastor Endimïón,
Pues no ha querido salir.
Y como son sus doncellas
Las estrellas que la ven,
Habrá querido también
Recoger á las estrellas.
Lluvioso el cielo se muestra
Y favorable á mi engaño.

OTAVIO. La habla no te hará daño;
Que no es Estela tan diestra.
Y como es tan poderosa
La imaginación, no dudes
Que por poco que la mudes,
Quede Estela sospechosa.

RICARDO. Paréceme que dirás
Á qué efeto me he fingido
Con ella el mismo que he sido,
Pues no ha de quererme más.
Mira, Otavio; esta señora,
Por soberbia de hermosura,
Dió en despreciar la ventura
Que tiene dudosa agora.
No le agradaba marido,
Mil príncipes despreció;
Temiendo lo mismo yo,
Cuanto sabes he fingido,
Por enamorarla ansí;
Que si de otra suerte fuera,
Lo mismo conmigo hiciera;
Pero más dichoso fuí,
Pues ya la tengo en estado

Que cuando llegue á saber
Quien soy, no podré temer
Desprecios de mi cuidado.

OTAVIO. Dichoso fuiste; mas yo
Tan desdichado me veo
Con Celia y con mi deseo,
Que Celia me aborreció,
Y él no me quiere dejar.

RICARDO. Celia será tuya...

OTAVIO. ¿Mía?

RICARDO. Si llegare, Otavio, día
Que yo lo pueda mandar.

OTAVIO. Quiéralo el cielo.

RICARDO. Sí hará.

OTAVIO. Julio sale.

ESCENA II

JULIO. — DICHOS.

RICARDO. ¿Es hora?

JULIO. Sí.

RICARDO. ¿Viste á la Duquesa?

JULIO. Vi.

RICARDO. ¿Sale ya á las rejas?

JULIO. Ya.

RICARDO. Pareces eco.

JULIO. En oyendo
Que estaba allí, me llamó.
Entré, vi al sol, y él me vió,
Á media noche saliendo,
Aunque este conceto sea
Villancico en Navidad.
Pintarte la majestad
De aquella divina fea
Es ofender su hermosura.
Detrás de un bufete estaba,
Que luz á dos luces daba
Con su luz hermosa y pura.
Allí estaban por despojos
Tus amorosas porfías,

Y corridas las bujías
De que alumbraban sus ojos.
La ropa de levantar
Era deste sol esfera;
Mas mejor lo pareciera
Para ropa de acostar.
El faldellín, en que había
Quedado aquel cuerpo hermoso,
Era telliz venturoso
Del alba en que sale el día.
Lo demás es lo de menos,
Siendo del mundo lo más;
Y al decirme « ¿ Cómo estás ? »
Miró con ojos serenos.
Aquí vieras la oratoria
En su punto : finalmente,
Me preguntó : « ¿ Cómo siente
Lauro la amorosa historia
De su príncipe Ricardo,
Después que á la corte vino?
Ya celoso le imagino;
Que me dicen que es gallardo.—
Señora, le repliqué,
Toda la noche han estado
Juntos, y de ti han hablado. »
(Y en esto no la engañé,
Pues que sois uno los dos);
« Siente que esta noche quieras
Hablarle, y si perseveras,
Matas á Lauro, por Dios.—
Ya no lo puedo excusar
(Dijo) pues está en la calle ;
Y celos, sin ver su talle,
¿Cómo se pueden causar?—
Celos (dije yo), pues sientes
La causa de sus achaques,
Son, gran señora, almanaques
De futuros contingentes.
Donde dicen que ha de hacer
Claro, llueve sin reparo,
Y sale el sol puro y claro
Sí picen que ha de llover.

Yo no sé de astrología
Desto que llaman amor,
Pero me ha dado temor.
Que se ha de trocar el día.-
Vete (dijo) y di que ya
Salgo al balcón. » — Está atento;
Que en las celosías siento
Que alguna persona está.
Y pues te has determinado,
Llega á morir ó á vencer.

RICARDO. Dos papeles he de hacer,
Que el poeta amor me ha dado.
Ya he de ser Ricardo, y ya
Lauro ; pero Otavio entienda
Que los mismos le encomienda ;
Que así concertado está.
Ricardo y Lauro ha de ser.

OTAVIO. Si sales con este engaño,
Servirá de desengaño
De lo que amor puede hacer.

RICARDO. Señas han hecho, yo llego.

ESCENA III

En dos balcones altos y apartados aparecen LA DUQUESA Y CELIA, *teniendo las cortinas de ellos con las manos.* — DICHOS.

OTAVIO. En dos partes hacen señas.

RICARDO. Si á Celia, Otavio, conoces,
Fíngete Lauro con Celia,
Porque yo me fingiré
Ricardo con la Duquesa,
Si es fingirme el ser quien soy.
Tú, Julio... ya entiendes.

JULIO. Llega.
(*Ap.* Y entre tanto dormiré,
Mientras ellos se desvelan [1].

1. Este verso y el anterior no se hallan en la edición antigua de esta comedia, parte 24 de LOPE, impresa en Zaragoza, año de 1641. Se leen, sí, en otras ediciones comunes. J. E. H.

(*Acomódase en un rincón, y quédase después dormido.*)

DUQUESA. ¿Es el príncipe Ricardo?

RICARDO. ¿Es, Señora, vuestra alteza?
(*Ap.* Finjo la voz para que [1]
Tenga el engaño más fuerza.)

DUQUESA. Yo soy.

RICARDO. Y yo quien adora
Esas hermosas estrellas.

DUQUESA. (*Ap.* ¡Cielos! El eco en Ricardo [2]
Á la voz de Lauro suena.)
¿Qué diréis de mi osadía?
Pero fuera yo muy necia
Si disculpara á quien vió
Vuestra rara gentileza.
No he sabido defenderme
De vos, pues que tanta ausencia
Sola una vista no olvida.

RICARDO. Si amor con milagros piensa
Hacerme tan venturoso,
¿Qué tengo yo que le ofrezca,
Si os he dado á vos el alma?
La enfermedad del aldea
Fué de amor, fué de haber visto
Vuestra divina belleza.

CELIA. ¡Ah, caballero! ¿Sois Lauro? (*Á Otavio.*)

OTAVIO. Lauro soy, hermosa Celia.

CELIA. ¿No queréis hablar conmigo,
Por no dar celos á Estela?

OTAVIO. Yo, mi señora, no doy
Celos, y cuando los diera,
Aventurara mi daño
Por el gusto de quien reina
Por alma de mi albedrío,
Donde no puede haber fuerza
Mayor que la voluntad.

CELIA. ¡Qué desigual competencia
Hacemos mi prima y yo!

OTAVIO. No puede Estela tenella
Con vos, si yo soy la causa.

---

1. Este verso y el siguiente no se hallan en la edición antigua.
2. No se halla este aparte en la edición antigua. J. E. H.

CELIA. ¿ Con qué queréis que agradezca
Tanta merced ?

OTAVIO. Con pagarme.
Mirad ¡ qué breve respuesta !

DUQUESA. (*Ap.*) Muriéndome estoy de ver
Que hablen juntos Lauro y Celia.
¿ Qué haré para dividirlos ?

RICARDO. ¿ Con quién habla vuestra alteza ?

DUQUESA. ¿ Es Lauro aquel ?

RICARDO. Sí, Señora.

DUQUESA. Decidle que á hablarme venga,
Y vos á Celia daréis
De lo que tratamos cuenta;
Que es muy justo, por mi amiga,
Por mi prima y deuda vuestra.

RICARDO. (*Ap.* Notablemente sucede.
¡ Cuánto se engaña quien piensa
Que nadie puede engañarle !)
(*Va donde está Otavio.*)
Lauro...

OTAVIO. Señor...

RICARDO. (*Á Celia.*) Dad licencia
Por un instante. — (*Á Otavio.*) Oye aparte.

OTAVIO. ¿ Conocióte la Duquesa? (*Ap. Ricardo.*)

RICARDO. De ninguna suerte, Otavio;
Mas como de ver le pesa
Que hables con Celia (que al fin
Presume que hablo con Celia,
Me ha mandado que te llame,
Y que entre tanto entretenga
Á Celia.

OTAVIO. Pues ¿ qué has de hacer ?

RICARDO. Que tú hablar á Celia vuelvas,
Y yo vuelva como Lauro;
De suerte que vaya y venga
Á ser dos, siendo uno mismo.

OTAVIO. ¡ Extrañas cosas intentas !

RICARDO. No puede mi desatino
Volver atrás, aunque quiera.
(*Vuelve al balcón adonde está la Duquesa.*)
¿ Es vuestra alteza ?

DUQUESA. Yo soy.

RICARDO. Que me llama vuestra alteza
Me dijo el Príncipe.

DUQUESA. Lauro,
Hame dado mucha pena
Que hables con Celia.

RICARDO. Señora,
Dios sabe que no quisiera
Ni verla ni haber nacido,
Para ser de mis ofensas
Tercero, como lo soy.

DUQUESA. (*Ap.* ¡Hay tan notable extrañeza![1]
Que á Ricardo y Lauro un mismo
Acento naturaleza
Les concediese, es prodigio.)
¿De que pretenda te quejas
Vengarme con estas burlas?

RICARDO. Quien llega á morir de veras
No funda en burlas sus celos.

DUQUESA. Lauro, si yo presumiera
Que esto había de causarte
Un átomo de sospecha,
Ni la venganza intentara,
Ni aunque me llamara necia
(Que entre personas con alma
Es más agravio que fea),
Tratara de castigarle.

RICARDO. Que satisfación merezca
De esa boca mi osadía,
Todos mis celos sosiega.
¡Oh qué palabras tan dulces!
¡Bien haya quien paga en perlas
Penas de celos fingidos!
¡Oh quién estuviera cerca
Para deshacer las hojas
Desas blancas azucenas,
Poniendo en tierra la boca!

DUQUESA. Yo aguardara que amanezca
Por ver al Príncipe el talle;
Pero porque me agradezcas
Que este deseo no cumpla

1. No se lee este aparte en la edición antigua. J. E. H.

(Que en mujer es cosa nueva),
Di al Príncipe que perdone,
Porque el aurora no sea
Causa que alguno en palacio
Esta novedad entienda.
Esto fineza parece.

RICARDO. Si en la voluntad engendra
Almas amor, sean mil almas
Agradecida respuesta.
Secretaria de la cifra
De amor llamaba un poeta
Á la noche, en quien se fían
Cuantas palabras y señas
De dos amantes caminan
Desde la calle á las rejas.
Es el aurora una espía,
Cuya luz viene secreta
Á disfrazar pensamientos
Y á entretener dulces penas.
Yo voy para que nos vamos;
Que noches, Señora, quedan
Para engañarle; y como es
Mozo de poca experiencia
Y soberbio de su talle,
No dudes de que ya piensa
Que estás dél enamorada.

DUQUESA. Bien dices : yo me voy.
(*Pásase al balcón donde está Celia.*)
Celia...

CELIA. Señora...

DUQUESA. Vamos de aquí.

CELIA. Adiós, Lauro.

OTAVIO. ¡ Quién pudiera
Iros siguiendo, sol mío!
(*Retíranse la Duquesa y Celia.*)

ESCENA IV

RICARDO, OTAVIO, JULIO.

RICARDO. ¡ Julio, hola! Julio, despierta.

JULIO. ¿ Quién llama ?

RICARDO. ¿No me conoces?
JULIO. Mueran.
RICARDO. ¿Á quién dices mueran?
JULIO. ¿Dónde están los enemigos?
RICARDO. Detén la rodela, bestia.
JULIO. Si no eres tú, ¡vive Dios,
Que estás haciendo floretas
Á estas horas en el aire!
¿Qué hay de Duquesa y de Celia?
RICARDO. Que he sido un dios Jano amante
Con dos caras.
JULIO. La Duquesa
Al fin ¿no te ha conocido?
RICARDO. ¡Quién pensara que tuviera
Tan firme imaginación
En mi fe y en su grandeza
Para no ser engañada!
JULIO. Triste está Otavio.
OTAVIO. No alegran
Dichas fingidas.
RICARDO. La aurora
Ya por la boca risueña
Cándidos rayos dilata,
Flores y fuentes le besan
Los coturnos de oro y nácar.
JULIO. Y yo dijera en mi lengua
Que salía la mañana
En chapines ó en chinelas.
RICARDO. ¡Oh amor! ¿Qué será de mí?
Adiós, rejas.
JULIO. ¡Quién creyera
Que no hubiera para Julio
Una Inés en esta feria!
Mas dícenme que se cansan
De que los amantes tengan
Criado para criada;
Y así no hay Inés; paciencia. (*Vanse.*)

Sala del palacio.

ESCENA V

LA DUQUESA, CELIA.

DUQUESA. ¿ Á mí me quieres hacer,
Prima, tan grande disgusto ?
CELIA. La que se casa sin gusto
¿ Dónde le piensa tener ?
DUQUESA. Casada, toda mujer
Ama después su marido.
Pocas dichosas han sido
Por casarse enamoradas.
CELIA. Debieron de ser culpadas.
¿ Cuándo amor merece olvido ?
DUQUESA. Si Lauro no te obligara,
Yo sé que me obedecieras.
CELIA. Y yo que no te ofendieras,
Si Lauro no te agradara.
Pero, Señora, repara
En que no te iguala á ti ;
Reyes y príncipes sí :
Luego no he pensado mal
Que un hombre, que no es tu igual,
Será bueno para mí.
DUQUESA. Celia, menos bachillera;
Que yo me puedo casar
Con mi gusto, y puedo dar
Mi estado á quien menos fuera.
Y cuando yo á Lauro quiera,
¿No es Lauro primo de quien
Á mi me estuviera bien?
Luego aquel mismo valor
Me puede obligar á amor
Como al Príncipe á desdén.
CELIA. Como tu melindre ha sido
Tan recatado hasta agora
En querer buscar, Señora,
Entre príncipes marido,
No pensé verle rendido

A un hombre que no lo es,
Y me espanto de que des
En querer, Estela, ansí
Quien me quiere sola á mí,
Pero á ti por interés.

DUQUESA. ¡Qué loca te tiene amor!
¿Lauro á ti?

CELIA. Si anoche oyeras
Á Larou conmigo, hubieras
Desengañado tu error.

DUQUESA. Del Príncipe, su señor,
Que conmigo, Celia, hablaba,
Celoso por dicha estaba,
Pues cuando yo le llamé,
Desengañada quedé
De que Lauro te engañaba.

CELIA. ¿Cómo que te hablaba á ti,
Pues nunca Lauro te habló?
Si de mí no se apartó
En cuanto estuviste allí.

DUQUESA. Digo que le hablé y le oí
Tan tierno, tan dulce amante,
Que se ablandara un diamante.

CELIA. No sé cómo puede ser
Que de Lauro pueda haber
Un retrato semejante;
Pero pues se ha declarado
Desta suerte vuestra alteza,
En mí fuera ya bajeza
Darle con celos cuidado.
Y del que Lauro me ha dado
Quedo tan arrepentida,
Que no le hablaré en mi vida;
Que prenda tan estimada
No ha de ser de mí enojada,
Sino adorada y servida. (*Vase.*)

ESCENA VI

LA DUQUESA.

¿ Soy yo por dicha, pensamiento mío,
La que jamás rindió su pensamiento?
Celos quieren vencer mi entendimiento
Y entrar con mi valor en desafío.
Amar por la razón el albedrío
Es dar á la disculpa fundamento;
Por celos no, que es invidioso intento,
Y ofensa del honor el desvarío.
Conciertan las estrellas de los cielos
El amor entre dos, porque por ellas
Se quieren con recíprocos desvelos :
Pues si estrellas de amor son causas bellas,
Conciértenos el cielo; que los celos,
Si son infiernos, no han de ser estrellas.

ESCENA VII

JULIO. — LA DUQUESA.

JULIO. Salga vuestra alteza á ver
Del Príncipe, mi señor,
Un presente, aunque el valor
Tan desigual viene á ser
Con el que hoy ha recibido
De tus manos liberales,
Que en sus minas celestiales
Diamantes han producido;
Si bien más que los diamantes
La ropa blanca estimó ;
Que nunca el sol se vistió
Con auroras semejantes;
Porque tan lindas camisas
Parece que las dió el alba
En su azafate, con salva
De sus flores y sus risas.
Alaba olor, y limpieza

De las cajas de ciprés,
Y dice que todo es
Retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
Á enviarte niñerías.

DUQUESA. ¿ Que tan presto de las mías
El Príncipe se ha pagado ?

JULIO. No son cosas de valor,
Si bien son curiosidades.

DUQUESA. Con eso me persüades
Que me tiene poco amor.

JULIO. Solo un retrato le tiene,
Que está engastado en diamantes.

DUQUESA. ¿ De quién ?

JULIO. Porque no te espantes,
La lengua el nombre detiene.

DUQUESA. Di presto.

JULIO. De Lauro es.

DUQUESA. ¡ Retrato de Lauro á mí
Con tantos diamantes !

JULIO. Sí,
Porque dice que después
Que te oyó decirle amores,
No te pudo hacer presente
De más valor.

DUQUESA. Lauro miente
Si le ha dicho mis favores.

ESCENA VIII

RICARDO. — Dichos.

RICARDO. ¿ Siempre he de hallar Señora, en vuestros labios
Á Lauro ?

DUQUESA. No esta vez por gusto mío,
Sino para vengar necios agravios.

RICARDO. Más de tu ingenio y tu valor confío.

DUQUESA. Nunca se alaban los amantes sabios,
Porque es ingratitud y desvarío,
De los favores de sus damas.

RICARDO. Mira

Que son los celos del amor mentira.
Díjome anoche el Príncipe, Señora,
Que nos oyó requiebros cuando hablaba
Con Celia, en cuya plática el aurora
Nos halló sin dormir : ¡tan necio estaba!
Con esto Julio te habrá dicho agora
Que mi retrato propio te enviaba,
Pasándole á una caja de otro suyo.

DUQUESA. Más la merece, sin enojo, el tuyo.

RICARDO. Pues si esto es la verdad, los claros cielos
Serene de los ojos vuestra alteza;
Que no se han de atrever á cielos celos,
Ni la sombra á la luz de la belleza.

DUQUESA. Lauro, ¿no me bastaban los recelos
De Celia, que me han dado igual tristeza,
Sino pensar de ti que me vendías?

RICARDO. Pues ¿qué dice de mí?

DUQUESA. Que la querías.

RICARDO. ¡Yo!

DUQUESA. Sí.

RICARDO. Tú misma entretenella,
Señora, me mandaste, y porque fuese
Más secreto mi amor, fingí querella,
No porque yo, Señora, la quisiese.

DUQUESA. Lauro, Lauro no más hablar con ella;
Que hablaré con Ricardo, aunque te pese.
Ya no es tiempo que andemos tan secretos.

RICARDO. Pues ¿no es secreto amor, entre discretos?

DUQUESA. Llegada á declararme desta suerte,
No quiero discreciones.

RICARDO. Gran señora,
Que está aquí Julio, y que nos oye advierte.

DUQUESA. Pues por eso haré yo matarle agora.

JULIO. ¡Á mí, Señóra! ¡Á mí me das la muerte!
¿Por qué delito, á Julio que te adora?
Pero para la muerte, ¿qué mayores
Que haber sabido faltas de señores?

DUQUESA Por el donaire, Julio, te perdono.

JULIO. Ea, que no pensabas en matarme;
Que tengo en tu grandeza ilustre abono,
Y aquí no tienes tú que perdonarme.
Pero así del mayor imperio y trono

Tu casa de Lorena timbres arme,
Como pienso que Lauro te parece,
Y no es falta querer quien te merece.

DUQUESA. Lauro, ¿agora tristezas?

RICARDO. ¿Nunca oiste
Que en la prosperidad ninguno es sabio,
Y que mejor un hombre se resiste
De la desdicha en el adverso agravio.
Estoy ¡ay Dios! de tus favores triste,
Desconfiado el pecho, mudo el labio,
El alma sin valor, y la esperanza
Temiendo la fortuna en la bonanza.
Cuando tormenta mi bajel corría,
Con menos pensamientos navegaba;
Las olas que llegaban recibía,
Y de las que pasaban me alegraba.
Mas triste agora estoy, sereno el día,
Y en las velas que el ábrego bramaba
Cantar oyendo el céfiro süave;
Que más teme el peligro quien le sabe.
Veo celoso al príncipe Ricardo,
Príncipe al fin, y á ti no mal contenta
De verle padecer: pues ya ¿qué aguardo,
Si sé el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia, próspero y gallardo,
Público, Estela, ya servirte intenta:
Pues en saliendo en público, ¿no miras
Que en vano de ti misma te retiras?
¿Cómo puedes, Señora de mis ojos,
Que presto no verán los de tus cielos,
Excusar su favor y mis enojos,
Ni la ciudad hablar en sus desvelos?
¿Tengo yo de aguardar á tus antojos,
Que él se enamore y que me maten celos.
Y esperar á si quieres ó no quieres,
No siendo de diamantes las mujeres?
¿Tengo yo de mirar, señora mía,
De qué manera á vista de tus rejas
Pasa Ricardo, por ventura el día
Que ya firmados los conciertos dejas?
¿Será bien que mi bárbara porfía
Venga á decirte lastimosas quejas

La misma noche, y que se queje al viento
La envidia de mi loco pensamiento?
¿Tengo yo de sufrir que coronado
De varias plumas, pase por la tela,
Mirando al sol de tu balcón dorado,
Y que salgas á verle, hermosa Estela?
¿Y que bañe al bridón de fuego armado
Espuma el freno, y púrpura la espuela,
Con aplauso común que el vulgo admire,
Porque no sientas cuando yo suspire?
¿Será justo que entonces mi esperanza,
Que fué por ti pirámide en el viento,
Caiga por la región de tu mudanza,
Lastimando su mismo fundamento?
Siempre estuvo el peligro en la tardanza:
No quiero estar á mi desdicha atento,
Para morir de un súbito accidente;
Que más despacio muere un hombre ausente.
Dame licencia que me parta á España,
Donde me escribirán tu casamiento;
Que basta para ser gloriosa hazaña
Inclinar á mi amor tu pensamiento.
Mejor me tratará la tierra extraña,
Y allí será menor mi sentimiento;
Fuera de ser peligro cuidadoso
Dar celos á un amante poderoso.
Ni tú querrás que yo pierda la vida
Á manos de Ricardo injustamente;
Que á un hombre, de quien tú fuiste homicida,
Sólo le ha de matar su pena ausente.
Y no presumas que el ausencia olvida
En tu hermosura efeto diferente;
Que tiene amor para impresiones tales
Estampa de las almas inmortales.

DUQUESA. Lauro, si tú no supieras
Mi calidad y valor,
Ingrato á mi grande amor
Temer mudanza pudieras;
Mas si quien soy consideras,
Es justo que consideres
Que no todas las mujeres
Á cualquier viento que corre,

Como veleta de torre,
Mudamos de pareceres.
Sin esto, más confianza
Merece mi inclinación,
Sabiendo que mi intención
No es amor, sino venganza.
Ya que te he dado esperanza,
No es para mudar de intento;
Que cuando mi entendimiento
Dijo : « á Lauro he de querer, »
No supe que era mujer
Para mudar pensamiento.
Si temes, viendo que intenta
Salir público Ricardo,
Más presto venganza aguardo
De aquella pasada afrenta;
Porque á darte gusto atenta,
Impediré que lo intente.
Espera, Lauro, valiente;
Que si cobarde te vas,
Mucha licencia me das
Para que te olvide ausente.
No he pensado declararme
Tan locamente contigo,
Ni es bien, si lá más te digo,
En lo menos recatarme.
Para ayudar á vengarme,
No ha de faltarte valor.
Escucha, y pierde el temor;
Que si amor crédito alcanza,
Quien no tiene confianza,
No diga que tiene amor.

RICARDO. Señora, nunca he temido
De tu generoso pecho;
De mi poca dicha, sí.

DUQUESA. Oye lo que digo atento,
Para abreviar mi venganza,
Y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al príncipe Ricardo
Que si como yo le quiero
Me quiere, y como me agrada
Le agrado, no nos cansemos

En calles, rejas y noches,
Dilatando el casamiento;
Que de la corte se vaya,
Y que vuelva descubierto,
Echando fama que ha sido
Resuelto por mi Consejo
Que nos casemos los dos.
Y cuando juntos estemos,
Y él llegue á darme la mano
(Mira ¡qué venganza espero!),
Retirando yo la mía,
Diré con atrevimiento :
« Príncipe, no me agradáis,
Atrás la palabra vuelvo ;
Porque si os parezco fea,
Vos me parecistes necio. »

RICARDO. ¡Notable imaginación!

DUQUESA. Lauro, en esto me resuelvo.

RICARDO. ¿Y si se enoja Ricardo?

DUQUESA. ¿Qué importa, si entonces tengo
Mil soldados prevenidos?

RICARDO. Y yo ¿qué figura llevo
En este discurso tuyo?

DUQUESA. Ser condición del concierto
Que tú vienes á casarte
Con Celia, para que al tiempo
Que te quiera dar la mano,
Llegue yo entonces diciendo :
« Eso no, que Lauro es mío. »
Y los dos nos casaremos.

RICARDO. La venganza, Estela mía,
Conozco que es de tu ingenio,
Y la merced que me haces
Digna de tu heroico pecho ;
Mas si Ricardo agraviado
Previene ejército luego...

DUQUESA. ¿Por dónde le ha de pasar
Desde Polonia su reino
Al ducado de Lorena?

RICARDO. Ahora bien, lo que has resuelto
Es para tanto honor mío,
Que acertado ó desacierto,

Se ha de ejecutar por mí.
Da cuenta á tu Parlamento
De lo que has determinado
Mientras al Príncipe vuelvo.

DUQUESA. Voy á prevenir á Celia,
De quien me vengo con esto
De los celos que me ha dado.

RICARDO. Siempre se vengan los celos. (*Vase la Duquesa.*)

ESCENA IX

JULIO. — RICARDO.

JULIO. Escuchando estas locuras
He estado atento, aunque pienso
Que debo de haber soñado,
Señor, lo mismo que veo.
Disculpo de la venganza
Á la Duquesa, y confieso
Que haberla llamado fea
Es el último desprecio
En condición de mujer,
Y que este notable enredo
Es fábrica del agravio
En su raro entendimiento.
Lo que me admira y me obliga,
Ricardo, á perder el seso
Es ver que el príncipe seas,
Y que digas muy severo
Que irás por él. ¿Dónde, cuándo,
Á quién ó cómo? ¿Qué es esto?
Qué príncipe ha de venir,
Si no es que estás previniendo
Que venga el Conde en tu nombre?

RICARDO. Hoy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
De la fortuna y del tiempo.
Hoy ha de dar fin mi engaño,
Viendo que ha llegado al puerto
De mi esperanza, y vencido
Este gigante soberbio,

Despreciador de los hombres.

JULIO. ¿Cómo?

RICARDO. Ten, Julio, silencio;
Que pintaron los antiguos
La dicha de un buen suceso,
En los pies la diligencia,
Y en las manos el secreto. (*Vanse.*)

ESCENA X

LA DUQUESA, CELIA, EL GOBERNADOR, EL CAPITÁN.

GOBERN. Albricias me darán vuestros estados.

DUQUESA. Solícitos cuidados
De su descanso y gusto han preferido,
Gobernador, mi condición y olvido.
Ya estamos de casarnos concertadas
Mi prima y yo.

GOBERN. Si estáis bien empleadas,
Dichosos parabienes
Lorena os da por mí.

DUQUESA. Si queja tienes
Por haber excusado al Parlamento
El conferir con él mi casamiento,
Sabed que fué forzoso
El secreto y el nombre de mi esposo.
Pero ya que ha venido,
Desde hoy sabréis que el de Polonia ha sido,
Príncipe generoso,
Que por cartas de Lauro concertado
(Que con él solamente se ha tratado),
Está en Lorena, y en la corte, pienso.

GOBERN. De tus vasallos el amor inmenso
Esto solo pedía,
Por conservar en ti su monarquía.
Y á Celia, ¿en quién la empleas,
Si la misma ventura la deseas?

DUQUESA. En su primo del príncipe Ricardo,
Que todos conocéis, Lauro gallardo.

CELIA. Hasta agora, Señora, no creía
Tanta ventura mía.

Tus pies mil veces beso.
Y ya, pues puedo, alegre te confieso
El justo, el grande amor que le he tenido.

DUQUESA. Importa qué advertido
El Capitán, y con igual secreto,
Tenga para este efeto
Un tercio de soldados
No lejos de palacio.

CAPITÁN. ¿ Qué cuidados
De guerra, en tanta paz, teme tu alteza ?

DUQUESA. Ó sea por grandeza,
Ó por temor de algún suceso extraño,
No puede el prevenirlos hacer daño,
Id vos, Gobernador, á acompañarle,
Reconocerle y darle
El parabién por todos mis estados;
Y vos, para que estéis con los soldados,
Capitán, en el puesto que os parezca,
Para salir cuando ocasión se ofrezca.

CAPITÁN. Bien puede vuestra alteza estar segura.

GOBERN. Conceda el cielo próspera ventura
Á tan dichosas bodas.

(*Vanse el Gobernador y el Capitán.*)

ESCENA XI

LA DUQUESA, CELIA.

CELIA. Confusa estoy de ver que no acomodas
El aposento que á los dos conviene,
Pues ya te han dicho que Ricardo viene.

DUQUESA. Sosiega, Celia mía ;
Que ha de tener la noche deste día
Suceso diferente.

CELIA. Ya parece que suena entre la gente
El rogocijo.

DUQUESA. Es propio en los antojos
De amor anticipar el bien los ojos.

ESCENA XII

JULIO. — DICHAS.

JULIO. Público, pues lo has mandado,
Y justa licencia tiene,
Del Conde y de Lauro viene
El Príncipe acompañado.
Admírase la ciudad
Del secreto que has tenido.
CELIA. Mas lo estará de que ha sido
En su desdén novedad.
DUQUESA. ¿Viene muy galán Ricardo?
JULIO. No ha pretendido mostrar
Cuidado, aunque sin faltar
Á lo que debe á gallardo.
DUQUESA. Y Lauro ¿viene contento?
JULIO. Viene contento de ver
Que llegue el tiempo de ser
De tu venganza instrumento.
DUQUESA. Habla, Julio, con recato. (*Ap. á Julio.*)
¿Cuál te parece mejor
De Lauro ó Ricardo?
JULIO. Amor
Del Príncipe, ó fuera ingrato,
No me dejara juzgar
Cuál es mejor; pero advierte
Que los quiso de tal suerte
Naturaleza pintar,
Que parece que copió
El uno del otro, tanto,
Que mirarlos causa espanto;
Pues no determino yo,
Con tratarlos cada día,
Cuál es Lauro, y cuál Ricardo.
DUQUESA. Parece que me acobardo
De ver mi necia porfía.
Casi arrepentida estoy;
Que es propio de la venganza,
Cuando lo que espera alcanza.
CELIA. ¿Viene?
DUQUESA. Á recibirle voy.

ESCENA XIII

RICARDO, EL CONDE, OTAVIO, EL GOBERNADOR, EL CAPITÁN. — DICHOS.

RICARDO. ¿Adónde decís que está
Mi señora la Duquesa?

GOBERNAD. Aquí os están esperando
Su alteza y su prima Celia.

CAPITÁN. (*Ap.*) Notablemente parece
Á Lauro.

DUQUESA. Sea vuestra alteza
Bien venido.

RICARDO. Y no es posible
Que haya bien que mayor sea.

DUQUESA. Perdonad, Lauro, que os tuve
Por Ricardo. ¿Adónde queda
El Príncipe?

RICARDO. Yo, Señora,
Soy el Príncipe.

DUQUESA. No fuera
Posible, sin ser milagro,
Haber la naturaleza
Hecho en una misma estampa
Dos rostros de una manera.
Lauro, decid: ¿dónde está
El Príncipe?

RICARDO. Hermosa Estela,
Ya os digo que soy Ricardo.

DUQUESA. ¡Vasallos! traición es está.
El Príncipe me ha burlado.

RICARDO. Conde, ¿soy yo?

CONDE. ¿Quién pudiera
Ser sino vos?

RICARDO. ¿Soy Ricardo,
Otavio?

OTAVIO. ¿No manifiesta
Vuestra valor que sois vos ?

RICARDO. Julio...

JULIO. Señor...

RICARDO. ¿Á qué esperas,

Que no le dices quien soy?

JULIO. Señor, en cosa tan cierta,
¿Qué importa el crédito mío?

RICARDO. Á lá corte de Lorena
Vine, Señora, por verte,
Presumiendo que pudiera
Verte sin dejarte el alma;
Y como de tu belleza
Hizo tan grande impresión
Aquella divina fuerza
En ella y en mis sentidos,
No pude, ni me atreviera,
Á pasar de Francia á España.
Pero la imposible empresa
De conquistar tu desdén,
Que á tantos reyes desprecia,
Tantos príncipes descarta,
Tantos amantes desdeña,
Me puso tanto temor,
Que intenté que te dijeran
Cuanto fué causa, Señora,
De la venganza que intentas;
Solicitando tu amor,
No por soberbia grandeza,
Como muchos confiados
Que has despreciado por ella.
Si entendí tu condición
Y tu endiosada aspereza,
Si vencí tu libertad,
Y la palabra confiesas
Que me diste siendo Lauro,
Y agora no me desechas
Por príncipe de Polonia,
Tus bellas manos merezca
Con título de tu esposo;
Pero si juzgas á ofensa
Que haya encubierto mi nombre,
Para que estando tan cerca
De tu persona, mejor
Rindiera tu fortaleza
(Que mejor llegan suspiros,
Ansias y palabras tiernas

Cuando juntos dos amantes
Tienen de hablarse licencia,
Que con distancias ausentes,
Calles, papeles y rejas,
Como el efecto confirma);
Mi osadía en tu presencia
Pague, muriendo á tus manos,
Porque finalmente, en ellas
Están mi muerte y mi vida,
Mi bien, mi mal, gloria y pena;
Que muerto ó premiado, estoy
Contento de ver que tenga
Vitoria amor de un desdén,
Que fué en belleza y soberbia
Fénix y Luzbel de Francia,
Quedando mi nombre en ella
Con más fama que Alejandro,
Y con mayor diferencia,
Pues él conquistaba el mundo,
Y yo el cielo de la tierra.

DUQUESA. Tanto ha sido tu valor,
Que me pesa que no seas
Lauro, para hacer por ti
Lo que por Ricardo hiciera.
No por Lauro mereciste
Castigo, ni yo quisiera
Más venganza de Ricardo
Que saber por cosa cierta
Quo le estaba enamorando
Cuando él me daba sospechas
De que era fea en sus ojos.
Enojada he visto á Celia:
¿Darémosla al Conde?

RICARDO. No,
Para que de Otavio sea.

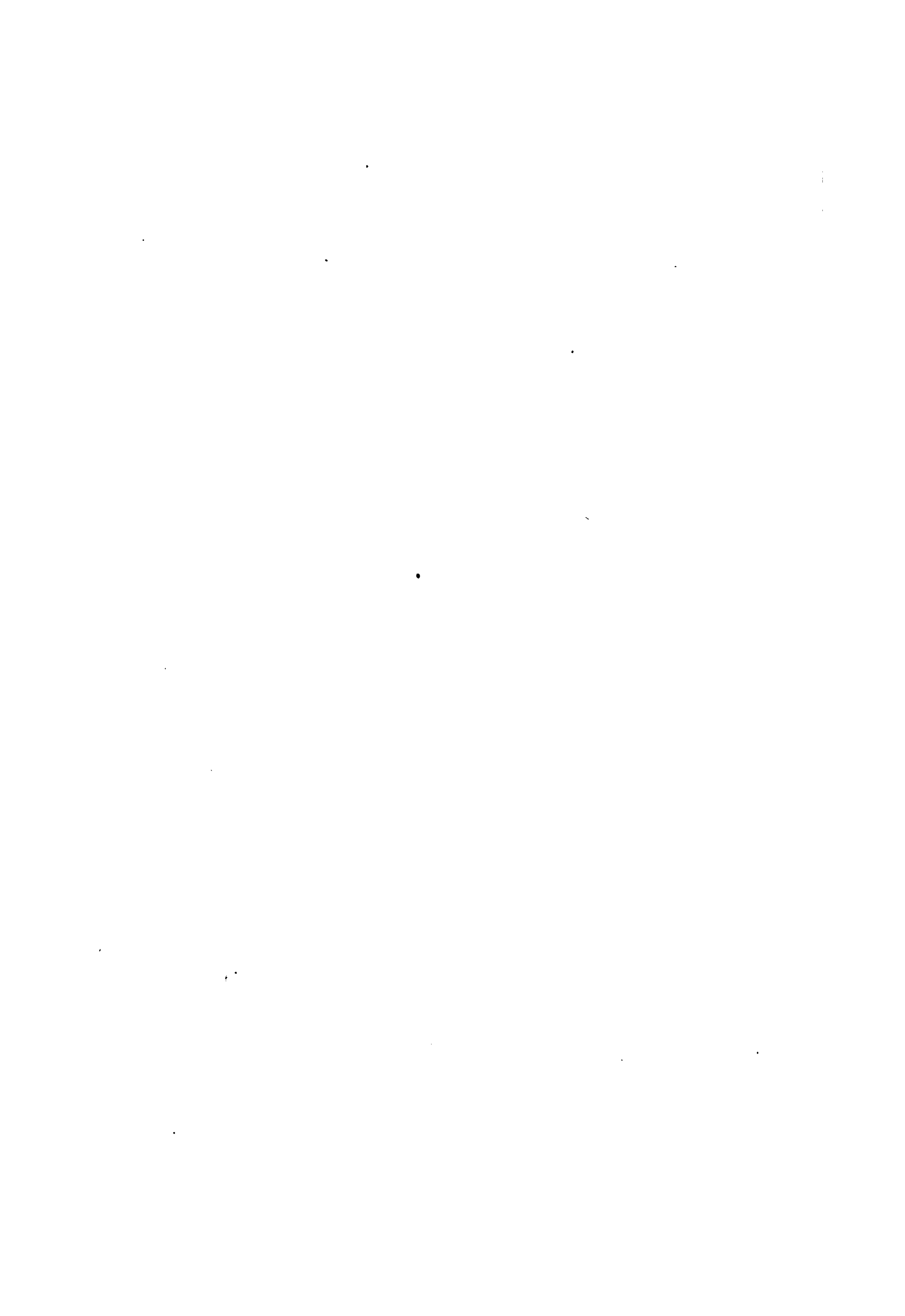
CELIA. Ya sabes que siempre estuve
Á tu voluntad sujeta.

RICARDO. Al fin, ¿qué dices de mí?

JULIO. Antes que lo digas, venga,
Pues no hay Inés para Julio,
Alguna cosa que pueda
Satisfacer tantos pasos.

DUQUESA. Dos mil ducados de renta,
Y á Lauro y Ricardo juntos
La mano y el alma á medias,
Para que los dos la partan.

RICARDO. Aquí dió fin el poeta
Á *La hermosa fea*, Senado,
Pero con esta advertencia :
Si os agrada, será *Hermosa*,
Y si no, la hermosa *Fea*.



LA MOZA DE CÁNTARO *

PERSONAS

EL CONDE.	DOÑA ANA, *viuda.*
DON JUAN, DON DIEGO, FULGENCIO, } *galanes.*	LEONOR, LUISA, JUANA, } *criadas.*
DON BERNARDO, *viejo.*	UN ALCAIDE.
PEDRO, MARTÍN, LORENZO, BERNAL, } *lacayos.*	UN INDIANO.
DOÑA MARÍA, *dama.*	UN MESONERO.
	UN MOZO DE MULAS.
	MÚSICOS. — LACAYOS.
	ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Ronda, en Adamuz y Madrid.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Bernardo, en Ronda.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA Y LUISA, *con unos papeles.*

LUISA. Es cosa lo que ha pasado
Para morirse de risa.

DOÑA MARÍA. ¿Tantos papeles, Lüisa,
Esos Narcisos te han dado?

---

* Más que ninguna otra, reune esta obra las circunstancias que caracterizan á las comedias de *capa y espada*, como embozos, equívocos, etc. En ella, dice muy bien el señor Alcántara García, agotó LOPE todos los sentimientos y resortes propios de su teatro, ofreciendo la particularidad de dotarla de protagonista, circunstancia poco común en las obras dramáticas de este ingenio, y que, en la comedia á que nos referimos, es

LUISA. ¿Lo que miras dificultas?
DOÑA MARÍA. ¡Bravo amor, brava fineza!
LUISA. No sé si te llame alteza
Para darte estas consultas.
DOÑA MARÍA. Á señoría te inclina,
Pues entre otros partes graves,
Tengo deudo, como sabes,
Con el duque de Medina.
LUISA. Es título la belleza
Tan alto, que te podría
Llamar muy bien señoría,
Y aspirar, Señora, á alteza.
DOÑA MARÍA. ¡Lindamente me conoces!
Dasme por la vanidad.
LUISA. No es lisonja la verdad,
Ni las digo, así te goces.
No hay en Ronda ni en Sevilla
Dama como tú.
DOÑA MARÍA. Yo creo,
Lüisa, tu buen deseo.
LUISA. Tu gusto me maravilla.
Á ninguno quieres bien.
DOÑA MARÍA. Todos me parecen mal.
LUISA. Arrogancia natural
Te obliga á tanto desdén. —
Éste es de don Luis.
DOÑA MARÍA. Lo leo
Sólo por cumplir contigo.
LUISA. Yo soy de su amor testigo.
DOÑA MARÍA. Y yo de que es necio y feo.
(*Lee.*) «Considerando conmigo á solas, señora doña » María...»
No leo. (*Rompe el papel.*)
LUISA. ¿Por qué?
DOÑA MARÍA. ¿No ves

---

curre en doña María de Guzmán, deuda de los duques de Medina, á quien un dramático suceso obliga á ocultar su condición bajo el disfraz de criada, siendo en tal género de vida galanteada por un noble caballero, con quien al fin se casa.
Esta comedia es una de las más perfectas de LOPE, por lo que alcanzó en su tiempo un éxito ruidoso.

Que comienza alguna historia,
Ó que quiere en la memoria
De la muerte hablar después?

LUISA. Éste es de don Pedro.

DOÑA MARÍA. Muestra.

LUISA. Yo te aseguro que es tal,
Que no te parezca mal.

DOÑA MARÍA. ¡Bravos rasgos! ¡Pluma diestra!

(*Lee.*) « Con hermoso, si bien severo, no dulce, apacible » sí rostro, señora mía, mentida vista me miró vuestro » desdén, absorto de toda humanidad, rígido empero, y » no con lo brillante solícito, que de candor celeste clari- » fica vuestra faz, la hebdómada pasada. »

¿Qué receta es esta, di? (*Rómpele.*)
¿Qué médico te la dió?

LUISA. Pues ¿no entiendes culto?

DOÑA MARÍA. ¿Yo?
¿Habla de aciértame aquí?

LUISA. Hazte boba, por tu vida.
¿Puede nadie ser discreto
Sin que envuelva su conceto
En invención tan lucida?

DOÑA MARÍA. ¿Ésta es lucida invención?
Ahora bien, ¿hay más papel?

LUISA. El de don Diego, que en él
Se cifra la discreción.

DOÑA MARÍA. (*Lee.*) « Si yo fuera tan dichoso como vuestra « merced hermosa, hecho estaba el partido. »

¿Qué es partido? No prosigo. (*Rómpele.*)

LUISA. ¿Que nada te ha de agradar?

DOÑA MARÍA. Pienso que quiere jugar
Á la pelota conmigo.
Lüisa, en resolución,
Yo no tengo de querer
Hombre humano.

LUISA. ¿Que has de hacer,
Si todos como éstos son?

DOÑA MARÍA. Estarme sola en mi casa.
Venga de Flandes mi hermano,
Pues siendo tan rico, en vano
Penas inútiles pasa,
Cásese, y déjeme á mí

Mi padre ; que yo no veo
Dónde aplique mi deseo
De cuantos andan aquí,
Codiciosos de su hacienda ;
Que, si va á decir verdad,
No quiere mi vanidad
Que cosa indigna le ofenda.
Nací con esta arrogancia.
No me puedo sujetar,
Si es sujetarse el casar.

LUISA. Hombres de mucha importancia
Te pretenden.

DOÑA MARÍA. Ya te digo
Que ninguno es para mí.

LUISA. Pues ¿has de vivir ansí ?

DOÑA MARÍA. ¿Tan mal estaré conmigo ?
Joyas y galas ¿no son
Los polos de las mujeres ?
Si á mí me sobran, ¿qué quieres ?

LUISA. ¡ Qué terrible condición !

DOÑA MARÍA. Necia estás. No he de casarme.

LUISA. Si tu padre ha dado el sí,
¿ Qué piensas hacer de ti ?

DOÑA MARÍA. ¿ Puede mi padre obligarme
Á casar sin voluntad ?

LUISA. Ni tú tomarte licencia
Para tanta inobediencia.

DOÑA MARÍA. La primera necedad
Dicen que no es de temer,
Sino las que van tras ella,
Pretendiendo deshacella.

LUISA. Los padres obedecer
Es mandamiento de Dios.

DOÑA MARÍA. ¿ Ya llegas á predicarme ?

LUISA. Nuño acaba de avisarme
Que estaban juntos los dos...

DOÑA MARÍA. ¿ Quién ?

LUISA. Mi señor y don Diego.

DOÑA MARÍA. ¿ Qué importa que hablando estén,
Si no me parece bien,
Y le desengaño luego?

LUISA. Y don Luis ¿no es muy galán ?

DOÑA MARÍA. Tal salud tengas, Lüisa.
Muchas se casan aprisa,
Que á llorar despacio van.

LUISA. Esa es dicha, y no elección;
Que mirado y escogido
Salió malo algún marido,
Y otros sin ver, no lo son.
Que si son por condiciones
Los hombres buenos ó malos,
Muchas que esperan regalos,
Encuentran malas razones.
Pero en don Pedro no creo
Que haya más que desear.

DOÑA MARÍA. Si hay, Lüisa...

LUISA. ¿Qué?

DOÑA MARÍA. No hallar
Á mi lado hombre tan feo.

LUISA. Mil bienes me dicen dél,
Y tú sola dél te ríes.

DOÑA MARÍA. Lüisa, no me porfíes;
Que éste es don Pedro el Cruel.

LUISA. Tu desdén me maravilla.

DOÑA MARÍA. Pues ten por cierta verdad
Que es rey de la necedad,
Como el otro de Castilla.

LUISA. Don Diego está confiado;
Joyas te ha hecho famosas.

DOÑA MARÍA. ¿Joyas?

LUISA. Y galas costosas;
Hasta coche te ha comprado.

DOÑA MARÍA. Don Diego de noche y coche.

LUISA. ¡De noche un gran caballero!

DOÑA MARÍA. Mas ¡ay Dios! que no le quiero
Para don Diego de noche.
Otra le goce, Lüisa,
No yo. ¡De noche visiones!

LUISA. Oigo unas tristes razones.

DOÑA MARÍA. Volvióse en llanto la risa.
¿No es éste mi padre?

LUISA. El es.

ESCENA II

DON BERNARDO, *de hábito de Santiago, con un lienzo en los ojos.* — DICHAS.

D. BERNAR. ¡Ay de mí!
DOÑA MARÍA. Señor, ¿qué es esto?
Vos llorando y descompuesto,
¡Y yo no estoy á esos pies!
¿Qué tenéis, padre y señor,
Mi solo y único bien?
D. BERNAR. Vergüenza de que me ven
Venir vivo y sin honor.
DOÑA MARÍA. ¿Cómo sin honor?
D. BERNAR. No sé.
Déjame, por Dios, María.
DOÑA MARÍA. Siendo vos vida en la mía,
¿Cómo dejaros podré?
¿Habéis acaso caído?
Que los años muchos son.
D. BERNAR. Cayó toda la opinión
Y nobleza que he tenido.
No es de los hombres llorar;
Pero lloro un hijo mío
Que está en Flandes, de quien fío
Que me supiera vengar.
Siendo hombre, llorar me agrada;
Porque los viejos, María,
Somos niños desde el día
Que nos quitamos la espada.
DOÑA MARÍA. Sin color, y el alma en calma,
Os oigo, padre y señor;
Mas ¿qué mucho sin color,
Si ya me tenéis sin alma?
¿Qué había de hacer mi hermano?
¿De quién os ha de vengar?
D. BERNAR. Hija, ¿quiéresme dejar?
DOÑA MARÍA. Porfías, Señor, en vano.
Antes de llorar se causa
La excusa, pero no agora;
Que siempre quiere el que llora
Que le pregunten la causa.

D. BERNAR. Don Diego me habló, María...
Contigo casarse intenta...
Respondíle que tu gusto
Era la primer licencia,
Y la segunda del Duque.
Escribí, fué la respuesta
No como yo la esperaba;
Que darte dueño quisieran
Estas canas, que me avisan
De que ya mi fin se acerca.
Puse la carta en el pecho,
Lugar que es bien que le deba;
Que llamarme deudo el Duque
Fué de esta cruz encomienda.
Vino á buscarme don Diego
Á la Plaza (¡ nunca fuera
Esta mañana á la Plaza !),
Y con humilde apariencia
Me preguntó si tenía
(Aunque con alguna pena)
Carta de Sanlúcar. Yo
Le respondí que tuviera
Á dicha poder servirle :
Breve y bastante respuesta.
Dijo que el Duque sabía
Su calidad y nobleza ;
Que le enseñase la carta,
Ó que era mía la afrenta
De la disculpa engañosa.
Yo, por quitar la sospecha,
Saqué la carta del pecho,
Y turbado leyó en ella
Estas razones, María. —
Quien tal mostró, que tal tenga. —
« Muy honrado caballero
» Es don Diego ; pero sea
» El que ha de ser vuestro yerno
» Tal, que al hábito os suceda
» Como á vuestra noble casa. »
Entonces don Diego, vuelta
La color en nieve, dice,
Y de ira y cólera tiembla :

« Tan bueno soy como el Duque. »
Yo con ira descompuesta
Respondo : « Los escuderos,
Aunque muy hidalgos sean,
No hacen comparación
Con los príncipes; que es necia.
Desdecíos, ó le escribo
Á don Alonso que venga
Desde Flandes á mataros. »
Aquí su mano soberbia...
Pero prosigan mis ojos
Lo que no puede la lengua.
Déjame; que tantas veces
Una afrenta se renueva,
Cuantas el que la recibe
A el que la ignora la cuenta.
Herrado traigo, María,
El rostro con cinco letras,
Esclavo soy de la infamia,
Cautivo soy de la afrenta.
El eco sonó en el alma;
Que si es la cara la puerta,
Han respondido los ojos,
Viendo que llaman en ella.
Alcé el báculo... Dijeron
Que lo alcancé... no lo creas;
Que mienten á el afrentado,
Pensando que le consuelan.
Prendióle allí la justicia,
Y preso en la cárcel queda :
¡ Pluguiera á Dios qne la mano
Desde hoy estuviera presa!
¡ Ay, hijo del alma mía!
¡ Ay, Alonso ! ¡ Si estuvieras
En Ronda ! Pero ¿ qué digo ?
Mejor es que yo me pierda.
Salid, lágrimas, salid...
Mas no es posible que puedan
Borrar afrentas del rostro,
Porque son moldes de letras,
Que aunque se aparta la mano,
Quedan en el alma impresas. (*Vase.*)

ESCENA III

DOÑA MARIA, LUISA.

LUISA. Fuése.
DOÑA MARÍA. Déjame de suerte
Que no pude responder.
LUISA. Ve tras él; que puede ser
Que intente darse la muerte,
Viendo perdido su honor.
DOÑA MARÍA. Bien dices : seguirle quiero ;
Que no es menester acero
Adonde sobra el valor. (*Vanse.*)

Cuarto en la cárcel de Ronda.

ESCENA IV

DON DIEGO, FULGENCIO.

FULGENCIO. La razón es un espejo
De consejos y de avisos.
DON DIEGO. En los casos improvisos
¿ Quién puede tomar consejo ?
FULGENCIO. Los años de don Bernardo
Os ponen culpa, don Diego.
DON DIEGO. Confieso que estuve ciego.
FULGENCIO. Es don Alonso gallardo
Y gran soldado.
DON DIEGO. Ya es hecho,
Y yo me sabré guardar.
FULGENCIO. Un consejo os quiero dar
Para asegurar el pecho.
DON DIEGO. ¿ Cómo ?
FULGENCIO. Que dejéis á España
Luego que salgáis de aquí.
DON DIEGO. ¿ Á España, Fulgencio ?
FULGENCIO. Sí ;
Porque será loca hazaña

Que á don Alonso esperéis;
Que, fuera de la razón
Que él tiene en esta ocasión,
Pocos amigos tendréis.
Toda Ronda os pone culpa.

DON DIEGO. Claro está, soy desdichado...
Pues el haberme afrentado
Era bastante disculpa.

FULGENCIO. Mostraros la carta fué
Yerro de un hombre mayor.

DON DIEGO. En los lances del honor
¿ Quién hay que seguro esté?

FULGENCIO. El tiempo suele curar
Las cosas irremediables.

ESCENA V

EL ALCAIDE DE LA CÁRCEL, *con barba y bastón.* — DICHOS.

ALCAIDE. Una mujer está aquí (*Á don Diego.*)
Que quiere hablaros.

DON DIEGO. Dejadme,
Fulgencio, si sois servido.

FULGENCIO. Á veros vendré á la tarde. (*Vase.*)

ALCAIDE. Llegó á la puerta cubierta;
Pedíle que se destape,
Y dijo que no quería.
Parecióme de buen talle
Y cosa segura; en fin,
Gustó de que la acompañe
Á vuestro aposento.

DON DIEGO. Que entre
La decid, y perdonadme;
Que es persona principal,
Si es quien pienso.

ALCAIDE. En casos tales
Se muestra el amor. (*Vase.*)

(*Dentro.* Entrad.)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA, *cubierta con su manto.* — DON DIEGO.

DON DIEGO. ¡Sola, mi señora, á hablarme,
Y en parte tan desigual
De vuestra persona y traje!
DOÑA MARÍA. Dan ocasión los sucesos
Para desatinos tales.
DON DIEGO. Descubríos, por mi vida,
Advirtiendo que no hay nadie
Que aquí pueda conoceros.
DOÑA MARÍA. Yo soy.
DON DIEGO. Pues ¡vos en la cárcel!
DOÑA MARÍA. El amor que me debéis
Desta manera me trae;
Que agradecida del vuestro,
Me fuerza á que me declare.
Á pediros perdón vengo,
Y á que no pase adelante
Este rigor, pues el medio
De hacer estas amistades
Es el casarnos los dos;
Que cuando á saber alcance
Don Alonso que soy vuestra,
No tendrá de qué quejarse.
Con esto venganzas cesan,
Que suelen en las ciudades
Engendrar bandos, de quien
Tan tristes sucesos nacen.
Vos quedaréis con la honra
Que es justo y que Ronda sabe,
Satisfecho el señor Duque,
Desenojado mi padre,
Y yo con tan buen marido,
Que pueda mi casa honrarse
Y don Alonso mi hermano.
DON DIEGO. ¿Quién pudiera sino un ángel,
Señora doña María,
Hacer tan presto las paces?
Vuestro gran entendimiento,

Y divino en esta parte,
Ha dado el mejor remedio
Que pudiera imaginarse.
No le había más seguro,
Y sobre seguro, fácil,
Para que todos quedemos
Honrados cuando me case.
No será mucha licencia
Que á el altar dichoso abrace,
Sagrado de mis deseos,
Donde está amor por imagen,
Pues ya decís que sois mía.

DOÑA MARÍA. Quien supo determinarse
Á ser vuestra, no habrá cosa
Que á vuestro gusto dilate.
Confirmaré lo que digo
Con los brazos. — Muere, infame.
(*Al abrazarle, saca una daga y dale con ella.*)

DON DIEGO. ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Traición!

DOÑA MARÍA. ¡En canas tan venerables
Pusiste la mano, perro!
Pues estas hazañas hacen
Las mujeres varoniles.
Yo salgo. — ¡Cielo, ayudadme! (*Vase.*)

ESCENA VII

FULGENCIO. — DON DIEGO, *moribundo.*

FULGENCIO. Paréceme que he sentido
Una voz, y que salió
Esta mujer que aquí entró
(Que no sin sospecha ha sido)
Más turbada y descompuesta
Que piden casos de amor. —
No fué vano mi temor.
¡Don Diego!... ¿Qué sangre es esta?

DON DIEGO. Matóme doña María,
La hija de don Bernardo.

FULGENCIO. ¡Alcaide! ¡Gente! ¿Qué aguardo?
(*Ap.* Mas cosa injusta sería

Ocasionar su prisión.
Esperar que salga quiero;
Que esto ya es hecho.)

DON DIEGO. Yo muero
Con razón, aunque á traición.
Muy justa venganza ha sido,
Por fiarme de mujer.
Mas no la dejéis prender.

FULGENCIO. Yo pienso que habrá salido.
Pero ¿por qué no queréis
Que la prendan?

DON DIEGO. Ha vengado
Las canas de un padre honrado.
Esto en viéndole diréis...
Y que yo soy, cuanto á mí,
Su yerno, pues se casó
Conmigo, aunque me mató
Cuando los brazos la dí.
Con esto vuelvo á su fama
Lo que afrentarla pudiera.

FULGENCIO. Toda la cárcel se altera.
Quiero buscar esta dama. (*Se lleva á don Diego.*)

Una calle de Madrid.

ESCENA VIII

EL CONDE, DON JUAN.

CONDE. ¡Hermosa viuda, don Juan!
No he visto cosa más bella.

DON JUAN. Con razón, Conde, por ella
Esos desmayos os dan.

CONDE. ¿Hay tal gracia de monjil?
Que es de azabache, repara,
Imagen, menos la cara
Y manos, que son marfil.

DON JUAN. Vos tenéis un gran sujeto
Para versos.

CONDE. No he pensado

Meterme en ese cuidado;
Que pienso andar más discreto.

DON JUAN. ¿Como?

CONDE. Remitirme á el oro,
Que es excelente poeta.

DON JUAN. Dicen que es rica y discreta:
Guardadle más el decoro.

CONDE. ¿Fué vuestro criado allá?

DON JUAN. Con una criada habló,
Y á estas horas pienso yo
Que bien informado está.

CONDE. Mejor entre sus iguales
Suele hablar más libremente
Este género de gente.

ESCENA IX

MARTÍN. — DICHOS.

DON JUAN. ¿Qué hay, Martín? Contento sales.

MARTÍN. Servir á el Conde deseo.

CONDE. Yo estimo tu buen amor.

MARTÍN. Hablé con la tal Leonor,
Como si fuera en mi empleo,
Estando en larga oración
La retórica lacaya,
Y ella, á manera de maya,
Serena toda facción.
Díjela que me tenía
Sin alma Leonor la bella;
Que hacía un mes que la huella
De sus chinelas seguía;
Y que bailando en el río
De la castañeta al son,
Me entró por el corazón
Y por toda el alma el brío.
Cuando ya la tuve tierna,
Pregunté la condición
De su ama, y la razón
De estado que la gobierna.
Dijo que era principal,

Con deudos de gran valor,
Y que tenía su honor,
Desde que enviudó, cabal.
Que era rica y entendida,
Y no de su casa escasa,
Si bien no entraba en su casa
Ni aun sombra de alma nacida.
Que el parecer recatada
Era todo su cuidado,
Y díjome que había estado
Sólo dos meses casada:
Porque su noble marido,
De enamorado, murió.

CONDE. No envidio la muerte yo,
La causa sí.

DON JUAN. Necio ha sido,
Pues tanto tiempo tenía.

MARTÍN. Poca edad y mucho amor,
Toda la vida, Señor,
Remiten á solo un día.

CONDE. ¿Cómo trae tan pequeñas
Tocas?

DON JUAN. Más hermosa está.

MARTÍN. Porque las largas son ya
Para beatas y dueñas.
Y las cortas en la corte
No se traen sin ocasión.

CONDE. ¿Qué ocasión dará razón
Que para disculpa importe?

MARTÍN. Muriósele á una casada
Su marido, y no quedó
Muy triste, pues le envolvió,
Como si fuera pescada,
En un pedazo de anjeo;
Y sin que cumpliese manda,
Con largas tocas de Holanda
Salió vertiendo poleo
En un reverendo coche.
Pero el muerto, mal contento,
Del sepulcro á su aposento
Se trasladó aquella noche,
Y díjole: « ¡ Vos Holanda,

Y yo anjeo, picarona!
¿No mereció mi persona
Una sábana más blanda? »
Esto diciendo, el difunto
En las tocas se envolvió,
Y el anjeo le dejó :
Ocasión desde aquel punto
Con que sin tocas las veo ;
Y cuerdo temor ha sido,
Porque no vuelva el marido
Á dejarlas el anjeo.

CONDE. Cuanto la licencia alargas,
La obligación disimulas.

MARTÍN. Señor, en dueñas y en mulas
Están bien las tocas largas.

CONDE. Mucha honestidad promete,
Y es decoro justo y santo.

MARTÍN. Una viuda con un manto
Es obispo con roquete.
Fuera de esto, aquel estar
Siempre en una misma acción
No mueve la inclinación
Que el traje suele obligar.
Ver siempre de una manera
Á una mujer es cansarse.

CONDE. Pues ¿puede el rostro mudarse?

MARTÍN. Pues ¿no se muda y altera,
Mudando el traje, el semblante?

DON JUAN. Conde, Martín dice bien;
Porque el variar tan bien
Da novedad á el amante.

MARTÍN. De mi condición advierte
Que me pudren las pinturas,
Porque siempre las figuras
Están de una misma suerte.
¿Qué es ver levantar la espada
En una tapicería
Á un hombre, que en todo un dia.
No ha dado una cuchillada?
Qué es ver á Susana estar
Entre dos viejos desnuda,
Y que ninguno se muda

Á defender ni á forzar?
Linda cosa es la mudanza
Del traje.

CONDE. La viuda, en fin,
¿Es conversable, Martín?

MARTÍN. No me quitó la esperanza,
Si entráis con algún enredo;
Que dice que da lugar
Que la puedan visitar.

CONDE. Yo le buscaré, si puedo.

DON JUAN. Como visto no te hubiera,
Fácil remedio se hallara.

CONDE. Si en que me ha visto repara,
Fingirme enojarla fuera.
Llama; que yo he prevenido
Con que me pueda creer.

DON JUAN. No lo echemos á perder.

CONDE. No puedo estar más perdido. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA X

EL CONDE, DON JUAN, MARTÍN; *y luego*, DOÑA ANA, *de viuda;* LEONOR Y JUANA.

MARTÍN. Ya te ha visto; á verte sale.
No le has parecido mal.

CONDE. ¿Hay jazmín, rosa y cristal
Que á la viudilla se iguale?

(*Salen doña Ana, de viuda, Leonor y Juana.*)

DOÑA ANA. Novedad me ha parecido;
Vueseñoría perdone.

CONDE. No hay novedad que no abone
El deseo que he tenido
De serviros, si yo fuese,
Para que no os cause enojos,
Tan dichoso en vuestros ojos,
Que serviros mereciese.

DOÑA ANA. Leonor, sillas.

MARTÍN. (*Ap. á don Juan.*) No va mal,
Pues piden sillas.

DON JUAN. Martín,
La viudilla es serafín
De perlas y de coral.

MARTÍN. ¿Agrádate á ti también?

DON JUAN. Á esa pregunta responde
Que está enamorado el Conde,
Y yo no.

MARTÍN. Dices muy bien.

DOÑA ANA. ¿Quién es este caballero?

CONDE. Mi primo don Juan.

DOÑA ANA. Señor,
Perdonad.

DON JUAN. No ha sido error.
Hablad; que estorbar no quiero.

DOÑA ANA. Vos no podéis estorbar,
Ni aquí tendréis ocasión.

DON JUAN. No lo mandéis.

DOÑA ANA. Es razón.

DON JUAN. No me tengo de sentar.

DOÑA ANA. Ahora bien, yo no porfío.

DON JUAN. Decisme que necio soy.

CONDE. Oidme.

DOÑA ANA. Oyéndoos estoy.

DON JUAN. Por lo mismo me desvío.

CONDE. Señora, aunque os he mirado
Mil veces sin conoceros,
Antes que viniera á veros
Tuve de veros cuidado.
Vuestro esposo, que Dios tiene,
Era mi amigo: jugamos
Una noche; comenzamos
Por una rifa, que viene
Á ser, como en los amores,
La tercera que concierta,
Ó á lo menos que dispierta
El gusto á los jugadores.
Perdió, picóse, sacó
Unos escudos, y luego,
Terciando mi primo el juego,
Cuatro sortijas perdió.

Mas vamos á lo que importa.

DOÑA ANA. Esas sortijas eché
Menos : pesadumbre fué
(Tan mal amor se reporta),
Porque vine á sospechar
Que á alguna dama las dió.

DON JUAN. Bien la mentira salió. (*Ap. á Martín.*)

MARTÍN. ¿Hay cosa como atinar
Las sortijas que faltaron?

DON JUAN. Hay dichosos en mentir.

MARTÍN. Á cuantas supe decir,
Con el hurto me pescaron.
No he mentido sin que luego
No se me echase de ver.

CONDE. Así se vino á encender
Con esta pérdida el juego,
Que perdió seis mil ducados
Sobre palabra segura,
De que tengo una escritura.

DOÑA ANA. Más enredos y cuidados
Que días vivió conmigo
Don Sebastián me dejó.
¿Seis mil ducados?

CONDE. Si yo
Basto, que soy quien lo digo,
Y los testigos presentes.

MARTÍN. Al firmarla estuve allí
Tan presente como aquí.

DON JUAN. ¡Con qué desvergüenza mientes! (*Ap. á Martín.*)

MARTÍN. ¡Qué gracia! El buen mentidor
Ha de ser, señor don Juan,
Descarado á lo truhán,
Y libre á lo historiador.

DOÑA ANA. Pensé que vueseñoría
Me venía hacer merced.

CONDE. Que os he de servir creed;
Que esa fué la intención mía.
No os dé pena la escritura,
Puesto que fué de mayor;
Que no tiene mal fiador
La paga en vuestra hermosura.

MARTÍN. ¿Hay official de escritorios (*Ap. á don Juan.*)

Que encaje el marfil ansí ?
DON JUAN. En amando, para mí
Son los engaños notorios.
MARTÍN. ¿ Amor se funda en engaños ?
DON JUAN. Primero que el amor fueron ;
Pues desde que ellos nacieron,
El mundo cuenta sus daños.
CONDE. Si yo, Señora, creyera
Cobrar la deuda de vos,
Sin conocernos los dos,
Por otro estilo pudiera.
No vengo sino á ofreceros
Cuanto tengo y cuanto soy,
Con que pagado me voy,
Y aun deudor de solo veros.
Sólo os suplico me deis
Licencia de visitaros,
Si fuere parte á obligaros
Confesar que me debéis,
No dineros, sino amor.
DOÑA ANA. Yo quedo tan obligada,
Como deudora y pagada
De vuestro heroico valor.
CONDE. Bésoos las manos.
DOÑA ANA. El cielo
Os guarde.
CONDE. ¿ Vendré ?
DOÑA ANA. Venid. (*Vase el Conde.*)

ESCENA XI

DOÑA ANA, DON JUAN, LEONOR, JUANA, MARTÍN.

DOÑA ANA. ¡ Ah, señor don Juan ! Oid.
MARTÍN. (*Ap.*) Cayó el pez en el anzuelo.
DON JUAN. ¿ En qué os sirvo ?
DOÑA ANA. Bien se yo
Que todo aquesto es mentira.
DON JUAN. Y yo sé que el Conde os mira ;
Esto de la deuda no.
DOÑA ANA. ¡ Mala entrada de galán,

Entrar mintiendo !

DON JUAN. Señora,
Mi primo el Conde os adora.

DOÑA ANA. Id con Dios, señor don Juan ;
Que yerra el Conde en traeros.

DON JUAN. ¿ Desacredítole yo ?

DOÑA ANA. Cuando el Conde me miró,
Me dió ocasión de quereros.

DON JUAN. Aunque deudos, nos preciamos
Mucho más de ser amigos,
Aunque envidias ni enemigos
No quieren que lo seamos.
Queredle bien ; que merece,
Señora, que lo queráis.

DOÑA ANA. Lo que por él negociáis,
Al Conde desfavorece.

DON JUAN. Voy ; que en la carroza aguarda.
Dad licencia que os visite,
Y que yo lo solicite.

DOÑA ANA. Si vuelve con vos, ya tarda.

DON JUAN. Tanto favor da á entender
Que por él queréis honrarme.

DOÑA ANA. Por vos quiero yo obligarme
Para que me vuelva á ver.

DON JUAN. Todo se lo digo ansí.

DOÑA ANA. Yo os tengo por más discreto.

DON JUAN. ¿ Volverá el Conde en efeto ?

DOÑA ANA. No sin vos, y con vos sí.

(*Vanse don Juan y Martín.*)

ESCENA XII

DOÑA ANA, LEONOR, JUANA.

LEONOR. Mucho le has favorecido,
Para ser la vez primera.

DOÑA ANA. Cuando él me favoreciera,
Mi favor lo hubiera sido ;
Mas no me quiso entender :
Tomo la amistad del Conde.

JUANA. Agora tibio responde.

Aun no ha llegado á querer.

DOÑA ANA. (*Para sí.*) Necio pensamiento mío,
Que en tal locura habéis dado,
Volved atrás, afrentado
De ver tan necio desvío.
Yo, que de tantos me río,
¡Ruego, pretendo, provoco!
Pensamiento, poco á poco,
No diga el honor que pierdo
Que sois con desdenes cuerdo,
Ya que quisistes ser loco.
Dieron los ojos en ver,
Puesto que en lugar sagrado,
Al hombre más recatado
De mirar y de entender;
Mas, ya que ha venido á ser
Provocado á desafío,
Responde tan necio y frío,
Que me pide que á otro quiera:
Mirad ¡quién tal os dijera,
Triste pensamiento mío!
En vano estoy descansando
Con daros disculpa á vos;
Mas tengámosla los dos,
Vos amando y yo pensando;
Porque de pensar amando
Lo que puede resultar,
Viene el alma á sospechar
Lo que imaginó del ver;
Porque no hubiera querer
Si no hubiera imaginar.
Que no queráis os advierto
Hombre tan fino y helado,
Que por lo helado me ha dado
Tristes memorias del muerto.
Pero si á cogerle acierto
Con mirar y con rogar...
Guárdese pues de llegar;
Que, agraviada una mujer,
Quiere hasta que ve querer,
Por vengarse en olvidar. (*Vanse.*)

Patio de un mesón de Adamuz.

ESCENA XIII

UN INDIANO, Y UN MOZO DE MULAS ; *después*, UN MESONERO.

INDIANO. Pasaremos de Adamuz,
Si este recado nos dan.
MOZO. Por eso dice el refrán :
« Adamuz, pueblo sin luz.
Mas mira que desde aquí
Comienza Sierra-Morena.
INDIANO. Tú las jornadas ordena ;
Eso no corre por mí.
(*Sale el Mesonero.*)
MESONERO. Bien venidos, caballeros.
INDIANO. Pues, huésped, ¿qué hay que comer?
MESONERO. Desde hoy á el amanecer
Dos mozos, seis perdigueros
Vienen con un perdigón,
De que estoy desesperado.
INDIANO. Para mí basta.
MESONERO. Ha llegado
Á hurtaros la bendición
Una mujer que le tiene.
INDIANO. Y cuando yo le tuviera,
Por ser mujer se le diera.
¿ Viene sola?
MESONERO. Sola viene.
INDIANO. ¡ Sola! ¿De qué calidad ?
MESONERO. Pobre, y de brío gallarda ;
Porque en un rocín de albarda
(El término perdonad)
Como un soldado venía.
Ella propria se apeó,
Le ató y de comer le dió
Con despejo y bizarría.
Volvíla á mirar y vi
Que un arcabuz arrimaba.
INDIANO. ¿ Que es tan brava ?

MESONERO. Aunque es tan brava,
Os aseguro de mí
Que más su cara temiera
Que su arcabuz.

INDIANO. ¿Habéis sido
Galán?

MESONERO. Bien me han parecido.
Ya pasó la primavera,
Y estamos en el estío:
Así los años se van.

INDIANO. ¿Qué traje trae?

MESONERO. Un gabán
Que cubre el traje, no el brío;
Un sombrero razonable...
Todo de poco valor;
Al fin, parece, Señor,
De buena suerte y afable,
Menos aquel arcabuz.

INDIANO. ¿Es ésta?

MESONERO. La misma es.

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA, *con sombrero, gabán y un arcabuz.* — DICHOS.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*) Temerosa voy, después
Que he entrado por Adamuz,
Por ser camino real,
Á que nunca me atreví;
Si bien desde que salí,
Ha sido el ánimo igual
Al peligro que he tenido.
¡Ay, padre, y cuánto dolor
Me da el verte sin favor,
Si no es que el Duque lo ha sido!
Suelen faltar los amigos
En la mejor ocasión;
Mas ¡ay! que tus años son
Los mayores enemigos.
Los de mi hermano pudieran
Suplir los tuyos, Señor,

Aunque no para tu honor
Mas que mis manos hicieran.
Yo cumplí su obligación;
Mas defenderte no puedo,
Por no acrecentar el miedo
De mi muerte ó mi prisión.
Al fin, bien está lo hecho.
¿De qué me lamento en vano?
¡Traidor don Diego! ¡Á un anciano
Con una cruz en el pecho!...
Así para quien se atreve
Á las edades ancianas;
Que es atreverse á unas canas
Violar un templo de nieve.
Pero la mano piadosa
Del cielo quiere que espante
Á un Holofernes gigante
Una Judit valerosa.

INDIANO. Como suelen los caminos (*Á doña María.*)
Dar licencia á los que pasan
Para entretener las horas,
Que por ellos son tan largas,
Á preguntaros me atrevo
Si lo ha de ser la jornada,
Ó por ventura tenéis
Cerca de aquí vuestra casa.

DOÑA MARÍA. No soy, Señor, desta tierra.

INDIANO. Como os vi sola, pensaba
Que érades de alguna aldeo
De aquesta fértil comarca.

DOÑA MARÍA. No, Señor: que yo nací
De esa parte de Granada,
Y á servir en ella vine;
Que cuando los padres faltan
En tierna edad á los pobres,
No tienen otra esperanza.
No se cansó mi fortuna,
Pues cuando contenta estaba
Del buen dueño que tenía,
Persona de órdenes sacras,
Le llevó tambíen la muerte,
Que para mayor mudanza

Me dió ocasión, como veis.

INDIANO. Y ¿dónde vais?

DOÑA MARÍA. Siempre hablaba
Esta persona que digo,
Con notables alabanzas
De la corte y de Madrid :
Yo pues, á quien ya faltaba
Dueño, con algún deseo
Que de ver grandeza tanta
Nació con mi condición,
Determiné de dar traza
De ir á servir á la corte.
Y una vez determinada,
Lo que viviendo tenía
El buen cura (que Dios haya)
Para su regalo y gusto,
Arcabuz, rocín de caza
Y este gabán, tomé luego,
Y voy con notables ansias
De ver lo que alaban todos.

MOZO. El camino de Granada
No es éste.

DOÑA MARÍA. Decís muy bien;
Mas vine por ver si estaba
En Córdoba un deudo mío.

INDIANO. ¡Determinación extraña
De una mujer!

DOÑA MARÍA. Soy mujer.

INDIANO. Decís muy bien, eso basta.
Yo voy también á Madrid :
Traigo jornada más larga,
Porque vengo de las Indias;
Que pocas veces descansa
El ánimo de los hombres
Aunque sobre el oro y plata.
Y si allá habéis de servir,
Porque me dicen que tarda
El premio á las pretensiones
Que la ocupación dilata,
Casa tengo de poner :
Si en el camino os agrada
Mi trato, servidme á mí.

DOÑA MARÍA. El cielo por vos me ampara.
Desde hoy soy criada vuestra,
Y creed que soy criada
Que os excusaré de muchas.

MOZO. (*Ap*). Convertirse quiere en ama.

DOÑA MARÍA. No habrá cosa que no sepa.

MOZO. Y yo salgo á la fianza;
Que la buena habilidad
Se le conoce en la cara.

INDIANO. Hanme dicho que en la corte
Hay ocasiones que gastan
Inútilmente la hacienda,
Y yo querría guardarla;
Que cuesta mucho adquirirla.

DOÑA MARÍA. La familia es excusada
Donde hay tanta confusión,
Pues no se repara en nada.
Yo sola basto á serviros;
No habrá cosa que no haga,
De cuantas haciendas tiene
El gobierno de una casa.

INDIANO. Pues partamos en comiendo,
Y fiad de mí la paga.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*) ¡Ay fortuna! ¿dónde llevas
Una mujer desdichada?
Pero no fueras fortuna,
Á saber en lo que paras.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, DON JUAN.

DON JUAN. Compiten con sus virtudes
Sus gracias y perfecciones.

CONDE. ¿Que tantas persecuciones,

Visitas, solicitudes,
Celos, desvelos, requiebros,
Tengan por premio su olvido,
Hasta verme convertido,
De Amadis, en Beltenebros?
No he visto tales aceros.

DON JUAN. Conde, no habéis de cansaros ;
Que el estado de estimaros
Ya es principio de quereros.

CONDE. Á los principios me estoy
Á el cabo de tres semanas.
¿ Adónde, esperanzas vanas,
Con este imposible voy ?

DON JUAN. Todas son penas posibles,
Pues que sin celos amáis.

CONDE. ¡ Ay, ojos, celos me dais,
Aunque celos invisibles !
Quéjase de amor doña Ana,
Y á mí no me tiene amor :
Esto es celos en rigor.

DON JUAN. ¿ Por qué, si es sospecha vana ?

CONDE. Es celos lo que imagino ;
Que no es celos lo que sé :
Cosa que pienso que fué,
Y que en mi daño adivino.

ESCENA II

MARTÍN. — DICHOS.

MARTÍN. Por poco tuviera calma
La nave de tu deseo.
Entro, y á doña Ana veo,
Venus de marfil con alma.
¿ Cómo te podré pintar
De la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
Un ramo blanco de azahar
De las huertas de Valencia
Ó jardines de Sevilla.
Comience una zapatilla

De la Vera de Plasencia,
Porque entremos por la basa
Á esta coluna de nieve,
Argentado azul, pie breve,
Que de tres puntos no pasa.

CONDE. ¿Tres puntos? Necio, repara...

MARTÍN. Pues lo digo, yo lo sé :
Puntos son que de aquel pie
Los tomara por la cara.

DON JUAN. ¿Cómo lo viste?

MARTÍN. Un manteo
Esta licencia me dió,
Donde cuanto supo obró
La riqueza y el aseo.
Pero pidió los chapines
Porque mirarla me vió,
Y entre las cintas metió
Cinco pares de jazmines.

DON JUAN. De escarpines presumí,
Según anda el algodón.

MARTÍN. Esos paragambas son ;
Que á cierta dama que vi
Con cañafístolas tales,
Que se pudiera, aunque bellas,
Purgar su galán con ellas
Por drogas medicinales,
Pregunté si era importante
Traer damas delicadas
Las pantorrillas preñadas.
Y con risueño semblante
Me dijo : « No es gentileza;
Pero cosa no ha de haber
En una honrada mujer
Que se note por flaqueza. »

CONDE. ¡Linda disculpa!

DON JUAN. Extremada.

MARTÍN. La ropa de levantar,
Con tanto fino alamar,
Era una colcha bordada.
Finalmente, no quería
Salir, por no verte ansí;
Pero como yo la vi

Que para ti se vestía,
Por no estar siempre en el traje
De trágico embajador,
Porfié, y saldrá, Señor,
Si la haces pleito homenaje
De sola conversación,
Como quedó concertado.

CONDE. ¡Qué ejercicio tan cansado
Para mi loca afición!

DON JUAN. Música y versos quedaron
Para esta noche de acuerdo.

CONDE. En tenerme por tan cuerdo
Muchos locos la engañaron.

ESCENA III

DOÑA ANA, *en habito galán;* JUANA, MÚSICOS. — DICHOS.

DOÑA ANA. No dirá vueseñoría
Que no le fian el talle.

CONDE. Quien tan bien puede fialle,
Agravio á los dos haría:
Á vos por seguridad,
Y á mí por justo deseo.
¡Gracias á amor, que en vos veo
Señas de más amistad!

DOÑA ANA. Siéntese vueseñoría;
Que no le quiero galán
Esta noche, que nos dan
La música y la poesía
Los sujetos que han de hacer
Un rato conversación.

CONDE. Dice mi imaginación
Que no quiere más de ver.

DOÑA ANA. Señor don Juan, ¿no os sentáis?
¡Qué esquivo primo tenéis! (*Al Conde.*)

DON JUAN. La culpa que me ponéis,
Para disculpa me dais;
Pero quiero obedeceros.

CONDE. Canten, y hablemos yo y vos.

DOÑA ANA. Y los tres, porque los dos

No parezcamos groseros.

MÚSICOS. (*Cantan.*) *¿ De qué sirve, ojos serenos,*
Que no me miréis jamás ?
De que yo padezca más,
Y no de que os quiera menos,

DOÑA ANA. No me agrada que á los ojos
Llamen serenos.

CONDE. ¿ Por qué,
Si el cielo, cuando se ve
Libre de azules enojos,
Se llama así ?

DOÑA ANA. En una dama
No apruebo vuestro argumento,
Si es el alma el movimiento
Que á cuantos los miran llama.
Y si al cielo en su azul velo
La serenidad cuadró,
Á el sol y á la luna no,
Que son los ojos del cielo;
Porque estos siempre se mueven.

CONDE. Perdonad á la canción
No ser de vuestra opinión :
Tanto los versos se atreven.

DON JUAN. Díganse á varios sujetos,
Como quedó concertado.

DOÑA ANA. Comience el Conde.

CONDE. He buscado
En vuestro loor seis concetos.
Oid.

DOÑA ANA. No por vida mía;
Escritos me los daréis.

CONDE. No sea, pues no queréis.

DOÑA ANA. Emplead vuestra poesía
Adonde más partes haya.

CONDE. Pues oid, si sois servida,
Un soneto á la venida
Del inglés á Cádiz [1].

DOÑA ANA. Vaya.

CONDE. Atrevióse el inglés, de engaño armado
Porque al león de España vió en el nido,

1. Año de 1625.

Las uñas en el ámbar, y vestido,
En vez de pieles, del tusón dorado.
 Con débil caña, no con fresno herrado [1];
Vió á Marte en forma de español Cupido,
Volar y herir en el jinete, herido
Del acicate en púrpura bañado.
 Armó cien naves y emprendió la falda
De España asir por las arenas solas
Del mar, cuyo cristal ciñe esmeralda;
 Mas viendo en las colunas españolas
La sombra del león, volvió la espalda,
Sembrando [2] las banderas por las olas.

DON JUAN. ¡ Levantó la pluma el vuelo !
DOÑA ANA. ¡ Gran soneto á toda ley !
DON JUAN. ¡ Qué bien pinta á nuestro rey !
DOÑA ANA. Mejor le ha pintado el cielo.
MARTÍN. ¡ Gran soneto !
CONDE. No le he dado,
Porque no estoy dél contento. —
Decid vos.
DOÑA ANA. ¡ Qué atrevimiento !
Donde vos habéis hablado !
DON JUAN. Excusad tales excusas.
DOÑA ANA. ¿ Más que os ha de causar risa ?
CONDE. Hablad, divina poetisa.
MARTÍN. Silencio ; que hablan las musas.
DOÑA ANA. Amaba Filis á quien no la amaba,
Y á quien la amaba ingrata aborrecía;
Hablaba á quien jamás la respondía,
Sin responder jamás á quien la hablaba.
 Seguía á quien huyendo la dejaba,
Dejaba á quien amando la seguía ;
Por quien la despreciaba se perdía,
Y á el perdido por ella despreciaba.
 Concierta, amor, si ya posible fuere,
Desigualdad que tu poder infama :

---

1. En la edición antigua de la comedia:

Con débil caña, con freno herrado.

2. En la *Corona trágica* se lee *sembrando;* en la edición antigua de la comedia, *tendidas.* J. E. H.

Muera quien vive, y vivirá quien muere.
Da hielo á hielo, amor, y llama á llama,
Porque pueda querer á quien la quiere
Ó pueda aborrecer á quien desama.

CONDE. Vos os podéis alabar;
Que nadie puede, Señora.

DOÑA ANA. Hablará don Juan agora.

DON JUAN. Dejádmele imaginar.
Una moza de cántaro y del río,
Más limpia que la plata que en él lleva,
Recién herrada de chinela nueva,
Honor del devantal, reina del brío;
Con manos de marfil, con señorío,
Que no hay tan gran Señor que se le atreva,
Pues donde lava, dice amor que nieva,
Es alma ilustre al pensamiento mío.
Por estrella, por fe, por accidente,
Viéndola henchir el cántaro, en despojos
Rendí la vida á el brazo trasparente;
Y, envidiosos del agua mis enojos,
Dije: « ¿Por qué la coges de la fuente,
Si la tienes, más cerca, de mis ojos? »

DOÑA ANA. ¡Malos versos!

DON JUAN. No sé más.

DOÑA ANA. Un caballero discreto
¿Escribe á tan vil sujeto?
No lo creyera jamás.

CONDE. Tiene doña Ana razón,

DON JUAN. Si hubiérades visto el brío
Del nuevo sujeto mío,
La hermosura y discreción,
Dijérades que tenía
Tanta razón de querer,
Que no supe encarecer
Lo menos que merecía.

DOÑA ANA. Si es disfrazar vuestra dama,
Como suelen los poetas,
Por tratar cosas secretas
Sin ofensa de su fama,
Está bien; pero si no,
Bajo pensamiento ha sido.

DON JUAN. Ninguna cosa he fingido,

Ni tengo la culpa yo;
Porque no lejos de aquí
Vive la hermosa Isabel,
Por quien el amor cruel
Hace estos lances en mí.
Sirve á un indiano, que viene
Á la corte á pretender.
No sé qué puede querer
Quien tanta riqueza tiene.

DOÑA ANA. Á tal sujeto ¡tal fe!

DON JUAN. La que me ha muerto y rendido,
Moza de cántaro ha sido,
Moza de cántaro fué.
En él este amor bebí,
Todo me abrasó con él;
Ella fué Sirena, y él
El mar en que me perdí.
Con él veneno me ha dado,
Con él me mató.

DOÑA ANA. Si fuera
Martín quien eso dijera,
Estuviera disculpado;
Pero ¡un caballero, un hombre
Como vos!...

DON JUAN. No es elección
Amor; diferentes son
Los efetos de su nombre.
Es desde el cabello al pie
Tan bizarra y aliñosa,
Que no es tan limpia la rosa,
Por más que al alba lo esté.
Tiene un grave señorío
En medio desta humildad,
Que aumenta su honestidad
Y no deshace su brío.
Finalmente, yo no vi
Dama que merezca amor
Con más fe, con más rigor.

DOÑA ANA. Advertid que estoy yo aquí,
Y toca en descortesía
Tan necio encarecimiento.

DON JUAN. Yo he dicho mi pensamiento

Sin pensar que os ofendía.
CONDE. No os levantéis. ¿ Dónde vais ?
DOÑA ANA. Corrida me voy.
DON JUAN. ¿ Por qué ?
Sin ofensa vuestra hablé.
DOÑA ANA. Si cosas bajas amáis,
No las igualés conmigo.
(*Vanse doña Ana y Juana.*)

ESCENA IV

EL CONDE, DON JUAN, MARTÍN ; *después*, JUANA.

CONDE. ¡ Por Dios, que tiene razón !
MARTÍN. Cesó la conversación.
DON JUAN. ¡ Porque lo que siento digo !
CONDE. Decir que no visteis dama
Como ella, ¿ no ha sido error ?
DON JUAN. ¿ Error ?
(*Sale Juana.*)
JUANA. Conde, mi señor,
Entrad : mi señora os llama.
CONDE. (*Á don Juan.*) Ella me quiere decir
Que no os traiga más conmigo.
DON JUAN. Si lo tiene por castigo,
No apelo de no venir.
(*Vanse el Conde y Juana.*)
Di á el Conde que á verla fuí, (*Á Martín.*)
Esa que á doña Ana enfada.
MARTÍN. Tú ¿ quieres lo que te agrada ?
DON JUAN. Sí, Martín, mil veces sí.
MARTÍN. Pues quiérela si la quieres ;
Que tal vez agrada un prado
Más que un jardín cultivado,
Y al fin todas son mujeres. (*Vanse.*)

Calle.

ESCENA V

DOÑA MARÍA, *en hábito humilde y delantal;* EL INDIANO, *siguiéndola.*

D.ª MARÍA. Advierta vuestra merced
Que si esto adelante pasa,
No estoy un hora en su casa.

INDIANO. (*Ap.* Pensamiento, detened
El paso; que hay honra aquí.)
Palabra, Isabel, te doy
Que no seré desde hoy
Importuno como fuí.
Desprecia en fin tu belleza
Y ese donaire apacible;
Que ya sé que es imposible
Mudar la naturaleza. (*Vase.*)

ESCENA VI

DOÑA MARÍA.

Tiempos de mudanzas llenos,
Y de firmezas jamás,
Que ya de menos á más,
Y ya vais de más á menos,
¿Cómo en tan breve distancia,
Para tanto desconsuelo,
Habéis humillado á el suelo
Mi soberbia y arrogancia?
El desprecio que tenía
De cuantas cosas miraba,
Las galas que desechaba,
Los papeles que rompia;
El no haber de quien pensase
Que mi mano mereciese,
Por servicios que me hiciese,
Por años que me obligase;

Toda aquella bizarría
Que como sueño pasó,
Á tanta humildad llegó,
Que por mí decir podría:
Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer maravilla fuí,
Y hoy sombra mía aun no soy.
Flores, que á la blanca aurora
Con tal belleza salís,
Que soberbias competís
Con el mismo sol que os dora,
Toda la vida es un hora:
Como vosotras me vi,
Tan arrogante salí;
Sucedió la noche al día:
Mirad la des dicha mía,
Aprended, flores, de mí.
Maravilla solía ser
De toda la Andalucía;
Ó maravilla ó María,
Ya no soy la que era ayer.
Flores, no os deis á entender
Que no seréis lo que soy,
Pues hoy en estado estoy,
Que si en ayer me contemplo,
Conoceréis por mi ejemplo
Lo que va de ayer á hoy.
No desvanezca al clavel
La púrpura, ni á el dorado
La corona, ni al morado
Lirio el hilo de oro en él ;
No te precies de cruel,
Manutisa carmesí,
Ni por el color turquí,
Bárbara violeta, ignores
Tu fin, contemplando, flores,
Que ayer maravilla fuí.
De esta loca bizarría
Quedaréis desengañadas
Cuando con manos heladas
Os cierre la noche fría.

Maravilla ser solía :
Pero ya lástima doy ;
Que de extremo á extremo voy,
Y desde ser á no ser,
Pues sol me llamaba ayer,
Y hoy sombra mía aun no soy.

ESCENA VII

DON JUAN. — DOÑA MARÍA.

DON JUAN. Dicha he tenido, por Dios, —
Isabel, ¿ adónde bueno ?
DOÑA MARÍA. ¿ Adónde bueno, Isabel ?
Adonde hallase un requiebro.
¿ Pensáis que no tenga yo
Mi poco de entendimiento ?
DON JUAN. Bien conozco que no ignoras
Tanto ; que á veces sospecho
Que finges lo que no entiendes.
DOÑA MARÍA. Lo que no quiero no entiendo.
Pero á la fe que me admira
Que un caballero tan cuerdo
Y tan galán como vos
Humille sus pensamientos
Á una mujer como yo.
¿ Sois pobre ?
DON JUAN. Pues ¿ á qué efeto
Me preguntas si soy pobre ?
DOÑA MARÍA. Porque si os falta dinero
Para pretensiones altas,
No tengo por mal acuerdo
Requebrar lo que, á la cuenta
Del entendimiento vuestro,
Os costará zapatillas,
Ligas, medias y un sombrero
Para el río con su banda,
Avantal de lienzo grueso,
Chinelas ya sin virillas
(Que solía en otro tiempo
En los pies de las mujeres

La plata barrer el suelo),
Castañetas, cintas, tocas ;
Que para últimos empleos
De las damas, fondo en ángel,
No hay plata en el alto cerro
Del Potosí, perlas ni oro
En los orientales reinos.
Mas pienso que os costarían
Las randas de un telarejo
Que una legión de fregonas.

DON JUAN. No juzgaras mis deseos
Por el camino que dices,
Si te dijera el espejo
El despejo de tu talle.

DOÑA MARÍA. ¿ Espejo y despejo ? ¡ Bueno !
Ya con cuidado me habláis,
Porque en efeto os parezco
Mujer que os puedo entender.
Pues yo os prometo que puedo ;
Pero el estar enseñada
Á oir vocablos groseros
De un indiano miserable :
« Vé por esto, vuelve presto,
Esto guisa, aquello deja,
¿ Limpiaste aquel ferreruelo ?
Ve por nieve, trae carbón,
Esto está sin sal, aquello
Sin agrio, llama á ese esclavo,
Este lava, y dame un lienzo,
¿ Cómo gastas tanta azúcar ?
Para madrugar me acuesto,
Despiértame de mañana,
Pon la mesa, luego vuelvo ; »
Y otras cosas de este porte
Me han quitado el sentimiento
De otras razones más grandes
No porque no las entiendo.
En efecto ¿ qué queréis ?

DON JUAN. Que me quieras en efeto.

DOÑA MARÍA. ¡ Bien aforrada razón,
Y bien dicha para presto !
Bien digo yo que pensáis

Que á mi corto entendimiento
Importan resoluciones,
Atajos, y no rodeos.
Pues levantad el lenguaje;
Que, como dicen los negros,
El ánima tengo blanca,
Aunque mal vestido el cuerpo.
Habladme como quien sois.

DON JUAN. Yo, Isabel, así lo creo;
Porque, pensando en tu oficio,
Tal vez el respeto pierdo;
Pero en mirando á tu cara,
Vuelvo á tenerte respeto.
Mas no te debe enojar
Que te diga mi deseo;
Que solo son por el fin
Todos los actos perfectos.
¿Qué dirás deste lenguaje?

DOÑA MARÍA. Que, aunque es el término honesto,
No me agrada la intención
De la suerte que la entiendo.
Conmigo (á lo que imagino)
Tomáis la espada á lo diestro.
Tiré, desviasteis, huí;
Y acometiéndome al pecho,
Herida de conclusión
Formó vuestro pensamiento.
Pues no, mi señor, por vida
De los dos, porque no quiero
Que, asiendo la guarnición,
Engañéis mi honesto celo.
Esténse quedas las manos,
Y aun los pensamientos quedos;
Que no seremos amigos
En no siendo el trato honesto.

DON JUAN. Como das, Isabel mía,
(¿Mía dije? ¡Ay Dios! que miento)
En pensar que por ser pobre
Te busco, te sigo y ruego,
Dilatas á mis verdades
El justo agradecimiento.
Pues yo te juro, Isabel,

Que por quererte, desprecio
La más hermosa mujer,
Donaire y entendimiento
Que tiene aqueste lugar;
Porque más estimo y precio
Un listón de tus chinelas
Que las perlas de su cuello.
Más precio en tus blancas manos
Ver aquel cántaro puesto,
Á la fuente del Olvido
Pedirle cristal deshecho;
Y ver que á tu dulce risa
Deciende el agua riyendo,
Envidiosa la que cae
De fuera á la que entra dentro;
Y ver cómo se da prisa
El agua á henchirle de presto,
Por ir contigo á tu casa,
En tus brazos ó en tus pechos,
Que ver como cierta dama
Baja en su coche soberbio,
Asiendo verdes cortinas
Por dar diamantes los dedos,
Ó asoma por el estribo
Los rizos de los cabellos
En las uñas de un descanso,
Que á tantos sirvió de anzuelo.
Yo me contento que digas,
Dulce Isabel : ¡« Yo te quiero! »
Que también quiero yo el alma;
No todo el amor es cuerpo.
¿ Qué respondes, ojos míos?

DOÑA MARÍA. Á *ojos míos* yo no puedo
Responder ninguna cosa,
Porque decís que son vuestros.
Á lo de la voluntad,
Pienso que licencia tengo ;
Y así, pues alma queréis,
Digo (porque os vais con esto)
Que el primer hombre sois vos
Á quien amor agradezco.

DON JUAN. ¿ No más, Isabel?

DOÑA MARÍA. ¿Es poco?
Pues vaya por contrapeso
Que no me desagradáis.
DON JUAN. ¿No más, Isabel?
DOÑA MARÍA. ¿Qué es esto?
Conténtese, ó quitaréle
Lo que le he dado primero.
DON JUAN. ¿Podré tomarte una mano?
Aunque por Dios que la temo,
Después que la vi tan diestra
Esgrimir el blanco acero.
DOÑA MARÍA. Pues vos no me conocéis:
Por Dios que algún hombre he muerto
Aqui donde me miráis.
DON JUAN. Con los ojos, yo lo creo,
DOÑA MARÍA. Idos; que viene mi amo.
DON JUAN. ¿Dónde esta tarde te espero?
DOÑA MARÍA. En la fuente, á lo lacayo.
DON JUAN. Logre tu donaire el cielo. (*Vase.*)

ESCENA VIII

LEONOR, — DOÑA MARIA.

LEONOR. Isabel...
DOÑA MARÍA. Leonor amiga...
LEONOR. ¿Con éste hablabas?
DOÑA MARÍA. ¿Pues bien?
LEONOR. ¿Qué se hizo tu desdén?
DOÑA MARÍA. Un amor honesto obliga.
Y te aseguro de mí
Que es mucho tenelle amor.
LEONOR. Su talle, ingenio y valor
Habrán hecho riza en ti.
Que lo merece confieso;
Pero en la desigualdad
No puede haber amistad,
DOÑA MARÍA. Los elementos por eso
No tienen paz y sosiego:
El algua á la tierra oprime,
El aire á el agua, y reprime

La fuerza del aire el fuego.
Mas como él me quiere á mí
No más de para querer,
¿ Qué pierdo en corresponder ?
LEONOR. Mucho.
DOÑA MARÍA. ¿ Cómo ?
LEONOR. Mucho.
DOÑA MARÍA. Di.
LEONOR. Adora mi ama en él.
DOÑA MARÍA. ¿ Quién te lo ha dicho ?
LEONOR. Yo y Juana
Lo vemos, y á ella con gana
De casamiento, Isabel.
Por eso, si no envidaste,
Descarta y quédate en dos.
DOÑA MARÍA. ¿ Sábeslo bien ?
LEONOR. Sí, por Dios.
DOÑA MARÍA. Tarde, Leonor, me avisaste ;
No porque pueda alabarse
Del más mínimo favor,
Sino por tenerle amor,
Que no es fácil de olvidarse.
Necia fuí en imaginar
Que un don Juan tan entonado
Para mí estaba guardado.
LEONOR. Un hombre te quiero dar
Compañero de otro mío,
Bravo, pero no cruel,
Que puede ser, Isabel,
De cuantas profesan brío.
No pone codo en la puente
Hombre de tales aceros,
Ni han visto los lavaderos
Más alentado valiente,
Ama en tu misma región.
¿ Quién te mete con don Juanes ?
DOÑA MARÍA. Tu ama ¿ trata en galanes ?
LEONOR. De honesta conversación
De un conde que la visita,
Le nacieron los antojos.
DOÑA MARÍA. ¡ Quien la ve tan baja de ojos
Á la señora viudita !

LEONOR. Hermana, enviudó ha dos meses,
Viénele grande la cama.

D.ª MARÍA. Y en fin ¿le quiere tu ama?

LEONOR. Como si juntos los vieses.

D.ª MARÍA Ve por el cántaro, y vamos
Al Prado.

LEONOR. Á Pedro verás;
Que se quedan siempre atrás
Él y Martín de sus amos. (*Vase.*)

ESCENA IX

DOÑA MARÍA.

Á mis graves desconsuelos
Solo faltaba este amor,
Á este amor este rigor,
A este rigor estos celos.
¿No me bastaba temer,
Para no ser conocida,
Este género de vida,
Sino á quien quieren querer?
Pero andar en competencia,
Moza de cántaro en fin,
Cristalino serafín,
Con vos, será impertinencia.
Mejor es ser lo que soy,
Pues que no soy lo que fuí:
Aprended, flores, de mí
Lo que va de ayer á hoy. (*Vase.*)

Prado con una fuente.

ESCENA X

MARTÍN. PEDRO,

PEDRO. Y ¿que tiene tan buen talle?

MARTÍN. Esto me dijo Leonor,

Y que es la moza mejor
Que tiene toda la calle.
Es una perla, un asombro;
Rinden parias á su brío
Cuantas llevan ropa á el río
Y llevan cántaro en hombro.
Es mujer que este don Juan,
Primo del Conde mi dueño,
Pierde por hablarla el sueño,
Desmayos de amor le dan.
De la suerte la pasea
Que á la dama de más partes;
Pero en estos Durandartes
Poco el pensamiento emplea.
De noche la viene á ver,
Y anda el pobre caballero,
De su cántaro escudero,
Sin dormir y sin comer.
Sirve á un caballero indiano
Tan cuitado, que consiente
Que vaya y venga á la fuente;
Puesto que le culpo en vano,
Porque pienso que ella gusta
De salir, por ver y hablar
(Que á mozas deste lugar
Mucho el no salir disgusta),
Á jabonar y á lavar
Á los pilares, á el río,

PEDRO. En fin, es moza de brío,
Y que puede descuidar
De camisas y valonas
Á un hombre de mi talante.

MARTÍN. Lleva, en saliendo, delante
Más pretendientes personas
Que un oidor ó presidente.

PEDRO. Si yo la moza poseo,
Luego habrá despolvoreo
De todo amor pretendiente:
Á ellos de cuchilladas
Y á ella de muchas coces.
Ya mi cólera conoces.

MARTÍN. No la has visto ¿y ya te enfadas?

PEDRO. Gente de un coche se apea.
MARTÍN. Con ellos viene don Juan.
PEDRO. ¡Por vida del alazán,
Que no es la viudilla fea!

ESCENA XI

DOÑA ANA, JUANA, DON JUAN. — DICHOS.

DON JUAN. Por el coche os conocí,
Y luego al Conde avisé,
Que en la carroza dejé
Harto envidioso de mí.
Vine á ver lo que mandáis;
Que apearos no habrá sido
Sin causa.
DOÑA ANA. Cansa he tenido;
Que siempre vos me la dais.
Quiero venir á la fuente,
Porque sé que es el lugar
Adonde os tengo de hallar,
Y donde sois pretendiente.
DON JUAN. ¡Buen oficio me habéis dado!
Ó de bestia ó de aguador.
DOÑA ANA. Conociendo vuestro humor,
Señor don Juan, he pensado
Venir por agua también. —
Muestra ese búcaro, Juana.
DON JUAN. Dado habéis esta mañana,
Filos, Señora, al desdén.
DOÑA ANA. Deseando enamoraros,
Moza de cántaro soy,
Por agua á la fuente voy.
DON JUAN. Teneos...
DOÑA ANA. Quiero agradaros.
DON JUAN. Es el cántaro pequeño,
Templará poco el rigor
Á los enfermos de amor.

ESCENA XII

DOÑA MARÍA Y LEONOR, *con sus cántaros.* — DICHOS.

DOÑA MARÍA. (*Á Leonor.*) Esto me dijo mi dueno;
Que en el patio de palacio,
Archivo de novedades,
Ya mentiras, ya verdades,
Como pasean de espacio,
Lo contaba mucha gente.

LEONOR. Y ¿que esa mujer mató
Á el que á su padre afrentó?
¡Bravo corazón!

D.ª MARÍA. Valiente.
Dijo que había pedido
La parte pesquisidor,
Y que á el Rey nuestro señor
(Cuya vida al cielo pido),
Consultaron este caso,
Y que no quiso que fuese
Quien pesadumbre le diese.

LEONOR. No fué la piedad acaso,
Si el padre estaba inocente.
¿Y nunca más pareció
Esa dama que mató
Á el caballero insolente?

D.ª MARÍA. De eso no me dijo nada.
Yo estoy contenta de ver
(Que en efeto soy mujer)
Que la hubiese tan honrada.

LEONOR. ¿Dijo el nombre que tenía?
Que me alegra á mí también.

D.ª MARÍA. No sé si me acuerdo bien...
Aunque sí : doña María.

MARTÍN. Aquí están dos escuderos
Para las dos.

LEONOR. Isabel,
Este mozazo es aquél
Que te dije.

D.ª MARÍA. ¡Oh, caballeros!...

MARTÍN. Llega, no estés vergonzoso; (*Á Pedro.*)

Llega y habla.

PEDRO. Estoy mirando
Á Isabel, y contemplando
Su talle y su rostro hermoso.
Téngame vuesamerced
Por suyo desde esta tarde.

D.ª MARÍA. (*Ap.* ¡Qué buen hombrón!) Dios le guarde.

PEDRO. (*Ap.*) Cayó la daifa en la red.
Ya está perdida por mí.

D.ª MARÍA. (*Ap.*) Con pocos de éstos pudiera
Conducir una galera
Á la China, desde aquí,
Don Fadrique de Toledo.

PEDRO. Pido mano, doy turrón.

D.ª MARÍA. ¿Más que lleva un mojicón,
Hombrón, si no se está quedo?

PEDRO. ¡Por el agua de la mar,
Que tiene valor la hembra!

D.ª MARÍA. Pues no sabe dónde siembra.

PEDRO. (*Ap.* Á el primer encuentro azar.)
¡Voto á tus ojos serenos,
Isabel, porque te asombres,
Que me mate con mil hombres,
Y esto será lo de menos!
Ablándate, serafín.

D.ª MARÍA. Déjeme, no me zabuque.

PEDRO. Aquí en la esquina del Duque
Hay turrón. — Vamos, Martín.

MARTÍN. Vamos, y gasta; que luego
Estará como algodón.

PEDRO. Sí, mas ¡coz y mordiscón!...
Parece rocín gallego. (*Vanse Martín y Pedro.*)

ESCENA XIII

DOÑA ANA, DON JUAN, DOÑA MARÍA, LEONOR, JUANA.

DOÑA ANA. Quedo, no os pongáis delante;
Que ya he visto por las señas
Que es aquella vuestra dama.

JUANA. Pues Leonor viene con ella,
¿Quién duda que es Isabel?
Fuera de que no tuviera
Ninguna aquel talle y brío.
DOÑA ANA. Disculpa tiene en quererla
El señor don Juan.
JUANA. La moza
En otro traje pudiera
Hacer á cualquiera dama
Pesadumbre y competencia.
DON JUAN. ¿Es todo por darme vaya?
DOÑA ANA. Quisiérala ver más cerca.
Dígale vuesamerced
Que está aquí una dama enferma,
Que se le antoja beber
Por la cantarilla nueva;
Que no irá de mala gana.
DON JUAN. Sólo por serviros fuera.
DOÑA MARÍA. ¡Ay, Leonor!
LEONOR. ¿Qué?
DOÑA MARÍA. Tu señora
Y aquél mi galán con ella.
LEONOR. Parece que te has turbado.
DOÑA MARÍA. Por poco se me cayera
El cántaro de las manos.
DON JUAN. (*Á doña María.*) Aquella señora os ruega
Que la deis un poco de agua.
DOÑA MARÍA. De buena gana la diera
Á ella el agua, y á vos
Con el cántaro.
DON JUAN. No seas
Necia.
DOÑA MARÍA. Llevádsela vos,
Y de vuestra mano beba.
DON JUAN. Mira que en público estamos,
Y las mujeres discretas
No hacen cosas indignas.
DOÑA MARÍA. Iré porque nadie entienda
Que me da celos á mí. —
(*Llégase á doña Ana.*
Vuesamerced beba, y crea
Que quisiera que este barro

Fuera cristal de Venecia;
Pero serálo en tocando
Esas manos y esas perlas.

DOÑA ANA. Beberé, porque he caído.

DOÑA MARÍA. Si el agua el susto sosiega,
Beba; que todos caeremos,
Si no en el daño, en la cuenta.

DOÑA ANA. Yo he bebido.

DOÑA MARÍA. Y yo también.

DOÑA ANA. (*Ap.*) Yo pesares.

DOÑA MARÍA. (*Ap.*) Yo sospechas.

DOÑA ANA. ¡Qué caliente!

DOÑA MARÍA. Vuestras manos
De nieve servir pudieran.

DOÑA ANA. (*A Juana.*) Haz que llegue el coche.

JUANA. (*Llamando.*) ¡Ah, Hernando!

DOÑA ANA. ¡Buena moza!

DOÑA MARÍA. Buena sea
Su vida.

(*Vanse doña Ana y Juana.*)

ESCENA XIV

DOÑA MARÍA, DON JUAN, LEONOR.

DOÑA MARÍA. ¿No la acompaña?
¡Mal galán! ¿Así se queda?

DON JUAN. Á darte satisfaciones.

DOÑA MARÍA. Estoy yo tan satisfecha,
Que será gastar palabras.

DON JUAN. Mira. Isabel, que esto es fuerza,
Y que bien sabe Leonor
(Dejo aparte mi fineza)
Que el Conde sirve á doña Ana.

DOÑA MARÍA. Cántaro, tened paciencia;
Vais y venís á la fuente:
Quien va y viene siempre á ella,
¿De qué se espanta, si el asa
Ó la frente se le quiebra?
Sois barro, no hay que fiar.
Mas ¿quién, cántaro, os dijera

Que no os volviérades plata
En tal boca, en tales perlas?
Pero lo que es barro humilde,
En fin, por barro se queda.
No volváis más á la fuente,
Porque estoy segura y cierta
Que no es bien que vos hagáis
Á los coches competencia.

DON JUAN. ¿Qué dices? Mira, Isabel,
Que sin culpa me condenas.

DOÑA MARÍA. Yo con mi cántaro hablo;
Si es mío, ¿de qué se queja?
Váyase vuesamerced,
Mire que el coche se aleja.

DON JUAN. Iréme desesperado,
Pues haces cosas como estas,
Sabiendo que Leonor sabe
Que no es posible que quiera
Eso de que tienes celos. (*Vase.*)

ESCENA XV

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR. Necia estás. ¿Por qué le dejas
Que se vaya con disgusto?

D.ª MARÍA. Leonor, el alma me lleva;
Que los celos me han picado.
Pero no seré yo necia
En querer desigualdades,
Aunque me abrase y me muera.
No he de ver más á don Juan.
¡Esto faltaba á mis penas!

LEONOR. ¡Buen lance habemos echado!
Tú desesperada quedas,
Y mi ama va perdida.

ESCENA XVI

PEDRO, MARTÍN. — DICHAS.

PEDRO. Como dos soldados juegan :
Perdí el turrón y el dinero.

MARTÍN. Cosas la corte sustenta,
Que no sé cómo es posible.
¡Quién ve tantas diferencias
De personas y de oficios,
Vendiendo cosas diversas!
Bolos, bolillos, bizcochos,
Turrón, castañas, muñecas,
Bocados de mermelada,
Letuarios y conservas;
Mil figurillas de azúcar,
Flores, rosarios, rosetas,
Rosquillas y mazapanes,
Aguardiente, y de canela;
Calendarios, relaciones,
Pronósticos, obras nuevas,
Y á *Don Alvaro de Luna,*
Mantenedor destas fiestas.
Mas quedo; que están aquí.

PEDRO. ¡Oigan! ¿De qué es la tristeza?
¿No estaba alegre esta moza?
¡Qué pensativas están!

MARTÍN. Pienso que andaba don Juan
Acechando una carroza.

PEDRO. Quien te me enojó, Isabel,
Que con lágrimas lo pene :
Hágote voto solene
Que pueden doblar por él.
Vuelve, Isabel, esos ojos;
Que no soy yo por lo menos
Quien á tus ojos serenos
Quitó luz y puso enojos.
¿Quién tan bárbaro y cruel,
Á tu hermosura atrevido,
Causa de tu enojo ha sido?
¿Quién te me enojó, Isabel?

No es posible que tuviese
Noticia de mi rigor,
Sin que luego de temor
Súbitamente muriese.
Quien te enojó, ¿vida tiene?
¿Que donde estoy, vivo esté?
Dime quién es; que yo haré
Que con lágrimas lo pene.
Dime cómo y de qué suerte
Que le mate se te antoja,
Porque en sacando la hoja,
Soy guadaña de la muerte.
Si el Cid á su lado viene,
Jigote de hombres haré,
Y de que lo cumpliré
Hágote voto solene.
Si yo me enojo en Madrid
Con quien á ti te ha enojado,
Haz cuenta que se ha tocado
La tumba en Valladolid.
Porque en diciendo, Isabel,
Que he de matalle, está muerto.
No hay que esperar, porque es cierto
Que pueden doblar por él.

DOÑA MARÍA. Ven, Leonor; vamos á casa.
LEONOR. Triste vas.
NOÑA MARÍA. Perdida estoy.
PEDRO. ¿Así se va?
DOÑA MARÍA. Así me voy.
PEDRO. Pues cuénteme lo que pasa
DOÑA MARÍA. No quiero.
PEDRO. Tendréla.
DOÑA MARÍA. Tome.
PEDRO. ¡Ay!
MARTÍN. ¿Qué fué?
PEDRO. Tamborilada.
LEONOR. ¿Dístele, Isabel?
DOÑA MARÍA. No es nada.
Pregúntale si le come.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

PEDRO, BERNAL, MARTÍN y LORENZO, *dentro.*

PEDRO. ¡Fuera digo! No haya más.
LORENZO. ¡Ay, que me ha descalabrado!
MARTÍN. Con el cántaro le ha dado.
BERNAL. ¡Lavado, Lorenzo, vas!
LORENZO. Esto ¿se puede sufrir?
PEDRO. Llévale á curar, Bernal.
LORENZO. ¡Vive Cristo, que la tal!... (*Salen.*)
MARTÍN. No lo acabes de decir.
PEDRO. No queda lacayo en ser
Donde esta mujer está.
MARTIN. Bravas bofetadas da.
PEDRO. Dos mozas azotó ayer.
BERNAL. ¡Ea, ea! Que no es nada.

ESCENA II

DOÑA MARÍA, LEONOR. — DICHOS.

D.ª MARÍA. ¡Pícaro! ¿Pellizco á mí?
¡Fuera, digo!
LEONOR. ¿Estás en ti?
LORENZO. ¡Á mí, Isabel, cantaradu!
¡Voto á el hijo de la mar!
D.ª MARÍA. Llegue el lacayo gallina.
PEDRO. Daga trae en la pretina.
D.ª MARÍA. Y aun enseñada á matar.
Llegue el barbado, y daréle
Dos mohadas á la usanza
De mi tierra, por la panza,
Y hará el puñal lo que suele.
LORENZO. ¡Mataréla!
PEDRO. Estoy aquí
Á pagar de mi dinero.

LORENZO. Pues con él haberlas quiero,
Aunque es mujer para mí.
PEDRO. ¡ Miente !
LORENZO. Véngase conmigo. (*Vanse los hombres.*)

ESCENA III

DOÑA MARÍA, LEONOR.

LEONOR. ¡ Buenos van, desafiados !
D.ª MARÍA. ¡ Qué diferentes cuidados
Me da, Leonor, mi enemigo !
LEONOR. ¿ No le has visto más ?
D.ª MARÍA. Ayer.
LEONOR. Alegre quisiera hallarte,
Porque te alcanzara parte
De mi contento y placer.
Ya Martín se determina,
Y nos queremos casar :
Mira que nos has de honrar,
Y que has de ser la madrina.
D.ª MARÍA. Estoy desacomodada
Del indiano ; que si no,
Yo lo hiciera : aquí me dió
Su casa una amiga honrada,
Donde de prestado estoy.
LEONOR. Mi Señora te dará
Vestidos : vamos allá ;
Que pienso que ha de ser hoy.
D.ª MARÍA. Tendré vergüenza de vella.
LEONOR. Anda ; que te quiere bien,
Y sé que tiene también
Gusto de que hables con ella.
D.ª MARÍA. Vamos, y de aquí á tu casa
Te diré lo que pasó
En el río.
LEONOR. No fuí yo ;
Que mujer que ya se casa,
Ha de mostrar más recato
Del que solía tener.
D.ª MARÍA. Es achaque ; voy por ver

Aquel caballero ingrato.
Fuimos Teresa, Juana y Catalina,
El sábado, Leonor, á Manzanares:
Si bien yo melancólica y mohína
De darme este don Juan tantos pesares.
De tu dueño las partes imagina;
Que cuando en su valor, Leonor, repares,
Presumirás, pues no me he vuelto loca,
Que soy muy necia ó mi afición es poca.
Tomé el jabón con tanto desvarío
Para lavar de un bárbaro despojos,
Que hasta los paños me llevaba el río,
Mayor con la creciente de mis ojos.
Cantaban otras con alegre brío,
Y yo, Leonor, lloraba mis enojos:
Lavaba con lo mesmo que lloraba,
Y al aire de suspiros lo enjugaba.
Bajaba el sol al agua trasparente,
Y, el claro rostro en púrpura bañado,
Las nubes ilustraba de occidente
De aquel vario color tornasolado;
Cuando, despierta ya del accidente,
Saqué la ropa, y de uno y otro lado,
Asiendo los extremos, la torcimos,
Y á entapizar los tendederos fuimos.
Quedando pues por los menudos ganchos
Las camisas y sábanas tendidas,
Salieron cuatro mozas de sus ranchos,
En toda la ribera conocidas;
Luego, de angostos pies y de hombros anchos,
Bigotes altos, perdonando vidas,
Cuatro mozos: no hablé; que fuera mengua,
Estando triste el alma, hablar la lengua.
Tocó, Leonor, Juanilla el instrumento
Que con cuadrada forma en poco pino,
Despide alegre cuanto humilde acento,
Cubierto de templado pergamino;
Á cuyo son, que retumbaba el viento,
Cantaba de un ingenio peregrino,
En seguidillas, con destreza extraña,
Pensamientos que envidia Italia á España.
Bailaron luego hilando castañetas

Lorenza y Justa y un galán barbero
Que mira á Inés, haciendo más corvetas
Que el Conde ayer en el caballo overo.
¡ Oh celos ! todos sois venganza y tretas,
Pues porque vi bajar el caballero
Que adora de tu dueño la belleza,
No le quise alegrar con mi tristeza.
Entré en el baile con desgaire y brío,
Que, admirándole ninfas y mozuelos,
« ¡ Vítor ! » dijeron, celebrando el mío :
Y era que amor bailaba con los celos.
Estando en esto, el contrapuesto río
Se mueve á ver dos ángeles, dos cielos,
Que á la Casa del Campo (Dios los guarde)
Iban á ser auroras por la tarde.
¿No has visto á el agua, al súbito granizo
Esparcirse el ganado en campo ameno
Ó volar escuadrón espantadizo
De las palomas, en oyendo el trueno?
Pues de la misma suerte se deshizo
El cerco bailador, de amantes lleno,
En oyendo que honraban la campaña
Felipe y Isabel, gloria de España.
¿ No has visto en un jardín de varias flores
La primavera en cuadros retratada,
Que por la variedad de los colores,
Aun no tienen color determinada,
Y en medio ninfas provocando amores ?
Pues así se mostraba dilatada
La escuadra hermosa de las damas bellas,
Flores las galas y las ninfas ellas.
Yo, que estaba arrobada, les decía
Á los reyes de España : « Dios os guarde,
Y extienda vuestra heroica monarquía
Del clima helado á el que se abrasa y arde ; »
Cuando veo que dice : « Isabel mía, »
Á mi lado don Juan ; y tan cobarde
Me hallé á los ecos de su voz, que luego
Fué hielo el corazón, las venas fuego.
« Traidor, respondo, tus iguales mira ;
Que yo soy una pobre labradora. »
Y diciendo y haciendo, envuelta en ira,

Sigo la puente, y me arrepiento agora ;
Verdad es que le siento que suspira
Tal vez desde la noche hasta el aurora ;
Mas recelo, si va á decir verdades,
Lo que se sigue á celos y amistades. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA IV

DOÑA MARÍA, LEONOR ; *después*, DOÑA ANA Y JUANA.

LEONOR. Á mi casa hemos llegado :
Después, que no puedo agora,
Porque viene mi Señora,
Te diré lo que ha pasado
Por los celos en los dos.
(*Salen doña Ana y Juana.*)

DOÑA ANA. ¿ Ésta dices ?

JUANA. Ésta es.

DOÑA MARÍA. Dadme, Señora, los pies.

DOÑA ANA. Isabel, guárdela Dios.
¿ Qué se ofrece por acá ?

DOÑA MARÍA. Quiéreme hacer su madrina
Leonor, que no me imagina
Desacomodada ya.

DOÑA ANA. ¿ No está ya con el indiano ?

DOÑA MARÍA. No, Señora.

DOÑA ANA. Pues ¿ por qué ?

DOÑA MARÍA. Cierto atrevimiento fué,
De hombre al fin ; pero fué en vano.

DOÑA ANA. ¿ Cómo, cómo, por mi vida ?

DOÑA MARÍA. Pudiera estar satisfecho
De mi honor y de mi pecho :
De mi honor por bien nacida,
De mi pecho porque, habiendo
Entrado por los balcones
Una noche tres ladrones,
Que ya le estaban pidiendo
Las llaves, tomé su espada,

Y aunque ya se defendieron,
Por la ventana salieron,
Y esto á pura cuchillada.
Pero obligándole á amor
Lo que pudiera á respeto,
Me llamó una noche, á efeto
De no respetar mi honor.
Que le descalzase fué
La invención : llego á su cama,
Donde sentado me llama,
Y humilde le descalcé.
Peoo echándome los brazos,
Tan descortés procedió,
Que á arrojarle me obligó
Donde le hiciera pedazos.
Mas de aquellos desatinos
Sus zapatos me vengaron,
Cuyas voces despertaron
La mitad de los vecinos.
Y aunque culpando el rigor,
Poniéndose de por medio,
Celebraron el remedio
Para quitarle el amor.

DOÑA ANA. Notable debes de ser.
Cierto que te tenga amor.

JUANA. Es el servicio mejor
Y la más limpia mujer
De cuantas andan aquí.
Ruégale que esté contigo.

DOÑA ANA. ¿No querrás estar conmigo,
Isabel?

DOÑA MARIA. Señora, sí.

DOÑA ANA. ¿Qué sabes hacer?

DOÑA MARÍA. Lavar,
Masar, cocer y traer
Agua.

DOÑA ANA. ¿No sabrás coser?

DOÑA MARÍA. Bien sé coser y labrar.

DOÑA ANA. Pues eso será mejor.
Manto y tocas te daré.

DOÑA MARÍA. Señora, yo no sabré
Servir de dueña de honor.

Éste es un hábito agora
De cierta desdicha mía,
Que vos sabréis algún día. (*Vase.*)

JUANA. Aquí está don Juan, Señora.

ESCENA V

DON JUAN, MARTÍN. — DOÑA ANA, LEONOR, JUANA.

DON JUAN. Siempre soy embajador.
El Conde os pide licencia,
Y dice que de su ausencia,
Fué causa vuestro rigor;
Que tratáis tan mal su amor,
Que ya toma por partido,
En la caza divertido,
Solicitar á su daño
Una manera de engaño
Que á los dos parezca olvido:
A vos excusando el veros,
Y á él, Señora, el cansaros.
Pero no quiere engañaros
Ni olvidarse de quereros:
Visitaros y ofenderos
Es fuerza para serviros.
Esto me manda deciros:
Mirad si le dais licencia;
Que le cuesta vuestra ausencia
Cuantos instantes, suspiros.

DOÑA ANA. Vos venís en ocasión
Que os he hecho un gran servicio:
Á lo menos es indicio
De esta mi loca pasión.
Mirad en qué obligación
Os pone el haber traído
Á mi casa quien ha sido
Lo que tanto habéis amado;
Que os quiero ver obligado,
Pues no puedo agradecido.
Volved los ojos, veréis
Á Isabel, que viene aquí,

No para servirme á mí,
Sino á que vos la mandéis;
Que no quiero que os canséis
En buscarla en fuente ó prado.
Mirad si estáis obligado,
Y cómo he sabido hacer
Que vos me vengáis á ver,
No como hasta aquí, forzado.

DON JUAN. De vuestra queja os prometo
Que es el Conde, mi señor,
La causa, cuyo valor
Únicamente respeto;
Porque ¿cuál hombre discreto
No conociera y amara
De vuestra belleza rara
La divina perfección,
Y el discurso á la razón,
Y á vos el alma negara?
Con esto la puse en quien
La misma desigualdad
Disculpe la voluntad,
Para no quereros bien.
Mas no me pidáis que os den
Gracias de haberla traído
Mis ojos; que antes ha sido
Para no poderla ver,
Pues testigo habéis de ser,
Y yo menos atrevido.

ESCENA VI

EL CONDE. — DICHOS.

CONDE. Tanto la licencia tarda,
Que sin ella vengo á veros.

DOÑA ANA. Conde, mi señor, disculpa
De ausencia de tanto tiempo. —
Llega una silla, Isabel.

DON JUAN. Aquí me estaban riñendo
Tu ausencia.

CONDE. ¡Buena criada!

Y nueva; que no me acuerdo
Haberla visto otra vez.

DOÑA ANA. ¡Buena cara, gentil cuerpo!
¿No es muy linda?

CONDE. ¡Sí, por Dios!

DOÑA ANA. De que os agrade me huelgo;
Que es la dama de don Juan.

CONDE. Si es así el entendimiento,
Disculpa tiene mi primo.
Verla más de espacio quiero. —
Pasad, Señora, adelante,
¿De dónde sois?

D.ª MARÍA. No sé cierto;
Porque ha mucho que no soy.

CONDE. Partes en la moza veo,
Que en otro traje pudieran,
Con el donaire y aseo,
Dar, fuera de vuestros ojos,
Á muchos envidia y celos.
Mi primo es tan singular,
Que por bizarría ha puesto
Las preferencias del gusto
En tan bajos fundamentos.

MARTÍN. Á mí responder me toca.
Perdónenme si me atrevo,
Por el honor del fregado,
La opinión del lavadero,
Del cántaro y el jabón;
Que más de cuatro manteos,
De esos con esteras de oro,
Cubren algunos defetos.

DOÑA ANA. Cásase Martín agora
Con mi Leonor, y por eso
Siente que vueseñoría
Haga de don Juan desprecio.

DON JUAN. ¡Dar en el pobre don Juan!

CONDE. Huélgome del casamiento.
Y ¿seréis vos la madrina?
Porque ser padrino quiero.

DOÑA ANA. No, Señor, que es Isabel;
Que pienso que ha mucho tiempo
Que ella y Leonor son amigas.

CONDE. Pues tócale de derecho
Ser el padrino á don Juan.

DON JUAN. Basta; que estáis de concierto
Todos contra mí. Pues vaya;
Que el ser el padrino aceto.

CONDE. ¿Cómo calla la madrina?

D.ª MARÍA. Señor, corto entendimiento
Presto se ataja, y más donde
Hay tantos y tan discretos.
Allá en mi lugar un día
Un muchacho en un jumento
Llevaba una labradora,
Y perdonad, que iba en pelo.
« Hazte allá, que le maltratas »,
Iba la madre diciendo;
Y tanto hacia atrás se hizo,
Que dió el muchacho en el suelo.
Díjole: « ¿Cómo caíste? »
Y disculpóse diciendo:
« Madre, acabóseme el asno. »
Hsí yo, que hablando veo
Á tan discretos señores,
Hago atrás mi entendimiento,
Hasta que he venido á dar
Con el silencio en el suelo.

MARTÍN. (*Ap.*) Tomen lo que se han ganado.

D.ª MARÍA. Es ei Conde muy discreto,
Y la señora doña Ana
Un ángel; pues yo ¿qué puedo
Decir que no sea ignorancia?

DOÑA ANA. Ahora bien, Señor, hablemos
De la ausencia destos días.
Ya me olvidáis, ya me quejo,
De vos al pasado amor,

CONDE. Negocios son, os prometo,
Que me han tenido ocupado
Por un notable suceso.
Mató en Ronda cierta dama
Guzmán y Portocarrero,
Cuyo padre con el duque
De Medina tiene deudo,
Un caballero su amante.

DOÑA ANA. ¿Con qué ocasión? ¿Fueron celos?
CONDE. Desagraviando á su padre
De un bofetón, porque el viejo
No estaba para las armas.
DOÑA ANA. ¡Gran valor!
DON JUAN. ¡Valiente esfuerzo!
Diera por ver á esa dama
Toda cuanta hacienda tengo.
DOÑA MARÍA. (*Ap.*) Turbada estoy, encubrir
Puedo apenas lo que siento.
CONDE. Al fin, perdonó la parte,
Poniéndose de por medio,
Entre deudos de unos y otros,
Muchos nobles caballeros.
Con esto me ha escrito el Duque,
Por el mismo parentesco,
Alcance el perdón del Rey;
Lo que hoy, Señora, se ha hecho.
Mándame también buscalla,
Si entre tantos extranjeros
Alguna nueva se hallase,
Siendo esta corte su centro.
Mirad si estoy disculpado;
Y porque me voy con esto,
Vendré, Señora, á la noche,
Si me dais licencia, á veros.
DOÑA ANA. Id con Dios; volvé á la noche.
CONDE. Si haré, encanto de Babel. —
Quedaos con vuestra Isabel;
(*Á don Juan.*)
Que yo me voy en el coche.
(*Vanse el Conde, doña Ana y los criados.*)

ESCENA VII

DOÑA MARÍA, DON JUAN.

DON JUAN. Alegre, Isabel, estás,
Que ya el cántaro dejaste,
Pues con la fe le mudaste,
Y con el alma, que es más.

Que desde que te la dí,
De cántaro la tenía,
Pues pienso que se decía
Este proverbio por mí.
Nunca quisiste trocar,
Cuando yo lo deseaba,
Al hábito que te daba
El que ya quieres dejar.
Si cuando yo te rogué,
Hábito honrado tomaras,
La voluntad disculparas,
Que baja en tus prendas fué.
Si el venir aquí son celos,
Pensando que así me guardas,
Son, Isabel, sombras pardas
En ofensa de tus cielos.
¿Qué guarda de más valor,
Isabel, que tu hermosura,
Si ella misma te asegura
Que merece tanto amor?
¡Vive Dios, que te he querido,
Y te quiero y te querré,
Con tanta firmeza y fe,
Que vive mi amor corrido
De no vencer tu rigor,
Siendo tú tan desigual!

D.ª MARÍA. Quien siente bien no habla mal;
Que para tener valor
Con que poder igualaros,
Aunque de vuestro apellido
Príncipes haya tenido
Italia y Francia tan raros,
Sóbrame á mí el ser mujer;
Pero si de vuestro engaño
Á los dos resulta daño,
Desengaño habrá de ser.
No estoy contenta de estar
Donde, con hacer mudanza
Del hábito, mi esperanza
Aspire á mejor lugar.
Ni enos mestoy celosa,
Ni os guardo, aunque os he querido;

Que en este humilde vestido
Hay un alma generosa,
Tan soberbia y arrogante,
Que el cántaro que dejé,
Un cielo en mis hombros fué,
Como el que sustenta Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
De naturaleza esquiva;
Pero hay otro amor que priva,
Por quien os dejo y me voy.
No os dé pena; que os prometo
Que no hay nieve tan helada;
Pero he nacido obligada
Á su amor y á su respeto.
No puedo hacer más por vos
Que decir que os he querido:
En fe de lo cual os pido,
Y del amor de los dos,
Que una cosa hagáis por mí.

DON JUAN. ¿Cómo ausentarte, mi bien?
Después de tanto desdén,
¿Esto merezco de ti?

D.ª MARÍA. No excuso, aunque lo sintáis,
Este camino.

DON JUAN. Isabel,
¿Qué dices?

D.ª MARÍA. Que para él
Esta joya me vendáis.
Diamantes son: claro está
Que justa sospecha diera
Si á vender diamantes fuera
Mujer que á la fuente va;
Que con lo que ella valiere,
Podré á mi casa llegar.

DON JUAN. Cuando pensaba esperar,
Quiere amor que desespere.
¡Notable desdicha mía!
¡Tristes nuevas! ¿Quién amó
Con la fortuna que yo?
Mas ¿quién, sino yo, podía?
Tened la joya y la mano,
Que entrambas diamantes son,

Si es la mina un corazón
Tan firme como tirano;
Que cuando forzosa sea
Vuestra partida, no soy
Hombre tan vil...

D.ª MARÍA. Si no os doy
La joya, don Juan, no crea
Vuestro pecho liberal
Obligarme con dinero;
Que, pues de vos no lo quiero,
Bien creeréis que me está mal.
¡Oh, qué habréis imaginado
De cosas, después que visteis
La joya! Aunque no tuvisteis
Culpa de haberlas pensado,
Pues yo os he dado ocasión.

DON JUAN. Cuando yo, Isabel, pensara
Tal bajeza, imaginara
Prendas que más altas son
De las que tenéis, bastantes
Á abonaros; cuando fuera
Hurto, mayor le creyera,
Si fueran almas, diamantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel; y en duda igual,
Que sois mujer principal
Tengo por mayor acierto,
Que desde el punto que os vi
Con el cántaro, Isabel,
Echó amor suertes en él
Para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
De lo que aquí publicáis,
Y yo sin dicha si os vais,
Para que yo muera ausente.
¿Quién sois, hermosa Isabel?
Porque cántaro y diamantes
Son dos cosas muy distantes;
Que hay mucha bajeza en él,
Y en vos mucho entendimiento,
Mucha hermosura y valor,
Mucho respeto al honor,

Calle.

ESCENA X

MARTÍN, PEDRO.

PEDRO. Martín, en esta ocasión
Me habéis desfavorecido :
Quejoso estoy y ofendido.
MARTÍN. Pedro, no tenéis razón;
Que el Conde gusta que sea
Padrino con Isabel.
PEDRO. Ensacharáse con él
Cuando á su lado se vea.
Yo sé que si me casara,
Padrino os hiciera á vos.
MARTÍN. Yo no pude mas, por Dios.
PEDRO. Pedro ¿también no la honrara?
¿No tengo cueras y sayos,
Capas. calzas, que por yerro
Quedaron en su destierro
Vinculadas en lacayos?
Pues ¡por el agua de Dios,
Aunque poca me ha cabido,
Que soy yo tan bien nacido!...
MARTÍN. ¿Quién pudiera como vos
Honrarme con Isabel?
PEDRO. ¿Hay hidalgo en Mondoñedo
Que pueda, como yo puedo,
Volver la silla á el dosel?
MARTÍN. Dejad el enojo ya;
Y pues que sois entendido,
Decidme si acierto ha sido
Casarme.
PEDRO. Pues claro está;
Que es muy honrada Leonor,
Aunque pide más caudal
La talega de la sal,
Que anda el tiempo á el rededor.
Mas queriendo el Conde bien

A doña Ana, por Leonor
Os hará siempre favor,
Y ella ayudará también
De su parte á vuestra casa.

MARTÍN. Pues con eso pasaremos.
PEDRO. ¿Quién queréis que convidemos?
MARTÍN. No lo excusa quien se casa.
Á Rodríguez lo primero,
Á Galindo y á Butrón,
Á Lorenzo y á Ramón,
Y á Pierres, buen compañero.
PEDRO. Haced llevar un menudo;
Que no hay hueso que dejar.
MARTÍN. Eso es darles de cenar.
PEDRO. En esta ocasión no dudo
De que tendrán los señores
Arriba gran colación.
MARTÍN. Por allá conservas son
Y confites de colores.
PEDRO. Lobos de marca mayor
Tendremos en cantidad.
MARTÍN. Pedro, esa es enfermedad
Que no ha menester doctor. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA XI

DOÑA ANA, DON JUAN.

DON JUAN. Yo pienso que es condición,
Y no amor, vuestra porfía.
DOÑA ANA. Y ¿quién sin amor podía
Sufrir tanta sinrazón?
DON JUAN. No es sinrazón la ocasión
Que me fuerza á no querer
Lo que del Conde ha de ser.

Calle.

ESCENA X

MARTÍN, PEDRO.

PEDRO. Martín, en esta ocasión
Me habéis desfavorecido :
Quejoso estoy y ofendido.
MARTÍN. Pedro, no tenéis razón;
Que el Conde gusta que sea
Padrino con Isabel.
PEDRO. Ensacharáse con él
Cuando á su lado se vea.
Yo sé que si me casara,
Padrino os hiciera á vos.
MARTÍN. Yo no pude mas, por Dios.
PEDRO. Pedro ¿también no la honrara?
¿No tengo cueras y sayos,
Capas. calzas, que por yerro
Quedaron en su destierro
Vinculadas en lacayos?
Pues ¡por el agua de Dios,
Aunque poca me ha cabido,
Que soy yo tan bien nacido!...
MARTÍN. ¿Quién pudiera como vos
Honrarme con Isabel?
PEDRO. ¿Hay hidalgo en Mondoñedo
Que pueda, como yo puedo,
Volver la silla á el dosel?
MARTÍN. Dejad el enojo ya;
Y pues que sois entendido,
Decidme si acierto ha sido
Casarme.
PEDRO. Pues claro está;
Que es muy honrada Leonor,
Aunque pide más caudal
La talega de la sal,
Que anda el tiempo á el rededor.
Mas queriendo el Conde bien

A doña Ana, por Leonor
Os hará siempre favor,
Y ella ayudará también
De su parte á vuestra casa.

MARTÍN. Pues con eso pasaremos.

PEDRO. ¿Quién queréis que convidemos?

MARTÍN. No lo excusa quien se casa.
Á Rodríguez lo primero,
Á Galindo y á Butrón,
Á Lorenzo y á Ramón,
Y á Pierres, buen compañero.

PEDRO. Haced llevar un menudo;
Que no hay hueso que dejar.

MARTÍN. Eso es darles de cenar.

PEDRO. En esta ocasión no dudo
De que tendrán los señores
Arriba gran colación.

MARTÍN. Por allá conservas son
Y confites de colores.

PEDRO. Lobos de marca mayor
Tendremos en cantidad.

MARTÍN. Pedro, esa es enfermedad
Que no ha menester doctor. *(Vanse.)*

Sala en casa de doña Ana.

ESCENA XI

DOÑA ANA, DON JUAN.

DON JUAN. Yo pienso que es condición,
Y no amor, vuestra porfía.

DOÑA ANA. Y ¿quién sin amor podía
Sufrir tanta sinrazón?

DON JUAN. No es sinrazón la ocasión
Que me fuerza á no querer
Lo que del Conde ha de ser.

ESCENA XII

EL CONDE, *que se queda escuchando sin que le vean.* — DICHOS.

CONDE. (*Ap.*) Necios celos me han traído
De un deudo amigo fingido
Y de una ingrata mujer.
DON JUAN. Cuando no os quisiera bien
El Conde, mil almas fueran
Las que estos ojos os dieran.
DOÑA ANA. ¡Oh, mal aya el Conde, amén!
CONDE. (*Ap.*) Don Juan la muestra desdén,
Y ella á don Juan solicita.
DOÑA ANA. Con oro en mármol escrita
Tiene el amor una ley,
Que como absoluto rey,
No hay traición que no permita.
Demás, que esto no es traición;
Que nunca yo quise al Conde.
CONDE. (*Ap.*) En lo que agora responde
Conoceré su intención.
DON JUAN. Ninguna loca afición
Que se haya visto ni escrito,
Ha disculpado el delito
Del amigo; que el valor
Es resistir á el amor,
Y vencer á el apetito.
Que yo con vos me casara
Es sin duda, si pudiera.
DOÑA ANA. Y ¿si el Conde lo quisiera,
Y aun él mismo os lo mandara?
DON JUAN. Entonces es cosa clara;
Mas cierta podéis estar
Que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy; que no quiero
Dar á tan gran caballero
Ni sospecha ni pesar.
CONDE. Detente.
DON JUAN. Si habéis oído
Lo que ya sospecho aquí,

Pienso que estaréis de mí
Seguro y agradecido.

CONDE. Todo lo tengo entendido;
Y si por quereros bien
Trata mi amor con desdén
Doña Ana, no ha sido culpa,
Porque sois vos la disculpa,
Y mi desdicha también.
Dice que sabe de mí
Que os mandaré que os caséis:
Dice bien, y vos lo haréis,
Porque yo os lo mando así.
Que á saber, cuando la vi,
Que os tenía tanto amor,
No la amara; aunque en rigor
Fué engañado pensamiento
Que con tal entendimiento
No escogiese lo mejor.

DON JUAN. Aunque á Alejandro imitéis
En darme lo que estimáis,
Ni como Apeles me halláis,
Ni enamorado me veis,
Ni vos mandarme podéis
Que sea lo que no fuí;
Pues cuando pudiera aquí
Ser lo que no puede ser,
No quisiera yo querer
Á quien os deja por mí.

DOÑA ANA. Quedo, quedo; que no soy
Tan del Conde, que me dé,
Ni tan de don Juan, que esté
Menos contenta ayer que hoy.
Libre, á mí misma me doy,
Y daré luego, si quiero,
Á un honrado caballero
Mujer y cien mil ducados,
Sin suegros y sin cuñados,
Que es otro tanto dinero.

ESCENA XIII

DOÑA MARÍA, *de madrina y muy bizarra, con* LEONOR, *de la mano;* MARTÍN, PEDRO, LORENZO, BERNAL *y* OTROS LACAYOS *muy galanes;* ACOMPAÑAMIENTO DE MUJERES DE LA BODA, MÚSICOS.

MÚSICOS. (*Cantan.*) *En la villa de Madrid*
Leonor y Martín se casan:
Corren toros y juegan cañas.
MARTÍN. ¡Mala letra para novios!
PEDRO. Pues ¿no os agrada la letra?
MARTÍN. Correr toros y casarme
Paréceme á los que llevan
Pronósticos para el año
Dos meses antes que venga.
CONDE. Gallarda viene la novia;
Pero quien no conociera
Á Isabel, imaginara,
Viéndola grave y compuesta,
Que era mujer principal.
DOÑA ANA. Juzgarse puede por ella
Cuánto las galas importan,
Cuánto adorna la riqueza.
CONDE. ¡Qué perdido está don Juan!
DOÑA ANA. ¡Qué admirado la contempla!
CONDE. Por Dios, que tiene disculpa
De estimarla y de quererla;
Que la gravedad fingida
Parece tan verdadera,
Que, á no conocerla yo
Y saber sus bajas prendas,
Hiciera un alto conceto
De su gallarda presencia.
DON JUAN. (*Para sí.* Amor, si en esta mujer
No está oculta la nobleza,
La calidad y la sangre
Que por lo exterior se muestra,
¿Qué es lo que quiso sin causa
Hacer la naturaleza,
Pues pudiendo en un cristal

Guarnecido de oro y piedras,
Puso en un vaso de barro
Alma tan ilustre y bella?
Yo estoy perdido y confuso,
Doña Ana celosa de ella,
El Conde suspenso, hurtando
Á su gravedad respuesta.
Ella se parte mañana,
Diamantes me da que venda;
¿Qué tienen que ver diamantes
Con la fingida bajeza?
Pues ¿he de quedar así,
Amor, sin alma y sin ella?
¿No alcanza el ingenio industria?
No suele en dudosas pruebas,
Por las inciertas mentiras,
Hallarse verdades ciertas?
Ahora bien; no ha de partirse
Isabel sin que se entienda
Si en exteriores tan graves
Hay algún alma secreta.)
Conde, el más alto poder
Que reconoce la tierra,
El cetro, la monarquía,
La corona, la grandeza
Del mayor rey de los hombres,
Todas las historias cuentan,
Todos los sabios afirman,
Todos los ejemplos muestran
Que es amor; pues siendo así,
Y que ninguno lo niega,
Que yo por amor me case,
Que yo por amor me pierda,
No es justo que á nadie admire,
Pues cuantos viven confiesan
Que es amor una pasión
Incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
No soy yo quien me gobierna;
Que obedecen á Isabel
Mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo,

No quiero que nadie pueda
Contradecirme el casarme,
Pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
La mano.

CONDE. ¿ Qué furia es esta ?

DOÑA ANA. Loco se ha vuelto don Juan.

CONDE. ¡ Vive Dios, que si es de veras,
Que antes os quite la vida
Que permitir tal bajeza !
¡ Hola ! Criados, echad
Esta mujer hechicera
Por un corredor, matadla.

DON JUAN. Ninguno, infames, se atreva ;
Que le daré de estocadas.

CONDE. Un hombre de vuestras prendas
¡ Quiere infamar su linaje !

DON JUAN. ¡ Ay Dios ! Su bajeza es cierta,
Pues calla en esta ocasión.
Ya no es posible que pueda
Ser más de lo que parece.

CONDE. ¿ Con cien mil ducados deja
Un hombre loco mujer,
Que me casara con ella,
Si amor me hubiera tenido ?

D.ª MARÍA. Quedo, Conde ; que me pesa
De que me deis ocasión
De hablar.

DON JUAN. (*Ap.*) ¡ Ay Dios ! ¡ Si ya llega
Algún desengaño mío !

D.ª MARÍA. No está la boda tan hecha
Como os parece, Señor ;
Porque falta que yo quiera.
Para igualar á don Juan,
¿ Bastaba ser vuestra deuda
Y del duque de Medina ?

CONDE. Bastaba, si verdad fuera.

D.ª MARÍA. ¿ Quién fué la dama de Ronda
Que mató, por la defensa
De su padre, un caballero,
Cuyo perdón se concierta
Por vos, y que vos buscáis ?

CONDE. Doña María, á quien deban
Respeto cuantas historias
Y hechos de mujeres cuentan.

D.ª MARÍA. Pues yo soy doña María,
Que por andar encubierta...

DON JUAN. No prosigas relaciones,
Porque son personas necias,
Que en noche de desposados
Hasta las doce se quedan.
Dame tu mano y tus brazos.

MARTÍN. Leonor, á escuras nos dejan.
Los padrinos son los novios.

DOÑA ANA. Justo será que lo sean
El Conde y doña Ana.

CONDE. Aquí
Puso fin á la comedia
Quien, si perdiere este pleito,
Apela á *Mil y Quinientas.*
Mil y quinientas ha escrito:
Bien es que perdón merezca.

FIN DEL TOMO TERCERO.

ÍNDICE

DEL TOMO TERCERO

COMEDIAS.

TIP. GARNIER HERMANOS, 6, CALLE DES SAINTS-PÈRES. — PARÍS.

